



Martin Cid
Muerte en Absalón

Para Robin y Joyce,
mis mejores lectores,
mis hijos.

ESFERA I: LATAKIA

ר כה

La anciana York se desperezó y, atraída por el aroma del tabaco, esperó unos segundos, observando con los ojos cerrados, mientras Absalón esperaba su muerte.

-¡Dejadme pasar, por favor, dejadme pasar!

Su hija dispuso la mano izquierda sobre el pomo para evitar que se arrastrase enferma delante de sus hijos. ¿Había vencido?

La pipa se había consumido. Con dos golpes rápidos, lanzó las cenizas del hornillo, todo un arte bien perfeccionado.

-Jamás hay que golpearla porque se daña la madera – decía el coronel York mientras, desde la otra habitación, en otro espacio y en otro tiempo, se escuchaban los lamentos de su esposa. Una pipa es como una mujer y no conviene encariñarse, siempre terminará rompiéndose por algún lado.

Stanislaus Fiodorovich tomó la tabaquera y la abrió. La luna iluminaba su rostro en la imponente ciudad de Abenarabi. Tomó su Savinelli Bent Apple -demasiado pesada para su gusto- y empezó a rellenarla. La mezcla 965 de la marca Dunhill era sencilla, aunque se mantenía como un irreproducible secreto. El cavendish la hacía especial, como a todas las composiciones de la prestigiosa firma. El proceso de elaboración se hacía casi artesanalmente (o al menos eso decían los fabricantes). Podía distinguirse la calidad en cada bocanada y la diferencia con un tabaco aromatizado artificialmente era clara (siempre debe acariciar, jamás picar la lengua). Algunos llamaban al 965 el mejor tabaco del mundo, pero

todo está en función de los diferentes gustos. Para un inglés, sería casi perfecto, con un toque latakia (repugnante en opinión de otros) usado en baja proporción. Desde la primera tarde en la que fumó el 965, su aroma le había cautivado.

Ocurrió en Absalón, la granja de sus antepasados. Se trataba de una de esas amables reuniones familiares motivada por el inminente fallecimiento de Virginia York, abuela de Stanislaus. El dictamen del médico había sido claro: moriría en tres meses, con fuertes dolores provocados por un cáncer que se había extendido. Sin embargo, transcurrieron seis años y aquella gran señora, apoltronada en su sofá, continuó dando órdenes y, lo que fue aún peor, viviendo.

-¡Soltadme, desagradecidos!

-Ladrando –sentenciaba su abuelo James York-. Siempre ladrando.

Hubo una tarde en la que los gritos de la anciana cesaron.

-¿Ha muerto ya la abuela? –preguntó Stanislaus.

No, no había muerto aún. Su estómago se desprendía y no podía ya levantarse de la cama. Casi sin fuerzas, su voz se había ahogado en su sangre seca. La tía Mary, que había venido desde Nashville, se ocupaba de su cuidado y aseo.

-No para de maldecir e insultaros –comunicaba diariamente la sacrificada enfermera a las víctimas de sus ofensas.

También Pierre, hermano de Stanislaus y Cecil Fiodorovich, podía escuchar cada noche los gritos callados desde la habitación contigua.

-Son de dolor –susurraba su madre, también llamada Virginia, pero que había cambiado su apellido de York a Fiodorovich al casarse.

Sin embargo, mentía. Así hacen las madres.

-Fue siempre amable y cariñosa, es la edad la que ahora habla –continuaba explicando su madre mientras aún se podían escuchar injurias e imprecaciones varias.

-¡Soltadme! ¡Dejadme salir, ingratos! –luego desfallecía y el silencio dejaba paso a dulces sonidos en Absalón, grillos y esclavos murmuraban entonces.

Stanislaus y sus dos hermanos eran ya mayores, y aquellas veladas no fueron nada terroríficas. Esperaban sólo a que alguien entrase en la habitación y pronunciase las dulces palabras: ha muerto. Virginia York aún tardó en dejarles en paz.

-Chilló hasta el final como un perro rabioso –diría más tarde su padre, no siempre irónico.

Los hermanos fumaban en la gran casa mientras, tres cuartos más allá, la abuela desfallecía por momentos. Cuando tenía un ataque, en silencio, todos se miraban y la tía Mary esperaba unos instantes: tal vez así llegase tarde y no podría salvarla. Pero la alegría duraba poco y, enseguida, la anciana resurgía de sus cenizas para volver a aullar:

-¡Salvajes! ¡Desagradecidos!

En una de esas ocasiones, su padre trajo aquella maravillosa mezcla.

-Probadla, tiene una pizca de todo, aunque conserva el estilo de la picadura inglesa.

Una mirada inquisitiva le bastó a Fiodor Fiodorovich para atenazar a su esposa. Sin la señora York presente, todo cambiaría. Stanislaus y sus hermanos sólo podían fumar en ocasiones especiales. Desde entonces, lo harían siempre que quisieran y su madre no les viese (contemplar el humo afectaba a sus maltrechos pulmones y comenzaba a toser furiosamente, lo que no sucedía si fumaban sin ser vistos: entonces la madre no se apercibía de nada).

La composición era excelente: una mezcla de latakia en baja proporción con el claro cavendish, probablemente al ron. El toque turco u oriental (no estaba seguro) se dejaba sentir casi al final. Un gran sabor.

-Cuentan que el nombre se debe al número de la receta –dijo entonces su padre-. Solían anotar las fórmulas confeccionadas para cada cliente en un libro llamado “My Mixture”. La que ahora tomáis era una de aquellas antiguas mezclas elaborada para uno de esos elegantes consumidores, la que llevaba por número 965 en aquel legendario libro de recetas de tabacos.

Era excelente, sin duda. Cuando, años después, Stanislaus refirió la anécdota a Pierre, su hermano mayor, éste rió tranquilo: sí, un gran tabaco, incluso la abuela se levantó de su lecho para olerlo. Pude verla a través del cristal semitransparente de la puerta. Estaba totalmente desnuda y caminaba despacio, arrastrándose como la serpiente que siempre fue.

Stanislaus, en cambio, no podía recordar nada de todo aquello.

Nadie se movió en el salón. Estabas petrificado, absorbiendo el tabaco, como todos. Fue la última vez que la vieja tuvo fuerzas para levantarse. Tomó el pomo y trató de entrar. Fue nuestra madre quien, desde el otro lado, hizo fuerza para evitar que abriese. ¡Dejadme pasar, por favor, dejadme pasar! Nunca antes la había visto hablar así: por favor –repetía, por favor-, ya estoy bien. Pero Virginia era una mujer fuerte y lo evitó. Ni siquiera la tía Mary se atrevió a impedirlo. Vaciló un momento y regresó a su dormitorio para volver a ladrar, como siempre.

La vieja se levantó atraída por el aroma del tabaco –repitió aquella tarde Pierre con nostalgia.

Una gran mezcla, sin duda. Stanislaus volvió a paladearla, de tres en tres bocanadas. Si existe un cielo,

habrá 965; si existe un infierno, la anciana señora York reinará en él.

Otros latakias más aromáticos habían sustituido el fuerte gusto de antaño en que se fumaba la variedad siria, muy diferente de la chipriota actual. Sin embargo, el mejor tabaco latakiado que había probado ya no se fabricaba. Existían gran variedad de sucedáneos pero nunca lograrían el exquisito sabor a ceniza del Balkan Sobranie, el preferido de Pierre, siempre tan aficionado a las mezclas explosivas. Un tabaco así era inconfundible: la caricia agria en la boca al principio, el aroma áspero a veces... con un cierto toque a ajeno sin caneca. No había nada mejor, era un sabor apto sólo para fumadores muy experimentados.

Ceniza, lenta, cadenciosa. Aún recordaba la canción que, despacio, se cernía sobre la colina, más allá de Absalón.

Stanislaus caminaba con andares espigados por la “Avenida de los Doce Reyes”. La noche se filtraba impertinente, como sucede en los claros atardeceres de verano. Iba refunfuñando, embutido en un traje refinado y raído. Llevaba corbata gris, zapatos negros, rostro ajado. Era un hombre de mediana edad y sólo su elegante barba bien recortada le distinguía del resto de transeúntes. Tenía unas facciones delicadas, casi cultas y sus ojos eran pardos y rasgados.

Los Reyes de la ciudad le contemplaban, no había tiempo de contarlos... Al fondo, la ópera se erigía asemejando un vulgar dinosaurio. Cruzó y se adentró en un callejón, nunca podría recordar los nombres de aquellos legendarios monarcas. El último de los Fiodorovich suspiró. Antaño miraba los edificios que parecían sacados de otra época, jamás el clima

acompañaría a las grises construcciones. Los balcones, elaborados a base de elementos barrocos, contradecían al caluroso ambiente. Quizá los arquitectos olvidaron el sentido práctico pero el conjunto era agradable, casi bello. Las calles, serpenteantes, laberínticas, se estrechaban y alargaban, presas ya del sopor, mientras las copas de las viviendas amenazaban, mefistofélicas, con imponer su inminente caída.

Ciudad gris.

Stanislaus caminaba deprisa, evitando así las impertinentes miradas, sus rostros orgullosos, complacientes en su estupidez. Los niños le escudriñaban, figura extraída de una publicación del siglo pasado, como los mismos edificios. Eran tiempos difíciles, las guerras aún no habían cesado, Abenarabi participaba en todas, pero sus habitantes nunca lucharían, impropios. Sentía cierto grado de compenetración tácita con la ciudad, de murallas cenicientas y bosques, de desiertos y cielo azul.

Ajeno, caminaba.

Solía llevar cuatro pipas en invierno y dos en verano. El sistema era simple: una en cada bolsillo de la americana, y dos más en los del gabán. Una pipa era un objeto femenino y había que hacerlas esperar. Lo mejor de un día caluroso era poder fumar una pipa reposada. El descanso de ésta, a pesar de sus dudas anteriores, era importante. No le gustaba aguardar los dos cansinos días que eran necesarios para poder volver a fumarlas y, sin embargo, el aroma áspero de una cachimba recién usada resultaba intolerable.

Junio, veintiséis. Thisri.

Decían que prepararlas era todo un ritual. Atacador, paciencia, el acto debía repetirse si no quedaba perfecta. Hay un dicho con respecto a la carga: se ha de disponer

en tres tandas, la primera con mano de niño, la segunda con tacto de mujer y la tercera con pulso de hombre.

Se trataba de una Dunhill sencilla, tipo “Dublin”, un poco alargada para ser llevada en el bolsillo de una americana. Su colección era más bien escasa, apenas unas cien, la mayoría de madera de brezo, el más clásico de los materiales. Tenía también un par de “espuma de mar”, sólo de exposición, alguna de porcelana y una de maíz. No le gustaba la cánula aplastada de aquella “Dublin” pero la madera era excepcional. Alguien se la regaló, no conseguía recordar su nombre. Un punto blanco se distinguía en la parte anterior de la boquilla (el llamado “punto de calidad” que distingue a determinados fabricantes de la caterva de inútiles y simples aficionados al brezo). Su forma era de “cola de pez”, estirada y algo incómoda, pero permitía que el humo se enfriase antes de su llegada al paladar.

Muchos de los que empezaban a fumar adquirían modelos de boquilla corta. Eran más estéticos, sí, o quizá menos ostentosos, pero no conseguían enfriar el humo. ¿Alguien podría tacharle de modesto o demócrata a estas alturas? Recordaba sus inicios, casi sentía vergüenza..., consumiendo aquel “Clan”, mezcla de hojas virginia, indonesia y latakia en muy baja proporción. Su primera pipa, ya olvidada entre sus actuales reliquias. Impunemente, la había robado de la reserva de su padre, coleccionista ávido y metódico. Recuerdos. Ahora, demasiado mayor, añoraba aromas y sus tiempos juveniles con aquella Peterson.

El animal que fue su padre estaba mejor muerto. Su hermano Pierre también lo sabía.

Stanislaus regresó a la “Avenida de los Doce Reyes”, su lugar favorito para fumar tranquilo. Se sentó en uno de los bancos de piedra y extrajo de una bolsa un tabaco

curioso, su preferido. Es conocido entre los expertos como “Abourihm” (que viene a significar “rey del sabor”). La roca de Em, símbolo de la fundación de Abenarabi, se erigía cercana. Afirmo el libro que las hijas de Iparkas, uno de los padres fundadores, permanecieron con él hasta que cumplió los cien años, día preciso en el que murió. Había leído recientemente que era sólo una segunda exégesis, en la primera se contaba que Moschel y Obedama (las dos hijas de Iparkas) abandonaron a éste sobre la roca (ya anciano) para partir en busca de marido. Era esta versión, sin duda, mucho más acorde con el eterno proceder femenino.

La primera firma que exportó y usó el latakia en sus mezclas fue la Sobraine, allá por 1874 del almanaque europeo (Abenarabi vivía sometido a los tres calendarios, lo que daba como resultado una falta total de ubicación temporal). Su fórmula, nunca después reproducida, usaba el tipo de variedad más selecto, el denominado “Abu-Rhima”. Se trataba de una mezcla especial fabricaba en exclusiva para los jueces de la Corte de Saint James, de ahí que las posteriores marcas (que nunca igualarían los tabacos tipo balcánicos de la casa Sobraine) comenzasen a titular sus mezclas latakiaadas como “el tabaco de los doce jueces”.

Aquellos tiempos nunca regresarían. El latakia actual ya no se fabricaba en Siria sino en Chipre, y se obtenía del Smyrna de hoja pequeña, llamada Izmir. La hoja se cura al aire en cobertizos y luego es tratada con brasas a base de grandes cantidades de humo provenientes de la madera de la isla, proceso comúnmente conocido como el “ahumado”.

-El latakia es y será el rey de los tabacos -sentenciaba su padre Fiodor Fiodorovich, siempre con la pipa en la boca-. Repugna a algunos y encandila a otros, es déspota

y caprichoso, cualquier desmesura producirá el eclipse de los demás sabores.

Stanislaus se sentía ahora aventurero, probablemente soñador. Con la roca de Em a sus espaldas y su orgullosa Dunhill en la mano, jugó por unos momentos con las briznas. Abenarabi no era el mejor lugar para la correcta conservación de las hebras, con aquel caluroso clima cambiante. Echaba de menos las variedades macedónicas en las mezclas actuales. Le hubiese gustado estar postrado en su sofá, tomando un buen jerez, tal vez escuchando alguna pieza de Bellini, melódico siempre... A veces era capaz de repugnarse a sí mismo.

Había heredado la extravagancia de separar las hojas y comprobar la humedad. No demasiado ducho en distinguirla, lo hacía sólo porque le parecía un acto elegante. Tomó el atacador, otro regalo más, y extrajo nuevas briznas y las depositó en el interior del hornillo como si fuesen una fina capa de nieve que se deslizase entre las manos. La segunda capa debería ser un poco más compacta y necesitaba usar el atacador para su correcto prensado. Algunos nunca conseguían que este segundo revestimiento tuviese un pulso adecuado. Se trataba de poner el tabaco (apretado con tres dedos en base al cálculo de la experiencia) sobre el anterior y presionar adecuadamente después.

Stanislaus Fiodorovich poseía un atacador de plata, regalo de su madre Virginia Fiodorovich. Cuando Absalón se vino abajo, sólo cogió el atacador y sus pipas: “A Stan, mi vida”... Una frase sólo digna de una tramposa.

La historia del descubrimiento del latakia (en su variedad siria) era bastante curiosa. Se dice que un excedente obligó a que se almacenase y tras un tostado

accidental, se produjo un tabaco de aroma intenso. El quemado se originó a partir de la combustión de excrementos de camello (muy usados aún como carburante en ciertas partes del mundo), lo que proporcionaba su sabor agrio y robusto.

Tomó el atacador y prensó el conjunto, a pequeños movimientos, sin forzar demasiado. Dice la teoría que las dos terceras partes de la mezcla han de estar dispuestas en este segundo movimiento. La tercera capa y última es tan sólo el principio de la fumada y se puede disponer con mayor libertad, según el gusto de cada cual. Así conseguimos una proporción justa: las primeras bocanadas serán potentes, para ir descendiendo a medida que la mezcla se consuma.

Gustaba Fiodorovich de rellenar todo el hornillo con carga media, presionándola con el dedo. Las diferencias entre la variedad siria (por aquel entonces muy difícil de obtener) y las presentes en las principales marcas eran claras. Todo latakia era robusto, sobre todo en comparación con las hojas inglesas o americanas, excepto las virginias más fuertes. El tabaco sirio era una inyección de nicotina directa al cerebro, mientras que el chipriota pasa por ser un tabaco más europeo y fino, pero muy aromático, de ahí su difícil clasificación. Las normas impuestas por las autoridades sirias indujeron al uso sistemático de las mezclas de Chipre para la elaboración de los tabacos tipo balcánico (aquéllos que contienen latakia en una proporción igual o superior al cuarenta por ciento de la mezcla total).

Tomó un fósforo de madera. El encendido debe realizarse de manera simple pero con atención. No basta con situar la cerilla encendida sobre la superficie, se ha de aplicar casi con mimo, tratando de no dañar la cazoleta. Destinó el fuego sobre la parte superior de forma homogénea: largas bocanadas para un buen encendido.

La roca de Em le miraba con envidia, como hubiese hecho su abuela Virginia York de haberlos visto aquella tarde de junio. Huele, abuelita, huele, ¿volverás a levantarte de tu lecho? Su madre hizo bien en mantener la puerta cerrada: habría estropeado un buen recuerdo.

Las estatuas de la gran avenida de Abenarabi no eran de mármol, cualquier petimetre hubiese pintado con celo y elegancia su nombre con alguna falta de ortografía. En la ciudad se hablaba de todo menos un lenguaje correcto: la mezcla de razas le resultaba insoportable. Su inglés le servía para desenvolverse con más o menos fortuna... pedir un café, insultar a una dama. Hablaba poco.

Tomó otra pipa de su americana. Le gustaban las del tipo Rhodesia. Antes de llamarse Zimbabwue, aquel lugar llevaba el nombre de Cecil John Rhodes, hombre que hizo allí fortuna a base del comercio de esclavos para obtener oro y diamantes. Sin embargo, el inglés había tenido gusto para encargar su pipa: ligeramente inclinada y con cazoleta estilo “bulldog”.

Humo, profundo, compacto, homogéneo. Gran tabaco.

Stanislaus se enojaba pensando como se cambiaba el nombre de las cosas. Ahora a los esclavos les llamaban proletarios y a los esclavistas burgueses. Curiosa manera de verlo. El aroma, tan penetrante en la primera calada, le recordaba su niñez, feliz niñez.

Él y sus dos hermanos habían nacido por y para el tabaco. Ya desde muy pequeños, el extraño tipo de mezcla cultivada en Absalón era tenida en alta estima. Tabaco fuerte, el periqueé era aún hoy en día un pequeño lujo. Actualmente sólo se conoce el del tan amable Percy Martin, último cultivador, en Saint James Parish – localidad sureña cercana a lo que en su día fue la granja

familiar de los Fiodorovich-. A principios de siglo unas quince familias aún cultivaban el periqueé: ya sólo quedaba una. Las grandes marcas, la empresa moderna..., solicitaban tabaco barato, alejados del gusto artesanal que un día fue orgullo y gusto para los habitantes del sur de los Estados Unidos. El periqueé estaba más allá de toda aquella innovación.

Desde que Cecil lo estropease todo, no probaba mezcla hecha con tan fuerte sabor. Acostumbrado a catar las composiciones más extrañas, solía permitirse el lujo de adivinar el tipo de picadura empleada, pero su gusto no era el mismo desde que aquel extraño mal comenzó. Ahora no era sencillo, sobre todo en el caso del cavendish, debido al baño de azúcar y licor. La modernidad había deteriorado la calidad.

El humo surgía espeso, como corresponde al buen latakia. Cuando apenas era un niño, acostumbraba a robar la pipa de su padre para dar un par de caladas. Al principio era repugnante, pero pronto se acostumbró. Aquella bestia de hábitos licenciosos que fue Fiodor Fiodorovich no era, a pesar de todo, un gran fumador, lo que resultaba chocante en una de esas familias en las que el abuelo se había dedicado al tabaco, el padre fabricaba cigarros y el hijo nacía con una vitola como brazalet.

Todo había terminado en un final marcado, como el suyo propio.

El buen fumador apenas aparta la boquilla de sus labios, sólo disfruta, le parecía obscena la costumbre de usar la escobilla en medio de la fumada. Ahora Stanislaus saboreaba, camino a una conferencia sobre cierto poetastro desconocido, al que en cierta manera admiraba: “la Chimère”.

¿Qué habría sido de Cecil? A veces le gustaba pensar en sus dos hermanos como si nada hubiese ocurrido. Stanislaus había sido el causante de todo, mientras el idiota jugaba con las criadas y Pierre se encerraba con alguna en el cuarto de su padre. Próximos a la animalidad, nada se esperaba de aquellos dos, orgullo silencioso de su desordenado progenitor. Pierre, estúpido de nacimiento, dotado para las labores de campo, hacía el trabajo de capataz. El más pequeño, Cecil, era uno de esos seres que tenían la virtud de poder llegar a ser felices. Ocurrió cierto día mientras montaba a caballo. La caída le dejó tocado, nunca pareció importarle. Cuando cumplió los dieciocho aún seguía con los juegos de niño salvaje. La noche en la que todo sucedió, le miró: lágrimas, Cecil comprendía. El telón se cerraba.

Stanislaus no había sido el mismo desde que su madre muriera. Aspiró profundo, sabor a azúcar y ron del cavendish bien curado, latakia suave, una gran mezcla. ¿Era eso lo que se siente al morir?

Se despertó, rápido. No quería llegar una vez iniciada la conferencia. Respiró mejor que nunca, estaba feliz, casi sano. Levantó un momento la vista y contempló a una anciana, caminando cansina, torpe, mezquina. Volvió la náusea. Tal vez le recordaba a su abuela, en Absalón, la granja familiar:

-Ladró hasta el final, como un animal.

Se atusó la barba, bien perfilada como corresponde a un caballero. Sus trajes tenían ya los bolsillos deformados. Su corbata, algo deshilachada en su final, el chaleco inglés lo tapaba: había decidido no acudir al burdel.

Stanislaus aspiró, últimas bocanadas, un gran tabaco. Sonrió. Quedaba poco tiempo.

Tosió, como siempre, escupió sangre: la enfermedad le consumía.

CAMINO I

8

El tabaco proviene de la especie botánica *Nicotiana tabacum*, perteneciente a la familia de las Solanáceas. El nombre de la nicotina, un veneno que contiene de manera natural la planta, es debido al diplomático francés Jean Nicot, embajador en Lisboa, que recomendó su consumo a Catalina de Medici por sus propiedades relajantes.

1976

Sobre la vieja plantación de tabaco de Absalón, Stanislaus miró la colina, cenicienta y centelleante, una vez más, al borde del río Mississippi. Llevaba un par de botas gastadas, pantalones de fieltro y una camisa de manga corta. Como ningún otro de su familia, jamás podría curarse..., le tranquilizaba escuchar el agua correr suave, en un cosquilleo musical. Miraba a Joyce de reojo, un viejo pastor belga de negro y brillante pelo, fiel, siempre fiel...

-Buen perro –susurró. El buen can siempre estaría a su lado. Sonreía, sereno, acercándose a su pierna derecha, sin dejar nunca de vigilar-. ¿Crees que hoy cantará para nosotros, chiquitín?

Desde el otro lado, se escuchaba el viento que ya silbaba.

Stanislaus era el segundo de los hijos de Fiodor Fiodorovich, hermano de Pierre y Cecil. La familia llevaba una vida sencilla dedicada al cultivo del periqueé, extraña especie de tabaco que sólo crece en regiones con climas secos. Decían los viejos que era un tabaco maldito que sabía a rayos, que nacía de la sangre de la guerra y del

odio, que sólo en el Mississippi podía crecer un tabaco tan fuerte. Se utiliza sobre todo como aditivo en las mezclas de pipa, por su fuerte sabor y aroma brusco, aunque algunas empresas fabricantes de cigarrillos lo siguen empleando en sus variedades con sabores más robustos.

-Hace más de un siglo –contaban algunos viejos que se dejaban llevar por el aburrimiento y el alcohol- las cruces ardían en toda la colina, justo donde ahora está la plantación. Aquella noche, amigos, se oyó la más bella canción silbando sobre las montañas, mezclada con los gritos de aquellos hombres que habían perdido la voz... Hasta los pinos callaron para poder escuchar.

Lejos de las historias de alcohol y resentimiento, el fuerte sabor del periqueé provenía del suelo, de fuerte mineralización.

Sin embargo, en Absalón el suelo se había secado, como la sangre de los padres.

-El viejo morirá –dijo Pierre-. No quedará de este tabaco más que el recuerdo e historias en una taberna.

Los orígenes del periqueé proviene de Pierre Chenet (cuyo apodo era precisamente “Periqueé”), quien observó cómo las tribus Choctaw y Chicksaw maceraban las hojas de tabaco en troncos huecos tras su recolección. Otros sostienen que el nombre tiene relación con la forma Choctaw de pronunciación (que viene a significar “alargado”). Pierre, hijo mayor de los Fiodorovich, recibiría su nombre en honor a Monsieur Chenet.

Las criadas reían pícaras, todos conocían la fama del primer hijo de Fiodorovich. Siempre se había comportado de una manera cabal y se permitía las mismas licencias que cualquier otro joven del sur. Sus vicios eran suficientes para fingir un carácter seguro y sus virtudes tan pocas como las que un hombre responsable ha de poseer. Gran negociador, se encargaba de los asuntos de

la plantación y ejercía de vez en cuando de capataz. De espaldas anchas y torso curtido, miró en un tiempo la verde plantación extenderse ante sus ojos inmensos de sureño jactancioso. Cecil, el benjamín, estaba en el interior de la gran casa, en la que antaño había vivido su madre Virginia, muerta hacía algunos años. En aquel 26 de junio, las nubes se cargaban de recuerdos. Huele a gasolina y miel en los confines de Absalón.

Cecil estaba encerrado en la casa, como siempre, observando alejado a su hermano. Aún se podían escuchar los sonidos que, como un eco, sobrevolaban las hojas de tabaco echadas a perder. ¿Dónde se había metido Stanislaus?

¿A quién le importaba?

-Es la hora -dijo Cecil Fiodorovich. Su padre esperaba junto a la criada, Beatrice-. Habrá que ser rápidos.

El proceso de elaboración se hacía siguiendo la inmutable tradición. Sólo los fumadores más exigentes y experimentados son capaces de apreciar los aromas rotundos de un periqueé bien cultivado. En la actualidad, casi todo el que se consume proviene de la localidad de Grand Pointe Ridge, entre Baton Rouge y Nueva Orleans. Tierra de tabaco y superstición, las viejas leyes sureñas aún no han sido olvidadas. Percy Martin, al que Stanislaus nunca llegó a conocer, es el único que mantiene el testigo de los tiempos pasados. A principios de siglo, «las quince familias del periqueé» cultivaban unos quinientos acres de tierra, de los que en la actualidad tan sólo doce están dedicados a esta tarea.

Los Fiodorovich fueron una de estas familias.

1896

Se recordaría al primero de los Fiodorovich por su traje blanco en verano y su impecable sombrero, sureño

de estirado bigote encanecido..., un cigarro a la una del mediodía, otro después de comer y una pipa para la noche. Hijo empobrecido de comerciantes, un pasado oscuro le trajo al condado de Tennessee a finales del siglo diecinueve. Una estatua, en lo que antiguamente era el ayuntamiento, perpetúa su nombre. Reza el lema: “Fiodor Fiodorovich, pionero”.

Un hombre extraño.

La vieja Rusia se había quedado pequeña para todo aquél que portase el apellido Fiodorovich. El joven Fiodor, aficionado a las novelas de vaqueros soñaba con vivir en su propia piel las historias de disparos y encuentros al sol. Guiado por el espíritu intrépido y la mala sangre de su apellido, cogió el primer barco rumbo al nuevo mundo, tierra de oportunidades.

Cuando miró la tierra desolada, lo supo: aquella tierra sin brillo sería su hogar.

El ingeniero Macy fue el primer colono oficial del poblado. Prometió, como ya hiciera Moisés, una tierra donde manara leche y miel. Varias decenas de personas tomaron sus pertenencias y dejaron atrás sus posesiones y familias para seguirle. Descubrió unas minas cercanas, pero pronto la experiencia adversa dio al traste con las perspectivas del visionario: sólo era piedra de escaso valor, demasiado difícil de transportar. Los colonos estaban hambrientos, demasiado cansados para regresar y abandonar.

Es lo que tienen los sueños.

Se trataba de un pueblo pequeño, casi minúsculo, poco más que una aldea. El bueno del ingeniero había dejado poco por explotar. Alguien dijo una vez: “todo el que viene al Sur espera encontrar el sueño del Oeste, para ver finalmente la cloaca del Este”. Varios de aquellos

pioneros permanecieron en la región, sobreviviendo a base de la pesca o del cultivo de algodón y patatas.

El ingeniero Macy abandonó la aldea. Le volvieron a ver, allá por el año 1900, ebrio y con largas barbas de loco. Decía haber descubierto otra mina de oro. No se equivocó en esta ocasión, aunque ya nadie le escuchaba. Murió a causa de un derrumbe, cubierto de oro. Hombre soñador, olvidó despertar.

Todo el Estado vivía el fin de siglo anclado en los recuerdos de lo que fue la Confederación. Incluso los negros añoraban el pasado (o al menos esa vieja educación que permitía a todas las razas disponer de agua y alimento a diario). Los tiempos de buscadores de oro habían terminado mientras la riqueza de las ciudades crecía. El gran latifundio que fue en su día el sur se quedaba sin tierras por explorar ni minas por hallar, engullido por las garras de las nuevas formas pujantes de producción. Sobre la tierra seca y sus huellas, algunos aún se obstinaban en esperar.

El porte de Fiodor I le distinguía de aquellos campesinos sureños... atusó su cabello rojizo, futuro orgullo de todos los Fiodorovich que han de venir. Apenas conocía el idioma y su acento tenía un marcado tono eslavo. Recordó las fábulas de las novelas y apuró de un trago el vaso de bourbon caliente.

Elisabeth, joven y pálido sueño, paseaba sus encantos cerca del ayuntamiento (una placa de madera sobre dos vigas, poco más). Una mirada del emigrante bastó para que la bonita mujer sureña, muy casta ella, devolviese un gesto de desprecio. Mala suerte, dijeron algunos, sobre todo porque su prometido, un tal John Martins se encontraba también en la taberna, muy cerca del ruso. Pronto aprendió el nuevo colono las costumbres que

traen las aguas del Mississippi: John se percató de las miradas y, dispuesto a defender a su amada, le retó. Así sucedían las cosas en esos tiempos.

Fiodor I ignoraba casi todas las reglas referentes a los duelos. Las leyes entre “caballeros” se reservaban para los acaudalados “aristócratas” que, temerosos de dejar un penique a su muerte, evitaban la confrontación directa. Para los hombres sin honor, el asunto era bien diferente: no se parecía en nada a las narraciones de su juventud, en donde los adversarios esperan caballerosamente no ser el primero en desenfundar. Habitualmente, los aldeanos llegaban borrachos para vencer los nervios y disparaban con rapidez, sin siquiera esperar la señal convenida. Los duelos se efectuaban a distancia debido al miedo, muy alejados de las justas europeas, más cercanas. Se mataba por la espalda y se pagaba a alguien para que disparase desde un callejón. Vivir un día más bien merecía una vileza.

John Martins se presentó con algo parecido a una escopeta de dos cañones. Desde la otra esquina, el Fiodorovich se tambaleaba, ya ebrio ya temeroso, con un arma prestada a cambio de un vaso de bourbon. Miró nervioso, apenas tenía tiempo para nada. Un par de curiosos observaban la escena desde una tapia cercana. Antes de poder siquiera apuntar, sintió una punzada en el hombro izquierdo: estaba herido.

Satisfecho por su buena puntería, John Martins caminó hacia el ruso y pisó su mano derecha para evitar que pudiera hacerse con el revólver que se había precipitado en dirección opuesta. No había salida. Estaba tranquilo.

-Dispara -balbuceó el primero de los Fiodorovich.

John Martins apuntó parsimonioso e introdujo lentamente el cañón de su arma en la boca de Fiodor que le miraba aterrorizado. Entrecerró el ojo derecho para no

errar el tiro. Disparó. La sangre del ruso le manchó su acicalado rostro y resbaló por su limpia camisa mientras uno de los dientes chocaba con su frente. Había vencido.

La gente se arremolinaba en torno al eslavo, respirando estertores, aún vivo, sobre el suelo de tierra.

1975

Encendió su pipa, tranquilo.

-Conoces la historia desde que eras un niño, Stan –dijo Pierre a su hermano, casi un siglo después.

-Nunca me he fiado de los médicos -respondió el tuberculoso hermano.

-Fue alguien que estaba de paso, sólo un “vendedor de ilusiones”.

-El matasanos se acercó al abuelo moribundo y del interior de un maletín negro de viaje extrajo un frasco.

Stanislaus estaba infectado, había pasado toda su vida enfermo. ¿Cantarás esta noche para mí, Beatrice?

1896

-¿Me permiten? –dijo el médico.

La pequeña multitud se apartó para dejar paso. Suministró el matasanos una poción a Fiodor I quien, milagrosamente, se dio la vuelta y, venciendo el dolor de heridas y dientes rotos, comenzó a vomitar las dos únicas comidas realizadas en el viaje.

-Una lástima desperdiciar así los alimentos –dijo el buen médico, un tal Andrew. Miró los restos del vómito, prácticamente líquidos y sacó, entre algunos otros pedazos de dudosa procedencia, la bala intacta.

-¿Quiere conservarla?- preguntó el doctor a Fiodor.

John Martins dejó la escena con aire altivo: su honor estaba de sobra probado.

Fiodor Fiodorovich se levantó y atusó su incipiente melena rojiza. Tomó el proyectil y marchó, dejando buena parte de su hasta entonces intacta dentadura en el sucio suelo.

Guardó la bala en su bolsillo: un bonito recuerdo.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que la leyenda del ruso invencible se extendiera por el pueblo. Mezclando temor e ironía, Fiodorovich era invitado a un vaso de licor en la taberna, a un corte de pelo gratis en la barbería (que siempre desdeñó amablemente), a jugar a cartas y dados en la mesa de las autoridades... La aldea fundada en 1882 por el ingeniero Macy era muy diferente a la agradable población en la que se convertiría. Uno de los indudables beneficios de la canícula es, sin duda, la suprema dejadez de sus habitantes para cualquier acto que implique esfuerzo: un hombre podía esperar tranquilamente al lado de sus barriles, aguardando que el bourbon fermentase..., o un contable mirar durante horas el libro esperando el (divino) milagro de que las cuentas cuadraran. Tal vez dos años, tal vez diez, no había demasiado que hacer. Mientras, el nuevo mundo se extendía, lejos de la frontera invisible que la derrota había dejado. Sin sus señas de identidad, la Confederación no se rendiría por una guerra perdida.

Esquivos, los duelistas se cruzarían un par de veces. Fue el propio Fiodor I quien cierta mañana se inclinó ligeramente, saludando ceremonioso..., una elegante manera de romper el hielo. Por la tarde, el bueno de John Martins se acercó al ruso que dormitaba pálido en una esquina. Extendió la mano y le ofreció una caja. Sonrió el Fiodorovich: una reluciente dentadura nueva.

-También yo vengo de Europa –dijo el antiguo rival-. En otro tiempo, mi familia fue tratante de esclavos. No me avergüenzo, no –su rival se mesaba el elaborado y bien afeitado mentón-. Una vez por semana,

religiosamente, comían carne, cosa de la que muchos “hombres libres” no pueden presumir. Ahora, gracias a toda esta libertad..., a todos estos principios democráticos... simplemente no comen. John Martins, un placer –extendió su mano-. ¿Le apetece almorzar algo, Fiodor?

Hablaba precipitado, casi descomponiendo las palabras que se encabalgaban unas con otras. El eslavo aceptó, sería una buena manera de inaugurar su nueva dentadura.

–Contrariamente a lo que se piensa –continúo Martins mientras miraba cómo el ruso devoraba un plato de carne algo pasada- los esclavos vivían mejor antes de la guerra. Su alto precio condicionaba su cuidado y manutención. No son sólo los viejos sureños los que desean volver al antiguo sistema, mi nuevo amigo, incluso los negros quieren.

Fiodor I apenas prestaba atención a la conversación de su pretencioso interlocutor.

–Ahora todo es fingido respeto, pero nadie ha evitado que cuando el sirviente no cumpla con su trabajo se le castigue con un par de latigazos.

–¡Bien merecidos! –dijo el ruso, más para congraciarse con su bienhechor que por convicciones morales (de las que no carecía de ninguna de las maneras).

–¿Fuma usted?

Martins sacó del bolsillo izquierdo de su chaqueta una pipa de forma alargada y una pitillera del derecho. Fiodor tomó un cigarrillo.

–Sólo los llevo para invitar a los amigos, los pitillos me producen arcadas.

El ruso no pudo menos que sonreír. Aún recordaba sus dientes en el suelo. Apuró el último trozo de carne seca, apenas frita.

–¿Sabía que por aquí cultivan un tabaco especial muy adecuado para las mezclas de pipa? Cualquier día de

estos, le invitaré a probarlo. Espero que lo acepte y podamos olvidar el asunto.

Martins ofreció una sonrisa tan abierta como falsa, como las que provienen de los rivales. Fiodor I aspiró un par de caladas de su cigarrillo. Sí, también el ruso sintió una arcada al probar aquella mezcla americana, pastosa y alquitranada. Sonrió y atusó su melena rojiza.

-Por supuesto que aceptaré –respondió.

-¡Perfecto, mi nuevo amigo! Resulta más adecuado dejar de lado cierta clase de cuestiones. Fíjese, ¿qué tenemos después de la guerra? Mejor olvidar. La revolución y la independencia no han servido para nada. ¡Mire a su alrededor! El Estado entero se muere de hambre. Al menos ahora los propietarios tienen un consuelo: también se puede azotar a los blancos. Así hemos terminado con la segregación y el racismo.

Es lo que tiene la libertad.

CAMINO II



La familia Martins poseía aún algunas tierras a escasos veinte kilómetros del pueblo y sus criados tenían fama en el todo condado (un par de esclavos fieles y fuertes que sabían incluso leer y escribir -artículo en extinción-). Nadie sabía de dónde los había sacado el viejo general que conservaba importantes contactos en el ejército.

-En un tiempo fue un gran hombre –repetía su hijo John-. Mírale ahora, Fiodor, sólo es un ser acabado que apenas puede recordar sus patéticas historias.

El chico, contrariando las ambiciones de su inteligente padre que quería hacer de él otro nuevo negociante, había estudiado en la universidad.

-La hacienda familiar era un barco que se hundía, amigo mío. No quedaba otra opción para un hombre de bien. Tuve que caer muy, muy bajo, revolcarme en el fango: estudié derecho en Yale.

Los Martins sobrevivían gracias a los trabajos de contabilidad del abogado. El general raramente se levantaba de la silla en todo el día... leía algo de vez en cuando y recordaba viejas batallas. Y es que, a pesar de que el tráfico de hombres estaba prohibido desde 1807, a todos sorprendió la ley de 1865 en la que se abolía totalmente la esclavitud.

-Una cosa era no poder comprarlos y otra muy distinta tener que liberarlos –decía el abogado mientras aspiraba el humo a grandes bocanadas-. Las viejas familias del sur se encontraron de frente con eso que algunos llaman futuro, yo lo llamo estiércol. No tuve más remedio, Fiodor, de alguna manera teníamos que subsistir.

El general vio cómo sus negocios fracasaban uno tras otro, sin suerte en ninguno de ellos. Ya sólo le quedaban sus dos criados (ahora, según decía el Gobierno: “hombres” “libres” con “alma” y “dignidad”) y la gran casa que estaba próxima a ser vendida debido a las fuertes deudas, acumuladas en todos los proyectos fallidos.

-Como ves, amigo, estamos en la ruina. Gracias a Dios, no todos se han dado cuenta de que mi padre está acabado -¿cómo podría haber logrado terminar la carrera de derecho aquel hombre que parecía carecer de toda disciplina para el diálogo?-. ¿Me perdonarás por lo del otro día...? Son asuntos que sería mejor tratar en privado, sin armas..., pero soy del sur, el hijo de un general defensor de los antiguos duelos de sangre. Sin embargo, sé distinguir un buen hombre en cuanto lo veo.

John ofreció la mano a Fiodor, en gesto definitivo de amistad. El ruso aceptó.

-Me alegro, amigo mío -John respiró profundamente, pues temía en secreto a su rival-. Ven, quiero presentarte a alguien -el abogado hizo un gesto y, con blanco vestido, hizo su aparición-: ésta es Elisabeth, mi prometida.

La joven era la más pequeña de siete hermanas, también la más guapa (lo que viene a significar la más arpía). Miró a Fiodor I con la sincera sonrisa de la mujer que finge timidez y busca enredos y embrollos. Sería mejor no acercarse a la bella muchacha de ojos azules.

Hizo una reverencia y besó su mano, al viejo estilo europeo que había leído en tantas novelas. La niña se rió:

-¡¿De dónde has sacado a este ser ridículo, John?! - exclamó la bella dama.

Los dos rieron, luego los tres. Elisabeth se marchó fingiendo desprecio, bien conocía Fiodor el juego de las mujeres, igual de perversas a uno y otro lado del océano.

-No te preocupes por ella. Sólo es una de tantas chicas ricas. Tenemos asuntos más importantes que atender. No

podía permitir que nadie la mirara: nos vamos a casar y... ya me entiendes... necesitamos capital para el negocio que estamos a punto de iniciar.

El futuro bien merece unos dientes rotos, pensó Fiodorovich.

John Martins trabajaba por aquel entonces como contable para una firma exportadora, lejos de las miradas réprobas de su padre. Sus metas estaban más altas, no podía pasarse la vida embutido en una mesa con una estilográfica (de oro, eso sí) en mano, garabateando en un libro viejo cuentas de pérdidas y ganancias. Tenía algún dinero que su abuelo Henry le había dejado tras su muerte. Eran los tiempos del telégrafo, locomotoras a vapor y nuevos aparatos telefónicos (un lujo que sólo las familias más acomodadas podían permitirse). El negocio era sencillo: al viejo general le habían ofrecido la concesión de los derechos de construcción de una línea de ferrocarril que uniera el pueblo (aldea en realidad) con Nashville, capital del Estado. Setenta kilómetros de vías y licencia para explotarlas comercialmente a cambio de la consabida tarifa estatal.

-Yo me encargaré de la parte administrativa y económica —dijo el joven— mientras que tú supervisarás las obras y la compra de la locomotora. ¿Socios?

El nuevo colono, después de dar la mano al abogado, se la llevó al bolsillo izquierdo de su americana. Extrajo la bala aún manchada de sangre seca y la dejó sobre la mesa.

-Socios.

1898

Aquel grupo de nuevos “hombres libres”, ahora multicolor, trabajaba como antaño: de sol a sol.

Jamás bebía el ruso (después del infausto recuerdo del duelo). Sin embargo, hombre democrático y liberal, se

congraciaba con los jornaleros por las noches invitándoles a unas cervezas, quizá también a unos tragos de algún licor algo más fuerte. Dormían al lado de las vías, en una pequeña tienda que solía venirse abajo debido al viento y a su falta de maña para afianzar el material de empaque al suelo. ¿Qué sería de las traviesas si aquellos inútiles no eran capaces siquiera de asegurar las piquetas al terreno?

El ruso aprendió que nunca había que tratar de igual a igual a los subordinados ni permitirse familiaridad alguna con ellos. Estaba bien pagarles unas rondas pero él no participaba de sus conversaciones ni festejos. Así, combinando simpatía y frialdad, en poco más de un año, los veinte kilómetros de vías estuvieron terminados. La inversión había dejado a los Martins al borde la ruina y a Fiodor I en una situación comprometida.

Encargaron la mejor locomotora que encontraron y proyectaron inaugurar la línea en marzo. John y Fiodor construyeron con sus manos la lúgubre estación a las afueras (lo que significaba también “a escasos 500 metros del centro”): un par de tablas, mucho ahínco...

La bella Elisabeth llevaba limonada a mediodía, un poco de alimento a la hora de comer, quizá también un poco de té..., pastas que compartían los dos amigos. La mandíbula del ruso se desprendía fácilmente, pero trataba de disimular en presencia de la sureña; no siempre lo consiguió. John estaba eufórico, como un niño con zapatos y novia nuevos.

-El dinero lloverá, socio. Ya no tendremos más problemas. ¡Mira qué máquina –exclamó señalando la nueva locomotora-, qué preciosidad!

Uno de los dientes se había desprendido, ¿qué importaba un diente para un hombre que estaba dispuesto a hacer fortuna? Fiodor esgrimió una sonrisa y miró a Elisabeth.

-Sí, una verdadera preciosidad –sonrió, esta vez dejando ver su pieza rota. La sureña se giró asqueada.

-No te preocupes, amigo, pronto podremos comprarte otra reluciente dentadura nueva. ¿De oro tal vez?

Fiodorovich aceptó hacer de acomodador y revisor en las primeras rutas y llamaron a un tal Percy Olivier para que trabajase de maquinista. El primero de marzo de 1898, la línea hacia Nashville quedaba inaugurada.

-Nuestro hijo crecerá feliz, pequeña –dijo un reluciente John Martins aquella mañana-. ¿Te gustaría la idea de convertirte en tío, Fiodor?

Llamaron a la locomotora Elisabeth y Anthony al primogénito.

El negocio floreció rápidamente, firmaron contratos y cobraron billetes, y la ciudad se llenó de curiosos y propietarios, pronto el pequeño poblado que fundó el ingeniero Macy comenzó a parecerse, lejanamente, a un pueblo civilizado.

-Hoy, socio, este lugar es nuestro. Mira lo que hemos logrado, tú y yo... ¡Y todo por unos dientes rotos!

Fiodorovich sonreía, había aprendido a fingir y a actuar como un caballero aunque en el fondo siguiera siendo el hombre callado que llegó sin nada. En el bolsillo izquierdo de su americana aún estaban la bala y el diente roto.

-Dicen que en menos de un año, el ruso consiguió bastante dinero y una reluciente dentadura nueva.

-¿De oro? –preguntó alguien.

-De oro, amigo, de reluciente oro –respondió el otro-, ¿de qué iba a ser si no?

Cuando John contrajo extrañas fiebres tras comer una excelente comida servida por su bien-amada esposa, nadie se extrañó; ni siquiera el bueno del ruso, que esperaba su

turno en silencio. El pequeño retoño de los Martins descansaba plácidamente en la cuna mientras su padre, el abogado, agonizaba en la cama. Elisabeth se puso su mejor vestido blanco y una sombrilla a juego: estaba preciosa. Había que tener cuidado, los vómitos con sangre de su marido podrían manchar su impecable atuendo. Mejor no acercarse. Un toque de carmín, recién traído de Nashville, de algo debería servir tener un esposo rico.

-Me voy, cariño -John apenas podía entender las palabras: sucumbía, respiraba ya por última vez-. No te preocupes, descansa. Tendré cuidado al cerrar la puerta... ¿Sabes qué? Creo que iré a hacer una visita a Fiodor..., desde que tiene esa nueva dentadura me está empezando a parecer... ¿cómo diría? Un poco más atractivo.

John Martins había sido un buen hombre y un excelente abogado: en caso de defunción de uno de los socios, el otro se quedaba con todo el negocio. Nada de herederos ni falsos papeleos. Simple. Elisabeth lo sabía e hizo uso del férreo sentido del honor sureño: ¿cómo dejar al ruso solo, sin descendencia..., con toda esa fortuna y sin saber qué hacer con ella? Necesitaba una mujer.

John Martins murió ahogado en sangre a los pocos minutos mientras su hijo Anthony dormía en la habitación contigua.

Las dos Elisabeths, locomotora y madre, estaban radiantes aquella tarde.

1960

Dos grupos trabajaban incansablemente en la plantación. El primero, formado por hombres de color (blanco y negro..., ya eran tiempos modernos), se encargaba de la recolección; y el segundo (también de color, aunque no todos “hombres”), despillaba la cosecha

del día anterior en el granero. La vieja radio sonaba, música azabache con el eco de alguna de las múltiples imitadoras de Ella Fitzgerald. Cecil siempre había odiado aquellas canciones..., lo recordaría años más tarde, ante el rostro cadavérico de su padre, también llamado, como su bisabuelo, Fiodor Fiodorovich.

Las mujeres canturreaban mientras desmenuzaban las grandes hojas verdes, del tamaño de un brazo aproximadamente. El granero olía fuerte, a orina y hembra fértil.

Stanislaus recordaba al intrépido Pierre, con sus espaldas bien formadas sobre Incitatus, el blanco caballo que un día montó su padre Fiodor II, un regalo para su hermano Cecil..., con el sombrero de paja como si fuera un granjero, Pierre jamás perdía la compostura de gran señor. Montaba el corcel, ahora vago y lento como el propio Stanislaus, necio y torpe como Cecil. Ordenaba la recolección durante los calores del mes de junio: el periqueé tenía un proceso mucho más dilatado que el resto de tabacos (dependía del tipo de hoja o de la fermentación).

El Periqueé Absalón cultivado por los Fiodorovich había sido durante años el mejor de los de su clase.

Stanislaus yacía en cama, el segundo pulmón había sido afectado. Quizá en esta ocasión tuviese suerte, tal vez muriese. Cercano, dormitaba su inmortal perro, una mezcla de pastor belga y Golden Retriever, más negro que los pobres trabajadores y, claro está, mucho más respetado.

El jornal era bajo, nunca se quejarían. Pierre pagaba fielmente los salarios mientras Joyce observaba a los empleados, atento a cualquier amago de protesta: enseñaba sus grandes colmillos afilados y no dudaría en morder a cualquiera que se acercase al patrón.

-Ya hubiese querido tus dientes el primer Fiodorovich, chiquitín –decía con sorna Pierre.

Stanislaus y Joyce acostumbraban a dar largos paseos junto al río, horas y horas contemplando el arrollador paso del Mississippi e imaginando una novela por escribir. Le gustaba pescar, aunque no solía coger más de un par de piezas por día en el mejor de los casos. Pierre le miraba, alterado, siempre lo estaba.

-Necesitamos un capataz, Stan. Es un trabajo tan sencillo que hasta tú podrías hacer.

Stanislaus callaba: aquel animal tuberculoso y ocioso nunca haría otra cosa más que contemplar y refunfuñar.

Absalón apenas contaba con diez hectáreas de tierra, nadie quería más. Hacía ya algunos años, con la firme intención de ampliar la plantación, Fiodor II había comprado el área colindante a un alto precio: aún seguía baldío.

-El periqueé es como una vieja prostituta: caros favores y rancios aromas –decía a sus hijos-. Vuestra querida madre no dejará que crezca más que hierva muerta en sus dominios.

El periqueé es plantado en diciembre y recogido con los calores de junio: crece al sol como los esclavos. Es a la vez un tabaco selecto y fuerte, como las canciones de los criados que tanto odiaba Cecil. Tiene un tono seco, no apto para los no experimentados.

-Pero es también aristocrático –decía su padre, con un par de copas de más y la voz afectada, fingiendo lo que nunca podría ser- está desaconsejado para petimetres aficionados a los cigarrillos rubios.

Tabaco rudo, negro azabache, salvaje. Su curación se realizaba en el cobertizo, en una zona aireada. Tras dos semanas, y cuando la hoja adquiría una especie de tono marrón-castaño, se limpiaba y se eliminaba el nervio

central. Después seguían el ejemplo de las antiguas tribus indias: tomaban piezas de una libra, las remojan y las introducían en barriles para su prensado. Era el proceso que daba al periqueé su verdadera dualidad, vulgar y selecto tabaco. Todo dependía de la cantidad empleada de una mezcla secreta de especias y licores a la que llamaban familiarmente “agua”, y estas variedades variaban según la calidad y tono de la hoja. Desde que cumpliera diez años, fue Cecil el encargado de calcular las medidas:

-Hay que escuchar al tabaco hermanito. Si prestas atención, te habla.

Acercaba su oído a la hoja, atento. Nunca falló. Las casas de subastas esperaban ávidas la producción de Periqueé Absalón de aquel año.

El proceso completo dura unos quince meses, en los que el tabaco adquiere su adecuado aroma. No hay manera de acelerarlo, como hacen algunas marcas añadiendo aditivos que perjudican el sabor. El periqueé requiere extremos cuidados, igual que un pequeño lord, y es así maleducado y rudo en sus costumbres, mimado y caprichoso, a veces traicionero.

Stanislaus se levantó. Era una preciosa mañana del mes de junio. Sus pulmones parecían estar bien, ya casi escupía sangre: más por falta de interés que por prudencia, dejaría las labores del campo para Pierre. Joyce esperaba, paciente, su paseo matutino.

1900

Fiodor I tomaría a la viuda Elisabeth como esposa. De su anterior matrimonio con su fallecido socio sobrevivía aún su hijo, Anthony. El ruso le criaba mimándole en extremo. Cuando Elisabeth anunció el embarazo del que sería el primero de los Fiodorovich nacido en territorio

americano, no pudo contener la emoción y la intentó abrazar.

-¿No te parece que he sufrido bastante teniendo que concebirlo? Creo que he cumplido sobradamente con mis obligaciones de esposa.

Pero estos pequeños desprecios no darían al traste con su felicidad. Compró una cuna y acondicionó la casa para la llegada del pequeño.

Aquella misma mañana llegó una visita, un abogado que venía de parte de la empresa «National Railroad and Co» con una oferta para adquirir los derechos de explotación de la línea de tren. Era, sin duda, una suculenta proposición. Fiodorovich dudó unos segundos, justo los que tardó su mujer en levantarse de la mecedora en la que solía pasar las tardes.

-Es una buena idea, querido. ¿No crees que el dinero vendría bien para nuestro Dean?

Le agradó el nombre, al igual que el precio. El ruso se había cansado de las vías y, sobre todo, del interminable papeleo con Nashville.

-Venderemos –dijo el casi siempre callado ruso mientras peinaba su ya crecida melena rojiza.

En aquella ocasión, Elisabeth sí le abrazó. Se podría decir que fue sincera.

-¡El dinero alegra a algunas mujeres más que cualquier sonrisa! –todos rieron en la taberna.

Fiodor I pasó los dos meses siguientes cazando zarigüeyas y ciervos que en aquel entonces abundaban en la región. Le recordaría perfectamente, con sus dos meses de vida: su primogénito... no podría olvidar la cara de su mujer, ¿era aquello una sonrisa? Miró los ojos de la criatura.

Eligieron el nombre del pequeño en honor de uno de los abuelos de Elisabeth, un gracioso funambulista que

terminó sus tiempos destilando whiskey de grano y leyendo libros extraños sobre judíos y números. Dean jamás lloraba y miraba todo como si comprendiera,, con gesto fijo, lo que presagiaba, en palabras de su padre, una gran inteligencia futura.

-¡Cuna de espíritus afectados la familia Fiodorovich! – exclamaba el ruso dejándose llevar por su dramática vena esclava.

-Pues sí tanto se parece a ellos..., deberías cuidarlo como se merece. ¿Qué tal una niñera?

No podría negarla nada. Eligieron la mejor de cuantas candidatas se presentaron: una oriental de estilizados movimientos y preciosa (a la vez que pícara) mirada.

-Sólo lo mejor para mi pequeño.

-Como quieras, maridito. La criada y tú podéis hacer lo que queráis con él. Espero que guardéis silencio al menos durante las tardes. Sólo pido eso.

Dean parecía crecer sin problemas hasta que, cierta mañana de un caluroso junio, dejó de comer. Despreciaba todo cuidado y parecía ausente. El médico no tardaría en dar sus sabios consejos: paños de agua fría para el sofocante calor y el niño recobraría el apetito. El espeso cabello rojizo comenzaba a asomar en su cabeza.

De nada sirvieron las recomendaciones del doctor.

Años después, el bisabuelo de Stanislaus llegó a bromear con la situación:

-Ojalá hubiese encontrado al matasanos que me dio el brebaje y me hizo vomitar la bala. Quizá el hubiese podido hacer algo por el niño.

Dean comenzó a palidecer... sus labios se agrietaron, secos..., pero el joven bribón seguía observando.

Una mañana, el bebé no despertó. Fiodor I salió a cazar igualmente. Habría tiempo para criar niños que

nacieran en una época menos calurosa, sólo era cuestión de planificación.

La dulce criada oriental de gesto pícaro se encargó del cuerpo del pequeño.

Murió con los ojos abiertos.

CAMINO III



1901

Algo en el corazón de Elisabeth había muerto. Se encerró en sus dependencias y, al cuidado de la criada oriental, dicen que arrepentida, lloró profundamente la muerte del pequeño Dean y se escuchó en la casa un profundo silencio.

Fiodor I permaneció en principio tranquilo, leyendo en el recibidor alguna vieja novela de aquéllas que tanto le habían gustado en sus tiempos de soltería. Quizá, entre párrafo y párrafo, su esposa muriera, ¿por qué no reconocerlo? Cuando miró la colada, vio las ropas de Elisabeth manchadas de fiebre, de comida y alucinaciones... corrió a la habitación y llamó por tres veces, como en las historias milenarias. Silencio. Si se acercaba lo suficiente, podía oír a la criada, solícita, fiel como un lobo amaestrado: hablaron durante horas y horas, susurrándose secretos de mujer, bien sabían ellas que Fiodor estaba al otro lado de la puerta, en el pasillo. Aquella tarde aprendió más sobre el corazón de las mujeres que durante el resto de sus días.

Por ello siempre decía que no tenían alma.

Poco a poco, la enfermedad cesó y el aire comenzó a entrar a través de las ventanas de la casa, un apartamento bastante bien acondicionado para las necesidades de una pareja más o menos joven.

—¿Va a morir mi madre? —preguntó una mañana el pequeño Anthony.

Fiodor I no supo qué responder.

—¿Vendrás de caza, muchacho?

El chico asintió.

Anthony tenía por aquel entonces trece años: era vivaracho y poco interesado en cualquier labor que supusiese esfuerzo (característica que se convertiría en tradición dentro del apellido Fiodorovich).

El ruso apuntó con cuidado al ciervo, prudente, oculto tras algunas ramas... es importante mantener el silencio para no ahuyentar la caza... el chico gritó. No, no era un Fiodorovich, pero le había cogido cariño después de todo.

Regresaron y allí estaba Elisabeth, junto a la niñera de rasgos orientales y mirada pícara. El chiquillo corrió a los brazos de su madre. Ella le rechazó con un gesto esquivo. Estaba curada..., pero su corazón se había secado.

-Despide a la asiática, Fiodor -ordenó en presencia de la interesada-. No la necesitaremos más. Te encargarás tú del niño.

Anthony, arrepentido y asustado, tomó la mano de su padrastro que le miró de soslayo. En ese momento, a través de los ojos del muchacho, el primer Fiodorovich comprendió quién era y quién sería: cumpliría con su obligación y pagaría por su bondad, también el chiquillo lo haría.

Fiodor I estaba prematuramente envejecido y lucía ya una calva más que prominente, en contraste con la incipiente melena roja de Anthony que se había dejado crecer por desidia. En pocos meses, entre cacería y cacería, su rostro cambió y pasó de los trece años a los más de quince que aparentaba. Se ensancharon sus espaldas y el niño se convirtió en un hombre adulto.

-Tienes los mismos ojos que mi hijo Dean, muchacho -le dijo un día el ruso antes de matar a un venado-. Siempre abiertos y avispados... Cuando le vi por primera vez estaba enroscado en los brazos de su madre como

una serpiente. Miraba. Si hubiese sobrevivido, hubiese sido un chico listo, como lo eres tú ahora.

Anthony crecía y observaba. Las gentes miraban y sonreían: no podría parecerse más a su padrastro ruso.

Cuando el hijo de Elisabeth cumplió los quince años, le regalaron una escopeta inglesa de caza, con su culata reluciente y su perfecto acabado. Su padrastro había hecho grabar el nombre de Anthony Fiodorovich.

-¿Estás listo, hijo?

Lo estaba.

La caza era entonces un hecho masculino y ancestral..., la sensación de plenitud y hastío cuando se regresa al hogar con una pieza recién muerta. No, esta vez no gritaría. Apuntó despacio y le asestó un golpe mortal. El animal se tambaleó unos momentos y cayó desplomado, manando sangre desde su hocico. Elisabeth esperaba en la cocina:

-Parece que aún vive –decía al quinceañero.

-Mira sus ojos y no los olvides –respondió el padrastro-. Así mueren también los humanos.

Fiodor I nunca fue un buen tirador pero sí un gran rastreador. Podía observar una huella y, rápidamente, adivinar qué ruta coger. No era demasiado complicado, ya que los ciervos estarían cercanos al río. Sin embargo, Anthony le contemplaba con admiración.

Sus nietos recordarían la historia:

-Era su tercer día de cacería..., tenía quince años recién cumplidos y el bisabuelo decidió adoptarlo. No le fue difícil convencer a la madre que ya no quería saber nada del muchacho. Anthony estaba solo, en un páramo del bosque con mucha vegetación. Se tumbó a descansar un poco, aprovechando la ausencia...

Dejó a un lado la escopeta y se echó sobre el mullido suelo. Dicen que se acordó de su hermanastro Dean y de su mirada extraña antes de disparar..., dicen que fue

entonces cuando notó el crujido de las ramas tras de sí y el murmullo. No lo pensaría dos veces el nuevo Fiodorovich: cogió la escopeta y, con los ojos cerrados, disparó... el oso cayó muerto.

Cuando los hombres llegaron a la casa, Elisabeth aguardaba en la entrada.

-¿Qué observaste, hijo? -Anthony se estremeció, era la primera vez que su madre le llamaba así-. ¿Le miraste mientras moría? Dime, hijo mío, ¿qué sentía?

-Miedo, mamá... creo que tenía miedo.

Todos felicitaron a Anthony que ahora parecía mucho mayor. Dejaba caer sus greñas rojizas como las que un día lució su padre adoptivo. Iluminaba su cara una especie de bigote poco poblado que se obstinaba en mantener.

Por las noches, mientras Fiodor I acudía a la taberna local y se unía a algunos compatriotas para hablar con uno y con otro, sin demostrar demasiado interés por nada, Anthony se quedaba en casa mirando por la ventana, esperando que regresase su padre.

-Está muerto -le solía decir Elisabeth.

-Quizá mientas, ¿no es eso lo que hacéis las mujeres?

Había comenzado a fumar (cigarrillos). Tenía dieciséis años.

Una mañana, al volver de la escuela, el ruso tomó a Anthony del brazo. Juntos cogieron la camioneta, pasaron el puente y los terrenos que en un tiempo habían pertenecido al padre de John Martins, el arruinado general. Ante sus ojos se abría una vieja granja. El ruso le contó sus planes.

-¿Te gusta, hijo? -preguntó sonriente-. Me la dejan a buen precio porque ha pertenecido a un negro. Así son las cosas aquí. ¿Hace cuanto has empezado a fumar? Tu primer padre, John Martins, era un mal hombre pero un

gran fumador... quizá no vaya al infierno después de todo.

-Mi madre dice que murió pero yo no lo creo. Volverá, y saldremos los tres a cazar.

-Está muerto, pequeño. Yo mismo le vi en la caja.

El paquete de cigarrillos sobresalía ligeramente de la camisa de Anthony. Tomó uno y fumó con desinterés.

-¿Qué te parecería cultivar tabaco, chico? Es una buena tierra, algo descuidada..., pero en un par de años estará transformada en la mejor plantación del Mississippi.

El chico sonrió. No tendría que volver a la escuela.

1960

Stanislaus regresó dos horas después. Joyce estaba exhausto..., le gustaba el paseo matutino, así podría dormir el resto del día. Al fondo, los hombres terminaban la recolección. Había sido un buen año, uno de los mejores en los últimos tiempos.

Pierre estaba ansioso, quizá Absalón podría recuperarse después de la última temporada, en la que dos heladas consecutivas habían terminado prácticamente con la cosecha. Habría que esperar todavía algunos meses para comprobar los resultados en las hojas verdes... demasiadas manchas significaría el fin. Quedaba poco del esplendor de antaño y su padre, Fiodor II, había abandonado la plantación por mejores compañías. Pierre apenas podía hacer otra cosa que no fuera trabajar de sol a sol durante los meses de cultivo y luego, como buen sureño, esperar a que llegase la noche cada día.

El papel de las paredes de la gran casa, blanco a tonos amarillentos, parecía caerse poco a poco. A imitación victoriana, la mansión poseía un hall central, en el que sobresalía una alfombra roja de extraordinario grosor,

dos sillones negros, una silla y una mesa de mármol. Sobre las paredes, tres generaciones de Fiodorovich se miraban, resueltos en pinceladas ocre. En la parte central, el primer Fiodor, con la elegante melena rojiza y su mirada fina, casi discreta. Ni un solo retrato de mujer.

-¡Maldita manía la de llamar a los hijos igual que a sus padres!

-Si escribiesen una novela sobre nosotros -dijo Stanislaus- no podrían distinguir a unos de otros.

Se debía cerrar rápidamente la puerta para que la arena no irrumpiese en el interior. Cecil, cerca de la cocina jugaba con Mary Maud. Era una criada que llevaba con la familia desde siempre. Llegó una noche de lluvia cuando era apenas un bebé, en manos de su madre, a la que solían llamar la Maud original. Contaban que Mary había pasado algún tiempo en el norte, cerca de Nueva York. Huyó bajo las nuevas promesas de un país sin esclavitud, en el que los sirvientes también tenían derecho a la educación, en el que todas las personas eran nacidas libres... Quimeras.

-Historias de mujeres, Stan -decía Pierre-. Algún día te darás cuenta de la gran verdad: siempre mienten.

Mary Maud vivió en el norte con un hombre blanco que le prometió matrimonio pero nada había cambiado: el progreso prometía damas y caballeros de color paseando libremente por sus calles, pero la realidad era que los negros se juntaban con los negros en lúgubres (aunque alegres) clubs de jazz, y que los blancos acudían a locales respetables (aunque aburridos), atestados de otros blancos. Mary no tardaría en volver, su prometido había encontrado otras aficiones menos saludables pero más llevaderas.

-Lo encontraba cada noche tumbado en el sofá -decía mientras pelaba algunas patatas-. Por más que lo

intentaba, seguía sin poder despertarle. Tenía otras novias, nunca me importó demasiado.

-No se puede retener a un hombre sólo con patatas, Mary –dijo otra de las criadas..., las demás rieron.

-Pero la más peligrosa se llamaba heroína... Sin embargo, contemplé el mundo más allá del sur..., y ninguno de estos idiotas podrá decir eso –hablaba mirando fijamente a Cecil, que tras su caída del caballo parecía dar muestras de un evidente retraso mental.

Dicen que Mary Maud había traído algo más a su regreso: su hija Beatrice. ¿Mentía?

Cecil era un buen chico, con casi diecisiete años que no aparentaba. No le gustaba el baño y pasaba sus horas con las criadas, levantándoles las faldas y jugando con ellas, sobre todo con Beatrice, mulata de afectadas maneras y bella voz, hija de la aventurera Mary Maud. Cecil reía y lloraba casi por igual, sin importar el momento o la situación, Beatrice solía cantar para calmarle. Canta, Beatrice, canta. Tenían una relación algo especial, el chico a veces la trataba como a una madre, otras como a una hermana mayor y, a veces, pocas, sus inexpresivos ojos lanzaban una llamarada pícara..., era un breve momento pero era algo más que una mirada inocente.

-Al fin y al cabo es un hombre –decía la misma criada.- ¡Se comportaría de la misma manera si no fuera idiota!

Beatrice se encargaba de limpiar los suelos y ayudar en la cocina. Fiodor II se obstinaba en mantener el servicio aunque ya nadie necesitara tantas sirvientas. A veces, Joyce paseaba también entre sus faldas, esperando un buen trozo de carne.

-Vete de aquí, perro estúpido –protestaba Mary Maud.

Cecil parecía entonces sumirse (aún más) en su condición de enajenado mental y no se apaciguaba ni ante las tiernas miradas de Beatrice. Sus ojos se transformaban

en los de un lobo y enseñaba los dientes, como un hermano que protege al otro. Las criadas le temían, ¿qué no sería capaz de hacer aquel retrasado?

-Toma, chiquitín –el can recibía un buen pedazo de pan del día (las criadas sólo podían tomar pedazos sobrantes). Cecil volvía a su estado de felicidad permanente. Joyce parecía querer sonreír.

A algunos metros, rodeando las tierras de labor, se encontraban las cabañas de los trabajadores. Allí, sin diferencia de sexo y condición racial (los Fiodorovich se jactaban de ser unos pródigos liberales desde que contrataban cuadrillas de bicolor) vivían los criados separados en dos chabolas (ser demócrata no significaba contradecir las normas sociales en cuanto al pudor).

Los señores, incluidos los canes por supuesto, dormían en la casa grande, bastante más alejada de la plantación.

La ya madura Mary Maud, a veces ayudada por Beatrice, se encargaba de las comidas de mediodía: jamás se cenó en la casa hasta la muerte de Virginia Fiodorovich. Decían las malas lenguas (que suelen ser femeninas y ser parte del “servicio” de la casa) que la señora Maud tenía debilidad por Mark O’Shea, un irlandés abstemio que solía cumplir con las labores de bedel. Desde su cabaña solitaria –era el único hombre del servicio-, en la oscuridad, Mark miraba las estrellas con un vaso de bourbon en la mano..., como si los hados se fuesen a escapar.

Joyce dormitaba junto a Stanislaus la primera parte de la noche para más tarde vigilar la entrada y la llegada alcohólica de su padre Fiodor II. El can quería ser siempre quien saludara las borracheras del dueño.

El día en el que Cecil cumplió los doce años, su padre decidió regalarle el mejor caballo español que existía en el Estado. Era un muchacho perspicaz y alegre, muy atento en la escuela (asunto que importaba más bien poco a Fiodor II). Espigado, inteligente, con esa media melena rojiza emblema de la familia... Mientras Pierre se mostraba poco indulgente, incluso avaro y vulgar..., mientras Stanislaus enfermaba una vez más..., Cecil era afable y cariñoso con todos, educado e íntegro.

Virginia vigilaba desde la ventana.

-Éste es Incitatus –el padre acariciaba las crines del corcel-, se llama así por el caballo del emperador romano Calígula, un buen tipo que, sin embargo, no supo hacerse entender por el Senado. A cambio, le vilipendiaron y el emperador nombró senador a su Incitatus.

Pierre montó en cólera. Stanislaus esperaba pacientemente, cerca del establo.

-Es tuyo, Cecil –continuó Fiodor II-. Ahora, dómalo. Ten cuidado, es un ejemplar salvaje, el mejor de cuantos hay por aquí. Un caballo es como una persona: hay que ganarse su afecto.

Cecil tomó muy en serio las palabras de su padre y cumplía los consejos con esmero. Dormía y comía junto a él. Una mañana, cuando el animal estaba tranquilo, Cecil despertó ante la mirada de su hermano Stan.

-¿Podrás domarlo? –preguntó Stanislaus.

-Es salvaje –respondió Cecil-. Aún no está preparado.

Stanislaus, dos años mayor que Cecil, se acercó a éste y habló, otra vez más.

-Pierre es un miserable... y quiere quitarte a Incitatus, ¿dejarás que lo haga, hermanito?

-Nuestro padre ha dicho que hay que esperar, que aún es pronto.

-Míralo, ahí está, esperando tu fracaso, ¿lo permitirás?

Cecil se acercó y acarició al corcel.

-¿Estás preparado, pequeño? –preguntó al caballo el menor de los hermanos.

-Mira sus ojos, hermanito, ¿qué ves?

-Son profundos.

-Quiere cabalgar contigo, míralo.

Stanislaus se marchó, con media sonrisa pintada en su rostro... todos odiaban a Pierre.

Dos días más tarde, y ante la atenta mirada de su padre, Cecil montó por primera vez a Incitatus... Corría como el viento, saltaba peñascos, rugía. Era un gran caballo, y el pequeño sonreía mientras su hermano Pierre le espiaba, siempre celoso. Tomó la senda que llevaba al pueblo y aceleró el troté hasta que se perdió de vista. Le gustaba al viejo que su hijo corriese libremente... ¡Ya era un Fiodorovich!, y los hombres no podían vivir pendientes de las faldas de una madre, debería aprender pronto lo que era la libertad.

-¡Galopa, hijo mío, galopa! –exclamó orgulloso.

Bajo la sombra del sauce, Stanislaus esperaba. Al caer la tarde, Cecil aún no había regresado.

Descubrirían su cuerpo caído al lado del caballo. Éste pastaba parsimoniosamente. De su cabeza manaba sangre y parecía inconsciente. Le llevaron a la casa y llamaron al médico.

-Sólo podemos rezar por él –dijo el matasanos, siempre con la misma letanía.

Se había fracturado los dos brazos y tenía el cráneo abierto.

-Compresas frías.

De nada sirvió.

-Háblenle.

Y su padre permaneció junto a él, contando viejas historias del sur.

-Quizá con estas pastillas...

Silencio.

-¡Aire, abran las ventanas...!

Y los tragaluces permanecieron sin cerrar durante una semana. Cecil respiraba profundo, en coma. La hemorragia había claudicado pero las fiebres no bajaban.

Cuando ya todo se daba por perdido (y el médico se había marchado aduciendo una falsa llamada de un pueblo cercano), Virginia dejó su clausura y acudió a ver a su hijo moribundo. Atrancó la puerta. Dicen que los criados escucharon susurrar a la madre, que al fin le hablaba. Dicen que, al salir de su cuarto, sonrió por primera vez. Dicen que, tal vez, le quería.

A los pocos minutos, Cecil se levantó de la cama, tranquilo. Abrió la puerta del despacho de su padre y habló... aún infectado, tartamudeando, siempre enfermo.

-¿Verdad que Incitatus es negro?

Nunca volvería a ser el mismo.

ESFERA II: ABSENTA

הכמה

Abenarabi se extendía sobre la colina, imponente. Ciudad de reyes y dioses, fundada en torno a la milenaria roca de Em, contaba sus años como el emperador cuenta sus días, cuna de religiones y profetas. Olía a nuez y azúcar, a miel y ceniza.

La ciudad descansaba, ya cercana la noche, sugerida en un cielo pálido y ocre. Stanislaus aspiraba las últimas briznas de tabaco en la vieja pipa Dunhill y su dichoso punto de calidad que, reverso y contradictorio, se situaba contrario a su natural dialéctica. Había sido un regalo de uno de esos comerciantes, extremadamente educado, afable, conservador y esteta: un ser odioso. Cada una de las pipas que tenía se comportaba de una manera especial... La Dunhill no gustaba de baños de sal o limpias cuidadosas, de reparaciones o demás caricias: debía conservar el olor de las mil picaduras distintas que habían bañado aquella selecta cazoleta. Recordaba ahora al comerciante, de avanzada edad pero de salud intachable, con tono distinguido, viudo y, por tanto, feliz entre las calles de la ciudad milenaria. Cómodo entre la gente, casi sonreía en un eco distante. No había necesidad de un trato cercano ni íntimo, tan solo un par de palabras amables. Era la sociedad patricia de embajadores y nuevas estructuras, muy alejada de los Martins o Fiodorovich que poblaban el Mississippi cuando era un niño. Stanislaus estaba a gusto entre ellos, en su respeto poético, a veces fingido entre silencios incómodos. Quizá por eso había elegido Abenarabi, un pequeño Hades de razas mezcladas, de barrios separados por hermosas leyendas. Tres alcaldes regían la ciudad, o lo que quedaba de ella,

uno por cada religión. Estaba cansado... ¿Por qué terminar así? ¿Quizá el destino? No era un gran hombre ni era un hombre cualquiera, era aquello de lo que siempre había tratado de escapar: un hombre de su tiempo.

La abuela de Stan, la señora York, tenía varios hermanos, aunque ninguno la visitó jamás. Recordaba la vieja casa, rodeada por sauces, tan típicamente sureña que parecía sacada de una película de los años treinta. Ella permanecía eternamente sentada, en su gran sillón de matriarca, mirando por la ventana.

-Parece que lloverá.

En alguna ocasión, bajaba la vista y contaba algún cotilleo, lejano. Esperaba la anciana, siempre esperaba.

-¡Han muerto!

Nadie sabía muy bien a quién se refería. Su marido se movía, ligeramente, era la señal: un par de órdenes, bajaba la mirada, susurraba... Callaba.

-¡Apártate! Quiero mirar.

El abuelo York permanecía tranquilo, sin moverse. Despacio, se apartaba, ¿habrá vuelto al fin a la cordura?

-Los asustas a ellos pero no a mí, reliquia inútil – replicaba la dama, que ya comenzaba a estar fuera de sí-. ¡Aparta, vejestorio!

Y su marido apartaba la silla ante la atenta mirada de su hija Virginita que aprendía cada día las mejores artes. Con la cabeza baja, marchaba, humillado y mil veces vencido..., prefiere el fósil callar.

-Míralo, niña... No te cases nunca con alguien como tu padre o todos se reirán de ti. ¡Mereces sólo que te escupan, sapo!

-¡Ladra, ladra! -contestaba el abuelo antes de cerrar la puerta tras de sí. En los bolsillos de su americana llevaba un par de pipas, suficientes para pasar una tarde relajada.

Las mujeres quedaban solas, los rostros de las dos Virginias se relajaban.

-Parece que lloverá...

Quizá, al final, alguno de sus hermanos, esta tarde sí, la visitase.

Sombras e historias planeaban ahora, mientras tomaba la bocacalle en dirección al callejón..., una gran mujer la abuela después de todo. Se reconocía ante el espejo de su abuelo el coronel, otro militar más en una tierra de caballeros y gandules. Admiraba a aquel hombre que le había contado innumerables historias de traición sobre las aguas cansadas del gran río... hablaba despacio primero para luego acelerar el ritmo, una anécdota, tres balas que silbaban... Por las tardes, antes del accidente de Cecil, daba largos paseos junto a los tres hermanos. Desde la ventana, las dos Virginias, observaban su regreso.

-¿Veis? Mis mujeres esperan que vuelva -el abuelo James reía por un momento-. Cuando seáis mayores, tal vez tengáis a alguien esperándoos, pequeños.

-¿Por qué no las llevas a ellas a dar un paseo también? -preguntó Stanislaus, ya un poco malvado.

En la casa, el anciano comentó a las damas lo que el niño Stan había sugerido:

-Ya me lo advirtió tu madre -Virginia York giró el rostro, sin mirarle-. Te conozco, estúpido, yo no voy contigo a ninguna parte. ¡Vamos! ¡Muévete!

Y el coronel sonreía, por encima de su bigote y de las maneras déspotas de su mujer. Fiodor II permanecería algunos minutos junto a las señoras... sacaba su pipa. Los hermanos estarían ya alejados, en el páramo más cercano a la finca, en el lugar en el que, años atrás, se encontraban los columpios. Su propia madre los había hecho quitar cuando Pierre nació: es un niño.

-No dejes que se diviertan demasiado, hija... o criarás holgazanes.

Frente al café "Yareah", Stan recordó el rostro de su abuela.

-Dejadme pasar –imprecó la sombra.

Llamó tres veces, como en el poema. Tomó el pomo y lo giró. Desde el otro lado, la mano de su madre le impedía la entrada. Su madre se mantuvo íntegra: ¿había que proteger a los niños? Los tres hermanos continuaron en el sitio. Al fin y al cabo, los Fiodorovich eran unos holgazanes de la mejor clase. Estuviese donde estuviese, Virginia-madre ardería en el infierno como un buen tabaco azucarado, como un excelente burley.

Los tabacos del tipo burley tienen un toque marrón (muchas veces logrado a base de tratamiento químico) y son muy aromáticos. Stan despreciaba las mezclas basadas en él. Como en una buena comida, el gusto dulce ha de ser sólo un aditivo, casi imperceptible. Abusar de los aromáticos en la composición era motivo suficiente de desaprobación para cualquiera que se precie de buen fumador. Pero el burley tenía algo que le distinguía del resto: una vez recogido y reposado, las hojas se someten al proceso de tostado, lo que da un aroma sutil y un gusto acaramelado al conjunto. En ocasiones, se logra un tabaco excepcional que domina sobre el resto de la mezcla, erigiéndose victorioso por encima de casi todos los otros (sólo el latakia o el periqueé eran capaces de vencer en un combate equitativo). En otras, el resultado es lamentable.

Stanislaus Fiodorovich respiró aliviado, sonriente, olvidando viejas historias de juventud. Tomó una nueva pipa y, despacio, la rellenó con burley y virginias. Sí, también ella se quemaría junto con las hojas desmenuzadas: arde y espera, Virginia.

Resultaba extraño no sentir dolor alguno a pesar de la enfermedad. Casi podía imaginar el rostro del pequeño Dean antes de su nacimiento, en el interior de Elisabeth... aquel bebé que murió a los pocos meses de empezar a vivir. Abre los ojos, pequeño, mírame.

-Dime cómo te sientes, pequeño -imaginó sus facciones rotas, sus labios deshidratados y su mirada perdida que observaba atenta-. Cuéntame, dime qué se siente al morir, Fiodorovich.

Dean no cerraba los ojos, listo y vivaracho..., ya asomaban los cabellos rojizos, heredaste también..., aprendiste a ser cruel desde la cuna....

-Humo.

Sin quererlo, avergonzado, el fumador casi pudo comprender: murió con los ojos abiertos como dos lunas llenas.

El cartel del café anunciaba el texto en hebreo, sin puntos diacríticos: לֵיְלָא, “luna”. Algunos curiosos esperaban, un cartel sucinto informaba de la conferencia.

La Chimère

Extraña manera de pasar sus últimos días, ¿sus últimas horas?

“La Chimère” fue uno de esos artistas de la generación francesa anterior a la gran guerra: “burgueses que escribían para burgueses”. Stanislaus no veía en sus textos más que otro simple poetastro imitador de Byron. Espejos encerrados en sus seguros reflejos.

Guillerm “la Chimère” Pradel había nacido en el París de 1878. Había sido un admirador más de la “poesía perdida”, pero pronto se convertiría en un autor para exégetas y aspirantes a críticos. Apenas se sabía nada de la vida de Monsieur Pradel y en las numerosas -pero pocas- librerías de Abenarabi su nombre y obra habían sido poco

menos que olvidados. Hacía algunos años había leído una reseña biográfica del misterioso autor y su curiosidad le había llevado a investigar en la Francia de la Tercera República. Sabía que su padre había muerto en un accidente y que su madre le había dejado una pequeña renta con la que poder mantenerse el resto de sus días.

-Escritores inútiles -pensaba Stanislaus mientras se mesaba la barba y comprobaba, invisible, el recorte perfecto-. Pradel conservaría siempre su aspecto disoluto, algo cómico. Las fotos hablan y no te fue bien: viviste finalmente de la caridad de tus amigos, escasos pero fieles, casi con un sentido poético de la indigencia.

Stanislaus entró en el local, donde se servía té en mesas dispuestas especialmente para la ocasión. Tomó su pipa y sonrió, siempre le había gustado el tono de sublime estupidez de aquellos seres insignificantes, pugnando en vano por atraer a la oveja del sexo contrario. La Savinelli -una de las pipas italianas más afamadas- producía un humo espléndido, pétreo... al poeta de versos cobardes le hubiese gustado.

Pensaba en “la mezcla” aún por terminar. Durante años la había ideado, la mezcla perfecta que llenase su paladar... ¿una pizca de burley? Muy poco, o sería vulgar. Siempre había sentido curiosidad ante el reflejo prestado de los minúsculos y profundos ojos de Dean clavados en el rostro de su madre, del primer Fiodor que no vertió una sola lágrima, como si ya conociera el triste final.

No fue hasta 1864 cuando un cultivador de Ohio logró por casualidad una hoja deficiente de clorofila. Es lo que hoy llaman el burley blanco que, mezclado con virginias y otras variedades de relleno, produce la denominada “picadura americana” (o blended) con la que se elaboran los cigarrillos rubios: repugnantes, mediocres.

“La Chimère” había fumado pitillos: nadie podría escribir un poema decente rodeado de lo ordinario.

Arrancó una brizna, sostenida con los dedos índice y pulgar, y cargo la cazoleta. Presionó, un poco más, de nuevo. Estaba lista. Era una mezcla amable, de ésas que no desagradarían a trovadores risueños. Cogió del bolsillo exterior de su americana (corte cruzado) el atacador de plata y presionó el conjunto -no demasiado, le gustaba el buen tiro-. Una dama le miraba con la peor de las desaprobaciones, la femenina. Sonrió por un momento: era mejor no prestar atención a aquellos insectos insignificantes, puede llegar a producir desasosiego.

Pidió absenta y preguntó por la conferencia. La camarera era una muchacha grácil, con la única virtud de un rostro bello que dejaba aún más a la vista su casi total falta de educación. Su camiseta entallada y sus formas marcadas no daban lugar a dudas: el crédito se cobra en base a intereses, es lo que llaman “amor”. Su amante estaría sentado en la barra, mirando con celo a todo aquel que pusiera su mirada en ella. Curioso mentecato, la muchacha coqueteaba con todos y todas, rozando distraída a los clientes, mirando a un lado y a otro, divertida y segura.

La charla tendría lugar en el salón interior del café. Había estado otras veces allí pero no por ello el local se había vuelto más elegante. Incluso Pradel se hubiera sentido cómodo en aquel tugurio que aún conservaba la distinción de lo necio. Las mesas, con un mármol gastado, amenazaban con separarse del soporte, de hierro viejo y oxidado. Éstas se disponían de manera rectangular permitiendo el libre paso por la zona central. Así, los asistentes podrían mirar a otros lados so pretexto de observar a su interlocutor. Las sillas, forradas de un material similar al terciopelo (que el fumador no

adivinaba a distinguir) estaban construidas de la peor madera de pino y su crujido se hacía evidente a cada movimiento. Sobre sus cabezas bailaban imágenes, en los tan tópicos como socorridos espejos, que dibujaban siluetas y gestos torcidos. El café "Yareah" tenía sin embargo algunos atractivos pintorescos, y es que atesoraba algunos vicios de antaño, como la venta de cigarrillos en unidades y unas lastimosas escaleras que llevaban a unos aseos en los que ningún caballero se hubiese atrevido a entrar.

Pero Stanislaus no era un caballero.

Tomó asiento y esperó su bebida. Si la mujer volvía a entornar la vista con tono de desaprobación, Stan le devolvía una sonrisa bañada en humo espeso. Regresó la camarera, ante la atenta mirada de su amante. Aquellas jovencitas siempre estaban buscando algo mejor, y el petimetre de la barra bien lo sabía. Vestido de manera modesta, parecía un buen muchacho, y se notaba en su rostro la mirada de un amor quizá verdadero, aún leía novelas en los ojos de las mujeres. La camarera sonrió al fumador, coqueta y falsa, dejó un terrón de azúcar, un fósforo y la cucharilla agujereada. Al menos aún quedaban lugares en los que se podía beber con cierto estilo.

El simbólico nombre de "la Chimère" bien merecía un brindis, era un buen apodo para un artista mediocre. La muchacha dispuso la cuchara y el azúcar sobre el espigado vaso, y vertió el verde contenido en él. Conocía bien el procedimiento: llevar el terrón compacto a la boca y saborear las primeras gotas de absenta amarga. Stanislaus no era amigo de costumbrismos, así que revolvió el azúcar y éste se disolvió completamente.

Aquella absenta, de la variedad española, impregnaba su olfato de un fuerte aroma anisado. Bajo el

sobrenombre de “El Hada Verde”, la absenta había sido consumida principalmente en la Francia de principios de siglo debido a la fuerte y precipitada subida del precio del vino que había motivado una mala cosecha. Las gentes, ávidas de un producto más económico, tomaron este destilado del ajeno y su consumo se extendió por todo el país. Cuando bajó el precio del vino, los franceses aún seguían seducidos por los efluvios de este producto barato y de fuerte contenido en alcohol: había que hacer algo. Los productores de vino instaron a las autoridades a prohibirlo, acusando a la bebida de “fuertes efectos psicotrópicos”. Se popularizaron entonces mil leyendas en torno a las consecuencias perniciosas del verde licor. El más gracioso, y por ello el más popular, era conocido como “El crimen de la absenta”, en la que un saleroso hombrecillo asesinó a su familia tras consumir un vaso del (cuanto menos) prodigioso brebaje (lo que no citaban los diarios de la época es que el simpático tipo solía consumir, como beatífica costumbre, varias botellas de vino al día). El gobierno galo prohibió el consumo y la venta de la absenta. El resto de países, lógicamente, copiaron las restrictivas medidas al instante (ya se sabe, la estupidez y la enfermedad se extienden más rápido que la prudencia, siempre fue más fácil imitar los pecados que las virtudes). Después, sólo se permitió su venta y producción en España y Portugal, y en algún que otro lugar perdido como Abenarabi en el que se prefería mantener contentos a los ciudadanos y no preocuparse. Para el resto de países, habían quedado otros sub-productos, de sabor similar, pero de escaso contenido alcohólico.

España era el único lugar en que aún se destilaba directamente del ajeno según su fórmula original. Los efectos, lejos de hacer ver duendecillos, consistían en un fuerte adormecimiento y sopor, seguido por un

entumecimiento de los sentidos que distaba bastante de poder ser calificado de simbólico. Las famosas visiones psicodélicas eran producidas por los tujoles (que contenían elementos químicos similares a los de la marihuana). En realidad, presentaba tan baja cantidad de sustancias psicotrópicas que un individuo debería beber unos veinte vasos de absenta para poder sentirlos mínimamente. Stanislaus bien sabía que ya cinco producían una ebriedad considerable, casi enfermiza. Sólo tomaría cuatro, los justos para no sentir náuseas en la conferencia (y los suficientes para no prestar demasiada atención). ¿Dónde estás, pequeño Dean? El fumador no conseguía encontrar todavía el dolor.

Todavía quedaba media hora para el inicio de la charla. Había un par de tipos raros que, como él, esperaban a que el tiempo pasase. Ya no tenía la manía de llegar con puntualidad a las citas, sino simplemente el aburrimiento de no tener nada que hacer desde que se levantaba. Baudelaire lo llamó "spleen" (en realidad sólo tomó prestado el concepto de los humores clásicos de la cultura helénica, concretamente de la "bilis negra"), y es ese hastío vital que hace consumirse poco a poco a aquél que lo padece. Era sólo tedio, el mismo sopor que se siente cuando nadie espera en casa o cuando nada resta esperar de la vida. Stanislaus jamás sintió "spleen", sólo monotonía. La enfermedad estaba ahí, presente, amenazando con consumirlo.

Se observaban unos a otros reconociéndose entre iguales. Había alguna que otra pareja, con el rostro estúpidamente interesante de él, la mirada ingenuamente lacerada de ella, fingidamente embelesada siempre. Durante demasiados años, los había visto pasar de un café a otro, distintas máscaras en las mismas expresiones y forma. Observaba a un grupo de ancianos charlar

graciosamente, no podía escucharlos. Estaban también los solitarios, a veces con algún libro en tono forzado, esos jamás leían, sólo observaban las presas que nunca caerían, como un cazador sin arma. A veces acudían muchachas jóvenes, muchas de ellas incluso atractivas, y coqueteaban con los literatos desmarañados. Alguna miradas perdidas, nada más.

Las puertas de la sala interior se abrieron despacio. Stanislaus tomó el vaso de absenta y se apresuró a entrar para poder elegir el lugar adecuado. Había unas veinte sillas, dispuestas en forma de rectángulo en torno a unas mesas: el siempre seguro espíritu del comerciante. Se sentó en la zona más alejada, en la que probablemente ningún otro se sentaría.

Muchas veces, incluso se podía ver al propio interlocutor presa de las garras de la bebida, momentos curiosos, en los que se daba cuenta de su propia falta de capacidad y comenzaba a sudar a borbotones. No conocía al orador, probablemente algún presumido con demasiadas lecturas sobre “la Chimièrè” y escasa imaginación, era el signo de los tiempos. La convocatoria de aquellos actos era escasa, pero terminarían por juntar en torno a veinte personas, aburridas y sin nada que hacer como el propio fumador, que escucharían una charla que nada aportaría sobre el tema tratado.

Entró una joven con aire intelectual, pero exhibió también sus formas. Dos jóvenes pidieron vino suizo, blanco.

Sin dilación, un individuo rollizo con sombrero y barba sin cuidar entró y se dispuso en la parte central: el conferenciante, sin duda. Miró al auditorio, muy nervioso, y llamó a la camarera.

Todo estaba listo para comenzar.

Habría que celebrarlo: estaba enfermo, Stanislaus pidió otra absentia.

CAMINO IV

7

1912

La casa fue proyectada por el propio Fiodor Fiodorovich I: dos pisos, al viejo estilo colonial; en la parte baja se situarían el comedor, la biblioteca (ciertamente, el ruso era bastante ingenuo), la cocina y un cuarto de estar secundario; en la primera planta se ubicarían los dormitorios, ocupando el suyo la parte central. La fachada se adornaría con un porche corrido, sujeto por dos grandes columnas con capiteles.

Todo el conjunto estaría pintado de blanco.

Desligado de la construcción desde que abandonase el negocio de los ferrocarriles, Fiodor I confió el proyecto a Raoul W. Hendry, un capataz local. Las cosas se tomaban con calma en el sur..., pero Hendry era ya exasperante: tardó dos meses en contratar a los obreros, dos más en reunir los elementos para la obra, dos menos un día (siempre son de agradecer los adelantos) en tenerlo todo listo y disponerse para el trabajo.

Nada más empezar, cayeron las primeras lloviznas, leves... ¿nada de lo que preocuparse? El equipo multicolor de trabajadores estaba listo y -apréciese- deseoso de comenzar tras varios meses de dilaciones. Primero fue una lluvia fina que mojaba sus calvas..., luego un agradable chaparrón (de esos que gratifican al reverenciado Mississippi)..., después un insistente aguacero... para terminar en un diluvio torrencial que dejó a todos en las tiendas durante otras dos semanas.

Cuando el tiempo mejoró, Hendry enfermó gravemente y el médico dictaminó difteria. Sin embargo,

no iba a evitar un simple catarro que Fiodor I realizase sus propósitos. El pionero compró el mejor caballo que encontró, de raza española, negro y rápido como el viento, tomó una botella de whiskey y se trasladó a la tienda de los empleados: la mano de obra no faltaría jamás. Hendry murió al poco tiempo mientras los obreros clavaban las primeras tablas. Un año y noventa días después del "inicio", los cimientos habían sido colocados.

Una tarde en que los cerca de veinte empleados descansaban, dicen que una mujer blanca se acercó y les ofreció limonada. No estaba el capataz (el propio Fiodor) y cuando llegó, no se sorprendió.

Elisabeth.

Entonces el ruso comprendió lo que todos necesitaban. Dio a los hombres algunos días libres y volvió a su abandonado hogar junto a su mujer.

A los nueve meses nació un niño.

-Será mejor no encariñarse con él, son tiempos duros - dijo la esposa.

Las obras continuaban y el segundo de los hijos de Fiodorovich murió también, esta vez sin nombre. Nunca más volvería el matrimonio a intentar tener descendencia.

Elisabeth estaba ahora un poco más relajada, sin la imperante obligación de traer más pelirrojos al mundo: con Anthony bastaba, y era sólo suyo. Trajeron las columnas desde Europa (a un precio desorbitado), y las paredes del piso principal fueron cubiertas con el papel más elegante que encontraron (y, por tanto, el más costoso). La viuda de Martins dirigía las obras paralelas de la plantación (Fiodor I se había obstinado en que se realizaran al tiempo que las de la gran casa blanca).

La esposa del ruso se sentía feliz y Anthony vagaba por la plantación relajado y conversaba continuamente con los obreros.

-¡Déjales en paz! A este paso no terminaremos nunca - interrumpía su preocupada madre. El adolescente daba una vuelta a la finca y, veloz, regresaba de nuevo, obstinándose en no comprender los cuchicheos.

-Al menos, se nota que es hijo mío: tiene voluntad para desobedecer -afirmó la todavía bella mujer.

Fiodor I no era un granjero, ni siquiera un comerciante. Nada sabía del tabaco, tan sólo que le gustaba fumarlo. Ahora, imitaría los ademanes propios de un caballero sureño, hablaría con su marcado acento provinciano, vestiría como ellos: traje blanco impecable y sombrero..., el bigote encanecido. Diez años después de su llegada, el ruso se reconocía más oriundo del Mississippi que cualquier otro Percy. Cuando terminaban las tareas del día, solía dar un paseo junto a Anthony, como un vaquero orgulloso que contempla el fruto de su trabajo. Los atardeceres eran sosegados y se escuchaba desde la tienda de los siervos alguna canción evangélica.

-Sólo nos queda plantar, hijo -sentenció.

Aquella tarde, cuando padre e hijo adoptivo decidieron comprar aquel terreno, ambos se dijeron a los ojos algo más que palabras: no cabía el fracaso.

-¿No querrás que soportemos el sudor de los criados en verano? -preguntó con la delicadeza que la caracterizaba.

Elisabeth mandó edificar una pequeña cabaña (en realidad, cuatro tablas de pésima calidad) donde deberían dormir los sirvientes. Necesitarían dos criadas (las familias honorables mantenían siempre a más de una) y un hombre para las labores más arduas, como reparar cañerías y arreglar goteras. Dispondrían un cercado en torno a la plantación de tabaco (también era una cuestión de orgullo personal).

El ruso estaba de acuerdo. Cuando las obras de la casa terminaron, era invierno y había tiempo suficiente para contratar a alguien. Fiodor I tomó el caballo y se dirigió a Nashville, mientras Anthony y Elisabeth preparaban el traslado de los escasos muebles desde el pueblo a la finca. Quedaba poco del dinero que habían obtenido de la venta del ferrocarril: suficiente.

Regresó a los tres días. Traía consigo un nombre: Tom Flaherty.

Anthony se afanó en parecer mucho mayor de lo que era. Estaba preparado. Ambos se miraban, tenía que ir bien. Era cuestión de vida o muerte.

1957

Cecil nunca volvería a ser el mismo. Su cuerpo, su perfil descuidado y sus andares torpes le delataban. Sin embargo, aunque era consciente de su retraso, nunca pareció importarle. Su única labor en la plantación - calcular la cantidad de "agua" precisa para el fermentado del tabaco- la cumplía a la perfección. Este trabajo le ocupaba un día del año, el resto lo podía malgastar como bien gustase.

Pero Beatrice era diferente, pronto lo supieron.

La hija de la segunda Mary Maud era una joven preciosa, amable y cariñosa. Cuidaba la chica con esmero del pequeño y accidentado Cecil como si de su hijo se tratase.

-¡Idílico! -decía con sorna Virginia Fiodorovich, en una de las escasas ocasiones en las que salía de la casa-. Algún día podrás parir un hijo tan idiota como éste, pero además el tuyo será mulato.

Canta, Beatrice, canta.

Todos callaban en la casa cuando la madre hablaba, todos menos la rebelde Beatrice. Cuando la joven tenía alguna tarea que cumplir (y no eran pocas, ya que Mary Maud pronto la acostumbró a su oficio), el muchacho se mostraba callado y rehuía la compañía de los otros. Con Stan permanentemente enfermo y Pierre haciendo las labores de capataz de la plantación, poco había que hacer, salvo dar paseos con Joyce, negro can ajeno al tiempo. Pero donde Cecil se encontraba a gusto era en el establo. Desde el accidente, ambos habían compartido el secreto de aquellas horas en las que todo cambio. Habría llegado a ser un buen chico, no cabía duda, pero el futuro se había torcido para el pequeño de los Fiodorovich. Mientras los otros hermanos buscaban alguna forma de entretenerse (Pierre dando órdenes y Stan buscando un lugar cómodo en el que morir), Cecil se conformaba con corretear detrás de las sirvientas. No, ya no era "hijo del dueño" sino otro esclavo más junto a su adoptiva madre mulata. El primogénito le vigilaba de cerca, embutido en el sombrero tejano que nunca abandonaba, no podía evitar sentirse de algún modo culpable por lo sucedido; Stanislaus, por el contrario, le tenía afecto, sincero por aquel entonces, mucho antes de que todo se precipitase.

-El idiota traerá problemas -decía el mayor de los hermanos.

Cecil se levantaba, el chico sólo tenía ojos para la hermosa Beatrice, su protectora. Pierre miraba de reojo. A veces, su padre no estaba ebrio y contaba, como si fuese una letanía, alguna historia que ya había repetido mil veces.

-La palabra "periqueé" proviene -decía el ya viejo patriarca- de la síntesis entre el lenguaje Cajuna y el inglés. "Prick" se refiere a la forma espigada que adquiere el tabaco después de los procesos de prensado.

Sus hijos intentaban comprenderlo, no sin cierta lástima. Pierre (que debía precisamente su nombre a Pierre Chenet) era el primero en hablar abiertamente.

-Conocemos la historia. La sabíamos antes de que la hubieses contado.

-¿Soy un pobre viejo?

Callaban los hermanos: lo eres, padre. El anciano cerraba los ojos y, tras un momento, marchaba.

Las mujeres solían bromear con las implicaciones sexuales de la palabra, mirando a veces al abobado hermano, coquetas y preguntándole por la espiga. Cecil las besaba amablemente en la frente. Una tras otra recibían los abrazos y cariñosos desmanes. Todas menos una: su querida Beatrice. También la miraba el mayor. La muchacha, consciente de su atractivo, se dejaba examinar

¿Alguna mujer no lo ha hecho?

1913

Tom Flaherty provenía de otra típica familia acaudalada: militares durante la guerra, tratantes de esclavos después, cultivadores de algodón y... finalmente de tabaco. Conocía todo aquello que ha de saberse sobre la plantación y los campos, sobre los sembrados y las semillas.

Desde finales de siglo, los Flaherty se habían dedicado al cultivo del burley. Pero el pequeño Tom -la oveja negra de la familia-, no conforme con la vida cálida que ofrecía el negocio familiar, decidió abrir sus miras hacia horizontes más amplios: primero fue un extraño negocio de tintes basado en la "limpieza en seco" (¿a quién diantres se le podría ocurrir invertir su capital en semejante desatino?); luego serían carburantes y un nuevo sistema de propulsión que no llegó a buen puerto...; más tarde, y ya sin la confianza de su padre, solicitó su parte

de la herencia y la invirtió en un dudoso negocio de aves. Sí, Tom quería volar, como aquellos pollos que en vano intentaban levantar los pies del suelo, siempre sin conseguirlo. Aún joven, el mayor de los tres hermanos Flaherty se había convertido en todo un perdedor, de esos que tanto gustaban al padrastro de Anthony.

-Cuando se pierde el ímpetu juvenil -decía el primero de los Fiodorovich- es cuando realmente se empieza a vivir. Si te arruinas, amigo, te conviertes en sabio.

La “mansión” se había terminado en el plazo previsto. El bueno de Hendry, el hombre que comenzó la obra, fue enterrado a pocos metros de la plantación. Cuando Elisabeth llegó, ya con la casa pintada y dispuesta, miró hacia la tumba y sonrió.

-Es un buen sitio, cerca del tabaco. Servirá de abono. Al fin parece que empiezas a tener buenas ideas, esposo.

Fiodor I la soportaba estoicamente, como suelen hacer los maridos que temen ser envenenados.

-Tom Flaherty será el encargado de los cultivos. Vivirá en la casa con nosotros.

Elisabeth calló, por primera vez en su vida: mala señal cuando una mujer guarda silencio.

Tom despreciaba las viejas tradiciones sureñas. Su traje gris y afectadas maneras pronto le abrirían un hueco al otro lado del Atlántico o, al menos, eso deseaba él. Se comportaba como un hombre europeo y al hablar trataba de imitar el pedante deje inglés.

El 19 de enero de 1913, Flaherty llegó a la estación y entró en la taberna. Sabía el joven cómo ganarse el afecto y el respeto de las gentes sencillas. Rieron los (envidiosos) parroquianos del Mississippi al escuchar su pronunciación exótica:

-Sí, soy un hombre arruinado que trabaja para un granjero -dijo orgulloso mientras se descubrió-. Pero aún conservo mi espíritu, queridos amigos.

Luego sonrió e invitó a unas cervezas: estaba hecho.

-No te preocupes —compadrecaba con un lisiado—, Hay algo peor que un alcohólico —y Tom bebía un pequeño sorbo de agua—: alguien que vende su alma por un vaso de whiskey. ¡Otra ronda, yo invito!

Uno de los clientes de la taberna le llevó a Absalón. Era tarde, incluso los sirvientes dormían. Se dirigió a la casa, sólo Elisabeth estaba despierta... también calló aquella noche. Se instalaría en la habitación de invitados, un pequeño habitáculo de dos metros por cinco con una cama, un armario, una mesilla y una biblia:

-Es perfecto: sin distracciones, sin lecturas interesantes. ¿De dónde han sacado esa colcha? ¡Es exquisita!

A la mañana siguiente, Fiodor I reunió a los trabajadores. A la derecha, Anthony escuchaba, listo ya para convertirse en adulto. Tom hablaba pausado y quedó, terriblemente derecho, remarcando cada sílaba, gesticulando ante la extrañada mirada de los empleados. Torció el gesto y habló al pelirrojo hijastro.

-Si no se hace así, estos negros no entienden una sola palabra. Son incapaces de mantener la atención cinco segundos seguidos. Sólo tienen una ventaja: les interesa menos el conocimiento que a nosotros proporcionárselo.

Tras dar las instrucciones necesarias, Tom y Fiodor I se retiraron a la gran casa para ultimar los detalles. Tomaron asiento en el gran salón, gobernado por el retrato recién pintado del ruso. La inversión no era excesiva, pero sí el tiempo. Flaherty recomendó el periqueé por el tipo de suelo.

-Sólo crece en estas latitudes por la mineralización de la tierra. Da a la hoja ese tono picante tan apreciado por los fabricantes. Pero más allá del cultivo, desde luego importante, la cualidad que confiere al tabaco su calidad y

referencia es la fermentación. Además, se recoge rápido. Se comienza a plantar a principios de primavera, en la última semana de marzo. ¡Tenemos tiempo, queridos amigos! Crece deprisa y a finales de junio está listo para ser cortado.

Anthony observaba sin perder detalle. No escatimaron en gastos: plantarían todo el campo.

-Tiene que salir bien, hijo.

-Saldrá, no se preocupen -dijo el advenedizo anglófilo-. ¿Es usted religioso?

Callaron.

-En todo caso: rece, rece para que no llueva demasiado en estos seis meses y la cosecha no se eche a perder.

Los criados trabajaban a buen ritmo, soportando el ardiente sol, las jornadas de doce horas y -lo que era aún peor- las terribles peroratas del capataz. Cuando terminaron de sembrar los campos, sólo quedaba esperar. Fueron meses terribles, la economía de los Fiodorovich rozaba la quiebra, pero Flaherty degustaba ganso e invitaba a cerveza a los lugareños.

Sí, Fiodor I era un hombre religioso.

El veintiséis de junio de 1913, cuatro criados, Anthony, Fiodor Fiodorovich y Tom Flaherty, ataviado con un elegante toque de campesino inglés a la moda, comenzaron la recolección. El sol quemaba, sería un gran año.

-La siguiente parte del proceso es la más delicada: el "despillado" -esta vez el capataz hablaba al ruso como lo hizo con los criados: despacio, petulante-. Ha de tenerse cuidado de no dañar las hojas y se debe hacer en un solo corte. Cuando todavía están mojadas, se apilan y se dejan secar.

El proceso de secado duraría veintiún días. Tras ello, se bajarían las filas con cuidado y se dispondrían sobre una mesa.

-El "agua" dará el grado perfecto de humedad al tabaco, algunos dicen que ahí está el verdadero secreto del periqueé.

Tom era un buen prestidigitador y un mejor empresario, mantuvo la receta de su "agua" en secreto, al menos por un tiempo.

Para la fermentación, trajeron barriles de madera bien curada, costarían más que el grano, Fiodor I insistió en ello pues había aprendido de los sureños la importancia de usar toneles añejos para obtener un buen bourbon y – suponía- el sistema era extensible a cualquier clase de producción.

-Se puede tener la mejor cosecha de malta del mundo pero, sin una madera bien curada, sólo serviría para matar ratas en una noche de verano –explicaba “el inglés” con vehemencia.

Después de retorcer las hojas e introducir el polvo sobrante en las tinas, las comprimieron (con una prensa giratoria que el ruso había hecho traer desde Nueva Orleans). El proceso había por fin terminado.

Era marzo de 1914 y Fiodor I dejó de rezar. La primera cosecha de Periqueé Absalón estaba lista.

Tom fumó: fuerte, terroso, picante... Perfecto.

CAMINO V



1914

La guerra había estallado.

-Caerán un par de bombas y las naciones europeas no sufrirán ningún daño -dijo Tom, no sin cierto sarcasmo.

-¿Y qué pasará con los americanos? -preguntó Elisabeth.

-¿Americanos? ¿Y a quién diablos le importa qué pase con ellos?

Tom se levantó de un salto y abrió la puerta. Al fin había llegado, directamente importada de Inglaterra.

-¡La Dunhill! ¡La mejor pipa del mundo! Y además, ¡aculotada! Mira, ven aquí, Anthony. La he pedido expresamente para ti. ¿Sabes qué es esto? Es la cazoleta. En Inglaterra, que es un gran país, prestan las pipas por unos días a los presos para que fumen un poco al principio, para que la madera se acostumbre a la combustión. Mira, tócala.

Anthony palpó el extraño instrumento: el tacto era suave, casi femenino.

-¡Se les da un saco de tabaco y pipas a estrenar! Así, aunque presos, pueden fumar. A eso, muchacho, lo llamamos los hombres libres democracia. Luego cambian la boquilla y los caballeros más ilustres pueden disfrutar de las formas mejor preparadas. ¿Te gusta?

Anthony asintió. Desde luego que le gustaba.

-Pero... tendrás que esperar para comprender lo que es calidad. Un principiante no sabe valorar la perfección de la mejor de las pipas inglesas. Fumar es un gusto adquirido: sólo los entendidos pueden distinguir entre un

buen tabaco y una gran mezcla. Sólo los mejores, amigo, sólo los verdaderos caballeros.

-Cuando las bombas lleguen, "amigo" -respondió Elisabeth no sin (también) cierta sorna- ya no fabricarán más pipas ni comerán más faisanes. Hambre, sólo eso deja la guerra.

-Mi muy admirada señora: la guerra es un gran negocio para quienes tienen la capacidad de mirar más allá de las detonaciones y de la estúpida soldadesca muerta. ¿Cree que le importa a alguien algunos reclutas mutilados? Ustedes son cultivadores de tabaco: ¿qué cree que harán las tropas en el frente para solazarse? Mientras las balas silben, los buenos chicos que luchen tendrán un precioso rifle Lee-Enfield inglés en una mano y un cigarrillo americano pleno de Periqueé Absalón en la otra.

A Elisabeth le gustó la expresión "admirada señora". No era mal tipo después de todo.

La primera cosecha había sido un éxito en la subasta. Se cotizó al alza debido a la fuerte demanda de las compañías fabricantes de cigarrillos. Tom, avezado comerciante, lo sabía antes de que se produjese: Fiodor I, Anthony y el "aspirante a inglés" partieron hacia la ciudad. Antes de salir, el inglés realizó una llamada, algo importante, pues los asuntos del estómago no han de tomarse a la ligera. Sólo padre e hijo acudieron a la subasta: ¿qué tenía que ver un caballero con todos aquellos pueblerinos? No, un verdadero gentleman no habla de dinero. Se sentó en su antigua mesa, ya conocían a "el inglés" en el restaurante. Pidió un roastbeef a la escocesa: únicamente eran negocios.

¡Perfecto!: guarnición de guisantes tiernos y zanahorias, salteado con mantequilla, sin salsa y templado. Lo importante del roastbeef es hornear en dos tiempos. Primero se somete a un calor fuerte, asando la

carne exteriormente para que quede totalmente tostada. Después se deja reposar la pieza un par de horas para que la capa de fuera absorba los jugos interiores. Logramos así el color sonrosado, elegante..., tan británico.

-¡Delicioso, como siempre!

Cada mes, pedía "el inglés" una pipa y -cada mes- la fumaba hasta que la capa de hollín del hornillo adquiría el grosor justo (un centímetro). Luego la dejaba en el estante: la pipa estaba preparada.

Cuando terminó, Flaherty estaba en la gloria. Sólo faltaba un pequeño toque: periqueé con burley y virginias aderezado con una pizca de tabaco de puro cubano. Mezcla suave, terrosa, con una pizca de picante.

La subasta había sido un éxito y la totalidad de la cosecha había sido vendida a un conocido fabricante de cigarrillos del norte.

El veintiséis de junio de 1914, aniversario de la primera recolección de Periqueé Absalón, Elisabeth Fiodorovich, viuda de John Martins y afectada esposa de Fiodor Fiodorovich I, cayó enferma.

Los aldeanos comenzaron a especular. El extraño mal de los Fiodorovich era algo que preocupada, no porque una familia muriese poco a poco, sino por el peligro de contagio. Nadie haría nada salvo apartarse de ellos. Se hablaba de un virus, de una maldición, ni siquiera los fantasmas confederados se atrevieron a poner sus cruces llameantes en las inmediaciones de la cabaña para los criados, que se mantuvo impertérrita al compás de los cantos nocturnos.

Los trabajadores -contratados de manera eventual como recomendó "el inglés"- se marcharon. Durante la época de recogida la plantación se llenaba de gentes y vida, pero permanecía casi desierta el resto del año (con apenas cinco sirvientes).

Fiodor I pasaba las horas montando a caballo y recorriendo las riberas del Mississippi. Las gentes les rehuían, poco quedaba ya por hacer. Su línea de ferrocarril -que para él supuso el gran negocio de su vida- estaba ahora arrojando grandes pérdidas.

-Vendí a tiempo -decía el ruso.

-Treinta años no son nada, amigo -dijo Tom Flaherty.

Mississippi proviene, en el dialecto indígena, de la palabra "Michi-Sepi" y viene a significar "padre de las aguas": estético, grandioso... de corrientes blandas y calmadas e historias de recelos y muerte. El río marcaba el ritmo de vida y las costumbres, serpenteaba entre leyendas que (fuesen o no ciertas) quedaban enclavadas a orillas de sus aguas. Aún se podía ver, a lo lejos, algún barco de vapor haciendo el tramo entre St Paul y Nueva Orleans. Desde cubierta, los curiosos saludaban al hombre de cabellos rojizos, aburrido, eternamente tedioso.

Elisabeth, joven anciana, guardaba muchas de sus fábulas.

Debido a su enfermedad, la dama se encerró en la planta de arriba y comenzó la familiar, socorrida y femenina costumbre de enclaustrarse y mirar por la ventana durante horas y horas. Al fin y al cabo, ella sí era oriunda de la región: no había mucho más que hacer en aquellos páramos de sauces rotos y finales funestos.

Tom la visitaba frecuentemente. La veía con el rostro gris, sin duda de contemplar las aguas caer, sin pausa.

-Cuando llegó el vapor -decía la señora- el río transformó la región. Fue una gran época pese a que los keelboats ya empezaban a desaparecer. Mi familia llegó en uno de ellos, proveniente de Europa, ¿recuerda?

"El inglés" escuchaba las historias con más conmiseración que interés. Miraba con Elisabeth la

ventana y, despacio, descubrían el paisaje cansino, de atardeceres rojizos y falsos.

-Perdí a dos hijos y por más que lo intento no puedo querer al único que aún vive.

Veían a Anthony a lo lejos, con su camisa recortada, sobre el gran caballo negro llamado Ruach, palabra hebrea que significaba viento o espíritu. El corcel, ajeno a los males de la casa, relinchaba con fuerza y levantaba sus patas delanteras, casi una composición perfecta. Era un animal arrogante, como su dueño, Anthony Fiodorovich.

-Es un buen muchacho, y su padre un buen hombre. Cuidará bien de él.

Cuando hablaba con la señora, Tom dejaba atrás el tono cómico europeo que solía emplear tan a menudo. Callaba y fumaba alguna de las pipas de su colección. A Elisabeth le agradaba el olor azucarado de la composición.

-¿Sabe? Mi padre también fumaba en pipa. Dice que lo dejó por temas de salud. Mentía, desde luego. Lo dejó porque perdió el espíritu. ¿Qué busca aquí, Flaherty?

Todos callaban ante los ojos de Elisabeth. También "el inglés".

-¿Qué hace entre nosotros con sus buenas maneras? Tan afectado..., tan pulcro e inteligente... ¿Dónde quedó su espíritu, "amigo"? ¿Tiene que pasearse entre pueblerinos para dar muestras de clase?

Tom callaba.

-Hubiera sido un gran chico... pequeño, frágil. Lo llamamos Dean por uno de mis abuelos, también un buen hombre..., lástima que no supiera elegir la mujer adecuada. Terminó sus días atontado, escuchando los gritos de una loca que, sin duda, no le merecía. Una mañana, el niño simplemente dejó de comer. No soy un monstruo, Tom. Le miraba y no podía, sencillamente no podía. Observaba cómo, día a día, sus labios se

agrietaban, cada vez un poco más secos. Intenté cogerlo en brazos, pero estaba ya muerto, ¿qué importaba si vivía o no? Le miré directamente, con los ojos fijos en sus decrepitas facciones, tratando de encontrar una respuesta. Aquel día, pareció sonreír. No podía soportarlo. Dejé la habitación. El niño murió al día siguiente. Hubiese dado lo que fuese por saber qué sintió en aquellos últimos momentos. Cuando lo encontraron, tenía los ojos abiertos.

Tom depositó las cenizas suavemente, golpeando con mmo la cachimba.

-No soy un monstruo, Thomas. Recuérdelo. Simplemente, no podía quererle.

Fiodor Fiodorovich I, tras la primera gran cosecha, había dejado el trabajo en manos de Anthony, ahora su hijo verdadero, y de Tom Flaherty, que seguía supervisando las labores de pillado y prensado.

Cierto día de octubre, cuando los calores de la canícula comenzaban a fenecer, tomó una botella de whiskey de grano y un viejo caballo y partió hacia el pueblo: la plantación estaba a buen recaudo.

Elisabeth murió una tarde, tranquila, mientras escuchaba, a lo lejos, las aguas del gran río. Llegaban los sirvientes para recolectar las hojas. Silbaban cantos y el murmullo de los sauces sin hojas. Anthony estaba imponente, presidiendo los trabajos desde el lomo de Ruach. Le miró por última vez, sintió algo parecido al cariño. Fue enterrada en Absalón. Al fin, Elisabeth supo lo que Dean, su pequeña criatura, sintió al morir.

Algunas de sus historias se las llevó a la tumba, otras no.

La llamaban Nathalie y no casaba con la triste decoración de aquel pequeño burdel. Era una chica esbelta, de poco más de quince años. Sus rasgos finos, su largo cabello lacio, casi color carbón, las espigadas manos que terminaban en dedos gastados: Nathalie había llegado al pueblo en una partida venida de Nashville, traída por un comerciante local.

Si en lo que se refiere a la mano de obra la situación era cuanto menos precaria, el asunto no mejoraba cuando se trataba de un tema tan espinoso como el comercio de mujeres. La guerra (la verdadera, según los lugareños -la de secesión-, no aquel "conflicto" de escaso interés que tenía lugar en Europa) se había vendido como una reivindicación en pro de los derechos humanos, pero había servido para poco más que igualar los derechos de ambas "razas". Ahora las partidas de mujeres tenían esclavas multicolores para usar y abusar: traían asiáticas y blancas, negras también (por eso de mantener la tradición sureña)... Se vendía a unas y a otras por un precio más bajo que antaño y se había sustituido la manutención por promesas de libertad.

-El asunto no cambiará -decía el altivo Flaherty dirigiéndose al ya hombre Anthony Fiodorovich-. Siempre habrá hombres libres y esclavos, aunque se les dé los mismos derechos escritos. Y llegarán nuevos tiempos... votaremos todos por igual, como en la selva..., pero no te engañes "amigo", todo continuará como hasta ahora: seguirán trabajando por un sueldo mísero y viviendo de los despojos del amo. Eso sí, lo harán contentos porque cada cierto tiempo gozarán del divino placer de introducir un papel en una urna.

Era la economía del libre mercado: siempre había una chica más joven para sustituir a una que no atraía a la clientela.

El ruso, ahora viudo, entró. A través de las leves cortinas se entrevía la silueta de la madame. Hacía tiempo que le esperaban, como se aguarda a los ricos comerciantes de algodón con una vida ordenada que, tarde o temprano, terminarían por visitar la famosa casa.

Las chicas pasearon ante sus ojos y se exhibieron una a una mostrando sus encantos. A través de las cortinas de terciopelo rojo, Fiodor I las observó... asiáticas, negras, pelirrojas purulentas, una india de largas trenzas, incluso una mujer blanca: Nathalie. Algunas se vendían por unas monedas, otras por la libertad..., otras por la promesa de una vida real. Ella no era diferente: demasiado joven para ser malvada, demasiado femenina para no serlo. Cuando la miró por primera vez, no pudo evitar fijarse en sus ojos rasgados, su piel pálida... la estepa volvió a su mente. Vio el tren y el disparo de su antiguo socio. Sin pensarlo dos veces, le perdonó.

La chiquilla acompañó al ruso de la mano hasta una habitación y se dispuso ante el tocador, dejando entrever su hombro desnudo, cuerpo ideal para una sinfonía de promesas. Pronto entendería.

El primer encuentro fue leve, hablaron..., ella se mostró esquiva a sus besos, reservada incluso. La pequeña sabía bien lo que hacía: las damas como Nathalie buscan desde su posición de desventaja algo mucho más rentable.

Volvería al día siguiente, y al otro, y el viernes y al mes siguiente. Poco les importaba a Anthony y a Tom.

-Pronto el viejo morirá, amiguito -decía Tom Flaherty, ya acomodado en la hacienda.

Los trabajos evolucionaban, cansinos. Se quitaba la presión a los barriles almacenados el año anterior y se cultivaba una nueva cosecha, todo sin cambio..., como siempre sería en el Periqueé Absalón.

A veces, cuando la luz desfallecía y el calor se hacía menos intenso, Anthony se remangaba y bajaba de Ruach para ayudar en las labores del campo. Ajeno a toda norma clasista, el hijo de Elisabeth gustaba de aleccionar a los trabajadores con el ejemplo.

-Te perderán el respeto.

"El inglés" le reprendería en varias ocasiones, aunque en el fondo el joven seguía teniendo muy claro el sistema de castas.

-Sí, es verdad -respondía con fuerza, atusando su roja barba-. Un día, el viejo morirá y para entonces, no te preocupes, sabrán éstos quién es el hijo del dueño y quién un simple asalariado más.

Fue una mañana de domingo, rayando diciembre, los Fiodorovich comían junto a "el inglés" (pato con uvas blancas, algo de fruta). Al terminar, Fiodor I apuró el vaso de bourbon y rogó a los presentes que le esperaran un par de horas, se puso el mejor traje y tomó a Ruach, el caballo de Anthony. Partió hacia el pueblo.

Dos horas más tarde, el viejo estaba de vuelta con una preciosa mujer.

-Ésta es Nathalie, será mi esposa.

Se casarían al año siguiente, una vez terminada la cosecha.

CAMINO VI

1

1917

Desde la gran casa pintada de blanco, cercana a los campos, aún se podía ver la cruz que marcaba el emplazamiento de la tumba de Elisabeth Fiodorovich.

Llegó despacio, oculta entre la niebla de la madrugada. Llevaba una maleta en una mano y en la otra sostenía un bulto que resultó ser una pequeña. Parecía una mujer madura y, sin embargo, aún no tenía más de dieciocho años. Nadie conoce muy bien la historia de aquella niña que llevaba entre sus brazos.

-Es mi hija Mary, Mary Maud -sentenció la sirvienta.

La aceptaron.

Nathalie tenía ojos rasgados azabaches, muy al estilo eslavo..., piel suave y lechosa, cabello negro. Hicieron llegar al párroco desde Nashville por expresa petición de la dama. No se opuso el religioso. Fue una ceremonia familiar con apenas tres invitados, sólo la madame estaba presente por parte de la novia (e hizo las funciones de madrina). Por parte de Fiodor: Anthony y Tom Flaherty, que ofició de padrino del ruso. Todos besaron a la novia y felicitaron al patriarca de la pequeña plantación. En Absalón fue un día feliz, casi sincero.

Pronto se reveló la joven como una hacendosa y entregada esposa. Anthony y Thomas (especialmente) miraban encantados sus formas juveniles y reían sus bromas que, a veces, no comprendían demasiado bien. La muchacha, ya desde el principio, se ganó el respeto de señores y siervos, ayudando en las labores domésticas y mostrando todo su interés para ponerse al día.

Frecuentaba la compañía de "el inglés" y se informaba de los mejores tabacos y las más sabrosas mezclas (nuestro Tom, desde luego, no hacía ascos a la nueva dueña).

-Tanta inocencia no puede ser verdad, chiquilla. ¿Qué escondes?

La muchacha se retiraba a su habitación (la misma en la que murió la antigua mujer del ruso, no creía Nathalie en fantasmas) y no salía en toda la tarde. Dicen que lloraba. Algunos otros añaden que (lloraba) sincera.

Había costado una cantidad considerable, pero bien valía la pena. Estaba sana y, probablemente, podría traer buenos hijos al mundo. Fiodor I no recordaba a su fallecida esposa con cariño, pero no hablaba de ello delante de Anthony -poco hubiese importado-. Aquella mujer callada que envenenó a John Martins, su primer esposo y miró a Dean antes de morir, no se parecía en nada a su hijo: emprendedor, arrojado, voluntarioso.

Nathalie tomó las riendas de un hogar abandonado en el que, sin duda, faltaba el toque femenino: redecoró el salón y llenó la casa de flores traídas desde la capital; mandó cambiar los fogones de la cocina y reparó las ventanas; hizo arreglar el tejado (para lo cual contó con un antiguo socio de Hendry, muerto de diferencia años atrás y primer encargado de llevar a cabo la edificación de Absalón)... El viejo poco tuvo que objetar, Nathalie diseñaba, elegía el material y calculaba el tiempo necesario para ejecutar las obras. Señora acostumbrada al comercio, fijaba una fecha y ofrecía una cifra elevada. De no ser concluido el trabajo antes de tres meses, el contrato perdía validez y el dinero no sería entregado.

Huelga decir que el tejado fue terminado en la fecha establecida.

Tras su éxito, acometió la reforma de la cocina y de la cabaña de los criados, en la que hasta entonces dormían todos en el suelo. Hizo construir literas y un segundo

pabellón para las mujeres, que gozarían ahora de mayor intimidad. Cambió el papel de las paredes y compró gruesas alfombras. Fiodor la miraba, casi orgulloso.

-¿Y qué pasará cuando ya no queden muebles por cambiar, amiguita?

Nathalie sonreía. Como siempre, femenina.

1922

Periqueé Absalón se convirtió en una marca de referencia en la mayoría de las mezclas para pipa (y también en bastantes de cigarrillos). El precio de la remesa variaba dependiendo de las necesidades de los fabricantes y de la calidad de la partida. Las hebras de Absalón fueron las más cotizadas de aquella época.

Nathalie se encargaba de controlar los pedidos, que se hacían directamente desde Inglaterra sin pasar por subasta, administraba las finanzas y decidía los jornales a pagar a los criados, contratados para las épocas de siembra y recogida.

-¿Qué escondes, pequeña?

Y la muñeca callaba, como un viejo juguete al que alguien haya olvidado dar cuerda.

-Un día, amiguito, esa mujer te quitará la herencia.

La "ley seca" había sido aprobada hacía un par de años, razón de más para que Fiodor I se dedicara a la afición que ya jamás le abandonaría: el bourbon. Tomaba un vaso de whiskey (aguado, eso sí) a primera hora de la mañana. Para despejarse, decía. A media tarde ya había bebido cinco o seis..., pero era un hombre fuerte, y algunos tragos no iban a tumbarle. Continuaba hasta la noche, en la que acudía religiosamente a la habitación de su esposa. Se sentaba en la silla frente a su cama, despacio, con cuidado de no hacer ruido: sólo la miraba,

con su largo cabello oscuro frente al tocador. No, nunca se giró.

Cinco minutos después había dejado la habitación, tras un largo silencio.

-¿No te molesta, muñequita? Dicen que se le ve cada noche en el mismo burdel donde te compró como a un animal.

-¿Y a quién le importa? -respondió Nathalie.

Pasaba las noches fuera y, efectivamente, acudía a la casa en la que la conoció..., ya no existía la mujer de hombros desnudos. Se juntaba después con antiguos compañeros, asalariados a veces, ahora amigos de correrías..., su antigua regla de no confraternizar con los trabajadores había también desaparecido. Le recordaban con su elegante porte, su abundante cabello caído..., recuerdos rojizos. En la taberna le miraban con lástima, postrado en una esquina, agarrado a un vaso y sin fuerzas. De vez en cuando, alguien se acercaba. Lástima.

-A pesar de todo, eres una chica bonita. Una pena que estés casada con alguien así.

La "ley seca" no parecía afectar al Mississippi. Había whiskey por todos lados, de baja calidad y fermentación dudosa, pero los lugareños bebían quizá más que antes de la prohibición. A veces llegaba alguien y hablaba del contrabando de alcohol y los altos precios del norte. En la región, debido al auge de las destilerías caseras, se había creado una especie de "mercado de libre competencia" que beneficiaba a usuarios y pequeños abastecedores: todos estaban así satisfechos.

A veces, el viejo no llegaba hasta bien entrada la mañana.

-¿Dónde ha estado tu marido toda la noche, pequeña?

Se acostaba y en apenas tres horas estaba de nuevo en pie.

-Los viejos no duermen.

El anciano dejó de mostrarse comunicativo y comenzó a balbucear. Hablaba del ferrocarril y de su buen amigo John Martins, probablemente el único hombre por el que sintió verdadera admiración.

-El día que tu madre murió, sentí un enorme alivio - dijo Fiodor con los ojos encendidos por la bebida.

Anthony escuchaba calmado, sereno, sin quitarse el sombrero de capataz.

-¿Dónde está mi esposa? ¿Otra vez con Flaherty?

El viejo lo sabía.

Nathalie era un animal ambicioso y sólo le había querido para un fin: una posición. El matrimonio duró sólo tres horas, fue aquella primera noche de cortinas de falso terciopelo teñidas de rojo intenso. Después de la boda, nunca más el ruso volvió a tocarla.

Cierto día, ella entró en el dormitorio de Fiodor y se sentó en la silla, parsimoniosa, malvada, femenina.

-Estoy embarazada. Es hijo de Anthony.

El viejo se quedó pensativo, teatral. Necesitaba unos momentos para fingir: recordó a su socio envenenado y a su antigua esposa, pensó en los ojos de Dean al contemplarlo muerto. Consternado, falso..., el anciano Fiodor Fiodorovich I de cabello rojizo conocía la verdad, y bien sabía lo que el corazón de esta otra mujer guardaba: el hijo que llevaba en su vientre era de Tom Flaherty.

-No te preocupes, amiguita -dijo el ruso con la mirada perdida-. Anthony será un buen padre. ¿Le quieres?

Tom había sido encargado de ir por provisiones, grano y algunos víveres a Nashville.

-¡Perfecto! -exclamó el inglés-. Siempre es un buen momento para una succulenta comida. ¡Llevaré una Dunhill para la sobremesa!

-Mi hijo te acompañará -respondió el viejo.

Tomaron la camioneta y partieron hacia el pueblo. Al llegar a la mitad, Anthony pidió un momento para bajarse, so-pretexto de respirar un poco de aire fresco. También se bajó Flaherty, que se distanció unos metros. El joven Fiodorovich tomó de la parte trasera la escopeta que, años antes, le había regalado su padrastro..., la escopeta con la que mató un oso. Era el momento de volver a usarla. Le señaló el camino al pantano. Abre los ojos: ¿qué se siente?

Nunca nada más se supo de Thomas Oliver Flaherty, ni nadie preguntaría jamás por él. Una breve carta, sin contestar. No interesaba.

-¿La tienes?

Anthony entregó un papel garabateado a Fiodor I. La fórmula del "agua" para elaborar el Periqueé Absalón estaba escrita, con la composición justa y todos sus elementos. Padre e hijo sonrieron, como aquella tarde ante la plantación desolada, aún por construir.

Llamaron al niño Fiodor y se le reconoció, con todos los derechos, como hijo legítimo de Fiodor Fiodorovich.

No, Nathalie no se opuso.

Tom Flaherty murió de dos disparos: el primero fue realizado por la espalda, derribando a la víctima. Una vez en el suelo, su amigo se acercó despacio e introdujo la escopeta en la boca. Apretó el gatillo y el hombre conocido como "el inglés" murió. En sus bolsillos se encontró la billetera llena.

Sobre la mesilla de Anthony, una pipa Dunhill lucía orgullosa. Un precioso trofeo.

1925

El pequeño Fiodor II y el viejo Fiodor I se entendían a las mil maravillas: jugaban con trenes de juguete e imaginaban, juntos, que edificaban las vías del ferrocarril. La locomotora ruge y los viajeros ya suben. El viaje ha terminado para algunos, no ha hecho más que comenzar para otros.

Nathalie, más dispuesta a las labores comerciales que a las maternas, abandonó a la criatura al cuidado de la sirvienta, una Mary Maud, hija de la primera Mary (la molesta costumbre de confundir padres e hijos con el mismo nombre parece que no era propiedad exclusiva de los propietarios). Mary, con apenas nueve años, cuidaría del pequeño Fiodor II hasta que el niño pudiese estar con los hombres, momento en el que sus labores se darían por terminadas.

Fiodor -el viejo- continuaba frecuentando la casa en la que encontró a Nathalie, pero dejó de acudir a su dormitorio. Se le veía acompañado de siervos y mujeres de dudosa reputación.

Nathalie nunca se atrevió a decir nada.

Un lunes, Fiodor I dejó de hablar y sus párpados se abrieron. Aún se movía con soltura, pero su tez comenzó a adoptar un tono blanquecino. Anthony prefería no verlo: se dirigió a la tumba de su madre y, decidido, comenzó a cavar un hoyo a su lado, sin quitarse la Dunhill de la boca. Cuando estuvo terminado, clavó una cruz:

Aquí yace

Fiodor Fiodorovich I

De su verdadero hijo Anthony y de Elisabeth.

De tu esposa infiel, Nathalie.

De todo Absalón.

En la gran casa blanca, el viejo respiraba con dificultad. Su nieto, el pequeño Fiodor II jugaba cercano a su cama con el tren.

Martes. Dejó de dormir, nunca más hablaría. Se sentó, la silla crujiría por última vez.

Viernes. Noche. Desde el salón, se escuchaban los estertores del hombre que un día, con sus manos y la ayuda de algunos trabajadores, edificó Absalón. Anthony miró a Nathalie: no era un mal partido después de todo, y eran casi de la misma edad. Arriba, el viejo aún agonizaba.

Ella aceptó.

Fiodor Fiodorovich dejaría de respirar en la mañana del sábado.

Murió con los ojos abiertos.

ESFERA III: BURLEY

בנה

En la vetusta ciudad de Abenarabi, Stanislaus Fiodorovich apuró el segundo vaso de absenta. Esperaba, entre ansioso y aburrido, que el conferenciante comenzase su discurso. Recordaba.

"Yareah" era uno de esos escasos lugares en los que aún se podía disfrutar de una buena pipa mientras alguien impartía su "magistral" charla sobre algún poetastro al que, casi con toda seguridad, no habría leído. Había pasado allí buenos momentos, incluso alguno edificante. Jugaba Fiodorovich con el atacador de plata que un día fue de su madre Virginia.

Stanislaus Fiodorovich, hijo de Fiodor Fiodorovich II tomó la Savinelli. Los asistentes le miraban de soslayo, entre la réplica y la extrañeza. Le hubiese gustado provocar miedo y pavor, como un europeo perverso en alguna de esas novelas antiguas que vendían en las librerías por un par de monedas. Quedaba poco tiempo, era mejor no engañarse: sólo había miradas de lástima y vergüenza.

Cuando Elisabeth, la primera esposa de su bisabuelo, murió -le había contado su padre- se extendieron por el pueblo habladurías y chismes. Era lo que tenían los granjeros: siempre aburridos, necesitaban inventar historias con las que pasar el rato. Quizá por ello el Mississippi fuese tan rico en narraciones, casi todas falsas. Pero el que fue origen de susurros y monstruos guarda sus verdaderos secretos entre los vaivenes de las aguas. A veces, sin quererlo, Stanislaus quería echar marcha atrás, por eso le gustaba la absenta: le hacía recordar que, por unas horas, aún era humano.

Allí estaba, quizá todavía se podría haber hecho algo por él, nunca lo sabría. Los sauces silbaban..., Stanislaus paseaba junto a Joyce. Ladró. ¿Qué quieres? Volvió a ladrar. Apartó unos matorrales y, despacio, pudo distinguir en la lejanía a Incitatus, el caballo que le habían regalado a Cecil. Con su lomo brillante y sus ojos profundos, nada temía el pura sangre. Joyce le gruñó, valiente como siempre, pero le detuvo el enfermo muchacho. Tranquilo, chiquitín. Allí estaba su hermano, tendido en el suelo, inconsciente. Temblaba y, en algo parecido al sueño, susurraba. ¿Otra vez la sirvienta, hermanito? Los ojos de Incitatus se levantaron. Calma, Senador, dijo mientras acariciaba al caballo. Has sido bueno, todo saldrá bien, no temas. El perro olisqueó a Cecil y lamió su rostro que manaba sangre. Pareció reaccionar el chiquillo y se giró sobre sí. Vamos, chiquitín, dejémosle. Stanislaus tomó al can y juntos desaparecieron, dejando abandonado en el páramo a su inconsciente hermano menor. Feliz cumpleaños.

Pasaron las horas y el benjamín no regresaba..., Stanislaus guardaba silencio. Joyce dispuso la cabeza sobre la rodilla de su amo. Buen perro. Cogió un libro y juntos dormitaron al son de las aguas. Al anochecer, salieron a buscarle. No tardaron en encontrarle: ya estaba perdido. Su padre y Pierre trajeron al herido. Aún sangraba por la cabeza. El cánido permaneció todo el tiempo a su lado: sabía que, pasara lo que pasara, guardaría el secreto del tuberculoso. Feliz cumpleaños, Cecil.

Hubiese dado lo que fuera por cambiar aquella tarde.

Mientras Incitatus aún relinchaba en su mente, intentó volver a la realidad. Absalón se diluía pesado, siempre. Aquel fumador elegante, de barba cuidada, retornó a su vaso para evitar ser visto. Si se sumergía en el líquido

verdoso, podía ver su rostro, jugueton: pobre diablo desangrado, nunca lo sospechaste. Los oscuros ojos del corcel parecían entenderlo todo.

Extrajo de la tabaquera una fina bolsa que contenía una mezcla propia de burley con virginias. El tabaco burley se elabora de manera similar al rubio, y su curado se realiza en un período de ocho semanas (al aire, al contrario que el latakia, quemado con brasas). El tallo se seca entero, más tarde se eliminará y se aplicará el conocido proceso de cavendish, que consiste en someter el tabaco a fermentaciones para que así adquiriera el gusto que se desee. Es por eso que el burley se clasifica como "aromático" o "salseado". Si el proceso no se hace con el suficiente cuidado, el tabaco resultante adquirirá el característico picor en la lengua de este tipo de mezclas.

Pero Stan había aprendido a mezclar hacía años, fue el coronel York quien enseñó esta habilidad a su padre Fiodor II..., más tarde éste se la enseñaría a él. Siempre quiso pensar que, sin quererlo, el viejo había conocido su secreto. Te perdono, sólo eras un niño. Despertó Fiodorovich, avergonzado de sus cavilaciones infantiles, ¿y a quién le importaba su perdón?

Ahora estaba muerto, lo merecía.

Los asistentes comenzaban a impacientarse, ¿qué diablos hacía aquel tipo con aspecto de obeso? Tenía la misma expresión que Cecil y parecía más un animal atontado que un ser humano (atontado también, pero humano). Repasaba sobre la mesa cercana los papeles - que parecían ser los apuntes para la conferencia-. Pobre honor para el poeta. Sin dudarlo, "la Chimère" hubiese tomado su bastón y, pretextando una falta de respeto, hubiese abandonado la sala: una buena manera de marchar sin pagar la cuenta.

Al igual que había hecho su padre Fiodor II con la mejor parte de la cosecha del año, Stanislaus solía emplear alcohol (especialmente absenta) en sus mezclas. El viejo utilizaba un barril que él mismo preparaba a base de una pequeña proporción de azúcar en el tabaco y un baño de licor: su receta personal para conseguir un tabaco poderoso, terrible al gusto de un no iniciado.

Nadie en su sano juicio hubiese pagado por fumar aquello.

Cargó la pipa con mimo, como si fuera la última. Sacó un fósforo de su americana y aspiró quedo el humo: algo había salido mal... terroso y parcialmente picante. Resultaba extraño, casi ajeno..., absenta y recuerdos: tabaco amargo, demasiado amargo. Tosió. La negra "dama verde" atrofia todos los sentidos, también el del gusto, que parecía ir debilitándose poco a poco. El olfato le había abandonado hacía ya mucho, debido a los fuertes aromas que provenían del granero. La tuberculosis que de joven había superado se había adueñando no sólo de sus pulmones, sino también de la pequeña parte del espíritu que todavía parecía pertenecerle.

Feliz cumpleaños. Caminaba a su lado el perro con andares risueños. Algo se mueve entre los matorrales, Joyce despierta de su letargo y aviva su negra cola. Le miraba expectante, ansioso: ¿puedo? Puedes, amigo mío, pero no olvides, nunca jamás contarás nuestro secreto. Los parajes eran amplios, llenos de contrastes, la zarigüeya y el can entablaban una carrera... Ladraba, asustándola, torpe cazador... qué distinto de Robin, su actual compañero, un husky siberiano.

El conferenciante se preparaba mientras engullía su segunda bebida. Se le notaba nervioso, repasaba un breve cuaderno de notas rojo. Había descubierto a Guillerme

Pradel poco antes, en una edición que su librero le vendió con gran estima. Poeta francés tenido en escasa estima por la crítica, había logrado algunos versos de algo parecido al "estilo".

-Estupideces -pensaba Stan-, los artistas no creaban obras maestras, eran los historiadores los que, gracias a su verborrea de mercado al peso, les obligaban a trascender más allá de su tiempo.

Absalón, entre el líquido verdoso: reflejo cóncavo pero verdadero.

Un individuo de aspecto cuanto menos "dudoso" subió al improvisado escenario e hizo una breve presentación. Su discurso fue tan vacuo que los asistentes se centraron en examinar sus gruesas gafas y diminuto aspecto de sindicalista en paro. Otro lector más de un "Manifiesto Comunista" que nunca tendría entre sus manos. De la peor clase, rozando la deformación.

Espejos, una vez más.

El pequeño presentador dio paso al conferenciante: un obeso desarreglado. Comenzó tratando de ganarse al auditorio con una frase amable, pero todos guardaron silencio mientras su abultado cuerpo comenzaba a sudar: podría ser una tarde divertida. Comentó los datos típicos (nacimiento en París, el accidente de sus padres, huérfano y heredero de una fortuna que, por cierto, dilapidó impunemente..., algo tendría que tener de admirable tan mediocre poeta). Stanislaus sonrió porque en cierta manera se podía sentir identificado. El orador iba dando síntomas de agotamiento mental y miraba nervioso a un lado y a otro sobre su barba de tres días. Parecía conocer a los asistentes que sentían lástima por la penosa imagen (y la aún peor conferencia) con la que el abultado personaje estaba obsequiando al auditorio: hablaba apresuradamente y se comía las palabras (a falta de ese buen bistec que, seguro, habría devorado).

No pudo evitar pensar en su tío Martin, aquella bestia inmundada que moriría víctima de los excesos sin siquiera haber llegado a la mayoría de edad. Otra historia más que guarda el gran río. En los últimos tiempos, su cuerpo era tan grandilocuente que incluso dejó de moverse y un día, simplemente, abrió los ojos para ya nunca más volver a cerrarlos. Los Fiodorovich prepararon su blanca tumba junto a las de Elisabeth y Fiodor I.

Stanislaus ya advertía en sus extremidades la extraña enfermedad sin nombre. Notaba cómo se acercaba e invadía todo su cuerpo: sin dolor, sólo un sentimiento ajeno de dejadez. Quizá pronto, como todo Fiodorovich, dejaría de mirar y, con los ojos abiertos, observaría la ventana, inmóvil.

Asistía cada cierto tiempo a aquellas conferencias porque allí podía fumar su pipa tranquilo. El extraño sobrenombre del poetastro resonaba como un eco ajeno. Las paredes, casi carcomidas, se fundían con el aroma de las virginias curadas, de sabor suave, eclipsadas por el tufo del cavendish mal fermentado con un toque oriental. Lograban un aroma bastante agradable, sin embargo, un humo espeso delataba el picor de la mala mezcla, cualidad que tienen casi todos los tabacos fermentados artificialmente.

Mientras, el pequeño presentador sonreía desde una silla cercana a una mujer de la primera fila, probablemente como consecuencia de una mirada coqueta. Pobre idiota, se divertiría con él hasta que llegase su acompañante, con la cartera llena y el abultado estómago de un cochino a punto de ir al matadero. Mírate, inepto, incapaz de distinguir a una miserable alimaña de una fiel potrilla.

Hablaba de la primera etapa de "la Chimère", la única que merecía la pena, en la que el poeta había completado la mayoría de su obra: libros que, a pesar de no pasar del

apelativo de "curiosidad literaria", tenían el extraño encanto de estar escritos por quien nada pretende, salvo la gloria. Los versos, cargados de tópicos y literatura rupestre, poseían una rítmica agradable, teñida de resentimiento y falsa melancolía. Más tarde, su estilo se hizo único por mediocre e inimitable por repetitivo.

-Sinceridad escondida -continuaba el obeso-, la misma que sólo se posee a los veinte años y que, con el tiempo, se termina finalmente por olvidar.

La camarera entró, aburrida. Observaba a los asistentes y les buscaba con la mirada. Nunca sería un gran negocio, pero era uno de esos lugares con encanto, de los pocos que quedaban sin remozar en la vieja ciudad de Abenarabi. Imperecedera, todo parecía cambiar, casi a pasos agigantados, víctima y compañera de la enfermedad del Fiodorovich. Sólo quedaban retazos intactos en el barrio viejo, antiguo camino que cada tarde recorría con mimo, tratando de imaginar una vida mejor, una existencia alejada de Absalón y sus recuerdos culpables. Absenta, vieja prostituta, calla.

A veces, en silencio, le imaginaba, poetastro sin versos. Convencido de la gloria, evitándola sin saberlo, buscando un destino fácil, en una esquina de cara amable. Podía ver en los ojos del conferenciante el porqué de la elección, su soledad. Ahora miraba al obeso con tristeza, compartiendo con él un vaso de whiskey azucarado, demasiado dulce, perdido. Como el buen tabaco, el licor ha de tomarse solo, por muy agria que sea la mezcla, como el periqueé, como lo hacen los pioneros o los vagabundos de esquinas en el barrio viejo de aquella Abenarabi macilenta, poesía, poesía y mentira y espejos y arcadas.

Stanislaus se consumía un poco más.

La pipa se consumía, impertinente, olvidando al fumador. Aspiraba el humo sin disfrutarlo, mecánicamente, pendiente de la enfermedad, de las palabras que no escuchaba y de la muerte que, poco a poco, se acercaba. Sonrió como le enseñó Cecil aquel día. Sí, hermano, es blanco Incitatus. No había solución, ¿por qué tendría que haberla? Había convivido con ella desde pequeño, y escuchado las historias que contaban sobre sus tíos, a los que nunca llegó a conocer, de los bebés que morían al poco de nacer, víctimas de aquel mal que les distanciaba del mundo y les acercaba, sólo y únicamente, a la tierra en la que descansaban sus antepasados.

El humo caliente descendía y se fijaba en cada extremidad, ahora mucho más consciente...compañero de bebida al que confiar todos los secretos, al que olvidar rápidamente..., también él te habrá olvidado antes siquiera de despedirse. Bebió, de nuevo, aún con el humo caliente en su paladar.

Una preciosa manera de pasar tus últimas horas. Feliz cumpleaños, Stan.

Debía escuchar, aún, centrarse en las palabras y buscar en las frases del orador gordo..., escuchar, escuchar, tan extraño en aquellos días, escuchar, en los que se buscaba el fondo en un gesto y se obviaba el acontecer del texto, extraña forma de clasicismo. Escuchar. Hablaba ahora sobre el período oscuro de la vida del poeta, apenas nada se sabe tras las inundaciones de París. Escribió su gran libro, quizá sólo un plagio, titulado: La Quimera.

-Estructurada en torno a temas mitológicos, se trata de una obra curiosa, ambiciosa, a imitación de los cantos bardos ingleses, muy del estilo de la Mort d'Athur. Sin embargo, Pradel poseía la inventiva del aristócrata, marcada por el culteranismo y el respeto a las formas...

El obeso comentaba las líneas maestras del relato mientras mesaba sus guedejas. A pocas mesas se situaba

un hombre con el pelo cano, delgado y estirado, que parecía, por extraño que pudiera parecer, prestar atención. Un amigo del conferenciante, sin duda, si es que tenía alguno. Stanislaus, poco a poco, comenzaba a centrarse. Avisó con un gesto a la camarera y señaló el vaso, como hacían los protagonistas de las películas de los años veinte, seguros. Ella entendió.

La pipa se agota justo cuando se distingue un buen tabaco de uno óptimo. El picor generalizado inundaba su nariz y lengua, lo cual no dejaba lugar a dudas sobre el "salseado" de la mezcla. Una verdadera pena que no se pudiese adquirir, de manera apropiada, un buen cavendish (salvo en algunos preparados ingleses como el 965, donde se emplea tan solo como añadido a los tabacos principales). Joyce aún le miraba, siempre reticente a los cambios, le acarició, viejo y negro pastor belga, quizá en poco tiempo volveré a verte otra vez, eterno superviviente.

La camarera llegó con la bebida y la sirvió, otra vez siguiendo el estricto ritual. Stanislaus Fiodorovich golpeó por tres veces la cazoleta en el cenicero como, dicen los expertos, jamás hay que hacer. El obeso casi terminaba ya su charla, mediando entre las últimas experiencias de Pradel y las hazañas políticas (más bien escasas) del autor. Lo peor había pasado, tanto para el obeso como para el fumador, ahora mucho más tranquilo. El mareo continuaba pero sus efectos habían remitido considerablemente. El tercer vaso de absenta lograría la tranquilidad buscada y regresaría más o menos centrado. Aquella noche lograría dormir.

Tocó la Dunhill que aún permanecía caliente, ¿importaba acaso? Los recuerdos se repetían, mientras Fiodor Fiodorovich II cabalgaba a lomos de Incitatus, el

caballo que terminó con la cordura de su hijo Cecil, nunca le daría importancia.

El obeso estaba relajado, casi pálido. No lo había hecho mal del todo, salvo las cuestiones sobre el caso Dreyfuss y algunas connotaciones cabalísticas en el último libro del autor. Tomó el atacador y desatascó la Savinelli; después, depositó ésta sobre la mesa para que descansase. Aplaudían tímidamente, frialdad de nuevo. Llegaba el turno de las preguntas: silencio. El rostro del orador reflejaba su desilusión meditada. La pareja de al lado cuchicheaba. El hombrecillo pequeño tomó la palabra derivando el tema hacia sus inquietudes políticas. Mientras, el gordo tomó asiento junto al individuo canoso y se dieron la mano efusivamente. Aquel saco de grasa sabía bastante más de Pradel que la mayoría de catedráticos, pero el canoso bien sabía que no había estado brillante y que su amigo era un pésimo conferenciante: obviaba datos y daba importancia a las cuestiones biográficas por encima de las literarias.

Estaba feliz, sin duda debido a los efectos de la bebida. ¿Qué importaba una pipa caliente aunque esta fuera una Dunhill?

Stanislaus fumó, de nuevo, la misma mezcla de cavendish con virginias maduras, apenas perceptibles. El individuo pequeño había animado la charla con sus asechanzas políticas, basadas en el presunto sionismo del autor. ¿Cómo un individuo que establece una obra en torno al árbol de la vida cabalístico no va a ser sionista? Los más amables callaban, siempre presas del miedo de un auditorio presto a ensartar sus cabezas. Había otros que defendían la actitud del poeta..., el obeso guardaba silencio. La charla había llegado a su fin y lo único que aquellas gallinas eran capaces de discutir era sobre un estúpido caso militar. Su padre, al menos, había sido

valiente: luchó por aquello en lo que creyó, nunca jamás por su país.

Quizá es por eso que le gustaba tanto beber.

Sintió deseos de salir del corral, todavía quedaba casi todo el contenido en el vaso. Tomó un gran trago y sintió, de nuevo, el mareo.

Joyce ladraba entre los pinos de hojas largas, más allá del fuego y el viento. A lo lejos, Cecil aún sangraba.

CAMINO VII

†

-¿Ayak? -preguntó el encapuchado.

-Akia -respondió Anthony, conocedor de la jerga.
Puede que eso le salvase la vida.

1933

El país se deshacía, entre antiguos símbolos y odios fingidos.

Anthony examinaba el papel de la pared, distraído mientras Nathalie revisaba las cuentas en la vieja mesa.

El pueblo sobrevivía gracias a las pequeñas destilerías clandestinas de bourbon (o lo que fuese aquella bebida). Las garrafas corrían de un lugar a otro, partiendo de pequeños pueblos donde, bajo el auspicio de las autoridades locales, se permitía operar de una manera más o menos legal con el alcohol.

La llegada de la "ley seca" había sido un acierto en opinión de Anthony: ¿qué habrían hecho si no las gentes? Cuando se quita la posibilidad de cavilar sobre entelequias tales como la justicia o la dignidad, hay que dar otra nueva ilusión: un vaso de whiskey. Lo que había sido un vicio consentido se había convertido ahora en una especie de manjar romano, al alcance no ya de los ricos, sino de los más tenaces y valientes.

Recordaba Anthony los tiempos en los que Fiodor I se tambaleaba de esquina en esquina con sus compañeros. Eran años heroicos, cuando las mujeres más castas y los hombres más cobardes (pero a quienes gustaba dormir caliente) aún hacían alarde de moralidad. Los aldeanos se reunían en los portales y hablaban. No era difícil imaginar las palabras del vulgo: qué lástima de hombre. Ahora, en

cambio (y gracias a la crisis financiera), cuando se veía a un moribundo por las calles, con dos copas de más, la sentencia era bien distinta: un caballero afortunado.

Muchos de los comercios de Nashville habían cerrado, así como las plantaciones de algodón y las industrias que habían florecido en años anteriores. Pero la crisis no había terminado con el sueño, con el viejo sur, con las leyendas de aquel gran río que un día aspiró a conquistar el océano desde Nueva Orleans.

Los lugareños reían y fumaban en pipas de maíz: no teníamos nada antes, no tenemos nada ahora. Los campos de grano y algodón se habían parcelado y daban de comer a las familias en una improvisada "economía de auto-subsistencia".

-Es mejor que trabajar -decían algunos-. Así no se lo lleva el gobierno y, por lo menos, tienes algo para calmar el hambre.

Sin embargo, los latifundios de tabaco continuaban su marcha: se puede pasar hambre, sí..., pero no soportar la indignidad de no tener tabaco con el que rellenar la pipa. Los subasteros pagaban poco..., las compañías preferían introducir variedades menos exóticas en sus mezclas...: no es posible mantener el "buen gusto" con el estómago vacío.

-Sobreviviremos, amigo. Siempre lo hemos hecho... perdimos la guerra pero aquí seguimos. No son las derrotas ni los muertos los que nos vencen, sino la falta de tradición. ¡Esto es Mississippi, Fiodorovich!

En Absalón no se malogró ni una sola cosecha. A veces, debían almacenar el tabaco, esperando una temporada mejor. Nathalie demostró una entereza sin igual y dedicó varios acres al cultivo de hortalizas para que incluso los criados pudieran alimentarse. Su rostro se

había ajado y se distinguían arrugas en su frente de poco más de treinta años.

Varios siervos marcharon al norte en busca de mejores vientos, pero también otros permanecieron fieles a pesar de que ya no percibían salario alguno. Mary Maud y Nathalie ordenaban las partidas con la tenacidad que la nieta de unos esclavos negros y la mujer que ha crecido en un prostíbulo ponen en todo lo que se proponen. Meses más tarde, regresaban los criados, con la tez baja: sí, aquélla era sobre todo la crisis del norte, su guerra perdida.

Sobrevivieron, nada más.

Mientras, ajeno, Fiodor II crecía indiferente y salvaje. Muchos de los colegios permanecían cerrados y el Estado no se hacía cargo de su educación: es difícil mantener un nivel de cultura aceptable cuando el país está sumido en la ruina más absoluta. También alguna vez pensó Anthony en abandonar.

1933 fue un mal año, se derogó la "ley seca".

-Tienen lo que se merecen los señoritos de Nueva York. Sus fábricas han cerrado y sus antiguos almacenes sirven ahora de cochiqueras... Pero son afortunados, Fiodorovich, pueden morir de cirrosis como nosotros. Se recuperarán.

1935

Veintiséis de junio de 1935, aniversario de la primera recolección de Periqueé Absalón. Nathalie estaba cansada, hambrienta, y embarazada. Anthony montaba guardia en la puerta, cercano a una taza de café.

-¿Qué has hecho, chiquilla? -preguntó el Fiodorovich.

Mary Maud, al fondo, guardaba silencio..., también estaba preñada. En el exterior el viento silbaba. Aún era media tarde, los fantasmas no aparecen hasta la noche.

-¿Qué has hecho?

Sería fácil evitar el ataque, pero no conveniente. Cuando se veía una cruz en el Mississippi, era siempre una mala señal. Tomó otro vaso de café, Nathalie se sentó a su lado.

-Entrégala, Anthony -Nathalie le miró a los ojos, tratando de convencerle.

Pulaski, Tennessee. En el sótano de una mansión, seis oficiales se reúnen ante un crucifijo y velas: el masón Nathan Bedford Forrest y otros cinco militares sureños van a dar forma al primer Ku Klux Klan ("Ku Klux" por derivación fonética del griego kiklos, círculo, y de la palabra escocesa clan, comunidad).

-Salvaremos la cosecha.

El Congreso votó en 1870 y 1871 leyes contra el Klan y cientos de sus miembros fueron arrestados y condenados a muerte.

-Moriremos por culpa de una esclava negra, recuérdalo.

Culdee es el nombre de los antiguos sacerdotes druidas escoceses. La cruz iluminada significa que Cristo es la luz del mundo.

-¿Qué habría hecho tu padre, Fiodorovich?

En 1915, William Simmons, un predicador (y vendedor de prendas íntimas femeninas) se convirtió en "Gran Mago Imperial". Eran éstas sus normas: los principios supremos de la caballería; protección del hogar y de la castidad de la mujer; patriotismo; "y mantener la supremacía de la raza blanca".

-Sólo es una sierva hija de esclavos -Nathalie le tomó de la mano, casi cariñosa-. Chasquea los dedos y aparecerán cien más.

Hay un "Gran Dragón" por Estado, un "Gran Titán" en cada distrito, un "Gran Gerente" por condado y un

"Gran Cíclope" por cada pequeña agrupación ("Klavern").

-Los conozco, querido. No dejarán de Absalón más que sus cenizas.

Los miembros del Klan se dividen en Águilas y Caballeros. Sólo los Caballeros están encargados de las "expediciones de castigo".

-Antes de que llegara tu padre, me visitaban miembros de la organización. Eran personas educadas y coherentes. No nos tocarán, Anthony. ¡Entrega a la negra!

Hiran Wesley Evans toma en 1922 el control del Klan.

-Cercana a la plantación de tabaco... yace el cuerpo de tu madre. ¿Dejarás que lo pisoteen y lo quemen?

Con cuatro millones de seguidores en la década de los veinte, la mayoría en el sur, ha sido una de las principales fuerzas políticas y sociales de los Estados Unidos.

-¿Qué daremos de comer al niño cuando quemen los campos? ¿Qué nos quedará?

Dos horas más tarde, Anthony Fiodorovich continuaba ante la puerta de Absalón, esperando la llamada. Ni rastro de cogullas blancas.

Recordaba a su madre, esposa de su único y verdadero padre, Fiodor I. Pasaba las horas encerrada en su cuarto, donde murió. Fue en su tiempo una mujer hermosa y despiadada, como las diosas griegas que habían inspirado a tantos héroes. Pero el país se había desmoronado con su propia historia de ganadores de moral fácil, había triunfado el sentido práctico por encima de la tradición y, ahora, aquellos caballeros habían seguido la senda equivocada.

-Los primeros del Klan -le había dicho Elisabeth una tarde de verano- eran hombres educados y cultos que seguían unos principios. Luego, todo cambió. Se

equivocaron, pero sólo en una cosa: perdieron y tuvieron que reclutar campesinos.

Anthony escuchaba a su madre, callaba, como sólo hacen los hombres.

-Me casé con John Martins, uno de aquéllos, hijo. Ése era tu padre. Fue masón y seguidor en sus primeros años. Cuando se rearmaron, llamaron a granjeros y rancheros. Había que darles lo que querían y las viejas estrellas que guiaban sus pasos desaparecieron. Perdieron y querían venganza, sólo eso. Tu padre y otros se dedicaron a fumar en pipa y a escribir cartas a otros miembros de la logia masónica en Europa. Vestían como en el viejo continente y tomaron sus apariencias, pero olvidaron que eran hijos de emigrantes y violadores, olvidaron que no eran más que granjeros. No llegó contestación de Europa y un nuevo discurso se apoderó de sus lenguas. Olvidaron los astros, las velas y los símbolos, olvidaron el tiempo y, ahora, han terminado por olvidar a Dios. Sólo quieren resarcirse de la guerra que sus abuelos perdieron. Podrán quemar a cuantos negros quieran: han olvidado el verdadero rostro del enemigo en una cruz ardiendo.

Anthony estaba ensimismado contemplando aquellos maternales ojos que, abiertos y enormes, le miraban por primera vez desde hacía tantos años.

-Tu padre fue el hijo de un general pero no dejaba de ser el nieto de un campesino. Eché unas gotas de veneno en la comida, eso bastó. Me encantó verlo morir..., no quiero mentirte más.

Entre los miembros del Klan, existían claves secretas para reconocerse sin ser descubiertos: alguien preguntaba ¿Ayak? (¿eres miembro del Klan?), debía responderse con la fórmula Akia (del Klan soy miembro).

-Soy blanca, ¿debo morir por su culpa?

Abrió los ojos y despertó el Fiodorovich, frente a un vaso de café y dos mujeres embarazadas.

Mary Maud no llegaba a veinte años. Anthony se levantó y apartó a su esposa. La miró a los ojos. Calló, como callan los hombres, algunos valientes. Nathalie, demasiado mujer para no entender, lo comprendió sin palabras.

A los pocos minutos, se escuchó un sonido en la lejanía. Anthony Fiodorovich dejó el fusil en la puerta y abrió. Al fondo, junto a la tumba de Elisabeth, unos hombres vestidos con hábito le esperaban.

-Espera, todo irá bien.

Salió su marido a reunirse con los miembros del Klan. Nunca supo la antigua meretriz lo que dijo, tampoco nunca quiso saberlo. Cuando se quedaron solas, Mary tocó su vientre, acariciándolo con cariño: el vulgar capricho de un amo odioso.

-Tranquila, Mary. Sé que no ha sido culpa tuya. Ya ves que yo también estoy embarazada. Las dos lo estamos y ninguna lo desea.

La miró distante, como se miran las mujeres, y la escupió directamente en la cara. Nunca más volvió la señora de Absalón a dirigirse a la sierva.

Volvió su marido y se encontró con Mary, que le esperaba. Se sentó en la silla, al lado de la escopeta de caza con la que había un día matado a un oso y con la que había terminado con la vida del ingrato Tom Flaherty. Todo irá bien, padre. La sierva permanecía en el rellano de la escalera, esperando una señal. La taza de café ya estaba fría. Recordó a su padre mientras las cruces sórdidas se alejaban del horizonte de Absalón.

-Debes ir al norte, Mary. Saldremos de madrugada.

Durmió tranquilo. Soñó con una niña de ojos mulatos..., preciosa. Le habló el sueño y le dijo su nombre: Beatrice.

Pasaron las horas y la brisa golpeó el rostro de Anthony que se había quedado dormido al lado de la taza de café, aún sin tocar. Se desperezó y preparó la camioneta. Mary Maud subió. De camino, se detuvieron un momento frente al río y contemplaron sus aguas.

-Que no le pase nada a la niña, Mary.

Mary calló, como saben hacer las mujeres. Tomó el tren destino a Nueva York y nada se supo de ella hasta que, algunos meses después, regresó con una bonita niña mulata en brazos. Se llamaba Beatrice.

A la vuelta de Anthony, Nathalie tenía dolores de parto. Llamaron al niño Martin Fiodorovich.

1937

Fiodor II, de quince años, ya tenía edad suficiente para trabajar en las labores del campo. Pero era el muchacho muy distinto de su padre (quien quiera que éste fuese). Mostraba una actitud distante con todo, y poco o nada conseguía llamar su atención: taciturno y apático, tirano a veces, pasaba sus horas mirando el río y sus aguas. Hablaba con los lugareños y escuchaba sus historias que parecían interesarle bastante más que la plantación.

Lucía una melena rojiza y poseía unos descomunales ojos negros que (daba la impresión) siempre tenía abiertos. Fue por ello que Anthony -conocedor de las leyendas de muerte que pesaban sobre su familia- sintió miedo por su vida, tal vez fuese víctima de la extraña enfermedad que solía aquejar a todos los que llevasen aquel apellido tan ajeno a la sangre.

Sin embargo, nada parecía poder tocar a aquel muchacho tan fuerte como apático, verdadero heredero del primer Fiodorovich. Cuando regresaba tras un paseo, se mostraba firme y despreciativo..., ordenando a los

criados casi sin mirar, sin detenerse por nada, seguro de ser obedecido.... No dudaba en golpearles si era necesario.

Anthony, cansado, ya callaba.

Mientras, su hermano Martin, más de diez años menor que Fiodor II, era un niño feliz y con buen apetito, como todo ser humano en época de escasez. Desde pequeño saltaba y, con sus apenas sesenta centímetros, lograba alcanzar el armario de la comida para vaciarlo con avidez. Los criados se quejaban del niño, en voz muy baja.

Anthony y Nathalie le observaban con el cariño con que se mira a los niños que, seguro, serán desgraciados.

Nathalie envejecía, casi ajena.

1939

-¿Ayak? -volvió a preguntar el encapuchado, cinco años después.

Anthony dejó la pipa en la mesilla, casi con devoción. Después de todo, tenía cariño a la Dunhill. Le traía muchos recuerdos. Sonrió.

-Akia -respondió Anthony, asqueado. Mintió.

CAMINO VIII



1941

Martin jugaba sobre la alfombra del recibidor, en la parte baja de la casa. Desde el comienzo fue un niño alegre, con un apetito voraz e inusitado que le hacía engullir constantemente.

Ocurrió una mañana, mientras Nathalie revisaba las cuentas familiares. Los negocios no iban bien: los mezcladores ingleses, principales consumidores de periqueé durante la crisis en los Estados Unidos, habían preferido otras variedades mucho más baratas. Mary Maud preparaba la comida, un guiso a base de legumbres. Martin, de seis años ya, se subió a una silla y, no sin esfuerzo, logró alcanzar el puchero.

Fue su hermano adolescente Fiodor II, que estaba con su novata amante Virginia, quien lo encontró tumbado en el suelo y luchando por respirar. La muchacha, pese a su juventud, se comportó eficientemente..., pero también Nathalie era casi una niña cuando Fiodor I la compró por unos dólares.

¿Saldría tan barata aquella señorita de blanca piel?

Martin mejoró pronto. Era un chico sano, tan sólo se trataba de otro empacho ocasional. Esta vez, sin embargo, había llegado a perder el sentido y eso resultaba alarmante.

-¿Habéis probado a esconderle la comida?

Comenzó a gustarle a Nathalie aquella primera novia de su hijo.

Virginia York no era una muchacha hermosa, más bien al contrario: un defecto en el pómulo izquierdo hacía que

hasta los desconocidos fijasen su vista en ella. Tenía, no obstante, cierto aire de dignidad que provenía de su buena educación. Caminaba altiva y miraba siempre al horizonte... justo como habían enseñado a mirar a Nathalie cuando llegó a América. No, no era tan diferente el burdel de las casas de alta alcurnia.

En el sur, tras la gran crisis, no había familias con recursos, sólo quedaban apellidos que un día sonaron grandes. Los York eran uno de esos linajes que, gracias a contactos y demás cuestiones, habían logrado una posición más o menos cómoda. Provenían de emigrantes ingleses que habían cruzado el Atlántico con el firme propósito de enriquecerse aún más (sí, América se había llenado con lo más noble de cada casa). Contaban con dos ventajas de partida: su aristocrático apellido y una fortuna ya considerable. Cuando se desató aquel “noviembre negro”, estaban preparados:

-La crisis existirá para la familia sólo el tiempo que tarda en consumirse este cigarro –sentenció el orgulloso coronel James York mientras encendía un gran puro puro importado.

Un par de llamadas le proporcionarían capital inmediato (o eso había pensado el militar retirado): las haría en diciembre del veintinueve.

Fue el último cigarro importado que fumó.

Fiodor II la conoció en una de sus múltiples excursiones. No había muchas jovencitas en el pueblo, y las que estaban tenían las manos callosas por el trabajo y la frente arrugada debido a la estupidez. Virginia era una isla en medio de la mediocridad: lucía un vestido bordado, sombrero ancho con adornos floreados y un paraguas a la moda europea. Iba acompañada de su criada, hija de una antigua esclava que había permanecido fiel a la familia.

La primera vez que Fiodor se acercó, Virginia alzó la vista y pasó de largo fingiendo indiferencia. ¿Qué quería aquel campesino?

-Elegiste bien, muchacho -sentenció Nathalie.

Cuando, una semana más tarde, volvieron a encontrarse, Fiodor se había informado bien: se situó a dos metros de la dama, a su izquierda para no incomodarla y, con una sonrisa, inclinó las rodillas y se descubrió ligeramente, en pequeña reverencia. La educación obliga y la señorita respondió al saludo.

Desde entonces y día tras día, el tenaz adolescente se hacía el enconradizo, aunque para ello tuviera que dar vueltas a las calles que ella frecuentaba durante toda la tarde y soportar las burlas de los que, ya por costumbre, se reunían en un soportal cercano para hacer mofa del galán.

-¡Vamos, chico! ¡Terminaréis casándoos! -y reían todos a una, dada la clara diferencia social.

Una tarde, mientras esperaba, la criada -ahora ciudadana con todos los derechos- se acercó y entregó una nota a Fiodor Fiodorovich II.

Ya no necesitarían más a aquella “señorita” de compañía. Fue despedida al día siguiente:

-Mejor así, come demasiado -dijo la madre de la muchacha.

Cuando Virginia quedó embarazada, tenía dieciséis años.

-Una buena edad, chiquilla.

Un mes después del incidente con Martin, se celebró el enlace en el mismo Absalón. No hubo rosas ni orquesta ni un gran convite. La novia lucía una incipiente barriga que trataron de disimular a pesar de la escasa concurrencia: el párroco, las dos familias, Ruach (el caballo de Fiodor), la negra Mary Maud y el amable

caballero que tuvo una amistosa charla con Anthony poco antes del nacimiento de Martín. En aquel momento, sin embargo, vestía de un modo elegante y no iba encapuchado... Alguien comentó que se llamaba Paul Nash y que entendía mucho de tabaco.

A lo lejos, Beatrice, la hija de Mary también observaba atentamente, con los ojos abiertos y, por una vez, sin ganas de cantar.

1942

Las noticias de la contienda mundial llegaban con cuentagotas.

Durante los primeros momentos, Anthony Fiodorovich logró cierta tranquilidad gracias a los contactos de su ahora consuegro, el coronel York. El padre de Virginia evitó repetidas veces el reclutamiento de ningún miembro de Absalón, ya fueran amos o criados (estos últimos eran, en opinión del pelirrojo patriarca, más importantes incluso que los de su propia sangre, pues evitaban que él o sus hijos tuvieran que doblar unos espinazos incapaces de soportar demasiado esfuerzo). El resto del sur vivía por el contrario las noticias con inquietud, y casi desaparecieron las cruces llameantes y los símbolos astrológicos. Ahora se trataba de un enemigo mayor que el avasallante norte ya que, si bien Hitler defendía parcialmente las tesis de los Klaxmen, podía poner aún más en peligro la producción y modo de vida de los herederos de la Confederación.

Cuando dos años antes habían comenzado el alistamiento, fueron miles los voluntarios que se apuntaron, unos seducidos por la promesa de una paga decente, otros por la sed de aventuras... los más por hambre. Ninguno en el sur lo hizo por su patria, que murió con sus abuelos, sino porque mucho antes del

veintinueve estaban acostumbrados a vivir en crisis..., ya por entonces la mayoría de los campesinos estaban arruinados.

El primer incidente sucedería a mediados de Julio, ya superada la cosecha. Desde el inicio de la guerra, la venta de cigarrillos se había disparado y los productores habían triplicado beneficios. Eran veranos tranquilos, en los que Fiodor II y su pequeño hermano Martín se entretenían disparando a las aves y Anthony pasaba las tardes en la mansión del coronel junto a las dos Virginias: su joven nuera (ahora de apellido Fiodorovich) y la mandona y verdadera Virginia York, madre de ésta. La hija era una buena mujer que se limitaba a adoptar el papel silencioso de Elisabeth, enclaustrada en su cuarto... Apenas se nombraba ya a la que fue primera esposa de Fiodor (también primero): una cruz al fondo, al lado de la plantación y un breve daguerrotipo sobre la entrada la recordaban. La muchacha sonreía y acataba sin rechistar las órdenes de Nathalie, siempre taxativa y lacónica.

Los trabajos se hacían pesados y los días eternos. Se escuchaban radios encendidas, pues las voces de los negros habían cesado. Poco o nada había quedado de las tradiciones que hacía cincuenta años eran aún sustento y orgullo del viejo sur. Los nuevos burgueses las habían sustituido con su histérico principio de cambio permanente. La tierra, caprichosa tierra, exigía su tributo anual y de no ser obedecida, devolvería sólo polvo. Los negros, poco a poco, caminaban sin miedo por las calles, algunos llevaban sombrero o, incluso, un buen traje de algodón (lo que no dejaba de ser irónico). Sin embargo, la segregación se mantenía y se observaba como algo natural en los locales “para blancos” y “para negros”. Los viejos sueños confederados que, en su altanería, se habían negado a admitir la derrota, se ahogaban y daban paso,

cada vez más, a la triste realidad, viejos fantasmas del Mississippi.

El Periqueé Absalón se almacenaba en el granero, antaño dedicado exclusivamente al despillado y secado. Gran parte de aquel tabaco estaba perdido, era mejor no abrir las cajas para no ver el sórdido presente.

Cuando no se cosechaba, las tardes eran aburridas y las mañanas insoportables. Daban largos paseos y Anthony, ejerciendo de cabeza de familia, buscaba algún pequeño trabajo en la finca..., algo ligero. Al menos, habían conseguido mantener un par de caballos, Ruach y Bucéfalo.

Fiodor II, de ímpetu constante y trabajador, de voz potente, ronca y masculina, gustaba de montar a Ruach, el más grande de los dos caballos, mientras Anthony reparaba alguna grieta..., pequeña. La casa envejecía, lejanos los tiempos en que la hacendosa Nathalie ordenaba construir la cabaña para las mujeres.

Virginia Fiodorovich esperaba impaciente el alumbramiento de su primogénito pero su joven esposo lo temía: ¿Qué excusa podría alegar después el coronel James Jork para impedir que él fuera al frente? Envidiaba la suerte del miserable de su hermano Martin, con la edad justa para sólo dormir y zampar.

El bombardeo por parte de Japón del puerto de Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941 les había destrozado el futuro. Las intenciones de Hitler para con Europa no les habían interesado, Norteamérica nada tenía que ver con aquel infecto continente (exceptuando Gran Bretaña, de la que habían heredado cultura y lengua que destrozar, paulatinamente y sin piedad). La intervención japonesa lo había cambiado todo, y el mapa geo-político tomaría nuevos rumbos tras aquel fatídico día, pues aunque era cierto que la intervención estadounidense se venía

preparando desde principios del año cuarenta, pocos lo sabían al no haberlo contado la vieja radio.

La gran crisis (que duraría para siempre en el sector agrario) aún no se comenzaba a superar cuando, sin posibilidad de escapatoria, sobrevinía una guerra de la que se habían intentado escabullir. Anteriormente, el país estaba compuesto por Estados disueltos, agrupados en dos bandos por motivaciones socio-económicas casi contrarias: los Estados del Norte y del Sur, cada uno con sus cualidades y su forma de vida. La guerra lo cambiaba todo. Las primeras banderas de barras y estrellas comenzaron a ondear en Tennessee, sustituyendo a las confederadas.

-Mi abuelo no lo hubiese permitido –decían en la taberna.

-Está muerto, olvídale ya.

Los aldeanos temblaban ante las noticias de contiendas armadas, en las que la nueva maquinaria alemana parecía prácticamente imbatible. El país decía estar preparado para la guerra, pero eran pocos los habitantes que confiaban de verdad en una victoria frente al bloque formado por Japón y Alemania (amén de otras potencias menores como Italia).

El consumo de cigarrillos se disparaba entre las tropas, que preferían las nuevas formas de fumar, más cómodas y acordes con los nuevos tiempos (trincheras, rocas y barro no eran aptas para un caballero con su pipa en la boca ni, por tanto, para el Periqueé Absalón). La venta de tabaco se disparó pero no la de los Fiodorovich. Las naciones hacían acopio de cigarrillos y algunas de las marcas habían elegido dar un toque más vulgar para complementar sus mezclas. La de 1941 fue una de las mejores cosechas e incluso Anthony Fiodorovich consiguió vender su periqueé. No pudo, sin embargo, celebrarlo mucho

tiempo pues pronto vendrían a llevarse a Fiodor para el frente, antes incluso de que Virginia diese a luz...

-No se puede hacer nada –decía el coronel James York-. Tiene que ir. Es mi yerno, es tu hijo, también un buen hombre. Sobrevivirá.

El día que vinieron a llevárselo, volvía de dar un paseo en su caballo Ruach, llevaba la escopa en la mano y la roja melena al viento. Vio el coche militar desde la distancia, galopó hasta ellos arrogante:

-Mi nombre es Fiodor Fiodorovich II

Virginia se sintió orgullosa de él por primera vez y aquel día, ni siquiera tiró la jarra de limonada. Quería que estuviese siempre fresca, y preparaba una tras otra para matar el tedio, como cualquier señorita honesta y sin nada en que entretenerse.

Allí estaban todos, también los York, que parecían esperar la noticia con extraña consternación.

-Ya han llegado, querido.

Fiodor II sonrió: mejor en la guerra que allí. Se aburría cada día y en las últimas semanas, sus antiguos temores se habían tornado en ansias de desertión, pero no precisamente del ejercito. Quizá tuviese mejor suerte que cualquier vulgar pelirrojo: tal vez moriría con una historia que contar. Se apelotonaron todos en la mesa, mirando fijamente al oficial al mando.

Recibió un vaso de limonada (bien fresca) de una sonriente Virginia. Era un militar amable que traía una hoja de alistamiento con el nombre de su marido. Se sentía cohibido, con todos aquellos ojos fijos en él.

-La patria te reclama, hijo -dijo aquel hombre que, hasta el momento, había parecido una persona coherente y con gusto, debido al uniforme bien planchado y el bigote bien perfilado.

Fiodor II asintió, pensó luego en su futuro primogénito y le asaltó la tristeza: ¿Qué sería de él?

-¡Vamos! -exclamó Virginia con sorna-. ¡Demuestra tu valor y gana medallas!

-El padre de su hijo será un héroe, lo veo en sus ojos – dijo el militar.

Había sido la mejor broma del último año. Todos sin excepción miraron a Fiodor, con apenas dieciocho años, con el rostro enrojecido: Nathalie no pudo menos que romper a reír. Todos la siguieron, hasta el pequeño Martin, que apenas tenía consciencia, rió.

El coronel y su mujer los miraban consternados. Anthony golpeó suavemente el hombro de su consuegro en señal de afecto. ¿En dónde se habían metido?

Fiodor II tenía sólo dos días para presentarse en Nashville, lugar desde el que saldrían los reclutas con destino a Europa. Anthony le llevó en la camioneta. Cuando ya se despedían, el chico se dio la vuelta y miró a sus compañeros de andanzas: gandules e idiotas, sintió deseos de escupirles a todos. ¿Pensaban ganar una guerra con granjeros y pueblerinos? Serían buenos peones que sacrificar, así se ganan las batallas.

-¿Qué crees que pasará?

-La guerra es impredecible -le recordó Anthony-. No podemos hacer nada.

Fiodor II sintió pena, como si una parte de su vida se marchase para no volver a regresar jamás. Le subieron en un autobús verde con la bandera americana pintada.

-El niño se llamará Pierre. No permitas que lo cambien.

Sabía que su padre cumpliría.

Pierre Fiodorovich nacería un mes después, el 3 de junio de 1942, junto al eco de los cañones y el despillado.

ESFERA IV: STANISLAUS

707

Stanislaus miró en derredor, le notaba un poco cohibido, me notaba extraño.... suponiendo su ebriedad, casi ya consciente, la peor parte sin duda.

La conferencia había terminado. No me había parecido mal y el individuo había estado coherente, sobre todo si se tiene en cuenta que su discurso trataba de un autor del que casi no existían estudios. Me sorprendió desde un primer momento su capacidad de convocatoria. Resultaba insólito un auditorio tan lleno para un poeta tan poco conocido, con una obra escasa y mal considerada.

Guillermo Pradel era un ídolo de mi juventud, algo así como el lado oculto de Baudelaire, sin su fama, sin su carisma, sin su enfermedad también. Les distinguían demasiadas cosas y su vida fue tan efímera como incierta. Siempre me llamaron la atención esas recurridas muletillas que intentan explicar la biografía de una persona sin ninguna profundidad: "gracias a una herencia, pudo consagrarse por entero a la poesía". Parecía que su existencia pudiera adscribirse a una fórmula estandarizada (hay varias, no siendo ésta la peor de todas).

El sobrenombre de Pradel era ("la Chimère") debido a su libro de poesía "La Quimera" donde, basándose en mitos antiguos, establecía una forma de relación mágica entre el universo y el hombre. La misma historia de siempre, pero en su época y sobre todo en aquella ciudad, el tema estaba de moda, ya bien por las connotaciones astrológicas o por las claves ocultas que, se supone, empleaba el escritor. "La Quimera" era el ser que,

devorando el tiempo, se acerca al infinito a través del verso.

Fueron años fáciles para los poetas que sí tenían su verdadero dios. Cuando la poesía homérica cayó, Baudelaire se erigió en una especie de Zaratustra al que seguir y la lírica se convirtió en especulación interior, en un camino que alejaba de lo material y conducía más allá de la razón.

Pradel había sido uno de los muchos adscritos a esa tendencia, sin más importancia que la de un buen sobrenombre. Se hubiese sentido a gusto entre desconocidos, quizá le hubiese agradado asistir a una conferencia impartida por un individuo sin otro oficio que el de hablar de alguien que ya no existe y que, seguramente, nunca existió como se le recuerda. Distintas versiones circulaban sobre la identidad de "la Chimère": ¿a quién le importaba todo aquello? ¿No sería mejor analizar sus versos? ¿A quién le interesa la fantasmal vida de alguien que nunca fue real? Guillermo Pradel era solamente la más probable de sus fachadas. Se le atribuían varios volúmenes, pero no había consenso suficiente sobre su identidad ni sobre las fechas.

Es de agradecer, siempre he tenido tendencia a olvidarlas.

Algo me llamó la atención sobre aquel caballero, su porte casi distinguido, con ese toque de "maldito" tan pasado de moda. Sí, otro petulante a la caza de algún dato con el que poder enriquecer su conversación. Su chaqueta, que trataba de llevar con dignidad, mantenía las arrugas propias de a quien poco preocupa su aspecto aunque se afana por parecer meticuloso (desde luego, sin conseguirlo). Parecía uno de esos individuos que, lejos de vivir para las apariencias, viven de aparentar, de fingir y de interpretar lo que nunca serían.

Me gustan los espejos.

Déjenme que me presente: mi nombre es Martín Cid y soy escritor. Vivo en Abenarabi desde hace un tiempo. Nací en Oviedo y luego emigré a Madrid, en donde pasé gran parte de mi vida. Una tarde, rebuscando entre periódicos, hallé el nombre de la ciudad en un catálogo perdido entre mi escasa biblioteca. Investigué y la encontré finalmente. No fui el único, otros antes que yo han descubierto este peculiar lugar y han venido (o algo les ha traído), solos, a pasar sus últimos días. Mi propósito no era tan dramático: yo buscaba historias y un entorno artístico en el que desarrollarlas. El escritor es quien transforma la verdad en mentira (siempre había creído que eran tipos interesantes..., hasta que me convertí en uno).

Me acerqué, no sabía por qué. Me gustan los alcohólicos, tienen una conversación sugestiva, al menos los diez primeros minutos. Luego se repiten y hay que buscar una manera educada de huir (en ocasiones resulta imposible). No son encuentros que dejen huella y olvidamos la mayoría, aunque siempre podremos recordar algo genérico, una especie de sensación muda que deja su expresión y su gesto. Si les observamos bien, logramos saber cuando mienten y, si escuchamos atentamente, conseguimos leer esa historia que no se atreven a contar.

Llevaba barba, sin corbata y miraba fijamente el vaso. Sin duda, pensaba en alguna ficción novelesca, de ésas que yo necesitaba impetuosamente. Intuía que de un momento a otro, sacaría su cuadernillo y empezaría a garabatear versos. Sería deplorable y habría que hacer uso de la educación bastante antes de lo previsto. Pradel, al menos, tuvo la suficiente clase como para dejar de escribir a tiempo. No todos tenemos tanto coraje. Ahora, los volúmenes descatalogados de "la Chimère" penden de

los estantes en librerías baratas, o en muebles forrados de terciopelo en las bibliotecas de los coleccionistas. Quizá la inundación de París terminó con ellos, o quizá, ya antes del desastre, los textos habían sido ignorados.

Buscaba una historia, y el café "Yareah" ofrecía cada noche cientos de ellas, sólo había que elegir a la persona adecuada.

Aquel tipo fumaba sin parar en una pipa que estaba bastante gastada. Nunca he sido un gran degustador, pero el aroma del tabaco no dejaba lugar a dudas sobre el salseado: una especie de cavendish, una vulgar mezcla holandesa.

Llevaba un buen rato observándole. Fumaba alternando dos o tres pipas que extraía de los bolsillos. Las cargaba distraído tomando tabaco de diferentes paquetes, como dicen que nunca se debe hacer. En mi opinión y a juzgar por los movimientos acompasados que ejecutaba armónica y metódicamente, estaba bastante bebido.

La fórmula para iniciar una conversación es sencilla, sólo hay que saber prestar atención un rato y encontrar un tema que pueda interesar a nuestro futuro interlocutor. Más de una vez me habían parado en medio de la calle para preguntarme sobre la marca que fumaba -latakia-, o sobre el lugar donde se vendía determinada variedad. El mundo había terminado cuando llegó la producción en serie, y ya no importaban las variedades para expertos o los suministradores especializados. El tabaco, como tantas otras cosas, había muerto.

-¿Ha probado esta mezcla? -pregunté.

-No -contestó escueto mientras me miraba extrañado, casi ofendido.

Puse sobre la mesa la bolsa: latakia siria, periqueé y otras variedades orientales bastante extrañas, casi imposibles de encontrar.

-Ya sabe cómo van estas cosas, nadie conoce la composición exacta -mentí descaradamente como en una novela.

-Es fácil conocer el tipo de tabaco, pero no la elaboración -respondió alzando la vista y extrayendo unas hebras-. Fíjese.

Stanislaus Fiodorovich tomó algunas briznas de periqueé entre los dedos índice, pulgar y corazón. Las frotó suavemente. Sonrió.

-¡Una basura! -dijo-¿Me acepta una copa?

-¿Qué le ha parecido la conferencia?

-Es un buen tabaco pero no es periqueé. Si supiésemos lo que realmente fumamos, muchos lo abandonaríamos. ¿Por qué fuma usted? Algunos lo hacen por placer, dicen que les gusta: se equivocan. Los que fumamos en pipa, en realidad, nos distinguimos de la chusma y somos conscientes de ello. Por eso nos afanamos tanto. ¿Cree que Pradel sería "la Chimère" si no hubiese algo que lo distinguiera del resto?

Acepté la copa.

-¿Quién cree que fue Pradel? Otra sombra más que imitar. Mírese, ¿cree que de verdad le interesa como artista? Seamos sinceros, un mono con sombrero y un cigarrillo en la boca sería mejor poeta. Sin embargo, aquí estamos, usted y yo, dos desconocidos que prestamos oídos a un gordo que habla naderías sobre alguien que no nos importa. ¿Sabe? Creo que conocía al conferenciante, murió hace algún tiempo.

La incoherencia era evidente, pero me divertía. Hablaba seguro, como esos hombres que, por su tono, saben cómo evitar la réplica. Creaba el ambiente y miraba distraído, como un buen personaje.

-Usted es escritor -me dijo.

-Abandoné el oficio no hace mucho.

-Nadie lo abandona, amigo mío, sólo se queda sin ideas.

Sonreí, tenía parte de razón. Aunque, para ser totalmente sinceros, jamás las había tenido.

-Usted busca una historia, como yo, ¿le gusta por eso el poeta? Su gran historia es su biografía. Piénselo, ¿qué hizo realmente de mérito? Un par de poemas, un libro a imitación... ¡Humo! Quizá por eso fumamos, por la misma razón que usted y yo, dos desconocidos, hemos coincidido en la conferencia de un «poeta maldito».

El tipo resultaba divertido. Hacía ya mucho que individuos raros se me pegaban como lapas y me buscaban. Sólo había que escucharlos, era todo lo que deseaban. Eran conversaciones sin sentido, sin principio, incoherentes, pero con el encanto de lo estúpido. Las calles de Abenarabi estaban atestadas de personas así. Fue quizá por ello por lo que me interesó “la Chimère”. Veía el París del siglo XIX y veía aquella Abenarabi desierta, siempre, pasaje interior construido sobre estructuras de cemento y piedra vieja. Lo había reconocido, sí, sentado en la misma avenida, en los Doce Reyes, mirando al infinito y pasando el tiempo, sólo eso. Todo cuanto había amado antaño, se tornaba ahora escaso y ajeno, igual que los sueños que imaginamos.

Stanislaus tomó la mezcla y la escrutó, separando las hebras y eliminando las más verdosas y oscuras, fácilmente distinguibles del conjunto.

-El periqueé da fuerza al sabor, pero jamás debe superar el siete por ciento, así mantendremos el equilibrio. Empleábamos de todo y a veces resultaban mezclas curiosas. Algunas jamás se llegaron a vender.

Tomó el vaso de absenta y vertió unas gotas en la servilleta dejando que se empapara. Cogió algunas briznas de latakie y las remojó suavemente en el temible líquido.

-Ahora tendrán que secar, aunque siempre hay métodos que aceleran el proceso. Cuando llegue a su casa, añádale un poco más de azúcar, envuélvalo y déjelo al sol una semana. Nunca habrá probado nada parecido, con la fuerza del ajeno y el sabor de la isla. Puede incluso prensarlo, es un método manual, no es tan diferente del que usan para elaborar algunos cavendish. En mi opinión, todo esto es una basura. Sabrá a rayos al principio, es sólo cuestión de tomar el pulso a la mezcla. No se olvide del azúcar. Es un proceso y no depende sólo de los ingredientes. Recuerdo una de nuestras más extrañas recetas, era repelente pero a mi me gustaba. ¿Sabe algo del whiskey? Jamás hay dos entregas iguales, todo ese tono amarillento tan homogéneo se consigue a base de colorantes y química. Ahí está el secreto, amigo mío, en barriles añejos.

Tomó aire. El individuo estaba casi exhausto, no acostumbrado a mantener una conversación coherente (y mucho menos un monólogo) durante tanto tiempo.

-¿De qué ha hablado la morsa de la conferencia? -me preguntó-. Ha hablado de Pradel, de su vida anodina y estúpida y de algunos de sus poemas. Usted ha escuchado con atención y no ha aprendido nada, sólo palabras que salían de la boca de ese hombre con traje barato. El proceso, amigo mío, falló el proceso. Podemos aprender de los errores y combinando los elementos, lograr cada vez un mejor resultado, pero la mezcla jamás será perfecta, ¿sabe por qué? Porque no tiene en cuenta el paladar del que la fuma. Se requiere un olfato educado y un sentido del gusto para percibir los diferentes tabacos de la composición y aún es más difícil apreciar si el conjunto es armonioso. El mezclador medirá las

cantidades adecuadas, pero será el fumador el encargado de percibir el aroma. Miramos cada poema de Pradel como un hecho solitario, e incluso los más entendidos son capaces de, aislando los elementos, relacionarlos unos con otros. Usted y yo llegamos aquí y escuchamos al cavernícola, y salimos de la misma manera, tal vez con ganas de releer alguna de sus obras en el mejor de los casos. Hablan de una sensación con mayor o menor acierto, pero es usted como lector el que ha de interpretar esos signos, sobre sus conocimientos y su historia personal. Tomemos un capítulo aislado, sólo uno, nada significa si no es con relación al conjunto. Pero también hay capítulos que se explican a sí mismos y, con ello, explican toda la obra. ¿Sabía que Pradel empleaba cierto tipo de estructura?

No tenía ni idea, pero asentí. Aquel tipo me empezaba a aburrir.

-Mi madre, que por cierto era toda una meretriz, ya lo sabía: ¡El camino, eso es lo que nos enseña! “La Chimère” parte de una secuencia general que nos lleva a unidades más pequeñas, son sendas antiguas. ¿Sabe algo de todo eso? Cada pequeña parte es una sandez, por eso es ridículo leer tal o cual poema del poeta, ¿comprende la paradoja? Imagine un libro que comienza..., pongamos con una saga familiar. El autor dejará caer sólo datos y, si es hábil, tratará de engañarnos y perderemos el hilo de lo que de verdad quiere contar. ¡Mentirá, vaya si mentirá! Perfilaremos a un personaje y observaremos a otro, pero ¿veremos lo que hay tras ello, la ironía que ello conlleva? Tal vez Pradel quiso revelarlo incluyendo en los encabezados pequeñas aclaraciones, siguen sin ser más que eso: títulos. Imagínese esa novela que jamás escribió, ¿acaso no existe? Quizá sea más real que el resto de hechos comprados que nos pierden y no significan nada, como esta conversación.

Pese al sinsentido, la charla comenzaba a desagradarme profundamente. ¿De qué diablos hablaba? Era cierto que Pradel empleaba aquella famosa estructura hebrea en sus textos, sin embargo la forma no era capaz (ni debía en ningún caso) de explicar el verso, ya que debía ser sólo un sustento para el lector. Estaba aburrido de un discurso tan largo sobre algo que no me importaba. Quería volver. Le miraba y no le escuchaba, jamás he sido un alumno atento. Veía su rostro casi llameante, avivado por el alcohol.

-Toda buena obra literaria concluye en la primera frase. El resto es sólo una explicación. Usted no me soporta, lo veo en sus ojos, también veo la risa por lo bajo y su lastimosa piedad. Algún día terminará su libro en esa primera frase, fragmentos.

Me fui, jamás volvería a ver a Stanislaus Fiodorovich. El resto de su historia, de mi historia, es sólo una reconstrucción de una charla que no tuvo lugar, sobre el centelleante cielo de la ciudad milenaria de Abenarabi, tierna estrella.

CAMINO IX



1943

Nathalie, viuda de Fiodor I, se encargó de la plantación como antaño hiciera su marido. Anthony, su segundo esposo pelirrojo, se había encerrado en el granero para descubrir nuevas fórmulas con las que dar más sabor al tabaco.

-Necesitamos el mejor periqueé del Estado, querida.

Era una buena manera de mantenerle entretenido.

-Un marido ocupado es mejor que un marido atento – dijo la anciana York, madre de su joven nuera Virginia.

Las ventas de tabaco seguían subiendo, ahora también las del periqueé. Atrás quedaban los tiempos en que la cosecha se pudría en el granero. Era un buen momento y los cigarrillos se consideraban prácticamente una primera necesidad para los soldados. ¡Grandiosos años de guerra!

Nathalie se sentía un tanto cohibida ante su aristocrática consuegra. Mientras ella se limitaba a cumplir con el papel de esposa, Virginia York ejercía de anfitrión y anfitriona, cumpliendo ambos papeles a la perfección. Se mostraba altiva y distante, mucho más que cualquier hombre. Se ocupaba de los asuntos económicos desde hacía años y desoía cualquier opinión masculina en toda clase de cuestiones.

-Los hombres son necesarios si eres una granjera - decía-. Cuando logran el dinero suficiente, se convierten en un estorbo.

¡Admirable! Nathalie se sentía atraída por aquella vieja de ideas firmes. ¡Ojalá tuviese ella la misma fuerza!

-No te avergüences de lo que eres, querida... No tuviste donde elegir. Conozco tu historia.

Las mujeres, a veces, se entienden sin hablar..., precisamente por lo que no han dicho. La señora York era una de esas damas del sur que embellecían cada frase con un pequeño insulto: era su estilo, admirable en cierto modo. Años atrás, en el burdel donde creció, la madame (que tomaba clases de francés para dotar a su dicción de acento principesco) solía expresarse de la misma manera. Aleccionaba a las empleadas diciéndoles lo bellas que estaban para, dos segundos después, criticar abiertamente la manera en la que se daban el maquillaje. Nathalie nunca había perfeccionado el arte del alago elegante, el que sirve para dar confianza y zaherir después con fuerza a rivales desarmados por tus anteriores buenas palabras. En el fondo, siempre había sido una persona sincera.

La primera noche que yació con el anciano Fiodor Fiodorovich I, no pudo menos que decir la verdad.

-Quiero salir de aquí, ¿me ayudarás? Te seré fiel y cuidaré de tus hijos. No quiero dinero ni riquezas, sólo una vida. ¿Me ayudarás?

Y el viejo aceptó: la llevó a su casa, le contó su negra historia, le habló de su anterior mujer Elisabeth, sin corazón. El ruso necesitaba compañía y ella un lugar donde morir. La tierra de Absalón la había tratado bien, Fiodor II era un buen hijo y Anthony, ahora, un aceptable marido. Cuando llegó a la plantación, todos la miraron con desconfianza: tendrás que ganártelos, niña. Y así fue: trabajó, edificó la cabaña para las sirvientas y sonrió a su entonces hijastro, al también pelirrojo Anthony. Sí, sabía que el viejo viviría poco tiempo, necesitaba de aquel joven que trataba de aparentar lo que no era: ¿qué diablos hacía con las pipas de Tom Flaherty? ¿Acaso creía que podría pasar por un caballero? No, todos sabían quién era: el vulgar hijo de un vividor que no

había tenido las agallas para seguir los pasos de su padre. Al menos, el pionero tuvo la dignidad de acabar sus días ebrio y enamorado.

-Le despreciabas, ¿verdad? -la señora York parecía adelantarse a cada pensamiento-. No te avergüences, tú no has podido elegir como yo lo hice.

La tomó de la mano y la acompañó al porche.

-Te ayudaré a hacer de Absalón tu reino -dijo la gran dama-. Tienes mi palabra.

Al día siguiente, los York se instalaron en la plantación, así ayudarían también a soportar a su jovencísima hija el dolor que le producía tener a su marido en el frente. Ella se ausentaba cada vez más..., alguna distracción debía tener la pobre muchacha.

-Volverá, no te preocupes, pequeña. Y vendrá hecho un hombre.

Tenía razón la anciana, que con cada frase iluminaba la conciencia de Nathalie y la hacía ver los acontecimientos de manera distinta, un poco más transparente. Cuando enviaron a su hijo Fiodor II a la guerra, sintió miedo: era posible que no regresase vivo. Sin embargo, a veces, mientras esperaba noticias al lado de su nuera y la ayudaba con la limonada, deseaba que no volviera jamás, prefería el recuerdo del niño que fue a la presencia del hombre que tornaría. Se avergonzaba entonces y se retiraba a su cuarto, intentando llorar como antaño: no, ya no podía. Marchaba a la cocina y tomaba un vaso de limonada junto a Virginia Fiodorovich. Aquella chica la intrigaba: ¿por qué se había casado con su hijo? ¿Qué buscaba exactamente? Recordó que había hecho la misma pregunta a Flaherty. El “inglés” era un pobre diablo retorcido, ¿qué motivos había tenido para interesarse en una pobre fulana como ella? La dudas se deshacían para volver cinco minutos más tarde mientras apuraba un

limón tras otro, mientras leía un desprecio creciente en los ojos de su joven nuera, cada día más altiva y distante... con sus andares de marquesa y su pómulo hundido, los párpados caídos y ese toque falsamente aristocrático. Nathalie tenía ganas de gritar: ¡estáis arruinados! ¡¿A qué vienen tantos aires?!

Con su madre, sin embargo, todo cambió aquella noche. Se acercó la vieja y juntas compartieron un momento, casi en silencio. Le sonrió y calló: toda una señora. En secreto, Nathalie quería ser como ella, aunque nunca podría: ¿cómo iba a lograrlo una antigua prostituta casada con un granjero? No importa lo que somos -dijo la dama-, sino lo que queremos llegar a ser.

-Tú y yo, pequeña, haremos de este sitio putrefacto un lugar digno de nosotras.

Virginia York ordenaba y dirigía a las criadas, elegía ella misma el menú y mandaba traer los alimentos más extravagantes.

-Si quieres cambiar tu vida, si deseas dejar de ser una granjera... no te comportes como tal.

Nathalie asentía y olvidaba sus arrugas, cada día más profundas. Una mañana, al peinarse, había visto la primera cana sobre su cabello negro. Era como una larva grande, como una serpiente que, clavada sobre su cabeza, tratara de adentrarse en sus ideas. La arrancó y la quemó. Le gustó ver el fuego. Desde aquella mañana, habían ardido decenas.

-Deberás cuidarte más. ¿No querrás seguir pareciendo una esclava?

Nathalie se hizo un moño y se miró al espejo: aquella chiquilla que un día fue, aquella mujerzuela que un día habló sincera a un viejo ruso en un burdel, había desaparecido. Sonrió: por primera vez tenía ante sí una dama.

Mientras, su nieto Pierre se criaba bajo la protección de Beatrice Maud y de sus bellas canciones mulatas. Al chico, como a su bisabuelo, le gustaban los trenes. Martin disfrutaba acunando al bebé e impedía que nadie se acercase, mostrando un afán paternalista bastante inusitado entre la familia. Tenía ocho años, era obeso y callado, sus andares vacilantes y su frente angulada no hacían sino confirmar la desgracia. Su madre lo sospechaba desde hacía tiempo, aunque nadie se atrevía a hablar de ello (salvo, claro está, la señora York). Sin embargo, cuidaba bien de Pierre junto a Beatrice.

-Es una buena chica... toda una criada nacida de esclavos -decía la anciana dama-. ¿No te preocupa que Martin esté tan cerca de ella?

-¿A qué te refieres? -preguntaba Nathalie- No se convierte una mulata en una señora de la noche al día.

-Ya sabes: estos chicos un tanto... -vacilaba falsamente- "especiales" no controlan sus apetencias demasiado bien.

-Tienes razón, madre -decía la joven Virginia Fiodorovich, que había regresado de otro prolongado paseo matinal-. Ese Martin mira a las criadas de una manera extraña. Incluso, le he visto en el granero...

-¿Quieres que el niño crezca así? ¡Habría que hacer algo!

¿Qué podría hacer? ¿Cuándo le había pasado aquello? ¿Qué mal había cometido? ¿Lo merecía?

-Ya lo sabes, amiga: si no quieres seguir pareciendo una granjera, no te comportes como tal. Yo me encargaré, yo le mantendré alejado de falsas tentaciones.

No había nada como tres mujeres "cabezas de familia y madres" en una misma casa: todo eran sonrisas y buenas intenciones, ocultando las sibilinas maquinaciones. Para Nathalie todo era obsceno en su nuera: desde su petulante manera de vestir hasta su forma de caminar... su rostro desagradable, su labio superior

torcido por el defecto. Cada vez que miraba a la esposa de su hijo, veía en ella a una bruja encarnada. ¿En qué pensaba Fiodor II? En un principio la había visto fina y afectuosa, casi tímida. Era callada y atenta, muy educada. Pasaron un par de meses y todo cambió: comenzó a hablar.

-¿Pretendes que viva en una casa sin barrer?... ¿A un atajo de negras con delantal lo llamas servicio?... ¿Es ésta comida para una dama del sur?

Una generación criada con dinero que tenía que vivir sin él: la forma más ancestral de estupidez.

Rápido cambian los afectos en una mujer.

Mientras, en el granero, Anthony continuaba su pasión. Había convertido el lugar en su estudio, llenándolo de barriles, libros e instrumentos extraños. Había instalado un par de pequeñas estanterías cerca de Ruach, el caballo de su Fiodor II: historia, química y demás. Había abandonado el colegio hacía años, cuando él y su padre habían decidido comprar la plantación. Desde entonces, la vida no había sido fácil, pero nunca había perdido el interés por los asuntos de la tierra.

El coronel York le traía algunos volúmenes de su biblioteca, y juntos compartían tardes y aficiones: el cultivo del tabaco y de sus variedades para la pipa. El coronel no tardó en interesarse por la producción de la planta y descubrir sus vericuetos (no demasiado beatíficos). Juntos mezclaban y fumaban, cerca de los dos caballos que les miraban con ojos grandes, expresivos y abiertos.

-Dicen que un hermano mío murió de esa manera: con los ojos abiertos.

El coronel continuaba apurando su pipa "espuma de mar", una de sus preferidas -quizá por lo extraño del material con el que estaba realizada.

-¿Noticias?

-Aún nada.

Pasaron algunas semanas y las damas comenzaron a impacientarse: ¿no tiene siquiera un momento para escribir? Llegaba el cartero pero nunca traía las noticias esperadas. La "desconsolada" mujer de Fiodor II estaba encantada, dando paseos para lograr vencer el gran pesar motivado por la ausencia de su marido.

Mientras, Anthony mostraba al coronel los secretos del cultivo, los instrumentos de prensado y las formas de siembra.

-Cuando hay cosecha, esto se llena de vida y alegría.

-¿Noticias?

-Aún nada.

Las York se adaptaban perfectamente a su nuevo entorno: era casi como seguir en la mansión pero sin tener que pagar al servicio. Lograron que Mary Maud (anciana) hiciera el roastbeef a la escocesa que tanto gustaba al retirado militar.

-Recuerdo a alguien que también le encantaba.

Sonreía Anthony mientras engullía un pequeño trozo.

-Para ser una señora, también hay que parecerlo, Nathalie. ¿Crees que son convenientes esas pesadas raciones?

Y la que en un tiempo fue dueña de Absalón asentía: a partir de entonces se hizo sólo una comida y ésta era ligera. El pequeño Martin, disgustado, ya no se sentaba a comer y prefería robar en la cocina algún trozo de carne que, por otra parte, habían sido catalogados y medidos por la señora York.

-Es un animal. Tendremos que hacer algo. ¿No se da cuenta que termina con la despensa? Seis trozos de carne, seis personas, ¿quién se cree ese idiota?

-Le bajaremos la ración para que aprenda modales.

-¡Buena idea!

Las idas y venidas de Virginia Fiodorovich no dejaban indiferente a nadie, pero ninguno se atrevió nunca a preguntar.

-¡Bien, hija! Un largo paseo servirá para distraerte.

Nadie supo el porqué de tantas escapadas antes del nacimiento de Stanislaus.

Una mañana, llegó la primera carta del joven Fiodor II desde el frente. Decía estar contento, nada asustado, feliz en su recién adquirida condición de soldado raso. Era la mejor manera de conocer mundo, por muy cruel que fuese la guerra. Los objetivos americanos se basaban en el ataque rápido. Fiodor II fue afortunado, favorecido sin duda por su apellido (y por la convincente carta que el coronel York tuvo la bondad de escribir), fue destinado a labores menores y posteriormente a Sicilia. Hablaba del excelente paisaje de la isla y de sus gentes, casi totalmente ajenas al conflicto. Fueron los propios habitantes quienes abrieron las puertas a los aliados, pues ya estaban cansados de penuria y de un problema que veían en segundo plano.

Nathalie y los York seguían fielmente los acontecimientos. La niña Virginia daba otro largo paseo. Estaba, nuevamente, embarazada.

1944

Las cartas seguían siendo escasas y los rumores fluían certeros en Absalón. Todos en la casa conocían la verdad, sobre todo desde que la pequeña Virginia comenzó a vomitar por las mañanas.

-Viene bien para mantener la figura -decía la señora York.

Pero la figura de la chica no mejoraba y empezó a engordar. Las aficiones "democráticas" de la joven "aristócrata" eran bien conocidas por todos. Sus excursiones eran a una edificación cercana en la que trabajaba un empleado haciendo labores de albañil: se llamaba Mark

No llegaron más cartas de Fiodor II. Su esposa esperaba que hubiese sucedido lo inevitable.

-La chica necesita comer en su estado -sentenciaba su madre-. Habrá que repartir las raciones. Nos vendrá bien a todos, ¿No notas como Anthony empieza a tener aspecto de campesino obeso? Lo empiezan a decir hasta los médicos, Nathalie: la grasa no permite la circulación de la sangre. Nos vendrá bien a todos.

La buena señora York tenía razón, como siempre. Nadie alzó la voz, el coronel se sonreía por lo bajo: conocía bien la historia.

Nada se supo de Fiodor Fiodorovich II hasta que un 22 de abril de 1944 regresó con las mismas ropas con las que partió, mucho más delgado, con la pipa en la boca, con el fino cabello algo más rojizo y desgredado. Aquel mismo día, los York fueron invitados a marcharse de Absalón.

Virginia paseaba.

Stanislaus Fiodorovich había nacido el 2 de febrero del mismo año.

1945

Fiodor Fiodorovich II admitió a Stanislaus y lo crió al lado de Pierre. ¿Sería al menos el primogénito hijo suyo? Lo sabía antes de que ocurriera.

Anthony rió: era la mejor manera de evitar la enfermedad familiar.

Pierre caminaba ya sin ayuda, ante la orgullosa mirada de Mary Maud. Nathalie envejecía a pasos agigantados. Orgullosa, la antigua prostituta había logrado un halo de respetabilidad que no hubiese soñado cuando la depositaron cual despojo en la plantación. Cada mañana, ante el espejo, componía un moño más elaborado y, en secreto, practicaba el acento atildado que tiene que tener una señora para merecer tal nombre.

Los York se habían marchado amablemente, con un apretón de manos. La hija estaba en buenas manos, aseguró Nathalie: su Fiodor había vuelto. Las raciones no aumentaron.

Virginia no se asustó cuando su madre fue expulsada de Absalón. Esperaba la resolución desde hacía tiempo. La vieja lo había hecho bien y sería difícil borrar la huella de la gran señora. Sólo quedaban algunos aspectos por limar, como el molesto hermano retrasado y el halo de libertad que parecía envolver a su marido. No sería difícil, su apellido de soltera también era York.

Fiodor II apenas la miraba ya.

El motivo de su baja había sido una "herida de guerra indeterminada que impide al recluta cumplir con sus obligaciones de soldado". Le despidieron con honores del cuerpo de tierra. Nunca hablaría de lo sucedido, limitándose a señalar lo estúpido de aquella contienda y lo irrisorio que le resultaba ese "rebaño de cerdos que acudían al matadero por la llamada de un presidente inepto". Ajeno a toda vertiente política, había regresado cambiado de una guerra que nunca le importó y en la que había tenido que luchar.

Fiodor II tomó el caballo y lo golpeó. El gran corcel miró al horizonte, cabalgó, relinchó y se puso sobre dos patas. Anthony, ahora convertido en un esclavo obediente -en un loco- no podía hacer nada para salvar

Absalón. Miró a su nuera: pequeño animal, no puedes mantener las piernas cerradas. Al menos Ruach siempre le sería fiel.

Cuando el Fiodorovich llegó desde la gran guerra, sus ojos habían cambiado: veía fuego.

FIN PRIMERA PARTE

CAMINO X

,

Pierre jugaba distraído con un tren de madera, escéptico, infantil, angosto. La tarde palidecía sobre la vieja colina que, a través del camino, llevaba a Absalón, pequeña plantación tabaquera de la familia Fiodorovich.

Al frente del negocio estaba el joven Fiodor Fiodorovich, veintidós años, quizá veintitrés, aunque aparentaba bastantes más con su pipa de brezo en la boca. Lucía una barba prolongada, inconstante, que crecía salvaje como sus propios hijos. Se había casado en primeras nupcias con la señorita Virginia, hija de James y Virginia York, orgullosa familia sureña.

El viejo coronel James York había ostentado el título de concejal en Nashville y se había presentado en dos ocasiones a las elecciones para el puesto de alcalde..., había fracasado en ambas. En los últimos tiempos, de su antigua dignidad sólo quedaba un largo bigote canoso que extendía sobre sus pómulos. Sus sueños políticos, sin embargo, no se habían marchitado y seguía ambicionando aquel territorio. Todos le conocían, y él todavía se obstinaba en aprender el nombre de sus posibles votantes aunque en silencio los despreciara.

Su esposa cumplía el papel de abnegada mujer sureña a la perfección: cuidaba “a la europea” de sus hijos (chico y chica, como una buena familia). El varón, llamado James como su padre, estudiaba derecho en Yale, en New Haven, y la niña se criaba como una señorita bajo la estricta supervisión de la dueña de la casa. La joven tenía que soportar las burlas constantes de su hermano, vestido

con todo lujo mientras ella llevaba una vida sin caprichosos ni despilfarros, pero así llegaría a ser una dama. El primogénito fumaba en pipa, como los caballeros ingleses, en una vieja Dunhill directamente traída de Londres y seleccionada, dicen, por el propio Alfred Dunhill para su colección personal. La fumaba distraído cuando su hermana ayudaba a su madre con las labores del hogar, atento en otras ocasiones más sugestivas. La muchacha tocaba el piano y hablaba el francés correctamente... ¡lástima que en las inmediaciones no hubiese nadie con quien poder practicar!

La vieja casa, situada al sur de Nashville, capital de Tennessee, abarcaba más de veinte kilómetros siguiendo el sendero. Los viejos caballos habían ido desapareciendo, también los criados. James York hijo moriría poco después, dicen las malas lenguas que a manos de un proxeneta.

El proyecto se había gestado poco a poco, de común acuerdo. Estaban arruinados y Yale no era nada barato. Las plantaciones no daban dinero y los negocios de la familia en Europa se tambaleaban. Los infatigables compañeros de borrachera del elegante primogénito habían huido lastimosamente, conformándose con puestos menores en el sistema del funcionariado local. El sur hacía demasiado tiempo que era un imperio en descomposición, sin posibilidades de llevar a buen término ninguna iniciativa. La niña Virginia sería su salvación.

Nunca había sido una chica agraciada: cara torcida y excesiva delgadez para el gusto de la época. Los muchachos miraban a las opulentas prostitutas venidas de los barrios viejos de Londres. Se podía conseguir una joven bella y sin enfermedades aparentes por bastante

menos de lo que costaba la Dunhill que James York fumaba. ¿Qué caballero con recursos querría una mujer canija por esposa? Poseía además un feo rostro, cubierto de adolescente acné y con el pómulos hundido... Su desgraciado pelo tampoco hacía albergar demasiadas esperanzas.

El mejor partido que requirió los encantos de la niña de rimbombante apellido fue un vulgar campesino. El casi adolescente Fiodor Fiodorovich II, hijo de Nathalie y Anthony Fiodorovich, mostraba una elegancia muy alejada de su humilde procedencia: los Fiodorovich se dedicaban al cultivo de tabaco, en una variedad que sólo crece en esa región debido al suelo mineralizado: el periqueé. Cortejaba el joven a Virginia con ímpetu adolescente. No dudaron los York en aprobar el galanteo. Era mejor un campesino con dinero que un caballero arruinado.

Aunque criado en la plantación, no parecía uno de aquellos pueblerinos con una espiga de trigo entre los dientes (de esos que tanto abundaban por aquellos lares). Vestía con chaqueta, sus greñas pelirrojas estaban aseadas y su corpulencia denotaba cierta elegancia, propia de un joven sureño con espíritu fuerte. En realidad, poco importaba si el granjero hubiese nacido sin media dentadura o si hubiese lucido una prominente joroba: era la única manera de poder costear el precio de la Universidad del primogénito, que parecía perderse cada vez más entre las malas compañías.

-La familia es lo más importante, hija.

James York hijo lucía un aspecto impecable, sólo afeado por las enrojecidas ojeras que delataban otra noche animada. El coronel, disimulando una sonrisa, calculaba mentalmente los beneficios de la boda. Apenas

había hablado un par de veces con el patriarca de Absalón, un tal Anthony, de mediana edad y modales deficientes. Decían algunos que su esposa era una antigua prostituta que había comprado Fiodor Fiodorovich I. Al honorable militar no le gustaban las habladurías, o eso decía: a todas prestaba atención y todas merecían su desaprobación (aunque no dudaba en airear ciertos asuntos, siempre y cuando favoreciesen sus intereses). Pero claro estaba, la unión de Virginia y Fiodor supondría, seguramente, su vuelta a la carrera política que con tanto disgusto había abandonado.

Absalón tendría unas diez hectáreas de terreno, nueve de ellas dedicadas al cultivo de tabaco. La casa principal era blanca, de estilo colonial, algo carcomida pero imponente, muy del gusto del coronel. Las cabañas de los criados permanecían ocultas a unos cincuenta metros y los establos se encontraban a la izquierda. Los Fidorovich no fueron nunca demasiado amantes de los caballos, a pesar de lo cual tenían dos, uno de ellos de singular brío llamado Ruach.

Virginia York mostraba bastantes reticencias para con el joven Fiodor, al que veía incapaz de cuidar de su hija. Sin embargo, aquellos matrimonios no eran extraños y la niña parecía feliz, incluso más dócil y alegre en su “europeo” hogar que tantas restricciones la imponía. No era lógico que su pequeña, no muy agraciada pero una York al fin y al cabo, pasase las tardes en compañía de aquel rudo muchacho, pero era guapo el pobre idiota y tendría tiempo en el futuro de domarlo, como ella misma lo había tenido en el pasado.

Al coronel no pareció importarle..., era cosa de su esposa.

La niña estaba ilusionada, o al menos eso pensaban sus padres. Su propia madre había tenido que pasar por la misma prueba: proveniente de otro gran linaje, el

matrimonio con el coronel York era algo indispensable para mantener el rango. Así se hacían las cosas, criados casi como hermanos ya que las casas lindaban puerta con puerta, el matrimonio había resultado natural.

Virginia Lincon había gozado de una muy acomodada posición, aunque nada tuviera que ver con el que fue presidente de los Estados Unidos. En su familia, el dinero, bien tan indispensable como despreciado, se había conseguido con la venta de armas. ¿Y a quién le importaba? Era posición al fin y al cabo. El problema habían sido sus ocho hermanos varones, que la convertían en un minúsculo grano en la herencia. El vecinito militar se hizo así vital. No puso impedimento alguno, el coronel sería un buen marido y un excelente padre. Sólo habría que limar ciertos fallos en su carácter. No le supondría mucho esfuerzo.

En aquella mañana de octubre de 1941, ante la atenta mirada de Nathalie y Anthony Fiodorovich, el matrimonio tuvo lugar.

Ruach, el viejo caballo, contemplaba atento la ceremonia y sus negros ojos parecían salir de las órbitas. Amenazaba tormenta, pero pronto se disiparon los malos presagios y la boda se llevó a cabo sin apenas imprevistos. El sacerdote les casó según la tradición protestante. La novia llevaba un vestido blanco largo con velo y guantes de seda. Fiodor Fiodorovich llevaba un smoking impecable, iba peinado hacia atrás y lucía un bigote a medio nacer, muy a la moda inglesa: mejor un campesino con dinero que un apellidado sin recursos.

El novio lo sabía, jamás le importó. Aprendían una ancestral lección en aquellas tierras, la de ignorar todo lo que no reportara un beneficio. Se pecaba allí como en

cualquier otro lugar, pero se tenía el buen gusto de no hacerlo público.

No hubo luna de miel, desobedeciendo así la opinión de la señora York. A su yerno no le interesaban esa clase de asuntos, y mucho menos en los tiempos que corrían. Ir a Europa, dada la situación bélica, resultaba a todas luces temerario, y un viaje por Norteamérica era considerado algo falto de gusto. Era por tanto lógico permanecer en Absalón e iniciar la nueva vida cuanto antes.

Fiodor era un muchacho indolente, siempre a la sombra de Anthony, un hombre de inteligencia poco despierta que hacía las labores de cabeza de familia. El punto patético lo ponía Martin, por aquel entonces ya todos empezaban a creer que su retraso era algo más que un mero accidente. Rompió en dos ocasiones el ceremonial con risotadas totalmente fuera de lugar. Los York, personas educadas y tradicionales, sonrieron. El pobre animalito sólo mantuvo la calma al engullir, con extrema ferocidad, las viandas del banquete... Pronto cambiarían ciertos asuntos.

Los Fiodorovich se mantuvieron callados, acomplejados de sus toscos modales, cohibidos de no haber comido nunca con senadores. El ajeteo de las cosechas había sido su mayor acto social y, a pesar de su pretendida respetabilidad, los Fiodorovich no pasaban de ser unos pueblerinos que no habrían salido jamás de Absalón de no ser por la futura intervención del coronel James York.

El banquete fue comedido. Por expreso deseo de Anthony se evitó la asistencia de personas ajenas al entorno familiar. Al viejo militar no pareció importarle demasiado: sus amigos le habían abandonado y prefería que sus futuros electores no tuviesen noticia del forzado matrimonio de Virginia, evitando así especulaciones.

Fue una agradable velada para todos.

La situación económica se haría insostenible los meses siguientes, y sólo el embarazo de Virginia sirvió para aliviar las tensiones que provocaba la escasez. Corría el mes de diciembre de 1941. El coronel hablaba constantemente de sus ambiciones y de cómo su logro pondría fin a la carestía en apenas un par de años. La anciana señora York le había tomado cariño, pero nadie apoyaría a un hombre con ideas políticas anquilosadas y caducas: creía en el ideal imperialista inglés que, despacio y casi sin que ellos mismos se apercibieran, comenzaba a ser poco más que un sueño.

La noticia fue anunciada con gran alborozo..., al menos la pobre chiquilla tendría la posibilidad de coger algo de peso. Durante la gestación, el cuerpo de la mujer cambia, convirtiéndose en algo casi extraño para el varón pero extrañamente atractivo para ellas. Colmada de dádivas, la pequeña se mantenía ajena al trajín que suponían visitas, regalos, caricias y consejos. La señora York decidió mudarse a Absalón, su marido llegaría un mes después. ¿Qué mejor regalo para una joven que la compañía de una madre?

La guerra preocupaba al viejo coronel que, privado de la noble posibilidad de enriquecerse gracias al conflicto, veía cómo sus sueños se esfumaban. Seguía las noticias con interés, pero con fingida indiferencia. Hablaba de la imposibilidad material de que Europa lograra una victoria contra el frente formado por Alemania e Italia.

La agresión no le sorprendió. Las pretensiones imperialistas japonesas no eran un secreto en los Estados Unidos. El bombardeo sobre Pearl Harbour sólo desvelaba lo que se rumoreaba hacía meses. Habían

aprovechado la reciente crisis del país para atacar. No había más remedio: el conflicto había llegado al Nuevo Mundo y exigía una respuesta inmediata. El coronel esperaba ansioso una llamada de sus viejos colegas pero ésta jamás se produjo. Cada tarde tomaba su té, como haría hasta el final de sus días, aguardando. Serían sus últimos momentos de optimismo.

La señora York estaba encantada: una gran casa sobre la cual disponer y reordenar los muebles. Se equivocó. Eran tiempos diferentes y aquellos campesinos obviaban su apellido, casta, y cualquier mínima norma de etiqueta. No se respetaban las horas de las comidas y los criados vagaban libremente por las habitaciones, sin ninguna atención hacia sus señores. Lejos de hacer notar su incomodidad, soportaba con estoicismo la situación, ofreciendo siempre su mejor sonrisa a Nathalie o al aún más vulgar Anthony. ¿Cómo podría una dama sentirse a gusto entre seres sin educación? ¡Cuán diferente eran las sábanas de Absalón de la seda con la que se envolvía en su juventud!

La señora sabía la verdad: no era cuestión de entrometerse en los asuntos de su hija, pero había que poner en antecedentes a la joven de los riesgos de una relación así. Virginia Fiodorovich paseaba cuando comprendió por ella misma la imposibilidad de seguir cometiendo errores. No es que el amante fuese peor que su marido, pero la familia debía ser lo primero, como lo fue para Virginia York tiempo atrás. No tenía importancia un breve desliz, pero Fiodor no debería enterarse. Se la veía regresar taciturna aunque, gracias a Dios, comenzó a engordar. ¿Quién era el padre? Clara era la respuesta: aquel que estuviese dispuesto a sobrellevar los gastos que ocasiona un niño, y ése era Fiodorovich.

Por otra parte, no había nada malo en tener un amigo, desde luego..., incluso después de casada.

La solución llegó antes del nacimiento. Corría el mes de mayo de 1942, bajo un calor sofocante, Absalón despertaba cansina, Mary Maud cuidaba del inquieto Martin, incapaz de dormir tres horas seguidas. Preparaban el desayuno, sin hablar. Nathalie ayudaba a las criadas, sin parecer importarles la humillación que ello conllevaba.

Llegó en un flamante coche del ejército. Virginia se apresuró a servir limonada mientras su madre se preparaba para ejercer como la perfecta anfitriona que era. La señora prefería a Fiodor alejado de su hija. Dios no lo quisiera pero, en caso de muerte, ella oficiaría de dueña y, de ser necesario, administraría los recursos y la economía de la plantación. Otro asunto eran los deslices de la niña, tema que debían tratar con especial delicadeza.

-La guerra siempre es algo cruel, hijo -diría el coronel York la mañana antes de la partida de Fiodor Fiodorovich. - Pero hay también algo grandioso en todo conflicto, algo ancestral y magnífico.

-¿Ha participado en alguna, coronel? -preguntó Fiodor Fiodorovich.

-No he tenido esa suerte. Ahora ya soy viejo y quiero que sepas que me llena de orgullo que luches por el país que te vio nacer, el que dio a tu padre la oportunidad de prosperar.

Fiodor le miraba con tristeza:

-Éste no es mi país, coronel.

Pierre Fiodorovich nació el tres de junio de 1942.

CAMINO XI



Apenas tendría un año, poco menos. Iris, Iris. El 22 de abril de 1944 Fiodor Fiodorovich II regresaría, cojeando, al que sería su hogar durante el resto de sus días: Absalón.

-¡No luchamos contra un país, sino contra un loco! – había exclamado un oficial. Sonaba como un eco, aún temía el joven las balas.

Los soldados esperaron un minuto, mientras se alejaba. Todos rompieron a reír. Eran buenos chicos, libres, de otro mundo.

-Hitler odia el tabaco -dijo alguien entre el paisaje siciliano.

-Un hombre así no puede ser bueno –apostilló un italiano. Fiodor los miraba, casi condescendiente con el mundo.

Repartieron cigarrillos y cerillas, la tropa estaba contenta.

En 1939, se llevó a cabo el primer estudio controlado del mundo sobre tabaquismo y cáncer de pulmón. Obviamente, en Alemania.

-He leído que sólo se alimenta de pan y leche, así cree mantener la pureza de su sangre.

Era una vida plácida. Regresó como un cobarde.

Fiodor meditó unos segundos, lejos quedaban cañones y campañas. Había tenido suerte después de todo: no había sido destinado a la verdadera contienda. Ella había salido a dar un paseo. La carta le sorprendió, aunque no demasiado. Fue su propia suegra quien le contó la historia, víbora maldita. ¿Debería dar de latigazos a la madre o a la hija? Eran tiempos modernos y la democracia iba por buen camino. Para evitar que los

japoneses bombardeasen la Casa Blanca, alguien tuvo la genial idea de pintarla de negro. Grandes mentes para un gran país.

Los italianos eran gente sencilla y celebraron con júbilo la entrada del ejército aliado. Estados Unidos era la única salvación para Europa (o eso pensaban los americanos). Las mujeres habían perdido la esperanza de volver a ver a sus maridos, y los soldados tenían la esperanza de no tener que a ver a sus mujeres de nuevo.

"Madres, debéis evitar absolutamente el alcohol y la nicotina durante el embarazo y la lactancia de vuestros hijos. Estos elementos dificultan, dañan y trastornan el curso normal del embarazo. ¡Bebed zumo de frutas!"

Ojalá su suegra hubiese fumado. Al menos tendría algún punto de humanidad.

Fiodor miraría a Pierre, lo sabría: no era hijo suyo. Le hubiese gustado conocer a aquel amante estúpido: se habrían dado la mano mientras tomaban unas copas, tal vez hubiesen fumado juntos.

En 1942 la Federación de Mujeres Alemanas (BDM) lanzó una campaña contra el consumo de tabaco y alcohol.

El periqueé esperaba. Mejor una hoja de buen tabaco que la hija de una ramera con dinero. La barba comenzaba a cerrarse, casi tupida ya. Recordaba los rostros de las mediterráneas, voluptuosas siempre. Ni siquiera había que pagarlas, era lo mejor de una guerra que contempló desde un horizonte claro. Fiodor pasó el tiempo conversando con los sicilianos y aprendiendo el idioma (un dialecto en realidad). Cuídate, Fiodorovich, y no permitas que la sombra de un vulgar amante empañe el apellido que ahora comparten nuestras familias. Comprendía bastante bien la lengua de aquellas gentes, tan diferentes a las norteamericanas: sabían distinguir con una mirada las intenciones de un soldado. Se acercaban y

si éste ofrecía un cigarrillo, confiaban en sus intenciones. Un buen precio.

Es una gran chica. Te echa de menos. Las mujeres no sabían que el ejército proporcionaba de forma gratuita los cigarrillos, como Napoleón regalaba absenta a sus tropas: había que tenerlos contentos y harían un buen servicio a la nación.

Es sólo la víctima de un hombre sin honor, una gran chica que, desde la lejanía, añora a su esposo. Leía la carta cada día, al menos le alegraba las mañanas: no sólo se mostraba ordinaria la exquisita señora York, además era estúpida.

Las trincheras se mantenían estables al norte y las noticias no daban muestras de que la situación fuese a cambiar. ¿Era aquello la guerra? Bebió un trago de bourbon y pensó en Ruach. Hubiese disfrutado el corcel en la isla.

¿Qué harás? Mantente sereno y no cometas una locura. Tus sentimientos no deben impedirte cumplir con tus obligaciones y hacer justicia. Confío en ti, hijo mío. ¿Qué harás?

-La ataré a un caballo, señora York -dijo el soldado en alto-, le hablaré despacio, le contaré la historia y, sin tener siquiera que tocarle, galopará hasta la extenuación.

Se llamaba Iris, como la ópera de Mascagni. Los soldados, siempre ajenos a las vicisitudes políticas del conflicto, hacían caso omiso de las recomendaciones del comandante de no relacionarse con las mujeres de la isla. El oficial era un buen hombre, al que parecía importarle más el sabor de su pipa que conquistar un puesto avanzado.

"Hermano nacional socialista, ¿sabes que tu 'Führer' está en contra del hábito de fumar. Piensa que un alemán

debe ser siempre responsable y no tiene por tanto el derecho de dañar su cuerpo con drogas"

Pasaba sus horas estudiando italiano, a veces sobre viejos volúmenes que Iris le proporcionaba, a veces hablando con los lugareños en el dialecto local. Una guerra curiosa en la que los soldados guardaban respeto a los civiles.

Sesenta de las principales ciudades alemanas prohibieron fumar en los transportes públicos en 1941, y en 1944. También se prohibió en los refugios antiaéreos, aunque en algunos de ellos había zonas separadas para fumadores.

Iris era una joven campesina que nada tenía que ver con los dirigentes de la isla (quienes quiera que estos fuesen, ya que era peligroso pronunciar su apelativo). Fiodor aprendió las reglas del combate rápidamente: no se debía besar a las lugareñas en público, se debía saludar con respeto (casi con sumisión) y nunca jamás hacer preguntas. Un buen soldado tendría, al final del día, su consabida recompensa, así como la tácita aprobación de las autoridades locales.

El 20 de junio de 1940, Adolf Hitler había ordenado que las raciones de tabaco estuviesen limitadas a seis cigarrillos por persona y día. Otorgaba además recompensas a los no fumadores, como chocolate o comida extra.

El comandante estaba siempre anclado a su pipa, fabricada de manera artesanal por un ebanista local que se había quedado sin trabajo por culpa de la guerra (algo malo tendría que tener). El artesano regalaba una a cualquier persona que le visitase. Nada pedía a cambio y, sin embargo, tenía de todo. Ahora, Fiodor Fiodorovich empuñaba la suya, hecha a mano durante un conflicto que no tuvo sentido, mientras contemplaba los parajes de Absalón, maldito nombre novelístico.

Los campos estaban abandonados. Aún le dolía la pierna al apoyarla. No había que culpar a la pobre Nathalie: cumplía bien su tarea, era la última y lo sabía. Cuando la saludó, ella torció el gesto y se volvió, contrariada. Llevaba un moño elaborado y miraba altiva, como la señora York, ¿dónde estaría la bruja? No tardó mucho en encontrar la respuesta, al momento apareció, tranquila.

-¡Qué bien que hayas vuelto! ¡Hay tanto trabajo por hacer! Nos vendrán bien tus manos fuertes... ¡No puedo hacerlo yo todo!

Fiodor sonrió tranquilo. Sabría cómo tratarla, o eso creyó el día que regresó del frente con una herida en la rodilla. Dolía mirar de nuevo un futuro en el que nada cambiaría.

Martin estaba mucho más delgado: el pequeño animal de ojos saltones moriría pronto, nadie se molestaría en impedirlo. Su hijo Pierre, de pequeños ojitos, le provocaba sin embargo ternura y resignación. Fue el único error de su vida, ya que casarse con aquella estirada mujerzuela, fue consecuencia del primero. Él nunca sería un Fiodorovich pero, al menos, el niño sí lo parecería, aunque no fuese suyo. Fue directamente al granero, sin contestar a la vieja York. Allí estaba Anthony, abstraído en sus mezclas y combinaciones.

-Buenos días -dijo Fiodor.

Su padre se giró un momento, casi pudo sentir su alegría y su sorpresa..., seguramente no esperaba verle regresar vivo de Europa.

-Estoy ocupado -respondió con la expresión taciturna y desencantada de un hombre que había envejecido prematuramente-. Luego hablaremos.

Cercano, el coronel York fumaba tranquilo en una esquina. Fiodor dejó el petate y le miró, sereno.

-Quiero que te vayas y, sobre todo, que desaparezca tu mujer. Tenéis una semana –sonó cojo y lacónico.

El coronel no se aceleró ni sintió pánico. Esbozo una sonrisa ausente, como hacen las grandes personalidades.

-Acércame el lápiz, hijo –interrumpió Anthony y Fiodor supo entonces que lo harían bien.

-Cuidaré de tu hija –apostilló, mirando de nuevo a su suegro.

-Quizá, soldado, quizá. Seguro que al menos lo intentarás -y continuó el coronel fumando su pipa.

Anthony seguía enfrascado en sus libros. El granero había cambiado en su ausencia y ahora sólo quedaban las caballerizas. Su padre había convertido el establo en una estancia digna de un alquimista: guijarros y probetas..., medidas y cálculos inexactos..., volúmenes y metáforas..., y un coronel que fumaba ajeno a su lado.

-El caballo está contento, hijo. Se ha portado bien, no como tu esposa.

Y es que, a veces, también los hombres se comportan como damas.

No pondría ninguna restricción a Virginia. ¿Qué había hecho, en qué pensaba? La vio coqueta, un adorno más que lucir junto a su caballo de raza española, ¿quién más podría contar con la presencia de un trofeo tan prestigioso? No, una dama no era diferente a un corcel: lo había comprado a un alto precio y la responsabilidad de la doma era suya. Como a un cachorro se le separa de la madre, así haría Fiodor II con Virginia, muchacha malcriada. ¿Qué han hecho de ti, viejo coronel?

-Callas un día, todos lo hacemos, chico... En el futuro, tal vez tú también eches la vista atrás y te des cuenta que un día callaste y al otro también, entonces perdiste la partida. No se derrota jamás a una mujer, hijo: o se la soporta o se comienza a cavar un hoyo profundo,

esperando que muera pronto. No, soldado, aquí no valen un par de bofetadas, no sirven para nada... A la mañana siguiente, tu vida se convertirá en un infierno mayor.

Virginia hizo su aparición en el granero. Abrazó a su marido, casi por vez primera desde aquellos lejanos tiempos en que él la cortejaba. Te he echado de menos, querido, ¿no te imaginas cuánto te he añorado! Hablaba falsa y mezquina... verás, pequeña, lo sé todo y sé que tus lágrimas son fingidas y sé que sólo te casaste conmigo porque estáis arruinados. ¡Tienes que ver al pequeño Pierre! Está enorme y precioso... y cómo devora, ¡qué brazos! ¡Ya parece todo un Fiodorovich! Muerde la hiena donde duele, segura de su victoria... yo te daré, pequeña furcia. ¡He estado tan sola, cariño! Pero ahora todo cambiará, estaremos juntos y veremos a nuestros hijos crecer. ¿¡Nuestros hijos, fulana! Sí, Fiodor, nuestros hijos... ¡Ay, qué feliz soy!

Y Fiodor calló esperando un momento mejor.

-Callarás, muchacho, callarás otra vez.

...Y acudió el joven junto a Nathalie, su madre: moriría tarde o temprano, era la ley y era la hora. Estaba cerca de las cruces, en el pequeño cementerio donde también él reposaría. Con la imagen prestada, también ella sentía el frío del Mississippi en las tardes de verano. Elisabeth se llevó muchas historias, pero no todas.

-Échala, Fiodor. Que no vuelva a pisar jamás estas tierras.

Miró al horizonte y se giró, allí estaba su sitio. Se había cumplido.

Recorrió los campos durante horas y escuchó los sauces que tanto había echado de menos en Italia: sí, Iris había sido una buena compañera en todo ese tiempo, ¿qué tenía él que recriminarla? ¿No sería mejor callar? Era el precio de una mujer caprichosa y arruinada, el valor de

un apellido. Absalón debía sobrevivir, por encima de todo. Conocía las historias de su padre y otras mil narraciones más que los lugareños contaban.

Se ató los cordones de las botas y acudió a la casa. Miró, allí estaba la señora York, con los párpados caídos y el semblante roto, otra vez. Ahora, maldita, ahora es Fiodor Fiodorovich II el que vence. Entró y la vieja le miró, sosegada, tranquila, esperanzada: juega, amigo, no tienes poder sobre mí. Yo hablaré primero, pequeño.

-Bien, Fiodor -dijo la señora York-. Todo está listo. Hemos cuidado de tu esposa, de nuestra niña, lo mejor que hemos podido. Ahora te toca a ti, chiquillo. Sé que lo harás bien porque sé que nunca traicionarás la confianza que hemos puesto en ti. ¡Vamos, James!

Y el coronel York se acercó, ya con las maletas dispuestas, preparado para otra humillación. La vieja mansión esperaba, bajo la sombra de un hijo muerto y una hija infeliz: es el precio de un apellido.

-Algún día -continuó la señora- este hombre será alcalde de la capital. ¡Vamos, James, despídete y compórtate bien! ¡Sé un hombre!

Y el militar se aproximó a Fiodor, responsable ahora de una plantación de tabaco que se desmoronaba, de una mujer a la que no amaba... de dos hijos que no eran suyos.

-Espero ver al niño la semana que viene -dijo la suegra-. Me encantará saludaros a todos. Pronto vendrán más, y siempre serás tratado como un York en nuestra casa, hijo mío.

-Callarás, callarás otra vez -repitió el coronel.

Al terminar el día, se habían marchado. Desde el piso de arriba, se podía escuchar a Martin en la cocina, feliz como un tigre tras alcanzar la presa: sonidos de platos y comida rodando. El animal era libre.

Virginia se aproximó y dejó caer sus brazos sobre el hombro de su marido, cansado. Le miró a los ojos y le besó, casi tiernamente.

Tenía razón el viejo coronel: calló también más tarde en el dormitorio.

ESFERA V: VIRGINIAS

גבורה

Stanislaus regresó, solo. Atrás quedaba la estúpida conferencia a la que había asistido y el encuentro con aquel individuo. Había hecho el ridículo de nuevo, no podía ya disimularlo. Es un extraño vicio del hombre solitario el creer conocer a todas las personas, el poder componer, como un pintor adolescente, el perfil de cada uno con breves y geniales pinceladas. Tomaba un pañuelo y, cual Sherlock Holmes, adivinaba si estaba casado... la forma con la que se peinaba denotaba su estado de ánimo y la procedencia..., el tabaco denotaba su clase.

Se equivocaba, siempre se equivocaba.

Sabía que Robin, un husky siberiano de siete años, le estaría esperando. Al can le gustaba cenar pronto, sobre todo en verano. Extraña raza, como los Fiodorovich. Siempre pendiente, no solía acuciar con su presencia, su comportamiento era opuesto al de Joyce, el perro de Absalón. El husky se mantenía a la expectativa, vigilante sin ser visto, un buen perro libre cuidando de su amo. Una raza curiosa, inteligente como pocas, pero distante desde la primera mirada. Era casi un felino, libre y cazador, sólo domesticado para conseguir comida. No le gustaba jugar, rehuía las bromas y miraba a Stalinslaus con incredulidad cuando éste intentaba alguna gracia. ¿Qué crees que haces, pobre idiota?, diría en silencio el perro, más perspicaz que su amo.

Stanislaus se desprendió de la chaqueta y dejó las pipas sobre la mesilla. Se econtraba mejorado de su pequeña ebriedad, al menos podría fumar una pipa descansada mientras estaba en casa. La estancia no era lujosa, apenas un apartamento. La habitación principal, que servía de

dormitorio y salón (a veces también de cocina), tendría unos cuarenta metros cuadrados. Hacía tiempo que había perdido el apetito, no lo volvería a encontrar.

Poseía un recuerdo vago de su tío: no sabía siquiera si llegó a conocerlo o si sus recuerdos se basaban en las palabras de otros. Se le rehuía como si fuese un animal, se le daba de comer de manera monstruosa y, sin saber manejar los cubiertos, devoraba la comida con pasión. Se llamaba Martín, ser enfermo. Miraba sin ser visto y reía, siempre reía hasta el día en que murió, hambriento y con los ojos abiertos.

Robin esperaba, sosteniéndose sobre las patas. Vigilaba y torcía violentamente el hocico cada cierto tiempo. Emitía una especie de ladrido contenido: la orden de un general, directa. No importaba qué hora fuese, aquel perro siempre tenía también hambre. Stanislaus sonrió:

-Toma una galleta, chiquitín -y el can la devoraba. Luego se marchaba y miraba de reojo a su dueño.

La biblioteca ocupaba la sala contigua y era su lugar preferido.

Stanislaus Fiodorovich había sido siempre un hombre ordenado. Ya de pequeño, en Absalón, mantenía sus juguetes en perfecto orden. Enfermo, casi un cadáver, Stan pasaba las horas paseando e imaginando otros tiempos: ¿me enterraréis de pie? Los familiares le miraban, divertidos. Morirás con la cabeza alta, Stan, no te preocupes. Pasaba algunas temporadas en casa de sus abuelos, los York, un divertido matrimonio que hacía que la muerte fuese una simple broma para adolescentes. Ahora, décadas después, daba gracias de no haberse tenido que casar. James, su abuelo, era un hombre con buen humor a pesar de las constantes "reprimendas" a las que era sometido. Cualquier motivo era válido para aducir

su falta de entusiasmo o su excentricidad. Desde un mojigato "inútil" hasta los socorridos "cornudo" o "bastardo", el vocabulario del joven Stan se llenó de lindezas e imprecaciones: ¿son todas las mujeres así? preguntaba el niño a los mayores. Su madre callaba (no lo hacía muy a menudo, había que hacer honor al apellido). Silencio. Varios segundos después, sin tener que dejar la estancia, se escuchaba la respuesta: lo son, hijo, lo son.

Pierre y Stan llevaban melenas rojizas (único elemento en el que se les permitía una cierta dosis de originalidad). Los dos hermanos disfrutaban haciendo bromas, aún pequeños: la bruja vendrá y te lo cortará... y los niños trataban de mantenerse despiertos, mirando fijamente la puerta, esperando a que su abuela llegase, tijeras en mano. Luego el sueño les vencía... quizá mañana despertasen sin cabello, o quizá fallase.

Tenía la señora la costumbre de levantarse de madrugada (ya se sabe, los viejos duermen poco; las brujas, nada). Nadie había contemplado jamás a aquella mujer tranquila.

-Ladra -decía su abuelo el coronel-. ¡Ladra! A ver si se enfadan los perros y te devoran.

Luego el viejo se sumía en el silencio para no volver a hablar en toda la tarde.

Los días pasaban y los hermanos regresaban a Absalón, sanos y salvos.

-Tu abuela es una buena mujer -repetía su madre-. Fíjate que no te ha cortado esa ridícula melena de campesino.

Una habitación, una fumada o un libro: todo era cuestión de equilibrio. Desde el incidente, todo había cambiado, y ahora le gustaba pasar el rato rebuscando y tratando de hallar algún viejo volumen o alguno de sus antiguos escritos: no había datos sobre la enfermedad. Se

decía que primero algo sucedía... el aquejado perdía las ganas de vivir y se deshacía, poco a poco, hasta consumirse. Luego los labios se secaban y, despacio, la piel se agrietaba. Respiraban con dificultad y no podían siquiera beber más agua. Se escucharon durante años los jadeos en Absalón, los gritos de una muerte cruel que, sin embargo, no pareció que nunca a nadie llegase a importar.

Mientras su madre agonizaba, ya Fiodor cavaba su tumba, cerca de la de sus antepasados, cerca, muy cerca de las hojas de tabaco, como era tradición familiar.

En el apartamento de Stan, la cocina estaba impoluta. Odiaba el olor a podredumbre y madera quemada, había quedado muy atrás..., una tarde de 1976 miró a Cecil de soslayo. Solía comer fuera (cuando recordaba comer, desde que Martin muriera comenzó a sentir aprehensión hacia los alimentos). En el salón de la casa grande de Absalón, ante aquel retrato, ante los ojos de su abuelo, sintió nostalgia y pena. ¿Has muerto también, coronel? Era capaz de recordar hasta los más mínimos detalles de su infancia, pero se mostraba impotente para alcanzar la imagen del personaje que se había cruzado recientemente. Todos lo hacemos, Stan, no te asustes, aún queda tiempo.

No, ya no quedaba tiempo para Stanislaus Fiodorovich.

Aún embutido en su gabán entró en la biblioteca y tomó el viejo volumen. Se trataba de la única biografía publicada de "la Chimère", en francés moderno. ¿Para qué perder el tiempo en leer algo que no te interesa cuando te consume la enfermedad? Porque primero fueron mis pulmones y luego mi sangre y luego esta enfermedad familiar de la que no puedo librarme. Cuando era un niño, en secreto, deseaba morir.

Aquella noche había abusado de la absenta. Le sucedía siempre que tomaba aquel licor: quizá el aroma, el mismo que emanaba del tabaco de su padre, rociado con esa bebida abominable. Robin ladró, con el pelo brillante y aseado: querría otra galleta, quizá más tarde... ¿No querrás terminar como Martín, verdad? Dejó la puerta abierta, el perro vigilaba desde la lejanía. ¿Vendrás conmigo, chiquitín? El sofá de cuero, un lujo o una necesidad. Tomó asiento. Era la hora de volver a fumarla, viejos amigos sin alma.

Aquella pipa tenía un significado especial. Decían sus hermanos, hábiles contadores de historias, que el día en el que Fiodor, su padre, la compró, todo cambió en Absalón, Extraño, siempre recordaría el granero cerrado, con el olor avinagrado a fermentación, y el cielo limpio que amenazaba tormenta. Era el sur de Norteamérica, al que nunca regresaría, con sus pantanos y pinos, sus grandes hectáreas de bosques sin explorar, donde aún hoy un hombre puede vivir de la manera más primitiva. Tomó el sillón y se dejó caer, cruel momento en el que la sangre vuelve a la cabeza e, inexorablemente, se toma conciencia de los propios excesos. No conseguía recordar nada, ya lo haría al día siguiente, ¿había sucedido algo interesante? No, claro que no.

Abrió el libro y lo ojeó por unos momentos. La biografía contenía un curioso archivo gráfico sobre el poeta. Estaba la única fotografía que se había realizado Pradel junto a su madre, a la que perdió a temprana edad. Stanislaus no tenía ninguna fotografía con Virginia Fiodorovich y sólo la recordaba por las historias que su siempre mentiroso hermano Pierre narraba. Desde luego, no había heredado el don de lenguas de su padre que apenas hablaba..., en cambio la negra Mary Maud era una excelente cuentista. Había estado en Absalón desde el principio y dicen que llegó de la mano de la anciana Mary

Maud (no, casi nadie se había atrevido a enfrentarse a la costumbre de llamar con el mismo nombre a padres e hijos). En su afán por preservar la buena imagen de la familia (sólo de puertas para adentro) edulcoraba las historias con mil fantasías. Mientras su verdadera madre envejecía encerrada en sus habitaciones, se hacía agradable tener una madre prestada, aunque sólo fuera en el recuerdo de una criada. Una buena mujer la señora Maud, pero una mujer al fin y al cabo. ¿Por qué no lo evitaste, arpía? ¿Acaso no notabas sus intenciones? Sabía cuál era su puesto, pequeña mulata de ojos azabache, siempre había jugado a ser inocente.

A nadie le importó que tu propia madre te alquilara al patrón.

Guillherme Pradel mostraba el gesto serio, como posan los hijos junto a sus madres. Recto, arreglado, buscando siempre la aprobación: no importa que el hombre tenga dos años o cuarenta, siempre es el mismo gesto de aparente honestidad, de fingida rectitud. Cuando Martin falleció, su madre ni siquiera se levantó de la cama. ¿Llamarás a un médico? ¡Tu hermano se muere, tu hermano se muere! La madre de Stan gritaba siempre como una loca. Su padre simplemente se giró y torció el gesto. Tiene que morir. Está escrito.

Abrió el humificador. Agolpados en botes transparentes, se exhibían los tabacos. ¿Lo lograría antes de morir? Lo sabías, abuela. Extraño placer el de las mezclas. Había probado todas las mixturas comerciales durante más de veinte años pero ninguna le había llenado. Se hablaba del 965 y de otros mil más, pero ninguno había logrado nunca satisfacerle. Gustaba de los tabacos puros, constituidos con un elemento principal, con leves añadidos. De esta manera, no se perdería el sabor original. Combinar, por ejemplo, virginias con latakia era complicado, excepto que fuesen virginias de las más

fuertes y maduras (o se redujese la concentración de latakia hasta casi el mínimo). Era difícil no hacer prevalecer un elemento. Otro caso era el burley... ¡Demasiada variedad! En Absalón, y sólo para consumo personal, se fabricaba una especie de burley, receta tan antigua como secreta que sólo descubriría más tarde... sin llegar a hablar de las mil maneras de "aromatizar" las briznas (incluso hay alguna combinación en la que se emplean pétalos de rosa).

¿Cómo sería su mezcla? Lo había intentado mil veces en su más serena juventud. Había leído sobre aquello, pero seguía sin encontrar una explicación razonable. Stanislaus, frente al humidificador, tomó aliento. Cuando se prueban tantas combinaciones, se termina por olvidar el sentido de la mezcla..., había casi perdido el olfato, y las comidas no le sabían igual, perdido entre el tabaco virginias y el negro kentucky. ¡Qué distinto de hace veinte años cuando podía distinguir una especia concreta en una salsa! Humo. Fumaba aquellos tabacos, casi en mezclas puras, sobre su biblioteca, cubierta y, ahora y por vez primera, desordenada. No hacía demasiado, y ya presa de su seguro diletantismo, que se había dejado imbuir por la lectura de los clásicos ingleses, mientras degustaba algún aromático repugnante.

Había quitado todos los espejos de su casa el día en el que se dejó barba, recortada una vez por semana. Ante su reflejo, se sentía ridículo y viejo. Lo veía en cada paso que daba, en cómo se deformaban sus andares (cada día más cansinos), en cómo una copa de brandy era capaz de dejarle sin sentido, en cómo era incapaz de escuchar la conversación de sus compañeros ocasionales de mesa... Lo había olvidado todo, el rostro del conferenciante, las preguntas de su interlocutor... Recordaba las hebras de tabaco sobre la mesa..., la camarera y los ojos y las miradas y los ruidos, ya parte del pasado.

Ante sí, se extendían los elementos, sólo era necesario combinarlos.

-Fumar no es distinto a escribir una novela -le había dicho alguien aquella noche-. Se extiende desde el mismo momento en el que se realiza la carga, delicadamente, como el autor presenta a los personajes. La parte más ardua, quizás, es la fumada media, en la que la historia se desarrolla. Sólo frente al tabaco, el novelista da forma a la idea. Ha de tener cuidado de no estropear la fumada precipitándose, desvelando argumentos o rompiendo el ritmo. La parte media ha de ser equilibrada con el conjunto, respetando la presentación y el final...

El tipo, sin duda, era bastante estúpido.

En una mezcla, como en una partitura, todo depende de los elementos, de la estructura y del ritmo. No había una receta universal, como no había novelas perfectas o sinfonías que a todos llenasen. Sí, estaban las mezclas más reconocidas y las novelas que algunos llamaban obras maestras..., también algunas partituras en las que todos parecían estar de acuerdo... ¡Estupideces para encandilar a idiotas! Siempre habría algo en el 965 que le haría mejorable, y un exceso de verborrea en una obra o partitura clásica que recordaría un folletín... o un baile en el palacio del duque, con jovencitas buscando novio.

El tabaco es como una madre: no hay que esperar la perfección en algo que, tarde o temprano, terminara por abandonarte.

Virginias. Nunca había sido un amante de esta modalidad, quizá algo falto de sabor si se trata de virginias jóvenes. La variedad tenía su origen en el siglo XVII, cuando los ingleses enviaron a John Rolfe a colonizar el actual Estado que porta éste nombre. Los españoles, hasta entonces, mantenían el control sobre el

tabaco fumado en pipa (antes de la extensión de los putrefactos cigarrillos). El cultivo pronto se extendió a las regiones de Carolina y Maryland y se pudieron vender variedades cultivadas en las colonias inglesas. Ahí comenzó todo. Presas siempre del nacionalismo, pronto los roastbeefs se aficionaron al té por su colonia asiática y al tabaco por su equivalente americana. Stanislaus había imaginado cómo sería vivir en aquella época..., hubiese sido probable que alguien como él no sobreviviese a su temprana enfermedad pero ¿no habría sido fantástico? Embarcarse en un barco mercante, traficar con esclavos o contraer la lepra... ¿qué más le puede pedir a la vida un moribundo? La vida sonreía a las personas con fortuna, en una época en la que todo hombre nacía con el derecho de ser hombre.

Abrió el tarro que contenía hebras amarillentas de virginias maduras, de tacto algo rugoso. Aspiró, penetrante, con ese característico olor almizclado, perfectamente conservado..., el tabaco mantenía toda la suavidad y el aroma, tan importante en esta variedad. Era una modalidad que no podía ser tomada seca pues, al contrario que otras, las virginias debían ser maduras y fuertes. No ocurriría eso con su mezcla, constituida por elementos fermentados por separado, luego reposarían juntos para que los tabacos lograsen cohesión. Apuntó unas notas en el cuaderno, situado cercano al tarro: evolucionaba bien.

Tenía todos los ingredientes, sólo restaba repasar los apuntes.

Algo le empujó a hacerlo mientras Robin dormitaba al lado del sillón, buen perro. Como el mismo Pradel, el Fiodorovich hubiese necesitado más tiempo... Dicen que, el día de su muerte, un famoso compositor despertó y levantó el puño en desafío, falleció con la cabeza alta. Stanislaus se levantó y miró por la ventana mientras

cargaba la Peterson que, un día, empuñó su padre como estilete.

Llenó el contenido sin mimo, mecánico: demasiados años y demasiadas mezclas. Demasiadas aguas surcando el río, demasiados barcos... las virginias se prensan bien. Gracias a Dios hubo un papa fumador, Benedicto XIII, que permitiría el uso del tabaco (antes los fumadores eran excomulgados). El sabor era penetrante pero equilibrado, aquel componente no debía ser usado en exceso, al igual que el latakia (terminarían por colapsar la combinación). El acto de mezclar era totalmente diferente al cultivo del tabaco, casi mecánico con el paso de los años. Cecil añadía el “agua” y había que tener cuidado en el despillado y en el tiempo de fermentado, pero, antes o después, el tabaco estaba listo para ser llevado al mercado. Había factores de los que dependía la cosecha, como el clima o la calidad de la disolución. El periqueé era una extraña flor que crece entre la maleza, fuerte y ruda pero con aspecto delicado, como la adormidera, de la que se extrae el opio. Aún conservaba una bolsa de la que fue la última cosecha de Periqueé Absalón: sería el último elemento. Sí, estaría echada a perder, teñida por tierra y los años, pero también era el sabor del que fue su hogar.

Abenarabi olía a agua estancada y barro seco. Dicen que allí se establecen sólo los que no tienen otro sitio adonde ir. No tiene industria y sus gentes hace tiempo que han dejado de desear nada. En cierta ocasión, trabajó amistad con un diplomático. Él sí tenía algo que hacer: fingir, espejos. ¿Por qué un lugar así? Había oído que, no hace muchos años, habían intentado cultivar tabaco. Las hojas morían a los pocos días. Robin se desesperó, escuchando el crepitar de la picadura en la vieja pipa, húmeda. ¿Qué día venía la asistenta? No podía

recordarlo. Extendió sus patas, fuertes, suspiró. Tenía sus asuntos atados. Miró a Cecil, como en un recuerdo, y pensó, junto a él, en lo que habían hecho, en su padre y su alcohol, en las viejas destilerías de whiskey ilegal, pobre viejo obscuro, en Nathalie y en Virginia, su madre.

Stanislaus fumó, una vez más, cansado, sobre un viejo sofá, con la única compañía de un husky siberiano, sobre las viejas ruinas de Abenarabi.

Abrió la ventana para dejar que el can respirase: nunca lo haría por un ser humano. Robin nunca se quejaría del humo, sólo se iría a la habitación cercana, vigilante, esperando que su dueño terminase. La pipa se consumía, cansina pero equilibrada, quemando ligeramente el paladar, ¿un poco picante?

Sonó el reloj y su inconfundible tintineo: una vieja tonadilla, un capricho de sus tiempos en Alemania. Había estado en tantos sitios sin encajar en ninguno... Dejó caer el volumen de "la Chimère" sobre la mesilla.

Sólo fumó y pensó en su mezcla, sin experiencia.

Como un niño antes de morir, abrió los ojos.

CAMINO XII



-Fumo y veo el mundo, veo Absalón.

Fiodor comenzó a sentir desprecio por la mujer que ahora ocupaba su cama. Fue por entonces cuando tomó la costumbre de dormir pocas horas y mal organizadas (sólo conciliaba el sueño si ella no estaba en el dormitorio). Fiodor pasaba las noches caminando alrededor de las cabañas de los esclavos o vigilando los campos sembrados: aún las hojas estaban ocultas bajo la tierra. Fumaba, siempre despacio, sin retirar la pipa de la boca.

Bajo aquella tierra se escondía el mal que terminaba con los Fiodorovich y entre las piedras aguardaba, en silencio, su futuro. Fumaba virginias maduras (casi por mostrar la ironía) y adquirió la manía de llevar varias pipas en los bolsillos, razón por la cual solía vestir una chaqueta poco apropiada para las calurosas orillas del Mississippi. Fumaba al lado de la tumba de quien, dicen, fue su abuela y fumaba cerca de la tumba en la que descansarían su madre y él mismo, también sus hijos. ¿Qué sería de ellos?

Cerca, un par de anchos pero escasos hoyos estaban ya cavados.

Los York se habían marchado hacía algunas semanas: quien no duerme no puede contar el tiempo. Martin estaba feliz.

-Déjale morir -dijo Virginia.

Por primera vez, Fiodor estuvo de acuerdo con su mujer.

A veces, en la noche, iba al granero. Allí seguía su padre, entre medidas y fórmulas mágicas. Le miró, sin que él se diese cuenta, incapaz de apartar la vista de los cuadernos y libros que le rodeaban. Antes de su partida, el patriarca aún era un hombre feliz, de mirada brillante, pero en apenas dos años, parecía un anciano, con los ojos caídos, cheposo y decrepito: ¿qué fue de ti, Anthony? En silencio, también lo dijo: sálvala.

Cuando escucharon las palabras, Absalón ya estaba mudo. ¿Habían triunfado?

Tomó a Ruach y, como hiciera el primer Fiodor, galopó hasta el pueblo. Conozco la razón de tus largos paseos, querida. En la taberna, las gentes le miraban, anonadadas y estúpidas, ¿olvidaréis a vuestros muertos? Pidió una botella del mejor bourbon (lo que no significa bueno) y salió. Ellos ya os han olvidado, necios. La casa de los York estaba a apenas una hora de caballo. Acarició al corcel y comprendió: estarían allí en poco más de media, el gran animal relinchó. ¿Creéis haber ganado la guerra? Desde la ventana, la señora York cerró la cortina, orgullosa, noble: lamentable. He estado allí y lo he visto. El coronel, casi acabado, contempló sus viejas estanterías vacías y observó a una mujer que no le quería, ¿algún hombre espera cariño después de tantos años? No vería crecer a sus nietos. Y he regresado como un cobarde. Los viejos pueden leer a través de lentes gastadas.

-No volveréis jamás a pisar mis tierras -Fiodor depositó la botella de bourbon sobre la mesa-. Te invito a una copa James, amigo.

Podría hacer la pregunta, esperar amistad... Nunca obtendría una respuesta directa, aunque tampoco la necesitaba.

-Mi madre morirá pronto -continuó-. Siento cierto aprecio por mi esposa, tu hija. Virginia tendrá todo

aquello que desee, pero mientras tu mujer viva, no volverás a poner los pies en Absalón.

El coronel le miraba con incredulidad, qué lejos habían quedado las charlas con senadores y gobernadores..., las conversaciones frente a una copa de coñac y los habanos.

-Todas son iguales -respondió-. Es la modernidad, amigo mío. Nos equivocamos de época... En otro tiempo, la hubiésemos devuelto: tú por esposa infiel, yo por hija sin honra. Eres un buen hombre, cuida de ella.

En el fondo, Fiodor sintió lástima: ¿quién quería a Virginia Fiodorovich? Aquel viejo, ahora sin sangre, la despreciaba por ser hija de Virginia York, su horrorosa esposa. La imaginó peinada con trenzas o jugando sobre los columpios que anunciaban el fin de su triste infancia. Su padre estaría fumando plácidamente mientras ella recriminaría a la escuchimizada niña, buscando construir una señorita abnegada: ¿me quieres mamá? Fiodor pensó en la gran dama y la encontró frente a sí, fría. Silencio.

-¿Qué necesitas, James?

La tarde pasó rápida: dos caballeros del viejo sur que se miraban con resentimiento y lástima. No me culpes, hijo. En aquel momento pudo ver al coronel, bajo la máscara, como pudo encontrar a su padre más allá de otras pupilas ajenas: ¿qué esperaban de ellos? Intenta que no te engullan sus cabellos. Se sentía observado. ¿Me comprendes, anciano? Toma otro trago, te sentará bien.

-Moriré antes que ella -dijo el señor York-, eso lo sé. Son mujeres horribles... y de todo ese rencor nace su fuerza. No pueden amar.

El cobarde soldado se sintió ahora animal, un lobo criado entre caballos y tabaco, alguien a quien observar desde lejos, a quien admirar y temer. Sonrió, le gustaba su espejo:

-Yo sí sobreviviré a la mía.

-No luches. No se las puede vencer, sólo esperar que el odio las consuma -el coronel tomó otro sorbo, pequeño. Sus ojos ya estaban chisposos-. Virginia está enferma.

Fiodor sintió alivio y sonrió..., fueron unos segundos de regocijo.

-Hablo de mi mujer, no de tu esposa -las alegrías duran poco-. Se muere, poco a poco. El médico vino ayer a hacerle un chequeo. No durará más de un par de meses, según él. Sé que se equivoca.

El cansado jinete se acomodó en el sillón de tela. ¿Cuándo te vencieron?

-También mi esposa tuvo una madre... -continuó el coronel-. Vivió noventa años. No la culpes, no conoció un solo momento de paz.

Guardaron silencio. ¿Qué podría decir? Lo siento, mentiría; espero que mejore, ¿es lo que el viejo quiere?; arderá en el infierno, el coronel lo sabe. Cada vez que mirara a sus dos hijos imaginaría el rostro del estúpido amante de Virginia. En secreto, aborrecía a Pierre y al minúsculo Stanislaus, un niño enfermo de sólo tres meses, igual que odiaba a Anthony, su padre, y a su propia cobardía: ¿qué hiciste en la guerra, cojo?

-Sé cómo te sientes, hijo. Yo también despreciaba a mi padre. El día de su muerte, me alegré profundamente.

Tomó la pipa que había traído del frente y la cargó, despacio: había perdido totalmente el barniz. Federico era una buena persona pero un mal artesano. Conocía perfectamente el procedimiento, pero no podía obtener las ceras adecuadas para darle el empaque correcto. Tampoco podía permitirse esperar años para dejar que el brezo se acomodase. Aquel trozo de madera estaba muerto, como el propio coronel, que aún fumaba perfecto, equilibrado en cada bocanada. Me das asco, viejo. Admiraba su pipa, no podía dejar de quererla, como

se ama a una mujer de rostro torcido. Virginia jamás ocultaría su falta de afecto, igual que la cachimba no encubría sus defectos. Sobre la mesilla, una foto del hijo de James, con refinado porte, mientras el coronel sostenía su elegante Dunhill. Despreciable.

Fiodor Fiodorovich mandó arrancar las hortalizas y legumbres que en otro tiempo habían servido para la manutención. Los Fiodorovich nunca serían granjeros, cultivaban periqueé, el más extraño y una de las variedades más apreciadas.

-Cuando se casó contigo, soldado... Buscaba sólo una manera de sobrevivir.

-Si regresas a mis tierras -respondió Fiodorovich-, serás tratado como un esclavo.

Comerciantes, nunca más campesinos. Un tabaco fuerte, sin duda. Muchas de las familias que cultivaban el periqueé, hartas de los tiempos de escasez, habían abandonado toda esperanza y tomaron caminos diferentes. ¿Qué hiciste, cobarde? Iris, bella italiana vulgar. Regresó, fingiendo una herida, como hicieron muchos de su compañía. El día que llegó la orden que les mandaba partir hacia la contienda, los alegres días en Sicilia terminaban. Tomó una bayoneta y un gran vaso de whiskey: hincó el filo de la navaja en su rodilla, despacio. Sangraba como los cobardes: escaso. La navaja desgarró el tendón. ¿Acaso tienes que morir por un país que te desprecia? El médico estaba cerca, había visto muchas veces aquella clase de heridas, no dudó y habló con el comandante.

-Deshonor. Vuelve a tu casa, gusano.
Sonrió.

-Nunca será mi país -dijo el granjero.

-¿Acaso crees que sí es el mío? -respondió mientras firmaba la baja-. ¿Qué tabaco fuma, Fiodor?

Hizo sacar el periqueé con más de dos años del granero, formando una gran pira en torno y lo valló. Sacó a los dos caballos del establo para evitar que el humo les dañara.

Anthony continuaba enfrascado en libros y fórmulas. Cuando el fuego empezó, ya había muerto.

Dicen los ancianos que la colina ardió durante una semana. Una extensa nube cubrió Absalón, negra como su caballo, algunos curiosos se acercaron a observar. Fiodor tomó a Ruach, de nuevo, rumbo a Nashville, capital del Estado. Su barba crecía, frondosa, a través de los ojos marrones, entre la espesa mata de cabellos rojizos que caían sobre sus hombros.

Descubrieron el cuerpo de su padre tendido en el establo. Lo enterraron al día siguiente.

-Me voy, madre, volveré en unos días. Encontraré lo que necesito. ¿Cuántas hectáreas libres tenemos?

Nathalie guardó silencio y le dio la espalda.

-Dile a Virginia que la quiero.

En esa ocasión, dicen, no mintió.

Los tiempos cambiaban y los hombres viajaban en automóviles, pocos eran los que aún montaban a caballo. Encontró unas caballerizas en las afueras, así Ruach podría descansar del largo viaje. Cepilló su lomo y pagó el doble por la estancia del fiel animal. Si pasa hambre, te rebanaré el cuello. Él mismo seleccionó el heno. Un buen animal, fuerte y constante, ¿llegarían a ser así algún día sus hijos? Por supuesto que no, les faltaría dignidad y nobleza. ¿Qué podría esperar de una madre así?

-No es vuestro padre... El verdadero tiene más valor que el que ese gusano llamado Fiodor tendrá jamás. Recordadlo cuando le veáis la próxima vez.

Tenía razón, pero ella no era mejor. Tomó la pipa, aún con la cazoleta caliente, y fumó tranquilo junto a Ruach. Un buen cavendish.

Recorrió la ciudad a pie, sin querer darse cuenta de que había envejecido. Eran las mismas avenidas en las que tiempo atrás planteaba oscuros encuentros con Virginia. Aún somos jóvenes, querido. Dame unos años. La ciudad estaba repleta de pequeños establecimientos en los que poder abastecerse adecuadamente. Había incluso un local especializado en pipas que era muy del agrado de Fiodor. Cuando cumpla los dieciocho, hablaré con mi padre. Compró sin marca, sólo por la forma, dos Liverpool, alargadas, rectas, una pipa curva y una Peterson usada, de cazoleta pequeña; un atacador barato (todos eran iguales, pensaba entonces) y un par de libras de picadura inglesa, con mucho latakia.

-Nada de flakes -un tipo de tabaco que se distingue por el corte en forma de pequeñas hojas, muy usado por los marineros.

Fiodor sonrió al comerciante, un hombrecillo pequeño con nariz alargada y picuda. Su pelo rizado y ligeramente colorado denotaba su origen.

-Me han hablado de un experto en tabaco... Venía mucho por aquí.

El comerciante se frotó la cara, pensativo... esperó algunos segundos.

-Pagaré.

¿Sabe dónde puedo alojarme? Soy Fiodor Fiodorovich. No sé dónde vive, pero viene mucho por aquí. ¿Sabe? A él también le encanta fumar. Encantado. Sí, sin duda es un buen hombre, sólo los estúpidos odian el tabaco. Encantado.

El comerciante le indicó el camino a la pensión más cercana. Dos libras de tabaco, un colchón con agujeros y una biblia rota poseían el encanto suficiente como para

que Fiodor no se aburriese. Abrió el libro y leyó, no el texto escrito, sino las anotaciones de los anteriores moradores. Pasó varias horas entretenido, sonriendo desde las palabras de teólogos y sudistas.

A las dos horas llegó un hombre de mediana edad, con una camisa de cuadros bastante pasada de moda, un bigote y un sombrero de paja... hubiese sido expulsado de cualquier local decente. Fumaba pequeños cigarros y los tomaba entre los dedos anular y corazón, como había visto a algunos caballeros principales: un provinciano sin asear tratando de aparentar distinción. Era del agrado de Fiodor Fiodorovich.

-Poseo una plantación dedicada al periqueé, quizá conozca el Periqueé Absalón.

-La primera vez que lo probé me dieron arcadas -dijo el pueblerino sin tapujos-. Luego volví a saborearlo y me recordó al Mississippi, nací muy cerca. Esa segunda vez fue peor aún... me gustó.

-¿Qué sabe sobre el cultivo del periqueé?

-No conozco la fórmula -respondió- pero sí la manera de sacar el máximo provecho de sus tierras.

-¿Es usted racista?

-Soy del sur, señor Fiodorovich.

Ambos hombres se dieron la mano. Nunca podría llamar "amigo" a Paul Nash, conocía demasiado bien la historia que contaba su padre. 'Tus manos no están machadas de sangre, hijo, ten cuidado con mezclarte con gente peligrosa. Nunca lo estarían.

Sobre el cuerpo de Tom Flaherty jugaba el pequeño Pierre Fiodorovich.

-¿Paga usted bien? -preguntó el señor Nash.

-¿No me había dicho que era usted del sur? -ambos sonrieron. -La semana que viene todo estará preparado. ¿Conoce a algún buen constructor?

Paul Nash tenía un hermano, Vince, sin oficio definido. Había trabajado como peón en algunas construcciones (no todas se hundieron). Era una buena persona que se sentía más internacional que Paul, o al menos lo suficiente para no interesarse por el color de la piel de sus semejantes, sobre todo si éstos eran del sexo opuesto. Él sólo tenía tres vicios corrientes: el bourbon, el tabaco y las jovencitas. Fiodor Fiodorovich lo pasó bien a su lado y regresó a Absalón dos días después, como estaba previsto. Traía consigo latakia siria, algunas buenas pipas y una sonrisa en el rostro... nunca antes había probado el sabor de un buen cuerpo duro y negro, de piel impregnada de olor dulce, tan diferente al de Virginia.

Aquella misma noche, Fiodor perdió su primer diente.

Vince se encargó de reparar las goteras en la casa grande y en las dos cabañas de los trabajadores (ahora no debían mezclarse hombres y mujeres, aunque no siempre se cumplieran las normas). Puso maderas nuevas y arregló las camas bajo la atenta mirada de una contenta Mary Maud. Su hermano Paul, mientras tanto, trajo nuevas semillas y abonó las tierras a base de un complemento de nitrógeno, potasio y fósforo.

El pequeño Pierre crecía rápido, demasiado fuerte como para no despreciar a su enfermizo hermano Stanislaus. No importaba, a él también le hacían feos.

-Mírale -decía Virginia, no siempre condescendiente-, es tan estúpido que sólo servirá para trabajar, como su padre.

Sonrió, torpe, estudiada, estirada, consciente... enredada en su nuevo tul blanco.

-¿Me dirás cómo se llama el verdadero padre?

-¿Para qué quieres saberlo?

-Quizá esté celoso.

-Ese tal Vince Nash que has traído se está acostando con la criada.

-Lo sé, el pobre tiene mal gusto. Un hombre así debería probar las delicias de la aristocracia, ¿no te parece?

-No es más que un obrero. Ella es una buena mujer, hace un buen trabajo con Pierre.

-No creo que eso te preocupe. Las de tu clase no reparáis en las que tienen los brazos fuertes.

-Me gusta cómo está quedando la casa. Será un buen lugar para que crezcan nuestros hijos. Estoy embarazada de nuevo. Te daré un tercer varón, lo presiento.

Fiodor se marchó y calló otra vez. Le dolía la rodilla.

Nueve meses más tarde nacería el último de los hijos de Fiodor y Virginia: Cecil Fiodorovich, el pequeño hermano de Pierre y Stanislaus.

CAMINO XIII



La sepiolita es un mineral extraído en Turquía. Desde el siglo XVIII se emplea como material para la fabricación de las pipas conocidas como "espuma de mar" (Meerschaum en alemán). Dicen que su nombre se debe a unos marineros que al contemplar el material flotando sobre el Mar Negro, lo confundieron con espuma.

La sepiolita es también llamada "la diosa blanca".

Virginia pasaría su tercer embarazo temiendo por la vida de Stanislaus, un débil bebé que sólo miraba y apenas lloraba.

-No morirá como el resto de animales de tu familia - repetía indignada a su marido mientras su tripa engordaba.

-¿Crees que eres la primera mujerzuela de Absalón? - contestaba el soldado recién licenciado.

La sepiolita es un silicato natural hidratado de magnesio. Debe su origen a la sedimentación calcárea de fósiles marinos

Nathalie, ante el espejo, pudo verlo.

Las pipas "espuma de mar" se caracterizan por una mayor ligereza y una mejor capacidad de absorción.

Fiodor pensaba constantemente en la historia de Elisabeth y sus hijos: Dean y aquel pequeño sin nombre, muerto a los pocos días de nacer.

Es precisamente debido a la absorción (mayor que en las pipas de brezo) por lo que el blanco hornillo cambia su color a lo largo del tiempo. Algunos dicen que tiene vida.

-Es un verdadero York -decía Virginia-. Sólo tienes que mirarle a los ojos.

-Si te refieres a que no lleva el apellido del padre verdadero y tiene aspecto de cadáver... es cierto, querida: parece un verdadero York.

Pierre, el hijo primogénito, acudía junto a su madre a lo que sus suegros llamaban mansión (en realidad una edificación apenas unos metros más grande que la casa blanca de Absalón). Quizá Stan sobreviviese al primer año de vida..., probablemente tendría también que ir ¿cómo negar a la abuela las visitas de su segundo nieto? A veces, es mejor morir a tiempo.

La aparición de Paul Nash había dado sus frutos: las nuevas hojas de tabaco poseían un vigor excepcional, sólo habría que esperar un año para comprobar los frutos. Había cumplido con su trabajo.

-Lo has hecho bien -dijo el patrón.

Le pagó generosamente, al igual que a Vicen, y cuando fueron despedidos, se dieron un sincero apretón de manos. Sólo se quedan en Absalón los que van a morir, amigo.

Los negocios funcionaban y Fiodor pagaba al coronel sus recomendaciones: ningún inspector pisó jamás las tierras de Absalón. El viejo militar había dado su palabra y nunca la incumpliría. Quizás así, con el bolsillo de nuevo repleto, pudiera volver a soñar con ser alcalde..., tal vez con una amante, tal vez incluso viudo.

Algunos domingos, los Fiodorovich iban a pasar las tardes a la casa de los York, cuyo jardín parecía retomar, poco a poco, cierto colorido. La altiva esposa del coronel, sin embargo, mostraba signos evidentes de deterioro.

-Resurgirá -sentenciaba el anciano, aunque el yerno no comprendiera el significado de semejante afirmación-. No

mueren tan fácilmente. Vivirá cien años mientras se desangra.

¿Cómo sería perder a un hijo? Era un hombre intuitivo: siempre imaginamos la peor de las desgracias, así nos preparamos para los sucesos que tememos..., demasiado probables en algunos casos. Abrirá los ojos y suspirará, ¿sin conciencia?

Orgullo y vergüenza tenían sus venas. El joven atusó su cabello ligeramente alargado, cubierto de brillantina. Las manchas en las mangas denotaban una noche animada: James York era el hijo del coronel York. El viejo se había obstinado en enviarle a Yale a estudiar derecho. Tomó la bocacalle y levantó su bastón con mango de marfil. Procedente de una de las familias con más estirpe del viejo Tennessee, James era conocido por su refinamiento y buen gusto, por su carácter excéntrico y sus alegrías en el vestir. Frecuentaba los locales más selectos y los más vulgares (como ha de hacer un "dandy"). Estudiaba poco y bebía mucho, se relacionaba con las clases altas que, en el futuro, le darían los contactos necesarios para su futura profesión.

-Me producía náuseas cada vez que le veía ante mí -decía su madre Virginia.

Fue un caballero hasta el final. El día antes de morir, empeñó la mejor de sus pipas para pagar compañía femenina. Se dirigió al local más infecto y miró despectivo. Era carne de cañón, los proxenetas rieron. Que al menos disfrute de su compra. La chica era de piel morena y educación blanca: mientras se desnudaba, sintió vergüenza. Silencio, ya salen... ¡preparados! Torció y los hombres se abalanzaron sobre él. No tuvo tiempo de desenfundar el estilete que contenía el bastón. No murió al instante, pudo recordar los tiempos felices en la

mansión, cuando creyó que, infantil, su madre le quería. No dolían ya las marcas del cuchillo en el pecho.

La pipa había sido un regalo de Virginia. Dicen que la había elegido el propio Alfred Dunhill.

De haber seguido vivo quizás hubiera podido ayudar al padre en su campaña para alcalde, pues era elegante y de hablar pausado. El destino no lo quiso y ahora, Pierre hacía las delicias del abuelo, con sus gracias y cabriolas de niño. Pronto se convertiría también en un estorbo.

-Con todos sus defectos, fue un buen hijo. No siempre son de nuestro agrado, y no muchas veces los apreciamos. Cumplimos con nuestra obligación, mejor o peor.

Cuando el coronel sueña, ve al joven James cerca mientras él pronuncia algún discurso. Son sueños sin sonidos en los que aclaman y vitorean. Al fondo de un gran despacho, gobierna. Está al lado de su hijo. Su esposa ha muerto. Será un buen yerno, y un buen padre para los nietos. Cuando eres viejo, recuerdas y te reconoces en los ojos de los niños. Un día, fuiste grande. Prefería el señor York no encontrarse a solas con su hija. ¿Qué te puedo decir? La chica se comportaba como le habían enseñado, de acuerdo a unas normas que él nunca respetó. No eres mi hija, Virginia. En su nieto Pierre veía sin embargo lo que fue de joven, ilusión y encuentro, serenidad y esperanza. Pero te quiero, pequeña, aunque te hayas convertido en lo que más desprecio. Te quiero porque nunca he sabido quién eras..., y porque eres lo único que queda tras mis silencios. Te quiero por egoísmo y porque cuando me miro al espejo te veo.

-También ella calla, Fiodor. Quizá deberías contratarlo, sería un toque de distinción. A ella le horrorizaría.

Sonrió el yerno como casi nunca hacía. Apuró el vaso de whiskey de una tacada y cargó su pipa. El coronel le detuvo.

-Espera un momento, tengo algo para ti.

Acudió al despacho, situado en la habitación contigua, y regresó con una funda negra. Extrajo del interior una pipa blanca, en perfecto estado.

-James también fumaba en pipa. Me dijeron que, antes de morir, empeñó una Dunhill carísima por apenas diez dólares. Ésta era para él, pensaba regalársela al terminar derecho. Creo que ahora ya no sirve para nada. ¿Has probado alguna vez una espuma de mar?

-No, son demasiado frágiles.

Son como las mujeres, siempre se rompen.

-Hay que disfrutarlas mientras duren -pero las más quebradizas son las que más placeres proporcionan-. Trátala bien. Una espuma de mar no se fuma para deleite sino que es un tributo a la "diosa blanca". Te hablará, no siempre tendrá un sabor exquisito como una buena pieza de brezo, pero tiene vida propia. Quizá por eso la Meerschaum es la preferida de tantos buenos fumadores. Absorbe los materiales del tabaco y no hay dos "espuma de mar" iguales, cada una pertenece a su "señor". Es un orgullo para el que la posee. Hay que alimentarlas, Fiodor, nunca olvidarlas.

Pero que jamás sepan que las necesitas o estarás perdido.

Fiodor la observó detenidamente. Era de tipo ligeramente curvo, y su cazoleta estaba adornada con un dibujo en forma de marinero (eso debía ser, porque el hombrecillo llevaba gorra de plato). Dudó por un momento, ¿se arrepentiría?

-Yo no puede usarla.

-No seamos sentimentales. Cuando murió, me sentí aliviado.

Fiodor Fiodorovich sonrió y sacó del bolsillo exterior de su americana un paquete con una mezcla propia de Periqueé Absalón. Obtuvo la fórmula del cuaderno de

Anthony: absenta y periqueé, ligeramente aderezado con virginias y unas briznas de latakiá suave. Realizó una carga media, como si estrenara una pipa de brezo. Fumó.

Su esposa Virginia entró en la estancia.

La espuma de mar sabía amarga.

Mark Donald O'Shea era un joven irlandés que había quedado huérfano durante la gran depresión, apenas tenía entonces diez años. No conservaba recuerdos claros sobre nada, salvo la imagen de una madre que le abrazaba mientras su padre esperaba. Había sucedido así con muchos niños, ahora dedicados a trabajos de distinta índole. Sus familiares, incapaces de hacerse cargo de la manutención, los dejaban al amparo de otros hombres que los empleaban como aprendices hasta que dejaban de ser útiles (solía coincidir esto con la primera copa del muchacho). Mark jamás había probado el alcohol y había trabajado como mozo de establo, obrero y minero, sin haber aprendido nada en ninguno de estos oficios (¿alguien lo ha hecho alguna vez?). Dar heno a los caballos era exactamente igual que picar en una galería de carbón: mismo jornal, más o menos esfuerzo. Hacía tiempo que pululaba por el pueblo, a la caza de algún contrato ocasional que le permitiera sobrevivir. En sus ratos libres, intentaba granjearse un buen futuro, gracias a sus anchas espaldas y voluptuosos labios, como vía de escape de las señoritas acaudaladas con férreas costumbres familiares. Cuando vio aparecer al Fiodorovich, se preocupó.

-Tienes dos opciones -no llegó Fiodor a terminar la frase.

Aceptó: así podría estar más cerca de su dama.

Se conocieron un año antes de que el heredero de Absalón apareciese. No necesitaba cortejo (una perfecta

señorita ni lo requería ni lo permitía, sobre todo si era fea). A cambio, Mark era tratado como mercancía: Virginia lo exhibía ante sus aristocráticas amistades como si fuera un trofeo. No se molestaban las beldades sureñas en disimular: ¡es guapo...! ¡Y mira qué músculos! Enhorabuena querida. ¿Piensas quedártelo o lo comprarás como esclavo? Las chicas reían a carcajadas. ¿Me lo prestas dos horas? La señorita York se sentía por primera vez el centro de atención y, de vez en cuando, le hacía regalos: un reloj de bolsillo, un traje.... no tardaba en empeñarlos el habilidoso y atractivo irlandés. ¿Querrás casarte conmigo, preciosa? La joven se sintió afortunada: no sólo era guapo, además tenía sentido del humor.

La sorpresa de Virginia fue mayúscula al ver entrar a su viejo amante en Absalón.

-No te preocupes, Mark -dijo un Fiodor al fin orgulloso-. El humor es el primer paso a la santidad. ¿Qué sabes del tabaco?

Desde aquel día, las antiguas tareas de los hermanos Nash fueron adjudicadas a aquel irlandés abstemio. Mary Maud torció la mirada, no sólo era un mal sustituto de su querido Vince sino que además traería problemas... Mark Donald O'shea viviría en el futuro junto a Pierre y Stanislaus, negando una paternidad que todos conocían. Pronto nacería también Cecil.

Los niños, mientras tanto, crecían ajenos a todo. Stanislaus había superado casi su primer año de vida. Tenía buen apetito y parecía un niño sin retrasos (lo que nunca preocupó a Fiodor, ya que le sabía libre de la demencia hereditaria de los Fiodorovich). Pierre jugaba con el tren que el coronel le había regalado y Stan ya estaba también preparado para ver a sus abuelos y recibir regalos. Aquel día se le lavó a conciencia y se le peinó de la más acicalada manera.

Desde luego, no fue suficiente: el niño regresó llorando.

-¿Qué le ha hecho esa bruja?

-Es su abuelita y tiene derecho a verle –Virginia, a punto de parir, lucía una prominente barriga.

-Quizá debieras llamarle Mark, parece un buen nombre -dijo el irónico marido.

-¿No te importa? -miraba con indiferencia a Stan: nunca sería una buena madre.

-Esta pipa fuma realmente bien, sin humedad ni restos. Dicen que se llama así porque al ver el material, los marineros la confundieron con espuma de olas bravas.

-Quiero que le despidas.

-No se irá –sentenció el Fiodorovich-. Tu amante es un hombre honrado.

Fue la propia Nathalie quien le encontró esta vez.

Martin aprovechó la ausencia de todos y se coló en la cocina. Sólo le descubrieron cuando era ya demasiado tarde. Llamaron al médico pero todo fue inútil, Martin había muerto de una indigestión. Yacía inmóvil, al lado de un charco de vómito que resbalaba desde la mesa de la cocina. Ocupó un ataúd de adulto, a pesar de no haber alcanzado siquiera la adolescencia.

Tenía que suceder. Virginia se desperezó y sintió su vientre. Por primera vez desde que llegó a Absalón, se sentía débil, controlada por aquel engendro con el que se había casado, ¿a qué venía contratar a Mark? Sin duda, otra forma de intentar humillarla.

No, no se vence a una mujer, sólo se logra enfadarla más.

Martin murió feliz.

El 26 de Junio de 1945, Virginia York dio a luz a Cecil, su tercer hijo. Nació pelirrojo como sus otros hermanos, marido, y todos los que llevaban el apellido Fiodorovich.

ESFERA VI: BELLEZA

תפארת

Miraba a Robin, su fiel amigo. Cuando sucedió -no se puede decir que no lo esperara- no sintió lástima o pesar. Ya lo dijo su padre: quien viene a Absalón, viene a morir. El perro siempre había conocido todas las respuestas, desde su inteligencia animal: Stan hablaba y el cachorro entendía... incluso a veces discutía con él, aullando. Más tarde el silencio gobernó aquella pequeña estancia calurosa. Cuando encendía su pipa, Robin se apartaba y suspiraba: ya está otra vez. Su dueño abría las ventanas y dejaba entrar el aire... sólo tendría piedad de él, porque había sido la más inteligente de cuantas “personas” conoció. Ahora Robin, convertido en un perro viejo, se había hecho dueño del apartamento y de las acciones que tenían lugar en su interior. Se levantaba y exhibía su porte noble, de lomo recto y nariz fina. ¿No tendré que pedirlo? No, amigo, no tendrás... también yo soy medio lobo y entiendo.

Stanislaus Fiodorovich recordaba a su hermano Cecil, mientras se desangraba en el bosque. Aquel día, no fue compasivo..., ni siquiera cuando le trajeron moribundo a Absalón logró llorar: lo intentó durante horas ante el espejo de la cómoda de su madre. El reflejo era pálido y vulgar, rojo y mezquino. ¿Eras ese reflejo? Sí, claro que lo era, pero le hubiese gustado verse de cualquier otra manera.

Yo también fui un cachorro, como tú no hace mucho. Asomó la cabeza entre la rendija del maletero, pudo verle despacio, ¿qué fue de tus hermanos, Robin? El automóvil no se detuvo y siguió su curso. El cachorro, aún pequeño, saltó y corrió entre el tráfico, llegando a la acera casi sin

aliento pero orgulloso. Stan se acercó y acarició su lomo: era manso y altanero. Esperó unos momentos a que el coche se alejara, tus hermanos todavía estaban vivos. Quizá salvaran la vida, tal vez no les ahogaran en el río. Robin le acompañó hasta su actual pequeño apartamento en la ciudad, contento y sin mirar atrás. Al llegar, devoraste, amigo, estabas hambriento. Los días pasaron y el animal, en principio algo distante (una extraña raza que busca el alimento y la libertad), comenzó a acercarse, buscando su compañía. Me elegiste al saltar de la máquina en marcha. Le paseaba sin correa al principio, hasta que Robin tomó confianza y empezó a explorar por él mismo. Te llamaba y no volvías. Desesperado y dándole por perdido, emprendía la vuelta... el cachorro aparecía cercano a sus piernas, sonriente y exhausto: ¿qué has visto, amigo? Antes de salir, bebía a borbotones, preparándose para una nueva aventura... A la misma hora, cada tarde y en cada amanecer... Dormía al lado de su cama y, a las siete, se elevaba sobre sus patas traseras y disponía la cabeza sobre la mano de su amo, instándole para la acción. Qué poco necesitas, amigo. Se levantaba y sin desayunar, recorrían las calles de una Abenarabi desierta, aún sin confirmar.

Stanislaus Fiodorovich no podía dormir.

La recordaba... al principio casi le divertían sus riñas constantes, ajenas al silencio que gobernaba Absalón. Pierre nunca estaba con ellos, Cecil permanecía al amparo de las mujeres y Stan observaba desde su esquina la algarabía general que provocaba cualquier mueca de su pequeño hermano, siempre en segundo plano. En su demacrado apartamento, ahora se sonreía: celos estúpidos. Cada nueva bobada del benjamín era seguida de gritos y vítores... mientras él se enfadaba, como niño

mimado. Ya en aquellos momentos, supo que su abuela le odiaba.

Escuchaba detrás de las puertas, entre las rendijas y a través de las finas paredes. Está loco, repetía en voz alta Virginia York para que el niño lo oyera. Es idiota, tan pequeño y tan estúpido. Cuando su padre acudía a la mansión, Stan podía disfrutar de algunos momentos de tranquilidad: toda la ira contenida iba a recaer en Fiodor. Olvidaba la dama sus formas e increpaba al yerno sin tregua.

-Se lo dije... ¡no te cases con un granjero! Es una buena chica y no se merece un marido como tú, ¡sapo!

Fiodor callaba y miraba por la ventana, como hacen los hombres que guardan silencio. Quizá, con el tiempo, había llegado a comprenderle, tal vez ahora se sentía próximo a aquel padrastro pelirrojo que no hizo nada en su vida, salvo beber y heredar una plantación que iba a transformar, sin duda, en su perdición.

La anciana señora York gobernaba sus dominios desde su sillón "de orejas" marrón. Sólo se levantaba los domingos para cocinar, en un horno de carbón que servía también para calentar la casa (si bien existían radiadores en las habitaciones, no se activaban para ahorrar y el salón del trono de la reina era el único lugar en el que se podía disfrutar de una temperatura agradable en invierno).

-Esto es Tennessee -decía a su yerno Fiodor-, no necesitamos calefacción... y si tenéis frío, poneros un abrigo... No esperarás que además de dar de comer a tus hijos les abrigue, ¡sapo, vago!

Le hubiese gustado poder haber ido alguna vez con su padre y su abuelo, igual que hacía Pierre que se preparaba para convertirse en el heredero de Absalón. No había sitio para los dos, y a Stan le había tocado vivir entre faldas y bebés. Ya entonces, te odiaba, pequeño animal.

Al principio, había cuidado de Robin como si se tratase de un hijo, luego pasó a convertirse en un extraño compañero real: respeto y admiración... una criatura sincera y noble como ninguna otra. Alguien que merece todo.

La señora York se giró y dirigió sus palabras al pequeño Stan:

-Tu padre no es más que una serpiente: alguien incapaz de mantener a sus hijos no es digno de entrar en esta casa.

Nada sabía entonces Stan de finanzas y nunca llegaron a interesarle demasiado. Sin embargo con los años había comprendido que los York vivían del dinero de Absalón y no al contrario. Mi marido te ha dado contactos que un paleta no podría soñar, Fiodorovich. Gritaba la bruja cuando se sentía mal pagada. Los inspectores no te molestan y manejas a tu antojo la plantación gracias al coronel, desagradecido. Una reina no tiene precio, nada es suficiente para su alcurnia, todos deben servirla y soportarla..., también los niños.

-Si fuese un caballero, habría tratado a tu madre como es debido y le habría dado lo que se merece. ¿Qué se cree la víbora? Cada vez que te veo, pequeño inútil, veo los ojos de tu padre y tengo arcadas.

Tosió. Otra vez, volvió a escupir sangre.

Los domingos, algunas primas de la señora York acudían a la mansión y llenaban la casa de silencios incómodos. Sentadas en una esquina, cuchicheaban y se sonreían cuando la anciana comentaba algo sobre el traje de su hija o sobre sus estúpidos nietos.

-Tendríais que aprender de ellas: calladas y humildes... sin perder la compostura, ¿ves lo que estás criando, hija?

Eran recuerdos vagos en la mente difusa de un fumador... Aquella mujer que se creía de alto linaje nunca

le abrazó ni, en todos los años en los que siendo niño estuvo a su cuidado, escuchó una palabra amable.

-Es una anciana -decía su madre.

-¿Y por qué no nos defiendes? -preguntaba Pierre.

A veces, las mujeres también callan.

Stanislaus se levantó un momento del butacón y acudió a acariciar a Robin, que suspiró. Cuando volvía, cada vez, algo cambiaba en mi madre, ¿recuerdas a la tuya, pequeño? No, no contestaría, pero podría imaginarla, rodeada de pequeños cachorros que jugueteaban tranquilos, buscando una mejor posición. No son tan diferentes los humanos, cada uno en el papel que, de antemano, le han otorgado: Pierre con los hombres y Stan, vergonzoso Stan, con las mujeres. Pronto aprendí sus maneras, ¿tenía otra opción, chiquitín?

Cuando regresaban a Absalón, algo en sus rostros había cambiado.

-Os ayudaré, James -sentenció al fin un día su padre- pero no me pidas que vuelva a hablar con tu mujer.

Desde ese día, Fiodor Fiodorovich sólo regresó en contadas ocasiones a la mansión de sus suegros. ¿Eran tus hermanos, pequeño? ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Los ahogarían en el gran río? Podía verlos, camino a una granja, rodeados de otros perros. ¿Cuántos murieron? Lo sabía: también escapaste de tu Absalón, como hice yo. Tomó el pañuelo y recogió la sangre: no, una tuberculosis mal curada no terminaría con él, como no lo hizo con su abuela aquel corrosivo cáncer.

-Está enferma, Stan... No te preocupes, pronto las cosas cambiarán.

El niño miraba incrédulo, ¿por qué me odia?

-¡Cállate, mocoso!

Llegó a comprenderla con el tiempo, cuando escupió en su tumba, no por ser una madre distante y mezquina, sino por débil y vulgar. ¿Sabes, chiquitín? En todas esas ocasiones, ni una sola vez se atrevió a enfrentarse con aquella bruja.

Pero Pierre sí lo hizo. Cuando ya su padre no les acompañaba, Pierre intentó buscar, como Fiodor hiciera antaño, la compañía de su abuelo. La bruja se levantó de su sillón y si lo hacía, no era para acciones filantrópicas (cierto que sentada no era mejor persona). Atrapó al primogénito de una oreja y le intentó obligar a permanecer en su presencia (una reina necesita la presencia de su corte, si no se desvanecerán en el sordo aire sus órdenes y quejas). Pierre la mordió y consiguió escapar.

-Estas son las consecuencias de portar la sangre maldita de los Fiodorovich... ¡Mira, Virginia! —gritaba la señora York fuera de sí-. ¿Por qué prefiere estar con el coronel? ¡Es un degenerado que recoge cachivaches de la basura! Mira esa colección de pipas, ¿de dónde crees que las ha sacado? Cuando mi prima murió... ¡yo las heredé! ¡Son mías!

Su madre callaba y miraba a Stan: calla, chico, calla. Desafortunadamente, también la había educado el resignado señor York.

-¿Qué le pasa a la abuela?

Estaba enferma: un cáncer la carcomía desde dentro. Acudió a los mejores especialistas, incluso se intentaron los métodos más modernos. Todo fue inútil, y el cáncer se extendió aún más. No había salvación, pequeño.

-¿Morirá pronto? -preguntaba Stan.

-¿Quieres que muera?

El niño calló, otra vez: ¿quién no lo deseaba? También tú, mamá, también tú esperabas su muerte.

-Es una mujer fuerte. Hace ya años que no hay esperanza y ahí sigue, dándonos un ejemplo de vigor.

Y continuó días... y meses y... y todos la odiaban excepto el benjamín, pequeño cachorro inútil que no la había padecido. Stanislaus no podía ahora ordenar los pensamientos, suele suceder con la edad, y confundía las fechas y los acontecimientos. En una ocasión, entró en el cuarto de Cecil, ya moribundo: ¿qué tal Incitatus? ¿Te ha llevado lejos? ¿Vas a morir, hermanito? El rostro del herido era de cera y respiraba con dificultad. Permaneció allí sentado, con la mirada fija en el semblante cadavérico. ¿Y si despertara? La idea le aterraba y pasaba noches enteras imaginando la reacción de su padre cuando Cecil contase la verdad, ¿recordaría que estuvo junto a él en el bosque? Lo pensó durante largo rato, hasta que el médico entró en la habitación. No despertará, está todo perdido. Stan se sintió aliviado.

-Es un Fiodorovich -dijo su padre-. Aunque no tenga una sola gota de mi sangre, ha absorbido la fuerza de esta tierra y tiene el pelo y el alma más rojas que la sangre, como todos nosotros... ¡Resistirá!

Despertó y perdí la oportunidad. Cientos de veces pensé en cubrirle con una almohada y apretar fuerte... ¿crees que eso me importaba? No, amiguito, desde aquel día soñaba con verle morir... quería estar allí cuando sucediera, cuando todo terminase... contemplar su último estertor y sentirme libre al fin. Pasaba las noches en vela ante mi hermano... ellos decían que era el mejor hijo... todos se engañaban... deseaba con todas mis fuerzas verle morir y conquistar la paz.

-Stan es débil -había dicho la señora York-, nunca hará nada con sus propias manos.

Tenía razón. Stan disfrutaba imaginando su muerte. Aquella noche le miró con especial interés. Sí, tenía razón: nunca podría hacerlo: ¿y si entraban y le descubrían? ¿Y si

se enteraban? No, era mejor esperar, igual que con su abuela: la vieja terminaría en la sala de un hospital, sola... con la exclusiva compañía de su rencor y sus gritos.

-Compórtate bien con la abuela, Stan. Ella te quiere.

Sólo hay alguien peor que una mentirosa: la hija de una mentirosa. Una tarde, su madre no pudo ir a la mansión. Pierre llevó a Stan a caballo. La señora York parecía relajada y narró historias... estuvo sosegada, casi cariñosa. Habló susurrando sobre el Mississippi y sobre una época en la que las mujeres paseaban custodiadas por sirvientes, siempre dos pasos más atrás, sobre un tiempo en el que cada persona estaba en su sitio, antes de las guerras y de que la política del norte acabara con sus bellas tradiciones.

-Es el peor de los cánceres, pequeños: la política ha terminado con el sur y con tu abuelo. Cuando era joven, era un buen hombre que se preocupaba por las costumbres y las personas de buena familia. Ya no queda ninguna. Todas han muerto y él está acabado.

La señora habló de su infancia, en una pequeña ciudad de la que su padre era alcalde..., explicó cómo el coronel lo había también intentado sin éxito..., lloró al recordar la banda de música de la que el abuelo había formado parte cuando era poco mayor que ellos. Fue una tarde estupenda.

Cuando dejaron la casa, la abuela les dio dos billetes de cinco dólares, una fortuna para los que eran apenas unos niños.

-Pero prometédme una cosa: no diréis nada de esto a vuestra madre. Será nuestro secreto.

Aquella tarde, comencé a odiarla, pequeño. Los años pasaron y las tardes se sucedían entre aquellos muros, mientras la señora York apenas comía o se movía de su sillón “de orejas” marrón. Pasan los años y ordenamos el tiempo, el que nos pertenece y el que no. Cuando mi abuela murió, me sentí aliviado. Si existe el infierno, ella

estará en él. Pasábamos una noche en su casa... mientras duermas entraré y te cortaré esa repugnante melena roja de granjero ruso. ¡Cuidado, niño! Y pasó Pierre la noche en vela, sentado y contemplando las estrellas y yo le miraba. Era una noche clara y se podía escuchar el canto de los grillos y los perros que ladraban en el exterior. Fue en ese momento cuando Pierre, mucho más hombre de lo que Stanislaus sería jamás, se giró.

-Aguanta, hermanito. La veremos morir.

A veces, el primogénito tenía algún rasgo amable, alguno que recordaba a Mark Donald O'Shea, su verdadero padre.

CAMINO XIV

I

Stanislaus casi no había llorado durante su primer año de vida, pero cuando aprendió, lo hacía todas las noches. Era un niño enfermo y con dolores, el médico había dictaminado que padecía tuberculosis.

A Pierre le importaba bien poco tener uno o dos hermanos menores, bien sabida era la preferencia que Fiodor sentía por él, ¿por qué habría de cambiar su posición de hijo predilecto la llegada de Cecil? Sin embargo, Stan se mostraba envidioso y apático, caprichoso y vulgar hasta volverse odioso.

-Además de tos, lo que este chico tiene son celos - Nathalie apenas se movía para no torcer el elegante moño que, según ella, lucía.

-¿Qué te pasa? -preguntaban sus padres-. ¿Qué tienes contra tu pequeño hermanito?

Pero Stanislaus callaba y se refugiaba en su enfermedad. Cecil era un bebé precioso, con una sempiterna sonrisa en el rostro. Hacía las delicias incluso de su madre Virginia, quien le hacía frecuentes carantoñas y arrumacos, a pesar de haber confiado la educación del pequeño a una joven Beatrice Maud. Contrariamente a Stan, el benjamín no lloraba y dormía plácidamente, permaneciendo tranquilo mientras los mayores hablaban o fumaban.

-¿No te gusta tu hermanito Cecil?

No, a Stan nunca le gustaría aquel ser abominable, una pequeña cucaracha que se erigía en el centro de todas las atenciones: ¿qué encontraban de gracioso en aquella masa de carne despreciable? ¿Por qué se libraba el insecto de ir a ver a sus abuelos mientras ellos tenían que acudir? ¿Por

qué tenía él que soportar continuas toses y no podía caminar libremente como hacía Pierre?

-Porque eres un miserable y Dios no te quiere -decía su cruel hermano mayor-. En cambio, al renacuajo ese, sí que le quiere. ¿Ves lo sano que está? ¿Ves como él no tose ni escupe sangre? Eres un enfermo y nunca serás más que eso.

Stan, a pesar de la prohibición de su madre de hablar con los criados, acudía a las cabañas y hablaba con aquel irlandés llamado Mark. Le gustaba su compañía y parecía estar siempre dispuesto a entretener un rato a los chicos. Quizá Pierre se diese cuenta de la verdad, así como de las miradas coquetas de su madre hacia aquel hombre extraño.

-Si te acercas a ese hombre -decía Virginia-, la garganta se te pudrirá y morirás.

-No le hagas caso, hijo -respondía su padre-. Tienes que aprender esto: las mujeres son embusteras, y no hay ninguna más mentirosa que una madre.

Sí, Virginia también callaba a veces.

Stan era un chico listo y hacía mil preguntas al nuevo criado. El irlandés parecía conocer todas las respuestas (al menos para la mente infantil de un niño). A veces, cuando anochecía, contemplaban juntos las estrellas y su padre llegaba y las observaba también, un poco apartado. Luego se acercaba, tomaba una silla y fumaba. Mark conocía el nombre de todos los astros y los señalaba con precisión a un extasiado Stanislaus. Una noche, años después, comprendería estudiando un libro de astronomía que, en realidad, no sabía nada de galaxias ni planetas y que, como buen ser humano, mentía también. No se sintió defraudado, aquel hombre nunca le decepcionaría.

Desde muy joven, Pierre se acostumbró a pasar las tardes alejado de Absalón: nadie sabía muy bien qué hacía (ni a nadie parecía importarle)... jugaba entre los árboles,

miraba los caballos o acompañaba a su padre a algún recado poco fatigoso. Fiodor Fiodorovich nunca se sobrecargaba con tareas extenuantes, ocupaba el tiempo en pipas y amantes varias. Nunca se lo recriminaría Virginia, muy pendiente ahora de Cecil.

-¡Mira qué ojos! ¿Verdad que será inteligente, Mary?

-Lo será, señora, lo será -decía la solícita Maud, siempre insincera, siempre sirvienta y resentida, más aún desde que Vince Nash marchara.

Beatrice parecía haber tomado cariño al pequeño, como todas las mujeres de la casa. Lo cuidaba como si fuera su hijo y, en las noches, le contaba historias que el pequeño parecía comprender. Otras veces, le cantaba con aquella voz dulce de mulata curtida.

-¿Por qué no me cantas a mí? -preguntaba Stan.

-¿Cuántos años tienes? -contestaba la muchacha.

Stan se avergonzaba, tenía que evitar ser caprichoso y, sin embargo, no era mucho mayor que Cecil, un eterno benjamín al que todo se permitía. ¿Por qué no cantabas, Beatrice? Era domingo, irían a ver a su abuela.

Cada mañana, un autobús recogía a los hermanos y los llevaba al colegio. De no haber sido por su madre, jamás habrían tenido que acudir a semejante lugar, pero ella prefería quedarse unas horas tranquila. Era curioso observar cómo jamás se refería a su abuela paterna como tal, llamándola escuetamente Nathalie (en privado prefería otros epítetos menos cariñosos).

-Cuando muera -decía la viuda de Anthony Fiodorovich-, no quiero ser enterrada en Absalón... Supongo que no le importará a mi hijo. Me gustaría que me llevasen a Europa y que esparcieran mis cenizas sobre el Támesis, ¿verdad que sería bonito, Stan?

-Falta mucho aún, Nathalie.

-No, no falta tanto.

El colegio no era mejor que la plantación: pocos se acercaban a los Fiodorovich por miedo al contagio (no estaba tan mal, ya que los pocos que lo hacían, les insultaban). La institución estaba situada a unos veinte kilómetros del pueblo, y acogía a alumnos de tres aldeas diferentes, demasiado pequeñas para poseer su propia escuela. Pierre era descuidado, poco proclive a cualquier labor intelectual, mientras que Stan asimilaba todo a una velocidad inusitada: aprendió a leer en pocas semanas (al menos los rudimentos básicos de una lengua tan simple como el inglés) y pasó al segundo curso embebido en libros de aventuras.

-Es bueno que aprendas a escribir también, hijo -decía Virginia-. No creo que valgas para otra cosa.

Cuando Stanislaus regresaba a la plantación, visitaba a Mark, el único adulto agradable que conocía. ¿Qué has aprendido hoy, muchacho? El irlandés escuchaba y apuntaba los temas escolares en una libreta. Los sábados por la mañana, el criado iba a la biblioteca del pueblo, situada en mitad de la tienda de comestibles, y ojeaba la enciclopedia en secreto, buscando información.

Una tarde Fiodor llevó a sus hijos a por provisiones. Pierre echó una ojeada a través del cristal del escaparate y le vio, enfrascado en la lectura. El muchacho calló lo sucedido y, por la noche, acudió a la cabaña de los criados.

-Dime, irlandés, ¿qué es "Támesis"?

Silencio.

-¿De qué te vale leer si no lo sabes?

El abstemio apuró un primer vaso de whiskey y calló.

-Pareces un hombre fuerte, pero no eres más que un cobarde.

Ya no haría más visitas a Mark O'Shea. Pierre se sentaba junto a Fiodor, que fumaba en pipas de maíz, de espuma de mar, de brezo y de piedra en la gran sala. El

patriarca apenas dormía, ya aislado de su mujer y encerrado en sus propios mundos desde que se casara. Es lo que tiene el matrimonio.

-La abuela quiere ser enterrada en Europa.

-Los viejos dicen muchas tonterías, hijo.

-¿Qué es "Támesis"?

Tampoco Fiodor Fiodorovich conocía la respuesta, resultaba humillante no tener nada que enseñar a los hijos. Stan observaba la conversación situado en el quicio de la puerta, apretujado y tratando, por una vez, de no toser para no delatarse. Cuando su padre salió, Stan dio la respuesta.

-Es un río, como el Mississippi, pero está en Europa.

Sí, el gran río plagado de historias tenía muchas de las respuestas, pero no todas.

-¿Lo has leído en un libro, hermanito?

Stan asintió.

-Entonces no me interesa -respondió Pierre desafiante-. ¿Encontrarás algo en esos escritos que sirva para que te quieran? Mira al imbécil de Cecil, habla mal y les hace reír a todos. Tú y yo, en cambio, les damos asco. ¿Cuándo fue la última vez que te miró mamá?

Pierre, por idiota que fuese, tenía razón, siempre la tenía en aquella clase de asuntos. ¿Qué culpa tenía Stanislaus de nada? Estaba enfermo, y así seguiría mientras no cambiase algo. Ya entonces pensó en matarle.

Por la noche se escucharon de nuevo gemidos y gritos en Absalón. Los niños no adivinaron de qué se trataba, pero algo había sucedido. Cuando al fin salieron, Mary y su padre estaban en la entrada. Los hermanos observaban desde las escaleras, sin ser vistos. La criada llevaba las maletas. No se volvería a saber de ella hasta un año después.

-Volveré en unas horas –dijo Fiodor a su esposa-. Y tú... ¡No tienes nada que decir! –añadió dirigiéndose a la criada-, eres una negra en un mundo gobernado por blancos. ¿Por qué crees que se fue tan deprisa Vince Nash? ¿Por qué yo le despedí o por huir de ti? Era un pobre idiota y carecía de moral, pero tuvo la suficiente inteligencia como para no aceptar ser gobernado por una mujer que sólo causa problemas donde vive. Si quieres ir en su busca, hazlo, pero lo encontrarás en los brazos de otra. Pronto volverás suplicando con otro retoño bajo el brazo. ¿Es que no tienes decencia?

-¿Y qué moral tiene un hombre que permite que su mujer sea infiel? –interrumpió Virginia, con asco.

-Nunca podrás entenderlo. Deberías haber aprendido más de tu padre, el coronel. Habría sido un hombre de no estar casado con esa víbora. Le eché de Absalón por la misma razón que un día te expulsaré a ti.

Stan rió desde las esclareas. Le escucharon, pero nadie dijo nada: los niños tienen que madurar por sí solos.

Con el tiempo, cuando el hombre se da cuenta de que no puede amar, empieza a entender de verdad a las mujeres. Fiodor comenzaba a soportar su desatinada situación no ya con estoicismo, sino con agrado y hasta deleite, pues le resultaba entretenida. Contratar a aquel irlandés estúpido había sido todo un acierto. Ver a Mark en el establo, despillando el tabaco, aprendiendo el oficio..., le llenaba de orgullo. Cuando la conoció, coqueteaba ociosa, casi infantil... pronto se dio cuenta de las formas que adquiere el juego en una mujer, pronto las sonrisas se tornaron reproches y los galanteos motivos de burla. El día de la boda, vio vergüenza en el rostro del coronel, hundido y arruinado, ¿a quién le importaba? Había sido parte de algo, y podía sentirse orgulloso de ello, ¿podían decir lo mismo las dos meretrices a las que

cuidó todos aquellos años? Ante los ojos de Ruach, sintió tristeza por haberse convertido en una marioneta de su novia.

Cada noche, en secreto, la miraba. Ella estaba despierta: sabía lo suficiente de esa clase de mujeres como para percatarse de que no duermen, vigilan alimentadas por el odio y el rencor. No, Fiodor no la culpaba, a una hora estaba el origen... ¿qué podían hacer? Sólo esperar su muerte. Los médicos habían dictado sentencia hacía más de cinco años... ¿Cuánto tardaría la bruja en desaparecer? Cuando un caballo no sirve o se rompe una pierna, se le dispara, ¿por qué no hacerlo así con su suegra? Había terminado con todo cuanto la rodeaba, con su esposo y sus hijos... Ojalá hubiese conocido al joven James York... ¡tendría tantas y tantas historias que contar! Fumaba en pipa, como su padre y como el propio Fiodorovich... los hombres que fuman en pipa tienen algo en común, algo especial: contemplan las novelas envueltas en humo y en tiempo.

Cada mañana acudía a ver a Mark. Fumaban algunos cigarrillos y charlaban un rato. ¿Qué te han hecho a ti también, irlandés? A veces, sentía como si le mirase con lástima, la conoces, ¿qué me recomiendas...? Más allá de los pinos altos, el mundo se cerraba sobre sí contrayéndose y alargándose. Fiodor fumaba en su «espuma de mar», un viejo latakiado inglés. Estúpido irlandés, noble y atractivo, quizá incluso la tomó por amante sólo por lástima, moral de obreros.

Lástima que tuviese que morir.

Stanislaus escrutaba cada movimiento de su verdadero padre: aprendía de los más mínimos detalles. Un chico listo, mucho más que Pierre, que sólo serviría para dirigir Absalón. Algún día sería un buen capataz, los criados ya recogen la cosecha.

Al menos podía ver crecer a los chicos y montar a Ruach, gran caballo azabache. Ni siquiera tenía treinta años y la vida de Fiodor Fiodorovich estaba acabada.

Fiodor Fiodorovich se acercó a Mark Donald, que reparaba algo junto a Stan.

-¿Qué hacéis?

-Estamos arreglando esta cañería, parece que se ha podrido.

-¿Conoces la historia del padre de Dostoievsky, Mark?

-Fiodor se sentó cerca-. Fue un gran escritor, quizá el más grande de Rusia. Su madre murió de tuberculosis, Stan... como tú harás algún día. No pudo superarlo su padre, Mijail, y cayó en la bebida y las malas compañías. Vivían en una gran casa, con jardín y siervos, como nosotros. Mientras su hijo, el futuro gran escritor, cursaba estudios en la capital, los criados tomaron al viejo, le quitaron la botella de vodka y lo mataron a cuchilladas. Puede que algún día te conviertas en un gran novelista, Stanislaus... Anda, deja que los criados trabajen y ven con nosotros, a la casa grande, empeorará tu enfermedad si permaneces aquí... al fin y al cabo, eres el hijo del patrón, no de un apuesto irlandés lleno de piojos, ¿comprendes?

El chico entendía, también el piojoso. A veces, los adultos tienen algo que enseñar.

Pronto, amigo, te encargaré la tarea de cavar tu tumba. No, no lo mereces, ¿qué sabías tú? No te puedo reprochar nada, incluso podríamos ser amigos... pero eres el padre de mis hijos y mi sirviente. Has venido a Absalón a morir.

-Me gustaría hablar contigo, Mark. Quiero que hagas algo por mí... y tú... deja a tu hermano Cecil en paz... pronto se terminarán las sonrisas y se convertirá en un joven insoportable. No le temas, es sólo un juguete más para tu madre, como lo fuiste tú una vez.

El chico sonrió, al fin, pero no pudo dejar de odiarle.

CAMINO XV



La tuberculosis se extendía.

-Hubo una vez un emperador (creo que era turco) que prohibió el tabaco -decía el coronel a Stan, que estaba sentado sobre sus rodillas-. Si "pescaba" a alguno de sus súbditos fumando, le cortaba la nariz y si reincidía, lo mataba.

El chico escuchaba fingiendo atención, ¿con quién se creía que estaba hablando? ¿Pensaba que aquellas historias de marineros podían impresionarle?

-Estuvo prohibido en el lugar del que proviene tu familia, hasta que el zar se dio cuenta de que podía obtener beneficios gravándolo con impuestos. En otros momentos, el tabaco ha sido considerado medicina, equivalente a una aspirina capaz de curar todos los males.

No sabía muy bien Fiodor si había perdido el muchacho el apetito por la sangre que escupía a borbotones, o por los celos que sentía frente a Cecil... Cuando Virginia propuso que el chico marchase con sus abuelos, no se opuso.

-Está bien, querida. Al menos, que muera lejos de Absalón, ya está la tierra bastante manchada.

-Ella cuidará de nuestro hijo.

La señora York no era enfermera ni abnegada abuela, pero sí una gran anfitriona que se afanaba en tener perfectamente dispuesta la mesa para las visitas y los jardines limpios. Stanislaus sería una bendición, ya que haría las veces de criado. Es una gran ventaja que estés enfermo, renacuajo..., así no tendrás mucho apetito. No fue ninguna sorpresa cuando, de improviso, Nathalie (su

otra abuela) se presentó en la mansión con la firme intención de ayudar a cuidar del chico.

-Te esperaba -dijo lacónica la reina.

Las dos abuelas tomaron las riendas y decidieron que el chico debía mejorar, y es que no hay nada mejor para un muchacho que el ejercicio físico. Aún así, se le permitía solazarse en la biblioteca del coronel después de haber finalizado sus obligaciones.

-¿Con quién estás mejor que con nosotras? -preguntaba la señora York.

Quizá fue en ese momento cuando Stanislaus empezó a comprender a las mujeres (y a imitarlas).

-Es una pena que estés enfermo, podríamos haber hecho de ti un hombre de verdad... ¿tenéis que ser todos unos deshechos? Los que están sanos se vuelven idiotas, y los otros ya nacieron así... ¡Qué diantres! ¿Existe alguno que no lo sea?

Callaba la serpiente como un adulto, pues ya había aprendido a imitar.

-Tu hermano Pierre tiene anchas espaldas y sabe lo que es: un inútil. Cuando tenga algunos años más lo hará bien, ¿y qué será de ti? O te curas o no servirás ni para recoger las hojas... ¿Quieres sanar, Stan? ¡Vamos, arriba! Hay mucho que hacer en la casa, y yo soy vieja.

Al menos, no era domingo y no habría que comer aquel veneno que cocinaba la señora York. El coronel andaba cerca, pendiente del niño, riendo sus infantiles ocurrencias:

-¿Cuándo morirás, abuelita? Mamá dice que lo harás pronto, muy pronto. Dice que tienes un cáncer que te provocará cada vez dolores más fuertes.

Sí, el chico se recuperaría, había aprendido.

Fiodor Fiodorovich continuaba con los asuntos de la familia (más bien escasos, lo que le dejaba ociosos

momentos para buscar compañía femenina)..., mientras que Mark O'Shea se encargaba de dar a Pierre una especie de "educación práctica", que el chico aprovechaba a la perfección: aprendió la diferencia entre criado y señor.

-¿Y tú vives en esta pocilga?

Mark clavaba algunas tablas y trataba de no escuchar a su hijo.

-¿Y no te dan ganas de morir? Yo me suicidaría si tuviese que dormir entre cucarachas y chinches.

-Soy tu padre, Pierre, cállate de una vez.

-¡Muy pronto seré el jefe! Mi padre ya está viejo y no quiere hacer nada... ¿Qué crees que haré contigo, irlandés?

También Mark O'Shea debió callar.

Cecil ya caminaba, corría más bien. Alegre y jovial, en pocas ocasiones se le escuchaba llorar. Tras aquellos primeros escauceos maternos, Virginia había olvidado al chico, como había hecho anteriormente con sus hermanos.

-No he nacido para madre -repetía, parafraseando (e imitando en los gestos) a la señora York.

El último de los Fiodorovich aprendió pronto quienes serían sus compañeros y dónde estaba su sitio: en la cocina, junto a los cacharros y las criadas, donde moraba Beatrice.

Fiodor preguntaba constantemente al coronel por Stan. La anciana sabe lo que hace. Tenía razón: a las pocas semanas, mejoró visiblemente de su tos. Al menos, no moriría inmediatamente.

A los ojos del padre, el chico no había cambiado, y continuaba siendo el pequeño que hacía preguntas absurdas que molestaban a Virginia. Quizá por ello, en secreto, le quería.

-¿Qué tal te ha ido con las abuelas, Stan?

-Son dos brujas encantadoras. Espero que se ahoguen las dos en sus pucherones.

No podía menos que reír el padre.

Por primera vez en su vida, Fiodor comenzó a amar su trabajo, quizá gracias a las frecuentes conversaciones con el coronel o tal vez porque no había demasiado que hacer en el Mississippi, salvo escuchar sus aguas. Los suelos ricos en minerales le daban la oportunidad de elaborar un tabaco fuerte y robusto como ningún otro en el mundo. James York era un viejo entendido en pipas que conocía todas las mezclas comerciales..., incluso elaboraba las suyas propias y las que heredó de las investigaciones de Anthony.

-¿Y qué opinas de mi periqueé?

Amable y educado, evitaba la respuesta. Adoraba las combinaciones con virginias maduras, abundantes pero a menudo mal tratadas. El coronel conocía miles de historias y había probado todas las variedades. A veces fumaban juntos, Fiodor en una Peterson que, dicen, fue la primera de su colección. Pero no era un gran fumador: perdía las pipas o las abandonaba, las regalaba o las arrojaba al suelo (partiéndose, lógicamente, en pedazos). Jamás las dejaba descansar los dos días que la madera requiere para recuperar su forma, y fumaba una detrás de otra, sin otro misterio que el humo.

-¿Has pensado en presentarte a las elecciones este año, James?

-Miles de veces, pero... ¿cómo podría ganar con una mujer así?

Virginia cuidaba las rosas.

-¿Morirá?

-Espero que pronto. Hace años que espero. Es una mujer tenaz, Fiodor. ¿Sabes que sólo se alimenta de pan y leche? Claro que parece que quiere llevarnos con ella a la tumba: tampoco nosotros tenemos derecho a comer.

-Stanislaus está bien cuidado. Una vez a la semana nos visita un médico de Nashville y le receta medicinas. Le echa un vistazo y cuida de que su enfermedad no vaya a más. Poco podemos hacer. Aún es un niño, se repondrá.

-Será un gran fumador.

-¿Te gustaban tus hijos, James?

-Los hijos -decía el coronel con aires de grandeza-, como la casa o el dinero, nunca pertenecen al hombre, son de ellas...

-¿Y qué nos queda entonces?

-¡Callar y fumar, amigo! ¡Llegará el día en el que ni siquiera nos permitan las pipas!

Los hombres rieron, la época de sembrado estaba cerca. Mary Maud había regresado. Vince la había abandonado cediendo a los nuevos impulsos de una vida moderna que desconocían en Absalón. Volvió con el rostro cambiado tras haber librado una batalla. Hablaba de Nueva York y sus gentes, de los clubes en los que negros y blancos se codeaban... un mundo tan distinto del viejo sur de pinos largos y pantanos... Se plantaba, se trataba y se despillaba, poco más que hacer el resto del año.

-¡En cada esquina la gente grita!

Pero Mary, mujer práctica, sabía que Absalón era el único lugar en el que una criada sin marido podía vivir tranquila, además allí seguía su hija Beatrice, fruto de un antiguo desliz con su amo Anthony..., los hombres blancos siempre la habían gustado. Fiodor y Virginia no eran malos, ya que ambos poseían una gran cualidad: la indiferencia.

Una mañana, Stanislaus comenzó a toser de manera persistente. Llamaron inmediatamente al médico. Las expectoraciones eran preocupantes y sus abuelas decidieron devolverle a Absalón..., mejor que muriera junto a sus padres.

-Necesita cuidados constantes –dijo el médico-. Tiene que guardar cama unos días.

La joven Maud fue encargada de cuidar de él, tan encantadora como siempre. ¿Me cantarás esta vez, Beatrice?

-No me llevéis allí de nuevo. Mejoraré, lo prometo.

Dos noches duró el concierto... fueron nanas y canciones “de negros”, profundas y suaves. Stan ocultaba un pañuelo manchado de sangre de la vista de la criada, pobre chiquilla estúpida. Canta otra vez, ángel.

Despertó con fiebre y creyó verla, con el rostro como antaño. Cuídate, muchacho y no me falles. Fue sólo un sueño, desde luego. Ya estaba muerta.

-¡Vamos, levántate imbécil! –exclamó su madre-. Tu abuela ha muerto.

Stan sonrió.

-No te alegres, pequeña alimaña... Mi madre sigue viva, es Nathalie, tu otra abuela.

¿Por qué tengo que levantarme entonces?

Fue Mary Maud quien la descubrió, tendida sobre las sábanas. Tenía los ojos cerrados y el gesto tranquilo. Dicen que feneció sin que nadie se apercibiese. Vestía un traje de verano blanco con puntillas. Sobre la mesilla descansaba aún el frasco de colorete. Tenía buen aspecto con el pelo suelto.

El día del entierro, se permitió de nuevo la entrada a los York en Absalón. Virginia abrazó a su madre fríamente y saludó a su padre que la felicitó por su aspecto, muy mejorado. El secreto estaba en las compras de cosméticos y vestidos caros que el irlandés traía de la ciudad dos veces por semana desde hacía algunos meses, desde que ella le buscase esta nueva ocupación para librarse de su presencia y para acrecentar su “belleza natural”. Aquella tarde, lucía uno excelso aunque negro

(debía ir de luto por una absurda tradición de Europa). Estaba radiante, con aires de dama respetablemente artificial, sobre todo por lo cuidado de su maquillaje.

-Pareces una ramera –dijo su madre.

También las criadas reían mientras ella paseaba orgullosa su nuevo vestido. Stan lloró mientras todos estaban en la casa tomando algún aperitivo preparado para la ocasión (y varias copas). Las dos Virginias mostraban su mejor sonrisa, ni siquiera se molestaron en disimular. Fiodor y James, sobre dos sillas de madera, miraban el féretro.

-¿La echarás de menos?

-Mi madre murió hace mucho.

Fumaron. Virginia miraba a su esposo, con su barba mal afeitada, sin sombrero, con las greñas rojas caídas sobre el rostro. ¿En qué estaría pensando cuando se casó con aquel fracasado?

-No hay nada que hacer aquí.

De improviso, la señora York se desplomó. En el otro lado de la sala, su hija apuró parsimoniosa su copa de brandy. El tumulto fue general y nadie se atrevió a acercarse, no fuese que la señora se levantara de improviso y atacara. Fue Pierre el primero que tomó su pulso.

-Creo que ha muerto también.

-No tendréis esa suerte –respondió ella desde el suelo.

Así era, la señora York había tenido un pequeño ataque, el primero de los muchos que sufriría en los meses siguientes. Cecil, ya consciente, hizo una de sus gracias infantiles. Esta vez, no llamó la atención.

Después de todo, no había sido un mal día para Stan, quizá Beatrice cantaría de nuevo.

-La vieja bruja ni siquiera respeta que el protagonista del funeral sea el que ha muerto.

-No te preocupes, pronto ella también morirá –Stan hablaba y pensaba como un adulto-. Lo merece.

La borrachera duraría tres días y tres noches. Virginia estaba contenta de poder estar alejada de su marido durante un tiempo. Se trasladaría a la mansión y podría mirarle con desprecio y superioridad. El pequeño Cecil fue con ella.

-Si queremos que conozca a su abuela, tiene que venir. No queda más tiempo. Pronto nos dejará ella también.

Cecil tenía cinco años.

Pierre tomó un cigarrillo.

CAMINO XVI



La señora York sufrió tres ataques seguidos. No, no murió, era del Mississippi.

El médico la examinó en diversas ocasiones durante los años siguientes. Cada vez repetía lo mismo:

-No pasará de esta semana. Se deshace por dentro. Nunca había visto una mujer que soportase tanto. Se nota que les quiere.

Virginia Fiodorovich esgrimió una mueca, tal vez una sonrisa y preparó limonada para su madre.

Nadie entraba en su cuarto, salvo la tía Mary, única persona a quien permitía el acceso. Los domingos había continuas visitas. El coronel mantenía el ánimo constante y equilibrado... Sólo en una ocasión se intentó suicidar en el garaje con el humo del automóvil: un hombre cabal.

-Lo mejor será –dijo Virginia- que traslademos también a los chicos aquí. Tiene derecho a estar con sus nietos, ¿no lo crees?

-¿Cómo lo soportas? –preguntó Fiodor a James.

-Es una cuestión de equilibrio, como una buena pipa –decía el coronel-. Las hay bonitas y con grandes diseños, y también las hay sencillas y con un buen tiro. Pero todas son pipas y se comportan igual, sirven para las mismas cosas. La quiero, ya sabes... Te parece repugnante cada palabra que sale de su boca y llegas a odiar cada uno de sus gestos, cada una de sus manías... Pronto se pierde el contacto y extrañamente... te das cuenta de que no puedes vivir sin ella... es una droga.

-Lo siento –dijo el Fiodorovich.

-No te preocupes por mí, amigo. Al mismo tiempo que la amo, deseo que muera desde el mismo día en el

que me casé con ella. Algunas cosas nunca cambian, sobre todo las contradicciones.

Cuando comenzó a vomitar sangre, creyeron que era el momento de llamar a un sacerdote. Pero la señora York se puso en pie, se aderezó el moño y entró tranquila en el salón. Todos estaban reunidos.

-¿A qué esperáis? Moriré pronto, lo sé, pero aún me queda tiempo.

Virginia se acercó, tratando de llevar a su madre de nuevo al dormitorio.

-¡Déjame, pequeña víbora! ¿Sabes? Tienes lo que te mereces: los cerdos sólo pueden criar gorrinos. Cuando eras una niña me di cuenta de que nunca servirías para nada, ¿te has creído una dama, pequeña? Mírate, pareces una pordiosera, ¡una campesina! Cuando te casaste esperaba que, de una vez por todas, te comportases con dignidad pero fue peor aún... ¡No es de extrañar con el padre que tienes!

La señora se desmayó de nuevo. La ayudaron a sentarse en el sillón de orejas marrón y... trajeron un vaso de limonada.

-Veo que estáis todos aquí. Eso está bien. Os legaré una tripa a cada uno. ¡Hoy mismo haré testamento!

Pierre sacó un cigarrillo y fumó abiertamente delante de su abuela.

-Vamos, pequeña Virginia... -la vieja parecía más calmada-. ¿Me traerías otra limonada?

Frente a ella, el vaso estaba aún repleto.

Stanislaus empeoró, pero a nadie pareció importarle, dado el estruendoso espectáculo que su abuela ofrecía.

-¿Por qué te casaste?

Cuando regresaba a Absalón, buscaba la mirada de Beatrice. Sí, lo reconocía ya como un adulto: quería sus besos, su piel y su voz, su dulce voz susurrándole. La

mulata, en cambio, siempre prefirió jugar con Cecil y nada cambiaría después del accidente.

James York cargó una nueva pipa.

-¿Por qué llevas tantas, abuelo?

-Para dejarlas enfriar, Stan. Cuando se calientan, saben mal. No se deben fumar más de una vez por día para no estropear la madera.

-¿Y está buena?

-¿Quieres probar?

Aquella mañana, Stanislaus fumó por primera vez. Así tendrás algo que contar a la criada. Tal vez así consigas que desatienda a Cecil unos segundos.

A la semana siguiente, el estómago de la señora se desprendió. ¿Moriría al fin? Aún no, hijos.

-El tabaco coge humedad... Por eso es importante mantener la pipa siempre limpia, para que absorba lo que no debe y se mantenga fuerte. Quiero a tu madre, Stan, no lo olvides.

-¿Y por qué nunca te he visto besar a tu hija?

-Porque me da asco.

-También a mí, abuelo.

La cama de la señora se cubrió de sangre y deshechos. Ya sólo la tía Mary se atrevía a adentrarse en el lugar: la aseaba y le preparaba un desayuno a base de limonada y papilla. Cada mañana, la escupía. La tía se limpiaba y sonreía. Ella sí era una dama, aunque les informase puntualmente de los insultos que la abuela les dedicaba..., pequeña maldad con la que quizá se resarcía de las terribles horas de encierro.

-Mira, bonita... -decía la señora-. ¡He roto aguas! ¡Creo que he tenido un niño! Pero lo he perdido... ¿dónde está? Me lo han quitado... ¡Vamos, corre! ¡Quiero que me traigas a mi niño! ¡Tráelo!

La abofeteó con fuerza. La dama chismosa se desplomó.

-¿Cuándo morirás?

-Aún no, mi niña, aún no.

Nadie nunca volvió a limpiarla.

-Mi abuelo fue noble hasta el final. Tomó a la viuda de su socio como esposa. Nunca la quiso tampoco. Cuando ella murió, se casó con mi madre. Era una buena mujer y sin ella Absalón habría muerto. Es sólo una cuestión de equilibrio.

James York apuró el vaso de whiskey.

-¿Qué harás cuando muera?

Los hombres brindaron e intercambiaron sus mezclas. Volveremos al gran salón y fingiremos tristeza.

-La semana que viene me traerán un envío de tabacos turcos —el coronel miraba al horizonte—. Haré una mezcla con virginias y latakia. Creo que te gustará. Quizá, con suerte, haya muerto y podamos fumar tranquilos.

La vieja Peterson se consumía. Sabía que James York jamás sería alcalde, tomó la pipa y la cargó, una vez más, sin respetar la madera ni el tiempo: burley, virginias maduras y una pizca de periqueé con sabor a absenta. Una mezcla amarga.

-Ha muerto —dijo Cecil... Y el demente fue así el encargado de anunciar la muerte de la bruja.

La angustia había durado varios años. El coronel no se movió en varias horas. Aquella noche, tal vez Beatrice cantaría para él.

La tuberculosis parecía remitir gracias a los cuidados del doctor que acudía religiosamente los viernes.

-La tuberculosis es una enfermedad extraña que desaparece con inusitada lentitud. Se trata de matar un parásito que se te ha instalado dentro..., para eso te estoy poniendo estas inyecciones, ¿te duelen?

-Sabes que duelen, viejo pervertido, ¿te gusta ver cómo aprieto los dientes y me lamento?

Quizás antes de la próxima visita muriese. Todos morían en Absalón. Sólo era cuestión de tiempo.

Corría el año 1960 y los tres hermanos, que apenas equidistaban tres años uno de otro, habían crecido ya. Pierre se había convertido en un gran amante de los caballos y había adquirido un varonil porte de campesino que sin duda atraería las miradas de las criadas y, esperaba Virginia, las de otras muchachas de mejor clase.

El mundo cambiaba, y todo aquel espíritu del sur de los grandes latifundios gobernados por hombres de moral intacta se perdía poco a poco, como un recuerdo de un tiempo que comenzaba a ser innombrable. Los viejos fantasmas confederados se habían extinguido, sin tocar jamás la plantación o criado alguno de Absalón. Fiodor conocía a sus cabecillas y, sin formar parte activa en sus “limpiezas”, los mantenía a raya gracias a una amistad distante. Tú no tienes las manos manchadas de sangre, hijo. Hombre reservado, había tomado por costumbre acudir a la taberna del pueblo a caballo, como hiciera el primer Fiodorovich. Los automóviles se habían adueñado de todo y las gentes apenas montaban, considerado ahora un lujo snob. Era agradable, como el sabor de la pipa. Un coche suponía rapidez, casi comodidad, pero jamás existiría la complicidad entre jinete y caballo, la mirada del animal, cansado a veces, siempre orgulloso.

Cabalga una vez más, Ruach, cabalga.

El caballo suele ser un animal fiel, constante y fuerte... Existen casos en los que el corcel es tozudo como una mujer encinta y poco manejable, como un hijo adolescente. Los de esta clase son los mejores: precisan complicidad, mimo y trato constante. Ruach descansaba en las caballerizas de Absalón, igual que un anciano rey. Pierre había aprendido a conducir, le gustaba manejar la

camioneta y dar vueltas por el camino cubierto de tierra, removerla con las ruedas a medio derrape. El joven sonreía mientras soltaba adrenalina en un viejo modelo Volkswagen que de poco servía, pero podía transportar el tabaco con gran rapidez hasta Nashville, donde tenían lugar las subastas. Pierre acompañaba a su padre, atendiendo y poniendo interés..., mucho más que lo que hiciera en el colegio, del que se ausentó pronto y alardeando de mal estudiante.

En cambio, su hermano Stanislaus había sido un buen alumno y ahora seguía enfrascado en sus libros, trataba así de cubrir sus carencias físicas. Cecil se mantenía ingobernable, al margen de todo y de todos. Los tres eran vistos como “bichos raros” debido a las habladurías que habían rodeado siempre Absalón. Los aldeanos, que aún recordaban la plaga de principios de siglo, atribuían la culpa a una enfermedad traída por los rusos al pueblo, burlándose de ellos constantemente.

De niño, Stanislaus había preferido la compañía de novelas que de libros de texto. Las materias impartidas eran siempre partidistas y confeccionadas para campesinos sin cultura. ¿Quién podría pensar en asesinos comunistas sin escrúpulos que asaltaban iglesias y sacrificaban carneros para invocar al dios Marx sin esgrimir una sonrisa? Una buena educación para un pueblo manso. Al menos tenía la sana idea de que los profesores no mentían, resultaban tan estúpidos como sus pupilos. No se mostraba interesado en los autores sino en las historias. Quien se fija en una persona se sentirá decepcionado, no así quien pone su atención en la narración.... leía relatos sobre el viejo oeste y narraciones de espías y acción trepidante. Recordaba con especial cariño un relato sobre un leproso que, valiente, resistía a todo un ejército mientras sus dedos se resquebrajaban empuñando el fusil. En secreto, se imaginaba como un

tísico rebelde resistiendo a una gran compañía de hombres armados sin piedad... Siempre sería mejor que seguir escuchando tonterías sobre la bondad y magnificencia de los padres fundadores de la nación.

-Lo mejor del país –solía decir Fiodor- siempre será el whisky de grano.

Cecil había sido mucho menos transgresor: cumplía con sus obligaciones y estudiaba..., llegaba a casa y jugaba un rato con las criadas (ya con once años lo comenzaron a sospechar). Los chicos del pueblo no se juntaban con los Fiodorovich, todos ellos pelirrojos como la tierra mineralizada que habitaban. Cecil heredó el espíritu callado de Fiodor, jamás se quejaba y siempre sonreía..., jamás levantaba la voz a sus mayores ni a sus profesores.

-Demasiado callado, debería participar más en las actividades, siempre viene bien a un muchacho de su edad hacer algo de deporte.

-¿Deporte? –contestaba Fiodor-. Tiene todo un campo de tabaco para correr.

Stanislaus le recomendaba lecturas... Cecil fingía ojearlas para no desilusionar a su hermano... Todo cambio tras el accidente.

Cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde. ¿Qué haces con ese moño ridículo, Virginia?

-Mi madre llevó este moño hasta el mismo día de su muerte.

El granero huele, de nuevo, a mujer fértil. Es época de despillado. ¿Dónde te escondes Beatrice?

Pierre aborrecía cualquier lectura, prefiriendo el trabajo manual. Era el chico que destacaba en deportes, con la salvedad que era un Fiodorovich y jamás sería aceptado en un equipo por llevar semejante estigma. Aún se

recordaba la nube negra que, decían, trajo de nuevo la enfermedad al pueblo. Con quince años, ya había lucido una musculatura propia de un muchacho de veinte, unas anchas espaldas y una tez manchada por el sol. Más de una vez se había metido en peleas, aunque sentía una apatía casi noble por todos aquellos “campesinos cubiertos de barro”. Se había imaginado a sí mismo como un gran hombre sobre un caballo salvaje, recorriendo Tennessee, libre como el viento. Sin embargo, ahora conducía una furgoneta y sus antiguos sueños se iban esfumando.

-¿Qué le sucede a nuestra madre?

Esperaba una respuesta por parte de su hermano Stan. En secreto, siempre le consideró el más inteligente de la casa. Estaba equivocado.

-Silencio.

-Sigue callada, permanece encerrada en su cuarto. Apenas sale ya.

Desde su habitación, Virginia observaba la hacienda. Todo había cambiado, también ella. ¿Dónde habían quedado los años en los que imponía su ley? No dirigía la palabra al irlandés: nunca le interesó demasiado, pero sí sentía una cierta atracción transgresora en tener cierta amistad con un sujeto de clase tan baja. A veces, en su soledad, se imaginaba besándole..., su padre y su marido la descubrían y la diversión empezaba.

Nunca lamentaría nada. Sólo indiferencia.

ESFERA VII: EL REGRESO

127

Quizá aquella sensación se pareciera al miedo.

Se movió un momento, el husky parecía dormido, suspirando profundo sobre el cojín. Le costaba conciliar el sueño, sobre todo en aquellos últimos años sin nada que hacer más que recordar, es lo que tiene hacerse viejo. Desde que había abandonado Absalón vivía envuelto en una neblina, entre el constante calor de aquella ciudad rodeada de desierto y barro, donde el mundo parecía convertirse en un universo aparte. Sucede en ciertos lugares extraños en los que reina el silencio o el tumulto, no hay demasiada diferencia. Sumergirse en Abenarabi era encontrar paredes con eco y calles que, tomando una avenida y torciendo por un sendero, se volvían a encontrar en el principio, como una serpiente. Sucede a veces al caminante, cuando pierde el sentido y se vuelve a encontrar en el mismo sendero inicial... desaparece la angustia y, de nuevo, se contempla en el mismo tiempo pasado, casi idéntico, cada vez un poco más anciano.

Estaban los que avanzaban en círculos, como Stanislaus, y también los que siempre miraban adelante, como su hermano Pierre.

Tomó una vieja Rhodesian española y la llenó. Esta vez se trataba de hebras oscuras, quizá un kentucky poco curado. La mezcla estaba envuelta en una servilleta, probablemente una receta realizada por él mismo no hacía demasiados días. ¿Cómo había podido olvidarlo? Cuando el hombre viaja en círculos, no recuerda cuántas veces ha vuelto al mismo punto. Antiguamente disponían de un barril para el correcto fermentado (dejaba bastante que desear el proceso)..., le gustaba el tabaco bañado en

whiskey o absenta... o en cualquier licor que pudiese comprar. A Pierre, extraño amante de lo extraño, le hubiese gustado la vetusta ciudad de Abenarabi, paraíso de vicios exquisitos. Se podía encontrar de todo, desde las más selectas bebidas hasta los más prohibidos placeres.

Le imaginaba sentado en su sillón, al frente, fumando una pipa, planeando la larga noche de desvelos. Todo había pasado como una nube que presagiaba recuerdos. ¿Has vuelto otra vez al mismo punto, anciano? Son a veces los seres más cercanos los mayores desconocidos. Conversaba en las tabernas y en los cafés, cada persona tenía una historia banal que contar... Abenarabi era un lugar para aquel que quería olvidar, como lo fue Tennessee para el primero de los Fiodorovich. Todos los que poblaban la macilenta ciudad hablaban siempre de un pasado olvidado pero que, en paradoja constante, se obstinaban en recordar a cada momento... volviendo eternos a un mismo punto de nostalgia... Se leía la decepción por el presente y, a veces, incluso Stan lograba sentirse cómodo entre especies tan extrañas.

Como buenos desconocidos, jamás se buscarían después.

Recordaba haber hablado con un obeso aquella noche, o tal vez habían pasado dos días ya..., o quizá lo había imaginado, nada excepcional, sólo un hombre que deseaba compañía, como todos. Nunca platicaba con mujeres, costumbre heredada de sus tiempos en Absalón. Sin embargo, alguna se acercaba ocasionalmente e intentaba iniciar algo parecido a una conversación. ¿Tan sola estás que necesitas a un enfermo? Nada excepcional, con sus palabras huecas y sordas. Vamos, pequeña ramera... ¿qué me ofreces por unas monedas? No le interesaban ese tipo de flirteos... Conozco a las de tu clase... una de mis abuelas fue prostituta y la otra una verdadera meretriz. Las veía coquetear con la distancia

que otorga la superioridad, pero se sentían observadas y juzgadas con desprecio, víctimas de sus propias armas. Si la mujer permanecía media hora y conseguía olvidar que pertenecía al sexo femenino podría dar con un interlocutor afable, casi interesante a pesar de sus evidentes carencias... Nada excepcional...

Cántame esta noche, Beatrice, déjame dormir en tus brazos.

Cargó la pipa a medias y tomó un mechero de la mesilla (un buen encendedor de gas que emitía una llama ligeramente torcida). La mezcla era horrible: nada más aspirar aquel aroma húmedo, el whiskey penetraba y se sostenía en la lengua, impidiendo saborear el tabaco. Quizá fuese una suerte.

Sólo alguna náusea ocasional y un malestar generalizado... apenas tenía tiempo. Algo le consumía desde su interior, sin excesivo dolor. Un día, abriría los ojos para no cerrarlos jamás: moriría con los labios agrietados como el pequeño Dean. Había comenzado hacía menos de un año, tal vez seis meses. Se sintió repentinamente indispuerto en una cena. ¿Qué era? Cada día regresaba al mismo punto, a aquella taberna de extraño nombre llamada "Yareah".

Miró la mesilla, de nuevo, cansino. La sensación de malestar alcohólico comenzaba a desaparecer y dejaba paso al sueño. No, no podría dormir, lo mismo le había sucedido a Nathalie. Robin le miraba con sus ojos azules entrecerrados, respirando profundo. "Mimetismo", dirían algunos..., los animales toman las costumbres de sus compañeros y las adaptan a su quehacer diario. ¿Qué será de ti, pequeño? Estaba todo bien atado.

Le había costado mucho trabajo mostrarse amable, sobre todo al principio. Era una señora delgada hasta la

extenuación (lo que denotaba mezquindad en el carácter). Cuando llegaron los primeros síntomas, Stanislaus comenzó con algunas frases amables. Poco había que hacer en el apartamento y, para ser sinceros, el orden nada importa cuando estás a punto de morir. La chica se mostró afable, incluso algo seductora. Eran todas iguales... aunque se tratara del monstruo más horrible, coquetearía con él por mostrarse fiel a su educación femenina, poco importa si son plebeyas o duquesas. ¿Me echarás de menos?

De no tratarse de una mujer, incluso podría haber mantenido cierta amistad con aquella esmirriada a la que, indefectiblemente, tenía que sonreír: era algo malvado sentirse atado a alguien.

Cuando aún podía dormir, Robin se tumbaba junto a él, con la cabeza cerca, solicitando sus caricias. Le gustaba la sensación de sentir que alguien le necesitaba, aunque fuese solamente por un plato de comida. Después de tantos años en los que había tenido la seguridad de morir de tuberculosis, no sería esa eterna enfermedad mal curada la que le mataría, sino aquella extraña dolencia traída del Mississippi.

La misma noche en la que su abuelo intentó suicidarse, Pierre habló despacio, despierto:

-Tienes suerte, no tendrás que ver el final. Morirás mucho antes que nosotros.

Aún era joven, pero en ese momento tuvo la sensación de que su hermano se equivocaba. He sobrevivido a Absalón..., he sobrevivido a la tuberculosis..., pero no he podido sobrevivir a los recuerdos que traje conmigo.

La idea de la mezcla había surgido hacía años, cuando elaboraba mixturas con periqueé defectuoso que le dejaban para "jugar". Resultaba entretenido combinar los aromatizantes e, incluso, llegó a probar la combustión...

Luego añadía especies orientales que conseguía a hurtadillas de la colección de su padre (como hizo con su primera pipa). Tan pronto como alguien probaba sus fórmulas, un regusto amargo les invadía. Déjalo muchacho, con tus pulmones y tu olfato atrofiado nunca llegarás a ser un mezclador. Sólo Mark O'Shea, fumador de cigarrillos, apuraba el tabaco hasta el final, sin tirarlo. Por los viejos tiempos, Stan. Está exquisito. Cenagoso sur. ¿Por qué ya no vienes a contarme historias?

-Mi madre nos ha prohibido que te visitemos - respondía el chico-. Yo también estoy de acuerdo.

El día anterior a que todo sucediera había estado paseando junto a Cecil. El imbécil miraba la estatua del que fuera el primero de los Fiodorovich, un hombre admirable, decían, del que todos heredarían los bucles rojizos y el rostro curtido.

La pipa se consumía, española. A veces, el aire se hacía denso y Robin buscaba un lugar más ventilado, respirando así con más libertad. Suspiraba con dificultad, también a mí me costaba, amigo... había demasiado humo y mis pulmones estaban enfermos. En realidad, las expectoraciones le habían ayudado: los chicos, siempre crueles, le rehuían, gran ventaja tratándose de un Fiodorovich. Pierre no había tenido tanta suerte, siempre en medio de alguna pelea o persiguiendo criadas. Cecil supo lo que quiso desde el día en el que se desplomó del caballo... fue sin duda el más afortunado.

Pensaba constantemente en su padre, con su pipa y su barba mal compuesta, mesándola continuamente, sucia. Montaba a Incitatus y galopaba con el sombrero ceñido. Cabalgaba cada vez más fuerte, retando al buen caballo. Conocía la triste verdad, todos estaban al tanto, y Cecil, pobre retrasado, no era quién para descubrir aquel secreto escrito en las aguas y pregonado en el viento. Todos lo

sabíamos ya. ¿Crees que nos importaba, papá? Su imbécil hermano fue el más valiente de todos los seres despreciables que un día formaron su familia y él mismo, no tenía por qué negarlo, el más indigno de los hombres

Se levantó y respiró, ante la atenta mirada del husky que permanecía en letargo. Fue a la estantería y tomó el volumen. La luz penetraba y la luna iluminaba su rostro centelleante en la vieja ciudad de Abenarabi. ¿Por qué había tenido que suceder todo así? En silencio, envidiaba a los otros niños... más tarde aprendió a despreciarlos, venganza del débil. Fue sobre todo durante su adolescencia, mientras los compañeros comenzaban a compartir algo más que sonrisas con escolares meretrices cercanas. Pronto sabrían lo que les esperaba, quizá demasiado tarde. A los veinte años cumplidos, los encontraba paseando por el pueblo, de la mano de sus esposas, apenas un poco de vida y ya estaban muertos. Sonreían con afectación, tratando de disimular su infelicidad.

Canta esta noche, Beatrice, te lo ordena tu amo.

Depositó las brasas aún candentes en el cenicero y miró por la ventana: nada que hacer en las que serían sus últimas horas. Sabía que moría, poco a poco, hasta llegar al que llaman décimo círculo, ¿cuántos habría recorrido ya? Siete. Sobre la mesilla, un viejo reloj de bolsillo con una inscripción: "Para Cecil, en su décimo cumpleaños". Pobre animal, lo comprendiste antes que nadie.

-¡Fuera de mi casa, ramera! -gritaba su madre.

Desde la escalera, Stan observaba agazapado como una serpiente esperando.

-¡Sí, fuera, ramera! -repetía Cecil fuera de sí. La quería.

Desde el fondo, Mary no dijo una palabra. Cecil estalló en una sonora carcajada. Canta, una vez más, Beatrice. Antes de dejar Absalón, la mulata le miró endemoniada,

¿lo sabía? Sí, todos esos años soportando como su canto se perdía en juegos con el idiota de su hermano...

Podía oler el vinagre que se cernía sobre Absalón cada junio, en un calor sofocante, fangoso. Las criadas derramaban sudor... a los hermanos les estaba prohibido acercarse. A ninguno de los tres pareció importarle. Virginia, desde la ventana, vigilaba. Tardó en comprenderlo, y probablemente Mary Maud no era tan culpable como decían en la casa.

-Eres un cretino y nunca serás más que eso -el idiota hacía una mueca y reía, y es que Cecil siempre reía-. ¿No sientes cómo te desprecia? ¿Esperas que vuelva para cantarte? No volverá, mi idiota hermano, ella no volverá.

Cecil le abrazaba, ¿sincero? Lloraba y reía un segundo después. Te hubiese gustado conocerle, pequeño Robin... también él era un perro fiel y dulce, algunas veces fiero. Lo llamaron Joyce por Mark O'Shea, padre (según dicen) de los tres hermanos Fiodorovich.

-¡Eh, paleto! -exclamó Pierre dirigiéndose al irlandés-. Mi hermano el genio dice que había un escritor llamado Joyce... Era de la misma infecta isla que tú... En principio queríamos llamar al perro Mark en tu honor, pero luego nos dimos cuenta que era listo y cambiamos de opinión.

Echaba de menos los tiempos de cosecha, el ajeteo de una vida parada, los días de colegio, incluso a sus compañeros, sí. Pero también, indisoluble, despreciaba todo aquel aroma quemado, los años que, junto a sus hermanos, había pasado.

Depositó la ceniza en un platillo de vidrio. Abrió de par en par las ventanas, en la más bella de las noches. Se sentía sereno y confiado, sin miedo. Todo cuanto había leído no valía de nada. Los hombres miran la muerte con el temor de quien deja algo sin finalizar, seres queridos que no podrán ver más. Llegó siendo un vagabundo,

Joyce siempre vivió en Absalón con sus hijos, era un alma inmortal. Envidiaba las historias del bebé muerto Dean... nunca podría echar de menos nada y moriría sin poder comprender. Había dejado de pensar en un futuro, todos nacidos muertos. Stanislaus había sobrevivido al vinagre para fumar cieno.

Humo, el más bello de los poemas. Lo veía deslizarse y ascender, recitante y recitando, casi en un suspiro. Así debería ser su mezcla, que superase su rostro y, poco a poco, empalagase, como un buen licor..., no había que despreciar nunca la embriaguez. Sí, su tabaco se disfrutaría justo en ese momento en el que los demás pierden su aroma y se transforman en un picor repugnante. El suyo lograría el último elemento, ese sabor que sólo se llega a discernir cuando el hombre ha pasado por todo lo demás... Pensaba en el burley barato y en el kentucky, en los aromáticos y los latakiados... Había mil virginias diferentes y había probado cada proporción combinada. Al final, eran todos iguales...

-Equilibrio -solía decir su abuelo.

El humo jamás sería moderado o político: asciende, penetra y regresa en libertad como un animal salvaje. Si le tratamos con cariño podremos domarlo, pero nunca creamos en su ingenuidad. Toma formas caprichosas y se arremolina en el ambiente. Se puede moldear pero siempre escapa a nuestros deseos, como un buen poema... El humo sobresalía y se desquiciaba sobre un apartamento, en el barrio viejo de la cenicienta Abenarabi, donde sólo venían a parar los solitarios.

Tomó un vaso y se sirvió un brandy. No sería un tabaco para después de una cena copiosa, ya había demasiados. Éste lo fumaría el condenado a muerte, por su aroma intenso y embriagador: momentos para recordar su niñez. Quizás allí estuviese el componente que necesitaba, en los pinos bajos de Absalón y en aquellas

combinaciones ingenuas que intentaba de crío. Robin le miraba mientras apuraba el brandy de un trago, sin saborearlo. Acarició su cabeza, con los ojos azules entornados y su trufa ya color carne. No habrá concesiones, la receta morirá esta noche.

Mientras los hermanos observaban la estatua en la plaza central del pueblo, parecía como si el primero de los Fiodorovich observase también. Stan estaba junto a Cecil, otra vez en el mismo punto. La narración comenzaba antes de ser hallada, era encontrar ese camino que estaba próximo a su fin. Su mezcla y su historia serían como el humo, se abrían y se perdían en prismas y espejos. ¿No he contado ya esto, chiquitín? Continuaba, siempre estancada en el adjetivo repetido. Nunca dejaría de pensar en su padre, que era su abuelo y era él mismo.

Unas leves gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el suelo de Abenarabi cubierto de asfalto. Fue como un frescor caliente. ¿En dónde encajaba su mezcla y su historia?

Tomó el volumen: “Cábala”, escrito por un rabino, los peores exégetas de su propia obra. Prefería otras cuestiones más europeas, quizá más católicas. La cábala era una forma mística de explicar al hombre y al universo a través de esferas y caminos. Resultaba cuanto menos gracioso aquel esquema llamado “el árbol de la vida”: se bifurcaba en “sefirot” (plural de “sefirah”, sin traducción). Los diez “sefirot” se comunicaban a través de veintidós sendas, cada una correspondiente a una letra. Siempre le había maravillado por lo sencillo y, a la vez, lo intrincado del asunto. Cada sendero y cada esfera contenían una serie de atributos que, conectados con el resto del conjunto, contaban la historia.

Absalón tendrá la mezcla que merece: diez elementos combinados en veintidós formas cambiantes: un poema de veintidós caras y diez esferas. Las palabras, como el humo, corrían en cada una de sus correspondencias y lograban su conjunción. Sueños, como siempre.

Respiró el humo más bello.

Stanislaus Fiodorovich abrió el libro. La mezcla estaba preparada.

Háblame, padre, canta.

CAMINO XVII



Atusó su moño, perfecto... Su madre habría estado orgullosa.

Pensaba en sus hijos, sus grandes errores, los que la habían atado a aquel descendiente de rusos, estúpido y medio alcohólico, amigo de burdeles y campesinos que, para colmo, tan bien se había llevado con su padre.

Contratar a Mark había sido, sin duda, un buen golpe de efecto. No, no había caído en la trampa, no se pondría colérica ni haría una escena para evitar que el irlandés, padre de sus hijos, se marchara. Aquellas alimañas pertenecían a Fiodor, el irlandés sólo había tenido la desgracia de cruzarse con una mujer de su clase. ¿Qué podría hacer contra sus armas? Se miraba al espejo y aplicaba el maquillaje, cada vez más copioso. Su tez, otrora blanquecina, había tomado un tono quemado, maldito cieno de Absalón. Su joyero estaba repleto de baratijas. En otros tiempos, en la gran mansión de los York, poseía collares y adornos de calidad. ¿Qué habría sido de su padre?

Se odiaba, como también a los hijos de su esposo. Era un mundo de hombres que, por tradición y condición, había sido regentado por mujeres. Absalón no era diferente: en verano, se veía a los hombres trabajando en la cosecha, mientras las escasas criadas gritaban febriles por la casa. Su madre habría sabido ordenar aquel desastre de servicio, dar las órdenes oportunas y, sobre todo, tener a su marido sentado en el salón, al lado del perro. Lo habría logrado a su manera, con traiciones y

burlas, con mofas y descontentos pero, al final, lo habría conseguido.

Nunca sería esa clase de señora “furiosa y ama de su casa” que ponía el grito en el cielo por una alfombra mal sacudida, no. La casa se llenaba de polvo mientras Nathalie se pudría en una tumba mal cerrada. Por las noches se podía ver a los coyotes rondando los sepulcros y los campos. Habían vivido juntas y sin embargo, apenas se habían conocido..., siempre le había parecido un viejo escarabajo: encerrado, hermético y maquinador.

¿Cómo podía despreciar tanto a las de su mismo sexo? Su madre había pertenecido a una de las mejores familias del Mississippi (lo que viene a significar de Norteamérica entera), había recibido una esmerada educación... ¿Cómo había podido perder la cabeza de aquella manera? ¿Le sucedería a ella también? No, claro que no. Había tomado el dormitorio de Nathalie como suyo y desde su ventana gobernaba la plantación, igual que hiciera Elisabeth, la esposa sin corazón de Fiodor I. Era una ubicación maravillosa: frente a la coqueta veía las cabañas de los esclavos y, muy de mañana, podía observar a su esposo entrar. No es ningún secreto, querido. De niña había imaginado una vida con té a media tarde. ¿Cómo había podido caer tan bajo?

Las palabras de su madre aún resonaban:

-Mírate, mocosa. ¿Crees que puedes aspirar a algo mejor? Vamos, hazlo, pequeña mimada. ¿Tienes miedo, imbécil? Poco importa si es de él o del otro. Durará unos minutos solamente... te acostumbrarás, como hemos hecho todas... No creas que soy idiota, te he visto con el otro muchacho, el irlandés apuesto... No te hagas la remilgada ahora: ¿de qué te vale eso si no lo utilizas? Vamos, niña... si tienes suerte y te quedas embarazada, podrás atarlo para toda la vida.

El tiempo cubría a Virginia Fiodorovich de arrugas y resentimiento.

Ahora le gustaba la compañía de Stanislaus, el más inteligente de los hermanos y no podía soportar a Cecil, tan infantil, ¿superarás algún día las muecas de niño de cinco años...? Pierre era tan masculino, tan fuerte, tan varonil tan... ¡rematadamente estúpido! Virginia le observaba desde la lejanía de su estancia. Hablaba con Mark... cosas de hombres, suponía (dícese, banalidades sobre deportes o sobre cómo poner un clavo). El pobre chico era tan necio que cuando el padre se acercaba a observar, se afanaba en cumplir con mayor esmero su labor. ¿¡Acaso no te das cuenta!? Eres su vergüenza. Fiodor sonreía en falso. ¿Por qué la había elegido? Se mostró galante y atento.

-¿Acaso no has oído hablar de mí?

-No me interesan las habladerías -respondió el por entonces joven cultivador de tabaco.

Mentía, como todos los hombres cuando galantean. Sabía que era una cualquiera y que no dudaría en poner a todo el pueblo en su contra si osaba fallar en el cortejo. Al principio -era inútil negarlo- le agradó la confianza y el empeño, la fuerza y el empuje que mostraba en cada nueva cita. No se engañaba tampoco: aquel hombre rudo, cubierto de pelo y de larga melena rojiza, jamás la había amado, y siempre había preferido la compañía de su pipa quemada.

-Eres un amanerado, nada más que eso -le había dicho hacía apenas un par de días.

No movió un músculo, pequeña serpiente.

-Vamos, cerdo, ¡levántate de una vez y golpéame como haría tu padre! No eres más que una mujerzuela barata sin nada entre las piernas.

Aspiró el humo de aquella pipa repugnante. ¿De veras acudes por las noches a los burdeles o sólo son habladurías de criadas maliciosas? Nunca lo sabría, pero sí que jamás la tocó tras el nacimiento de Cecil. Era una casa construida por hombres en la que las mujeres debían cumplir una función decorativa. ¿Por qué me cortejaste? No le interesaban sus hijos ni su marido, los vería crecer y probablemente morir, pues estaba convencida de que les sobreviviría a todos. Se pondría un buen vestido de luto y, con el gesto altivo, asistiría uno a uno a sus funerales, sí, todos la compadecerían y exclamarían juntos:

-¡Qué entereza, qué gran señora es Virginia Fiodorovich! Miradla. Ha visto morir a sus hijos y no pierde jamás la compostura. ¡Qué gran dama!

Pensaba constantemente en su madre, ¿qué he hecho mal? Ni siquiera intentó ayudar a su hijo tuberculoso cuando en pleno invierno dejaba apagada la calefacción.

-Sí, que el niño se endurezca... sus pulmones lo agradecerán.

-¿Qué insinúas, desagradecida? ¿Acaso pagarás tú la calefacción? Lo único que podrías hacer es ponerte en una esquina y esperar limosna... ¿Has pensado en arreglarte un poco? Quizá entonces podrías esperar algún regalo del agarrado que tienes por esposo.

Cuando su hermano James murió, la señora York no derramó una sola lágrima, pero algo en ella se rompió. Tranquila, mamá, aún te quiero. Virginia se miraba al espejo y escuchaba silbar el viento, caluroso, sobre la colina, en un Absalón olvidado.

Corría el año 1957. Su nombre era Incitatus, como el blanco caballo al que Calígula haría senador para vergüenza de patricios y caballeros. Se trataba de un corcel precioso, blanco como la nieve..., salvaje, puro y

noble como fue el primero de los Fiodorovich. Lo traerían a media tarde y lo esconderían en las caballerizas. Fiodor estaba ansioso por ver la cara de su hijo Cecil. Mark O'Shea le acompañó a la adquisición. No regateó con el precio, ante el gesto extrañado del vendedor. Aprende lo que es un caballero, irlandés.

Era el mejor ejemplar que se podía comprar: su crin suave y sus ojos poderosos, su lomo suave, español. No valía para trabajar, decían, porque era indómito y desobediente. Sería un gran reto para Cecil.

Aquella misma noche, el niño se levantó y fue al establo, lo miró desde lejos, sin atreverse a entrar, el fuerte relinchar del caballo le había despertado. El animal rugió furioso y movió sus patas delanteras, dispuesto a atacar. ¡Qué feliz sería con él, al fin, por fin!

Desde entonces, durmió junto a su corcel, mimándolo, ganándose su respeto. Beatrice le traía galletas y cuando rugía el viento, acudía al establo con mantas para taparle. Un espectáculo bochornoso, sin duda.

Pasaron algunas semanas y allí seguía, con la luz encendida, pobre Cecil. Desde su cuarto podía escuchar cómo la serpiente se revolvía en su cama, buscando una manera de terminar con él, ¿qué has criado, Virginia? Estaba enamorado de la mulata, pobre enfermo imbécil, ¿acaso no eras el más listo?, ¿cómo se te ocurrió fijarte en una de las esclavas? Cada vez que ella visitaba al benjamín, se escuchaba cómo el segundón rasgaba las paredes. Tanta ira en un hombrecillo tan débil, la abuela estaría orgullosa de haberlo sabido.

Sonrió. La luz aún estaba encendida en la habitación de Virginia Fiodorovich, que vigilaba. Stan miró y la saludó. El caballo podría herir a alguien, y Cecil era demasiado joven para montarlo.

Virginia espiaría también aquella mañana, desde la ventana de aquella habitación de la que jamás salía. Cecil estaba feliz y el mismo Fiodor ayudó a su hijo a montar a Incitatus. ¡Por fin podía cabalgar solo! ¡Ánimo, pequeño, demuestra a todo Absalón que eres capaz! Era precioso, ligero como el viento, con un galope elegante y con las patas delanteras bien levantadas. Desde allí, el caballo pareció mirarla, de soslayo, desafiante, mientras Fiodor apretaba los enganches y aseguraba la montura. Cecil sonreía como el niño que nunca dejaría de ser. Te han vencido, serpiente... ahora miras celosa a tu hermano y el veneno te consume.

Tomó la senda que llevaba al pueblo y aceleró el troté. Le perdió de vista. Por fin, el niño aprendería lo que es la libertad.

-Sólo podemos rezar por él.

Lograron que dejase de manar sangre la noche del martes, pero padecía altas fiebres. El médico no dio ninguna esperanza. No, no lo mereces, hijo mío.

Acudió al cuarto del benjamín. Junto a él, dormía la serpiente, que despertó al instante. No necesitó decir nada para espantarla, Stanislaus salió de la habitación. Virginia se acercó.

¿Qué te han hecho mi niño? ¿Ha sido todo por esa mujerzuela? Te mereces más... siempre has sido el más alegre y el más honesto. ¿Sabes por qué no me hablo con tus hermanos ni con tu padre? Por ti, mi niño, sólo por ti... quiero reservar mis palabras, ¿qué te han hecho? Venceremos, hijo, venceremos... Despierta y que no se haga la noche para ti. Tienes que ser fuerte. Siempre te he querido. Sé que no he sido una buena madre, que no he estado a tu lado... pero quería que te hicieras un hombre junto a tus hermanos. No, no te merecen, mi niño. Eres bueno, y no hay espacio para alguien así en esta ciénaga.

Despierta, Cecil, despierta, la serpiente ya se ha marchado. ¿Qué te han hecho?

La mañana del viernes, Cecil Fiodorovich se levantó, aparentemente repuesto, sin fiebre. Pudo escucharlo desde su cuarto, tuberculoso imbécil.

-¿Verdad que el caballo es negro?

Ella miró de nuevo desde la ventana. Incitatus aún la miraba, con sus poderosos ojos negros, buen caballo español. El secreto estaba a salvo.

A veces, ya caída la noche, salía de su cuarto y paseaba un rato por entre las hojas de tabaco, contemplando la luna y escuchando las aguas del gran río, tan cercano. ¿Por qué no te acercas, Fiodor? La miraba desde la casa y ella lo sabía, consciente de estar siendo observada. Respiraba el aire lastrado de junio, casi húmedo, casi seco. Los niños dormían, todos menos Cecil, pequeño colgajo. A veces, ya caída la noche, se le escuchaba reír.

El benjamín había cambiado: pasó de ser un adolescente afable a un despreciable loco que perseguía a Beatrice por las habitaciones. Era la única a la que respetaba y la única que en todos los años que siguieron le supo tratar. Mil veces sufrió ataques de locura, y mil veces la mulata le calmó.

Beatrice era una buena chica nacida de la relación de Mary Maud con un blanco que, decían, había venido a Absalón en tiempos de Fiodor I; mentían, ya que su padre no era otro que el propio Anthony Fiodorovich, una heredera más. Durante las épocas de recolección y siembra contrataban nuevas manos para ayudar. Eran sobre todo mujeres gordas y feas, la joven Beatrice lucía entonces más hermosa que de costumbre.

Las viejas leyendas sobre los Fiodorovich empezaban, poco a poco, a dar paso a otras nuevas. Su marido

escuchaba las historias divertido, el hombre con tez rojiza y cabello enmarañado que, con su caballo, desaparecía en la noche.

-Una vulgar versión pueblerina del hombre sin cabeza. Siempre que escuchaba la historia le divertía.

Fiodor se puso en contacto con un escultor de Nashville. Tendría que pasar algunas tardes haciendo de improvisado modelo pero merecía la pena..., así podría fumar tranquilo. Se trataba de un proyecto que había planeado en secreto junto al coronel, aunque debió esperar a que la señora York muriese para llevarlo a cabo (no lo hubiese consentido en vida jamás): el camino estaba ahora libre.

Lavarían un poco la reputación de los Fiodorovich y describirían al ruso pionero sin hablar de su larga melena roja, ese signo de rebeldía familiar se ocultaría bajo silencios y un conveniente sombrero.

James York convenció al alcalde con la vieja historia de los pioneros. No distaba mucho de la realidad, ya que en los archivos figuraba el nombre de Fiodor I como constructor de la primera línea de ferrocarril que unía el pueblo con la capital. El alcalde, un tal Garreth Cobe, accedió con la condición de que fuese el propio Fiodor Fiodorovich II quien costeara los gastos de la estatua.

Se inauguró un 26 de junio de 1960 y Cecil no podía menos que sorprenderse al contemplar un émulo de su padre en piedra.

-¿Es ése mi padre?

-Al menos, alguien que se le parece, -diría Mark O'Shea, irónico.

Se hicieron fotos frente a la estatua, que ya no desaparecería de la plaza del pueblo. El monumento que honraba al primero de la saga rezaba: "Fiodor Fiodorovich I, pionero".

-¡Escueta, concisa, brillante! -exclamó el alcalde.

-¿A qué clase de imbécil se le habrá ocurrido semejante frase? -preguntó Virginia.

-Me llevó tres pipas y media botella de escocés - respondió el sonriente marido mientras mascaba su cachimba, con la boquilla medio verdosa, medio amarillenta, ajeno a las malicias de su mujer.

El propio Fiodor cortaría la cinta inaugural, lo que le convertiría en todo un hombre respetable, junto a su querida familia.

-Una pena que el coronel no esté aquí. Esto también es suyo.

En Nashville moría, aquel mismo día, en un apartamento mugriento, el coronel James York, viudo de Virginia, padre de James y de una chica de labio torcido que no había tratado de encontrar a un padre que desapareció después del funeral de su esposa. Nunca más volvieron a verle y consumió sus últimas semanas entre humo y paz.

La foto presidiría la entrada de la casa.

CAMINO XVIII



Desde el accidente, Cecil empezó a comportarse como un trastornado. Sin ser visto, Stanislaus le contemplaba constantemente.

Permanecía atento y despierto, como un zorro al acecho y sin manada.

Se llamaba Beatrice, en italiano, por la que fuese amada de Dante. Contaba el poeta que la dama solía leer a los niños para adoctrinarlos (ya se sabe) sobre los peligros de una vida disipada..., todo un ejemplo de virtud. Era hija de Mary Maud y nada quería saber sobre símbolos alegóricos o tormentos de emperadores romanos, aunque ostentaba una singular inteligencia y un bello rostro, a medio camino entre lo salvaje y lo sutil. Amiga de fiestas y cantos, poseía una voz prodigiosa que, sin embargo, no volvió a utilizar tras el accidente de Cecil. Dicen que guardaba las melodías para él.

-No te culpes, Beatrice -se escuchaba en la cocina-. El chico trataba de impresionarte. No es culpa tuya que se cayera del caballo. ¡Olvídale ya!

Poseía el cabello rizado de su madre, encrespado y rebelde, y cada mañana lo alisaba con esmero, como haría una blanca. Sus facciones eran adolescentes, casi aniñadas, a pesar de sus más de veinte años: pequeña barbilla y penetrantes ojos negros, ligeramente rasgados. Esbelta por el trabajo pero sin las formas estropeadas de las criadas, era consciente de su ascendiente para con “los amos” (como aún los llamaban irónicamente). Incluso Fiodor la miraba de soslayo.

-Los hombres, siempre lo mismo. No te mezcles, chiquilla.

Virginia había ordenado, sin éxito, que evitara pasear por las zonas que frecuentaban los niños. La mulata se mostraba muchas veces reservada (lo que acrecentaba su atractivo) y sólo se relajaba ante Cecil o Mark (ya una sombra del irlandés que un día sedujo a la aristocrática señorita York).

El antiguo amante se había entregado a la vida cómoda y sin apenas obligaciones que Absalón ofrecía: mostraba un aspecto desaseado y un estómago prominente. Había tomado a Pierre a su amparo, y le había mostrado todo lo que un pobre campesino puede enseñar mientras soporta dolorosos desprecios. Fiodor observaba a su hijo desde la lejanía, ya casi convertido en un hombre.

Cecil, con el tiempo, supondría un problema. No podía evitarlo, ya que Beatrice no parecía querer poner remedio. Había cuidado del benjamín con esmero, como haría una madre, después de la caída y de que el chico perdiera la razón, sus atenciones se intensificaron. Virginia sentía su sangre arder cada vez que la veía cerca.

-¡Cuida del idiota! Para eso te permitimos vivir aquí.

La muchacha no respetaba nada, ni sangre ni tradición ni cultura. Contestaba a las criadas mayores e, incluso, se atrevía a contradecir al “ama”.

-Guarda silencio, pequeña, es la mejor manera de sobrevivir.

Beatrice era un problema, la señora se arrepentía de haber permitido que se criara junto a los suyos. Virginia sostenía que una mujer debería tener al menos un amante: ¿y qué tal su marido? Desde luego, sería una buena idea si con ello conseguía apartar a la mulata de su hijo durante un tiempo. ¿Por qué no? ¿Había algo que se lo impidiese? Sí, esposo, trajiste a Mark, ahora yo te la entrego.

-Confío en ti, Mary -dijo Virginia desde el tocador-. Ven, ayúdame a peinar.

Las manos de la criada eran rudas, acostumbradas al trabajo manual.

-¡Quita! Me haces daño.

-¿Qué desea, señora?

-Tu hija será un problema para Cecil si no lo evitas. Hazlo -dijo lacónica la señora de Absalón- y yo te recompensaré.

-¿Cómo? -preguntó la pobre sierva.

-¿Qué te parece si usas al amo? A las de tu condición siempre os han gustado ¿Por qué iba a ser Beatrice distinta?...

No era más que una criada, pero también era una mujer y aquella mocosa medio negra era su hija. Más quisieras, vieja, más quisieras. Conocía el dolor que produce un amor traicionado: ¿no había marchado ella en busca de aquel empleado lascivo? (¿había alguno que no lo fuera?). Ahora se la veía triste, ¿cómo diantres se llamaba aquel engendro con los dientes podridos? No lograba recordarlo. Se equivocó, como suelen hacer las mujeres, una sola vez en la vida. Te envidiaba, Mary, creías que Vince Nash era especial. ¡Qué bonito es cuando aún se puede mirar con los ojos de una niña! Luego despiertas y toda la inocencia ha desaparecido... tú lo harías en una habitación de hotel barata, al lado de una biblia manoseada, allí nació tu sensación de soledad y abandono: morimos solas, nosotras más que ellos. Virginia despreciaba a demasiadas personas, también a ella misma, señora de alquiler en una casa que nunca sentiría como suya. ¿Por qué no intentas escapar? ¿Qué podría hacer? ¿Buscar a mi padre? Acudió al funeral, sí... y fue ese el último día que alguien le vio. Sólo debía esperar a que sucediera, no hacer nada... todo transcurriría equilibrado, como en un plan bien trazado. El resto sería

fácil, siempre lo había sido: emplearía sus armas y la situación volvería a su curso. Quizá Fiodor se diese cuenta de quién era, tal vez entonces podrían volver a retomar su matrimonio, empezar de nuevo, sin familiares ni tabaco ni alcohol ni muertes... Fue él quien la sedujo, ni siquiera había tenido que usar estrategias: se sentía destrozada, superada y burlada. Tenía que hacer callar a su madre y ponerse un poco por encima de su hermano James, ese imbécil. ¿Por qué te mataste? Su madre no lo sintió, tampoco a él le quería... como ella era incapaz de apreciar a sus hijos: ¿cómo se puede amar a quien no se desea? Pese a todo, había intentado ser buena, sobre todo con Cecil, ¿qué derecho tenía nadie a arrebatárselo? La serpiente morirá tarde o temprano, víctima de su propia mordedura. Sí, ésa sería su mejor arma, el tiempo. Espera, pequeña... todo se arreglará. El mundo cambia para una mujer embarazada, las miradas de los hombres se aplacan y las palabras femeninas se tiñen de halagos falsos (¿alguna vez habían sido verdaderos?). De entre sus escasos pretendientes, era el mejor. La llegada de Mark a Absalón había sido una sorpresa... le gustaba tenerlo por ahí, quizá era el único momento en el que, otra vez, sentía su antiguo apellido.

Fiodor no tenía más que whiskey en las venas, añejo, como los paisajes helados que nunca debieron abandonar sus antepasados.

¿Se había equivocado hablando con Mary Maud? No lo creía, la negra convencería a Beatrice. Las criadas siempre quieren yacer con el amo. ¿Desde cuando no te gusta la piel manchada, maridito? Al fin y al cabo, sólo eres un hombre, y no puedes hacer nada... Sí, vencería. Quizá ya hubiese sucedido, pero la pequeña guardaría silencio incluso ante su propia madre. Las conocía demasiado bien, ella misma, Virginia, era una de ellas, pero de la peor de las clases: la alta.

-Cuidate de las criadas -dijo siempre su madre-, buscarán tu mal por celos... pero, sobre todo, cuidate de las que se hacen llamar tus amigas, las que toman el té con la familia y las que ves los domingos en la iglesia... son éstas las verdaderamente peligrosas, alimañas de la peor clase. Ésas te arruinarán la vida.

Vestidos caros y blancos sombreros, las miradas tan perfiladas como los dientes. Una vez tuvo una amiga. No recordaba su nombre. Se habían peleado por un chico, creía recordar, o ni siquiera eso, tan solo había llegado la hora de buscar compañías mejores. Respiró y se puso el chal, como la gran señora que siempre sería. Llamó a Mary para que le ayudase a peinar otra vez. Espero que esta vez logre superar su animalidad y no me destruya la cabellera: la venganza bien vale un par de cortes.

Los ojos de Cecil le delataban, mentiras guardadas durante años en un Absalón lleno de silencios.

Beatrice limpiaba el suelo de la cocina, buena hija solícita, mientras su madre ayudaba a la señora a peinarse. Tendría que ser él, así todo tendría la trascendencia suficiente. Cecil jugaba en el cuarto de al lado. ¿Qué vas a hacer, mulata? Las canas asomaban. El cepillo, de púas redondeadas, tomaba bien los restos de cabellos, sin arrancarlos. Un cepillado suave, apenas molesto, hay que ver lo que puede aprender una mujer en unas horas. Se escuchó un sonido sordo, una silla cayendo, cerca de la cocina. Mary se sobresaltó.

-Me gusta que me peines -dijo la señora, deteniendo su inicial instinto-, has mejorado mucho desde esta mañana...

-Es cierto, señora... Debería salir más de este cuarto, viajar a Nashville... Este moño le sienta muy bien.

-Aquí tengo todo lo que necesito, y veo a los chicos crecer desde la ventana, me gusta mirar. ¿Y a ti?

Mary separaba algunos cabellos enredados con sus rugosos dedos, con las palmas blanquecinas por la lejía.

-Un día, tú y yo iremos al pueblo y nos pondremos guapas, ¿qué te parece?

Se escuchó otro golpe, esta vez más fuerte. Mary no pudo evitar mirar de soslayo por la ventana. No, Beatrice no estaba allí: pudo ver al amo desde las caballerizas, solo. El plan de Virginia estaba desbaratado, quien estaba con su hija era el pequeño Cecil, ya un hombre de dieciséis años. Se extrañó de que la señora no se diera cuenta.

-Sí, señora -respondió Mary Maud-, sería bonito ir al pueblo un día.

-¡Claro que sí! Llevas tantos años aquí... ¿cuántos, Mary? Dime.

-Nací en estas tierras señora. Mi madre me trajo con apenas unos meses.

-¡Vaya! -respondió Virginia-, igual que tu hija, Beatrice. Haremos de ella una buena chica. Creo que dentro de algunos años podremos ser amigas, ¿qué te parece, Mary?

-Sí, señora, sería bonito.

Otra vez el sonido, repetitivo. No sonrías, Mary... No te delates. No dejes que la blanca triunfe.

-Ya eres parte de esta familia...

Incitatus se levantó y se apoyó en las patas traseras, relinchó, como hiciera también Ruach, que, ya anciano, apuraba sus últimos momentos. Virginia trató de incorporarse a mirar por la ventana, Mary lo impidió con un tirón fuerte, seco.

-¡Cuidado! -gritó el "ama".

Estúpida, cuando veas que tus planes han fracasado, me echarás... pero ya nada podrás hacer contra Beatrice.

-Sí, señora.

-Mi hijo Cecil sólo es un pobre chico, sin embargo Fiodor puede ofrecer regalos y... ¿tú qué opinas, Mary?

No caeré, vieja bruja. Allí están abajo, sin poder evitarlo, ¿la he vendido? Te he salvado, Beatrice.

Se escuchó de nuevo un sonido en la cocina. Algunas criadas salieron, cuchicheando desde el quicio de la puerta..., como sólo saben hacer las sirvientas, escuchadas sin ser oídas. Reían, viejas arpías. Casi se podía escuchar a Cecil en la cocina, jadeando, exhausto... junto a Beatrice, hija de Mary Maud.

-¡Qué bien me peinas ahora, Mary! ¿Querrás venir más a menudo?

-Siempre que quiera, señora Fiodorovich.

-Lláname Virginia, sólo tú puedes hacerlo.

Las dos nuevas amigas bajaron a la cocina. Virginia quería sorprender a Fiodor, montar una escena para que la viera Cecil, para que en su demencia comprendiera que Beatrice no era una virginal dama sino una mujerzuela que se acostaba con cualquiera.

-Es una buena chica, señora.

-Lo sé, Mary. No te preocupes.

La muchacha había cumplido perfectamente, consciente de su papel. Fiodor montó a Incitatus y marchó en dirección al pueblo. Orgulloso, pasearía ante la estatua del que llamaron su padre. Peinó su melena rojiza, ligeramente ondulada, y galopó, fuerte, sobre aquel gran caballo. Buen caballo, Cecil no estaba hecho para montarlo, pobre imbécil.

Beatrice fingía limpiar el suelo como una buena criada. Cecil ya no estaba, pequeña zarigüeya de larga cola. Mary la miró, buscando la culpa en sus ojos, jamás la encontraría. Beatrice sonrió, candorosa y dulce.... toda aquella casa blanca cubierta de cieno espeso no conseguiría torcer el carácter de la muchacha. Aguanta, pequeña Maud, aguanta.

Mary Maud, mujer sin atractivo y sin cultura, recordó entonces al antiguo amo Anthony Fiodorovich. La tomó de la mano, ¿quién era ella para negarse? ¡Estirpe de bastardos! La respuesta a sus plegarias, pues tendría algo con lo que defenderse. Las primeras veces lloraba, luego simplemente le dejaba. Su actual amo no era mejor, llegaba cuando despuntaba la mañana, oliendo a alcohol y a perfume barato. Lo sabía distinguir por los de la señora, siempre de la mejor calidad. Aquel potingue olía fuerte, a mujerzuela que quiere disimular su sudor. No, no era el perfume de la señora, sino de otras que, como la misma criada, no tenían más remedio que vender su alma a cambio de un trozo de pan. Sólo eso ofrece un Fiodorovich. A veces, se concentraba en un punto y esperaba que terminase. Otras, las peores, contaba, o trataba de recordar tiempos mejores..., pero la imagen del señor Anthony siempre regresaba. Le recordaba sentado en una habitación de motel barato. Ella esperaba, nerviosa. Sólo entró, tomó el reloj y la miró con desprecio. Sola y embarazada de Beatrice, Mary Maud lloraba.

Levantó a su hija del suelo mientras Virginia se disponía a volver a su cuarto, decepcionada de haber llegado tarde a una representación que sin duda hubiera sido interesante..., ya habría más días.

-Deja, yo terminaré -dijo Mary Maud-, ve a lavarte.

Sólo sonrió. Sólo quedaba un consuelo: no había sido él, Fiodor Fiodorovich. Cuando terminaba, esperaba unos segundos, nada podía hacer, con todo aquel peso inerte sobre ella, repugnante, como todo el sur y todo Absalón y los hijos del insecto. En Nueva York le hablaron mucho de Dante, le enseñaron un dibujo que representaba el "árbol de la vida". Trataba de recordar los círculos e imaginaba en cuál de ellos estaría Fiodorovich. En el décimo, sin duda, el círculo de los traidores, con sus mil

vericuetos. Respiraba profundo, esperando algo... No quería llorar, así sería peor.

-No olvides limpiar bien, Mary -añadió la señora-, ya sabes que me gustan las cosas siempre impolutas.

¿Crees que me has engañado, Mary? No es tu hija quien me estorba sino tú. Con el tiempo, había tomado cariño a la señora, también a sus hijos. A veces, ella era la única que se daba cuenta de sus maldades, casi infantiles. ¿Crees que me has vencido? Cecil se delatará, es un pobre idiota, y tú marcharas de mi casa y dejarás de complacer a mi marido. Así era ella, su señora, una dama desde que se levantaba hasta que anochecía. No recibiría jamás órdenes de nadie, ni siquiera de Fiodor. Poco podía decir aquel estúpido pueblerino de que los hijos no fuesen suyos. Sé que no eres culpable, esclava, pero él debe tragar soledad y venganza. Los criaba como propios, como sólo puede hacer un mal padre. Mejor así, los tendría siempre cerca y los vería crecer. No podía evitar odiarlos, sobre todo a aquel idiota de Pierre que sonreía altivo desde pequeño, copiando los ademanes de cualquier ruso salvaje. Cecil era ahora el más libre de los tres hermanos. Te culparé por haber consentido que tu hija yazca con un retrasado. No me importa que ella se quede pero tú te irás. A veces le miraba fijamente y le escuchaba en silencio. Se mantenía en calma si no notaba que era observado... Cuando se apercibía de una presencia, montaba en cólera y gritaba, como fuera de sí, como esa abuela de gran familia que murió con las tripas colgando. Había salido a su madre el pequeño retrasado, un toque de gran teatro. ¿Qué podía hacer? La enfermedad había cambiado a Stan, siempre solo y entre libros.... un niño con mirada rencorosa, triste y casi adusta, bajo los calores y los reproches callados de Pierre.

Beatrice miró a su madre. Ahora compartían algo más que un secreto. Madre e hija habían hallado algo que, pese

al paso del tiempo, las uniría siempre. Dios te condene en el infierno, mamá, como tu me condenaste el mismo día de mi concepción. No lo hablarían, pronto tendría su venganza.

Sonrió, pobre criada estúpida.

CAMINO XIX



Absalón fue uno de los hijos del rey David. Dicen que era tan agraciado que ningún otro en todo el reino podía igualarse a él en inteligencia y belleza. Mató a su hermano y disputó el trono a su padre bajo intrigas y mentiras.

Fiodor siempre tuvo la certeza de que el futuro de Stan no pasaba por Absalón, al menos no cómo sucedía con Pierre, que se afanaba e interesaba por los cultivos y las labores del campo. El irlandés estaba cada vez más gordo y desagradable y había comenzado a ser fastidioso no sólo para Virginia, sino también para él mismo.

Había que otorgarle su mérito: Mark había mantenido la plantación más o menos impoluta todos aquellos años. Recordaba su primer día en Absalón, rodeado de criadas que olían rancio. Lo había tomado por una venganza, sobre todo teniendo en cuenta la fama que Fiodor Fiodorovich tenía en el pueblo. Nada sucedió como se imaginó y Fiodor (era conocido por su nombre de pila, a secas) le trató casi con afabilidad y le permitió incluso acercarse a sus hijos. Sin embargo y como era de esperar, Mark O'Shea sentía por el pelirrojo cada día más odio.

Recordaba cuando, entre los brazos de la todavía joven Virginia, escuchaba las maldades de un hombre que aún no había comenzado a ser malvado. Se miraba a sí mismo y se veía asqueado, con los pies sucios, y consciente de cómo incluso los otros criados evitaban su presencia. Le habían preparado la peor de las venganzas, y es que nada en Absalón era un secreto. Cualquier detalle, por pequeño que fuese, se convertía en motivo de burla y se extendía desde el servicio hasta los patrones. Todos sabían que los

hermanos eran bastardos (como fue el propio Fiodorovich, hecho que no parecía inquietarle en exceso) y también sabían la naturaleza de sus antiguas relaciones con la actual señora de la hacienda.

Mark O'Shea había pasado por ser un agraciado joven, uno de esos hombretones que entran en un salón y excitan a cualquier hembra mientras sus acompañantes (pobres idiotas) escupen miradas réprobas, pero el aire emponzoñado de la plantación cambiaba a todos y también al inmigrante irlandés. Sí, era parte del trato, convertirse en una especie de apéndice de sus hijos, ser maltratado por ellos y permitir todos los desprecios. ¿Acaso no era un precio justo por salvar la vida? Un día crecerían y, sin saberlo, tomarían conciencia de lo que realmente eran, de lo que Fiodor fue, y de lo que era aquel pobre diablo irlandés que pululaba arreglando cañerías y tablones rotos.

Algunas noches la señora se acercaba, él la seguía a distancia. Paseaban a través de las hojas de tabaco, a través de los campos y de la luna cenicienta. ¿Es que nadie duerme en Absalón? Si no estaba cansada, contemplaban juntos la puesta de sol. Ella caminaba despacio, consciente de ser observada y de que nunca existiría otra persona. A veces, Mark se creía correspondido pero cuando trataba de acercarse, Virginia aceleraba el paso para evitar el encuentro: un juego aburrido en las aburridas noches de junio. En alguna ocasión trató de hablar, hacer algún gesto para que reaccionara. Ella miraba alejada, siempre impasible.

-¿Qué te mantiene en pie, pobre irlandés?

A veces podía escucharlos, dulce Mary. Sólo el viento huracanado de Absalón había conseguido convertirla en otra Fiodorovich de pleno derecho. Llegaba borracho, al despuntar el alba. Ya estaba acostumbrada, ¿es acaso un

sacrificio luchar por una hija? Fingía resistirse, ¿a quién le importaba si gritaba? No, jamás podría. En la colina nadie puede escucharte, dulce Mary. Beatrice no debía acabar como una vulgar prostituta en algún muelle de San Francisco, eso era lo único importante, su único afán.

Mark O'Shea, gordo y cansado, ebrio y maloliente, miraba el cielo estrellado sobre el viejo Mississippi. Tomó un trago de una botella casi vacía de Jack Daniel's, su whiskey favorito. Apenas recordaba a su padre, sí a otros hombres que regresaban borrachos cada noche (un curioso tópico extendido por las novelas y que no por manido dejaba de ser cierto). Nunca había bebido hasta que llegó a Absalón; después, se mantuvo fiel a la costumbre católica de "pecar, arrepentirse y volver a empezar". Se levantaba cada mañana y, de rodillas, pedía perdón a su fallecida madre, con la típica afectación del buen irlandés, luego se acordaba de alguna mala contestación de Pierre y volvía a necesitar un trago.

La sorprendía mirándole por entre las cortinas de su cuarto, situado en el primer piso de la casa blanca. Había trabajado en otras casas similares antes de llegar a Absalón. Se sentía bien por no ser negro, pero el trato era ahora similar para con todos los criados. Hacía no demasiado tiempo, un hombre honrado podía ganarse la vida sin que le recordasen que un nieto de esclavos hacía el mismo trabajo que él (pero mucho más barato). Los blancos empezaban a abarrotar las tabernas mientras que los negros compraban casas en la ciudad. ¿Merecía la pena todo esto por conservar la distinción en un autobús? Los asuntos políticos habían cambiado el país y sólo el desprecio era ahora lo que igualaba a todos.

-Porque en democracia -decía el amo- hay un pecado mucho mayor que nacer con la piel oscura: no tener dinero.

Los envidiaba en silencio, con su vida fácil y despreocupada, sin ambiciones. No podían subir más alto: en el sur, un negro nacía y estaba destinado a los insultos de los blancos y sus mezquindades pero ¿y un blanco? O'Shea se sentía inútil en el perdido reino de Absalón, extraña ironía que fuese precisamente él quien ayudó a crearlo.

Desde la ventana, Virginia extendió la mano. Él tomó la botella, ya medio vacía, y abrazo al viejo Jack con su gran bigote y su sombrero sureño. El único lujo que podía aún permitirse, su agradable compañía de cada noche.

Aquella no era diferente a las otras, y el irlandés abstemio estaba borracho, o al menos todo lo ebrio que puede estar un hombre que ha acostumbrado su organismo al alcohol. Podía sentir aquel calor que precedía al caluroso día, cuando aún los rayos del sol no dejaban ver su efecto..., las primeras ráfagas de aire caliente sobrevolaban la cabaña. Estaba al llegar. Más de una vez se imaginaba a sí mismo plantándole cara, abofeteándole quizá, eso te haría feliz, dulce Mary, y así se habría ganado el respeto de la dueña. Sabía el cobarde que nunca lo haría. ¿A dónde podría ir? Ya no era el mismo, con el rostro angulado y la mirada aguada, no. Se observaba en los espejos de Virginia cuando le llamaban a la casa para solicitar una reparación. Se avergonzaba de sus pies sucios y sus ropas malolientes. Ella le espiaba, humillado: ¿en qué estabas pensando, señora de Absalón? Irrumpía entonces altiva y se mostraba coqueta, burlona, como una buena meretriz barata, mientras Mark agarraba un martillo para golpear fuerte y seco. Terminaría pronto, como siempre hacía. A veces, ella lloraba.

Esperó paciente. Apenas le quedaban un par de tragos, bien conoce el borracho la medida: si comenzaba a beber

a media tarde la botella le duraría casi toda la noche. Una vez, Fiodor le miró con encendido reproche. Pero había llegado el día en el que por fin pagaría por todos sus pecados de pelirrojo endemoniado. Algunas veces, pocas, la había podido escuchar llorando, con su hija cerca; después Beatrice la abrazaba. El cerdo ni siquiera la llevaba a otra habitación. ¡Delante de su propia hija que tenía que fingirse dormida! Sí, el animal necesitaba una lección, y sería el padre de sus propios hijos el encargado de dársela. No debía sorprenderlo, no, lo haría después de terminar aunque... quizá fuese más adecuado evitar otro mal trago a la dulce Mary Maud. Bebió de nuevo, la oía respirando en la habitación contigua... Las sirvientas vivían apiñadas, era el sino de los que habían nacido con manchas, ¿qué culpa original habrían tenido? También él, nacido libre, nacido blanco, había sido tratado como un esclavo.

Mark O'Shea acudía a la iglesia los domingos como buen cristiano. Quizá todo ello le sirviese para cuando todo sucediese, tal vez así podría alcanzar el perdón que nunca pidió. Iba a la iglesia de los negros, con un ritual mucho más entretenido que las ceremonias protestantes de las iglesias cercanas (para blancos). Incluso a veces se animaba a entonar algún himno, con timidez, esperando que su voz áspera y alcoholizada no destacase demasiado.

Casi nunca había nada que hacer en Absalón, y pasaba las tardes junto a Pierre, el hijo mayor de los Fiodorovich, sangre de su sangre, pero lengua de pecador eslavo.

-¿Qué piensas de mi padre Fiodor, irlandés?

Fue un muchacho encantador hasta que empezó a pensar, justo en ese momento empezó a odiarle.

-Nada debo pensar de quien me da de comer – contestó Mark.

-Yo creo que es un cerdo, igual que tú. Hay personas que estarían mejor enterradas, al lado del tabaco. Dime, irlandés, ¿cuánto le costaría a alguien como yo que alguien como tú se saltase la ley?

Nada bueno podría salir de ahí.

-Tranquilo, irlandés... Que no se te enciendan tus avariciosos ojos de alcohólico... No has tenido suerte: en Absalón no hay ley.

Nada fue como esperaba. Las criadas, siempre en su mundo, apenas hablaban con él (era probable que la señora lo hubiese impedido). Poco había que hacer, salvo tomar un trago a media tarde... Pronto el sueño desaparece, como el invierno, y deja paso a un verano eterno, en donde cada día es más pesado que el anterior. Las noches se hacen insoportables, y sólo se pueden escuchar algunos grillos lejanos, el silencio... y la respiración de Mary Maud, esperando al animal que cabalga.

Stanislaus era más cariñoso y le visitaba a diario hasta que Virginia lo prohibió. Parecía un chico despierto, sería una lástima su muerte, aunque a nadie en Absalón parecía importarle (salvo a él y a Cecil, un chico extraño). El benjamín había dejado de acudir al colegio desde la caída del caballo: Fiodor se encargaría de su educación, ya que Virginia no tenía interés en ejercer de maestra. El patriarca actuó de instructor unas semanas, después se percató de que sus conocimientos no daban para grandes lecciones y éstas acabaron. Los otros hermanos envidiaban a Cecil: era una suerte poder ser libre, ampararse en una caída para, al fin, no tener que depender de horarios y vivir ajeno a la disciplina que padecían los otros muchachos. Le veían correr y embarrarse, nadie le regañaría, como nadie reprendería a un Fiodorovich, ni siquiera su propio padre, sólo un borracho irlandés podría hacerlo.

Ya bordeaba la mañana, estaría a punto de llegar, sólo había que esperar los relinchos de Incitatus, buen caballo. Tomó un nuevo trago, la botella se había terminado. No, era mejor no dejar las últimas gotas, tendría ganas de más. Sería mejor tomar un último gran sorbo que dos medias. Sí, así tendría la fuerza suficiente para poder plantar cara al Fiodorovich. Sería fácil, se tambalearía y caería. No era un hombre fuerte, a pesar de las extrañas leyendas que corrían por el pueblo. Poco podría hacer al enfrentarse a todo un irlandés hecho y derecho como Mark. Pero O'Shea ya no era el mismo tipo que un día había llegado a Absalón. Su perfil había perdido el atractivo que le había llevado a conquistar a la joven York y su espalda, vacilante, se curvaba por el peso de los años.

No, nunca debería haber aceptado el trabajo, porque nunca fue un trabajo lo que Fiodorovich le ofreció.

Se tumbó en el colchón lleno de pequeños insectos, nunca le importó. Una vez incluso llegó a descansar en las sábanas de Virginia, cuando aún vivía en la casa más allá del bosque. En la noche, la señora York entró a hacer una visita a su niña y le encontró, yaciendo junto a ella. Estaba despierto, pero intentó fingir que dormía, ¿quién puede engañar a una mujer así? Abrió los ojos y no hizo movimiento alguno, tenía los músculos agarrotados y sudaba frío... La señora York se acercó y, despacio, acarició el rostro de su hija en la penumbra, por primera vez en muchos años. Quizás ella esperaba otra respuesta... pero su madre no hizo nada o, tal vez, hizo demasiado.

Virginia nunca lo comentó. Fue una noche confortable.

Se acurrucó en la almohada durante unos segundos, no importaba si se relajaba un momento, el Fiodorovich tardaría aún en aparecer y le daría tiempo a despejarse... Le despertaba no obstante la fuerte respiración de la criada, despreciable animal infeliz. Se sentía cansado.

-¿Qué tienes que hacer el resto de tus días, irlandés? - preguntaba el incómodo Pierre.

De su padre sólo recordaba una imagen, la de un hombre quieto y fofo, ahora su espejo. Cerró los ojos, no importaba si sólo lo hacía unos segundos... la tenía siempre presente, a veces se resistía, no había que enfadar al patrón, es la primera ley del buen criado.

Beatrice era una muchacha feliz, ¿dejaría algún día Absalón? Era probable, Virginia reía, una vez más, una vez más, una vez más... Cerró los ojos.

Mientras dormitaba, pudo ver los ojos del amo mirándole inquisitivos: ¿dónde ha quedado tu furia, irlandés?

El cobarde despertó al mediodía y tomó un buen trago. Tenía sabor a ceniza y vergüenza. Alguien llamaba a la puerta.

ESFERA VIII: CECIL

777

-Quiero verla fuera de mi casa, Fiodor –diría Virginia York la mañana del 7 de junio.

Las palabras se escucharon certeras y claras en aquel viejo apartamento de la ciudad de Abenarabi. Acomodó el tabaco con el viejo atacador y, por fin, Stanislaus sonrió.

Canta, padre, canta.

Fiodor carraspeó unos segundos y tomó aire lentamente. A veces, algún pajarillo se atrevía a sobrevolar tímido las tierras de Absalón, Pierre usaba la escopeta de perdigones. No sabía de qué clase eran, pero tenían un sabor exquisito gracias a la salsa picante hecha a base de pimienta y perejil. Tomó la pipa con la mano izquierda, el hermano mayor le había cogido el gusto a toda la preparación y las normas de etiqueta gracias a los consejos del coronel. ¿Qué habría sido de él? Había sido la única amistad verdadera en su vida... le echaba de menos. Virginia había bajado un momento al salón. Con suerte, se encerraría en su cuarto y no volvería a salir hasta dentro de uno o dos años... o quizá sólo tendrían que forzar la cerradura cuando el olor se hiciese demasiado acuciante.

-Bien sabes que Cecil no tiene la cabeza en su sitio, y eso nos puede traer un gran problema –decía la madre de Stan-. ¿Te imaginas lo que sería ese reptil de Mary Maud exigiendo? No, Fiodor, no dejes que eso suceda... Te ruego, en nombre de nuestro matrimonio y en el de tus hijos, que arregles este asunto.

Ardía la ciudad milenaria de Abenarabi.

Fiodor la volvió a mirar. ¡Qué manipuladora era! Ahora los llamaba “sus hijos”, cuando solía nombrarlos por sus nombres, o por algún apodo cariñoso como “serpiente” (Stan), “retrasado” (Cecil) o “semental” (Pierre), casi como una enseñanza previa al lenguaje. De algo te ha servido criarte con tu madre, cariño. A veces, casi llegaba a pensar que le observaba con respeto, casi como se mira a un marido. La criada era un ser retorcido, aunque tampoco era él quién para opinar sobre este tema. Al principio la escuchaba llorar, justo después de marcharse de su cuarto. Lo hacía en alto, con el tono profundo de una voz negra, casi una canción. Una vez regresó a los pocos minutos y los llantos habían cesado y, casi con maternidad, cantaba. ¡Vieja criada mentirosa! La espiaba entre las rendijas de la ventana, apiñadas. ¿Podría verle? No, no era probable.

-Beatrice no es mejor que su madre -continuaba Virginia-, ¿has visto cómo le provoca? ¿Cómo podría resistirse un pobre animal que apenas sabe hablar? No, Fiodor, nuestro hijo, dentro de sus defectos, es un buen muchacho y la mira como a una mujer, ¿no es acaso eso normal? Tienes que evitarlo, en nombre del apellido que les diste... tienes que evitarlo.

Cecil era un pobre imbécil, sí, pero quizá el más afortunado de los hijos de Fiodorovich. La caída le había dado una vida sin complicaciones: comer y jugar con su criada, mantenida con ese fin para servirle de divertimento. ¿Qué haremos con Beatrice? No sirve para nada. Déjala, cuando crezca la podremos usar de niñera. Ni siquiera Stanislaus, con sus libros y esas buenas calificaciones que tanto repudiaba Pierre podía igualar la perspicacia del benjamín. Quizás, en su sublime estupidez, aprendió a desarrollar otras aptitudes mucho más útiles. El retrasado miraba casi con inteligencia, consciente de todo, como un lobo herido que busca en el

instinto la forma de escapar del peligro. Todos lo sabían, pero nadie nunca diría nada.

-¿A qué esperas para hacerlo, maridito? ¿Acaso es que te gusta la criada? ¿Quieres que te cante a ti también, pobre viejo idiota?

Era un buen tabaco. Le había echado una pizca de periqueé sobrante.

La cosecha del año se dividía según el grado de humedad y de calidad. La mejor parte jamás se vendía, sería ridículo emplear un tabaco tan especial para una mezcla. Ese tabaco se regalaba, y el propio pater de Absalón tenía una muestra del mejor para hacer sus propias recetas o fumarlo directamente. Hacer esto era una verdadera estupidez, ya que su sabor agrio y su fuerte aroma podían llegar a marear al fumador más experimentado... se convertía en una prueba de masculinidad, como montar a Incitatus o aquellos campeonatos de bebida en los que siempre resultaba vencedor. Por las noches, casi como una religión, iba al pueblo, un vaso de bourbon, otro de brandy, tal vez dos... Más tarde llegaba a Absalón y dormía, un par de horas a lo sumo, el sol de primera hora de la tarde le despertaba como un insulto, daba igual que estuviera en su cama o en la de Mary Maud, no podía descansar. A veces hablaba un rato con Stan o con el irlandés, que hacía tiempo que había comenzado a resultarle insoportable. Sí, debía irse de Absalón, aunque ello supusiera dar la razón a Virginia... Estaba cansado.

También su esposa había envejecido, pero también había alcanzado una especie de belleza nueva. Nunca había sido una mujer agraciada. Ahora, en cambio, poseía cierto atractivo mórbido e inteligente, el que produce una mente retorcida. Destinada a ser una meretriz desde la cuna, aprendió bien de su madre para estancarse al final en su fantasma. Bien sabía la verdad de todo el asunto:

-Ven, Fiodor -le dijo la anciana señora York pocos días antes de su muerte-. Te contaré la verdad sobre tu esposa. ¿Crees que te quería? No, fui yo quien le dijo que se casara contigo, que nunca encontraría a nadie mejor. ¿Por qué crees que lo hice, campesino?

Fue el último de sus regalos.

La despreciaba y, a veces y en silencio, la admiraba. Virginia era una mujer capaz de cualquier cosa por conseguir algo (hecho que no la distinguía en exceso de cualquier otra). Lo hacía casi con sinceridad, con la nobleza del tirano verdadero. Había puesto el caramelo en los viciosos ojos de Cecil, como lo había hecho la vieja Maud. Vendiste a tu hija, criada, ¿para contentar a tu señora? Virginia mostraba sus garras al fin: pretendía librarse de aquella dulce Mary a la que nunca apreció porque le robaba a su marido cada amanecer, y porque se jactaba de su deshonor con escandalosos sollozos que todos conocían y compadecían..., incluso Mark la miraba ya con tristeza, escuchándola gemir desde la otra cabaña. Había comenzado a resultar incómoda, como una pipa quemada que nunca recuperaría su primitivo sabor.

-Vamos, maridito, ¿harás también una visita a la hija o te conformarás con imaginarla mientras te deslizas entre las sábanas de la vieja madre?

Había conseguido perder esa tan arraigada mezcla de ignorancia e ingenuidad fingida para pasar a ser algo así como una copia de ella misma: animal envidioso y vengativo, codicioso y vil que no se detendría ante nada para conseguir todo cuanto deseara, sin pretender disimular. ¿Crees que destrozando a la criada lograrás el perdón de tu madre, pequeña York? Cuando se casó con ella, creía que le abandonaría al poco tiempo. Deja que Absalón escuche tu canción un día más, que callen por unos minutos gemidos y lamentos, pequeña Beatrice. Nada había cambiado en su vida, como nada nunca

cambiaría. Los hijos no le habían dado la felicidad, más bien se habían convertido en un peso insoportable para él, en algo totalmente ajeno. Recordaba Fiodorovich los tiempos de guerra junto a sus compañeros de regimiento: había sentido más unión con aquellos rostros tan próximos a la animalidad que con cualquiera de sus hijos bastardos.

¿Crees que te perdonará desde el infierno? No, no expulsaría a Mary Maud, se sentía en deuda con ella. En silencio, le gustaban las burlas de su mujer y los desprecios de la criada. ¿Crees que no sé lo que pensáis? Sólo había sido el hombre que las mantenía y entraba en la habitación de madrugada, fingidamente borracho. No es engaño, muchachas. Aspiró de nuevo el humo de su pipa, la única Dunhill de su colección, un regalo del coronel.

En cada nueva bocanada se agotaba y no podía dejar de sentir lástima por el viejo York y su hijo muerto. El antiguo militar era culpable: se equivocó al elegirla. ¿Qué había hecho el chico? Nacer, es suficiente. Es la ley. Los sueños políticos se habían evaporado, ¿alguna vez lo pensaste en serio o era una frase fácil para seguir vivo? Desde un despacho de humo, el coronel había firmado su última acta, la que envía lejos al hombre que no supo elegir ni cuidar de los suyos. Los amigos en los que tanto confió volaron como el fuego que escapaba de una de sus pipas de brezo. Le recordaba elegante, borracho y sincero como nunca. Si vuelves a mis tierras, te trataré como a un esclavo, le dijo. Si había tenido un amigo en su vida, había sido él.

-Me marchó —dijo el coronel tras la muerte de su esposa—. No regresaré, tengo algo que debo buscar.

Fiodor guardó silencio aquella tarde, fiel a su tácita promesa para con su suegra. ¿Encontraste lo que buscabas, viejo militar? ¿Lograste comprender el humo?

Tomaría a Incitatus y cabalgaría una noche más..., soltaría las riendas y abriría los brazos, respirando el aire cenagoso del vengativo Mississippi. Un movimiento bastaría, ¿quién iba a ayudarlo? Caería del caballo como antaño hizo su hijo, desangrándose mientras recordaba al coronel y sus pipas, mientras aspiraba el humo de los tiempos y de las generaciones. Cabalga, Incitatus, cabalga. Miraría las estrellas y el corcel descansaría junto a él, tranquilo, mientras la luna vería al padre y al hijo morir, juntos. Poco a poco, cerraría los ojos. Sería una muerte dulce, sin llegar a verse anciano, carcomido, sin tener que ver a esos bastardos a los que tanto odiaba.

-¿Qué harás, Fiodor? -preguntó Virginia, madre de sus hijos, nunca espasa.

-Fumar y callar -respondió el Fiodorovich como haría su mismísimo padre.

-Beatrice puede quedarse, pero la madre debe irse cuanto antes.

Salió un momento a contemplar el cielo y dejó caer las cenizas sobre el porche de madera. Apagó la pequeña brasa humeante, casi blanca debido a la fuerte concentración de latakia, sobre el piso. Con la bota apagó la llama, sería mejor no provocar un incendio. Eres malvada, vieja arpía; buscas venganza, señorita York; quieres verme solo, Virginia... y es por eso que la quieres echar de mis tierras, de los dominios de mi padre...

Del que nunca ha sido tu hogar.

La miró una vez más: anciana, cansada, vulgar..., manipuladora. ¿La amaba? La amaba.

Stanislaus respiró profundo y acompasado junto al husky Robin. Abenarabi, como en un suspiro también jadeaba, calurosa, agotada y cargante. ¿Una pipa más? Tenía la lengua pastosa y apelmazada por la absenta y el tabaco, por los años y los recuerdos. Robin resopló profundo, ¿qué habría sido de Cecil?

Tomó virginias y una pizca de latakia. Palpó con los dedos pulgar e índice para así comprobar su adecuado grado de humedad. Era un clima desastroso para el tabaco, pero parecía conservar la proporción correcta. Se apelmazaba a veces, ya seco, y había que separarlo en finas hebras para poder fumarlo correctamente, como sucedía con los flakes.

Las mezclas balcánicas se obtienen de combinar tabacos orientales (macedonios y demás) con virginias y latakia en un porcentaje no superior al cuarenta por ciento. Stanislaus estaba cansado de medir. La práctica le había llevado a calcular las proporciones por puñados. A veces la mezcla no tenía el suficiente tiempo para que sus elementos se fundieran en un único sabor.

Virginia miraba por la ventana mientras Stan vigilaba atento. En el establo, Cecil desató a Incitatus y le golpeó con fuerza. Corre, viejo amigo, cabalga, relinchó el culpable. Su hermano, al fin, estaba calmado, un viejo juego entre víctima y verdugo. Su madre cerró las ventanas, sólo él pareció darse cuenta. Absalón estaba en calma. Nunca más volvería a salir de su cuarto, donde la encontrarían poco tiempo después, exánime.

Tomó la mezcla sobre una servilleta, no tenía tiempo de bañarla en licor y que éste fermentase el tabaco. Se atusó la barba. Robin suspiró, de nuevo. No le gustaba el tabaco. No te preocupes, chiquitín, será la última vez que tendrás que soportarlo. ¿Un paseo? El can reaccionó rápidamente, levantando sus orejas picudas, con un leve defecto en la zona izquierda. El pelo, aún brillante, le cubría y le daba un noble aspecto. Tomó la mezcla y cargó la pipa, las virginias estaban demasiado maduras para su gusto pero sería un placer tomar, al fin, algo decente.

Fiodorovich no articuló palabra, sólo miró a su esposa muerta y dio la orden. Absalón, poco a poco, se consumía

como cenizas. Había muerto, tranquila en su cama, sin gritos ni dolor. Lo merecías, querida. ¿Tendrás ahora su perdón? La encontraron sobre una colcha sin una sola arruga, con los brazos cruzados. Corre, chiquilla, ve junto a ella.

¡Viento! –pidió el pater.

Stanislaus abrió la ventana, sobre la polvorienta ciudad de Abenarabi. La brisa trajo las cenizas y los recuerdos de antaño. ¿Te ha perdonado?

-Tu madre quería que lo tuvieses -le dijo-. Era del coronel.

Fiodor Fiodorovich extendió y puso sobre la mano de Stanislaus un atacador de plata. Ningún otro de sus hijos recibió nada. Lo guardó en el bolsillo, mientras se escuchaba a Incitatus relinchar, lejos, libre.

Abrió el armario y se sirvió un brandy que terminó de un solo trago. ¿Así que quieres dar un paseo, Robin? Le encantaba salir a aquellas horas intempestivas. El husky no soportaba el calor, y parecía desfallecer y perder las ganas a mediodía, como ocurría con su dueño.

Stanislaus había perdido el apetito y las ganas de dormir, como buen Fiodorovich. Queda poco, chiquitín, ya escucho la canción de mi amada a lo lejos, ya siento a la bella Beatrice. Sus labios estaban agrietados.

CAMINO XX



Fiodor Fiodorovich entró en el establo. Jamás se le había visto gritar a uno de sus hijos. Fumar y callar. Se escuchó un golpe seco. No, nunca le golpearía el ya viejo patriarca..., recordamos a las personas en su juventud, tiempo, cenizas, nunca serán jóvenes nuestros padres..., recordamos sus gestos cansados y sus espaldas torcidas, sus arrugas y los momentos de paz... Sólo le miró cansado y arrojó una botella contra el abrevadero de piedra... Fue un golpe seco.

Cecil tornó el gesto serio y se fue, nunca más el viejo montaría a Incitatus.

Stanislaus y Robin solían pasear por la zona antigua de la ciudad, excremento tras excremento, la mayoría de Robin. Encendió la pipa. Antaño, Robin empujaba fervientemente, con prisa por alcanzar su objetivo. ¡Qué poco necesitas para ser feliz, amigo! Olisqueaba por doquier, fijando su atención en algún arbusto que crecía impertinente sobre las murallas milenarias de Abenarabi. Torció por la avenida, antaño cerrojo y orgullo de sus habitantes, ahora apenas algunas piedras carcomidas, amarillentas como el desierto que rodeaba a la ciudad.

-Beatrice está embarazada -fue en ese momento cuando Stanislaus lo planeó todo, como una serpiente agazapada que observa.

Los primeros rayos de sol se acercaban, en ese insulto constante que es el amanecer. Era un aire caliente que golpeaba en ráfagas leves. Robin respiraba cansino mientras observaba de reojo a su dueño fumando. El animal había perdido la rebeldía y caminaba sin correa, a pesar de la prohibición expresa de las autoridades.

¿Alguna vez alguien había podido estorbar en algo a un Fiodorovich? Aquel era el lugar en el que el último de la saga moriría, simplemente porque así lo deseaba, sin aceptar motivos ni normas, libre como el primer colono de un pueblo sin nombre. A veces, Robin se adelantaba, recordando sus tiempos salvajes. No aparecía hasta que su amo daba la orden para la vuelta a casa, buen Fiodorovich. Nunca se perdería, pero le gustaba tomar sus propias decisiones, instintos.

Aquella misma mañana, Mary Maud fue expulsada de la casa. No se hizo lo mismo con su hija, a la que se permitió permanecer como criada.

-No tienes la culpa, mi niña -dijo Virginia-. Cuidaremos la una de la otra... Seremos amigas, ¿qué te parece?

Mary besó a su hija sin sentimiento (ya había hecho demasiado por ella, la había librado de prostituirse en el muelle de San Francisco). Tomó sus pertenencias, apenas un par de vestidos y un sombrero floreado para ir a la iglesia los domingos. Cecil tomó aire y sonrió: al fin solos, mi niña. Cuando Mary Maud salió de la plantación, el benjamín la escupió con ganas, y la vieja estúpida rió.

-Lárgate de una vez- dijo Fiodor Fiodorovich.

Tomó del brazo a Cecil y, por primera vez, le dio algo parecido a un abrazo. Beatrice no lloraba.

Jamás volvieron a ver a Mary Maud por aquellas tierras. Dicen que la vieron feliz en Nashville, junto a un camarero que sabía reír y que no pretendía otra cosa que seguir haciéndolo. Nunca más volvió a mencionar a su hija.

Sabía que todo cambiaría ese preciso día. Virginia no sabía por qué protestar y empezó a ser una de esas mujeres calladas que llevan su casa en silencio, con la autoridad de una mirada. Comerían silencio hasta el día

en que la última York murió, bajo el gobierno de una mujer encerrada...

-Puede que sin rencor que alimentar no tuviera fuerzas para seguir viva -dijo su marido.

-Estaba cansada de esta tierra -respondió alguno de sus hijos a una pregunta que nadie había formulado.

Las heladas de aquel año terminaron con la cosecha. ¿Y a quién diantres le importa un poco de tabaco? Los siete años siguientes, no hubo Periqueé Absalón. Dos granizos y varios años de lluvias lo impidieron. Fiodor nunca se preocupó, era el precio que había que pagar y estaba dispuesto.

-Aún muerta, la señorita York nos envía sus regalos.

Un regusto amargo le despertó. Los ojos se cerraban. Quizá fuese ese el secreto, pero... ¿por qué aferrarse? La vieja de la limpieza vendría en apenas dos horas. Tendría que estar todo terminado para entonces. De no ser así, el proceso se dilataría tres días más y Robin no estaría a gusto junto a su cadáver putrefacto. Había logrado un sistema de goteo que le permitiría tener agua de sobra y además tenía comida suficiente para, al menos, una semana. Estaría bien, pero prefería ahorrarle el mal trago de pasar tres días solo. ¿Te gustará tu nueva casa, Robin? Tendrás más amigos. Es una vieja bruja, pero adora a los animales. Estarás bien. El can desapareció tras la muralla, rumbo al desierto. No, no era conveniente adentrarse más allá. La luna, centelleante y tierna, bañaba el rostro de Stanislaus Fiodorovich. Más allá, sólo arena, horizonte. El perro miró atrás, esperando la compañía de su amo. ¿Por qué no? Vayamos al desierto, chiquitín, nuestra última aventura.

Sin embargo, los cobardes permanecen siempre quietos.

Años después, era imposible distinguir la edad de cualquiera de los hermanos, sucios, casi desagradables.

Cecil reía constantemente sin importarle la situación, la barba de Stan comenzaba a encanecer, y Pierre sólo salía de la granja para comprar provisiones. Había tomado un aspecto duro, mal encarado. Casi nunca hablaba, salvo para quejarse sobre el estado de la plantación, cada vez más precario. La estatua de Fiodor I, situada en la plaza del pueblo, hacía tiempo que había sido presa de los desaprensivos y le habían arrancado la mano derecha. El cabello del segundo Fiodor caía cano y descuidado sobre sus hombros.

Desde que ningún médico le visitase, no se tenía noticias de la tuberculosis de Stanislaus.

Se tocó el pecho, antaño henchido, casi orgulloso. Veía, a veces, como en un recuerdo, las ruinas de Absalón, tal y como lo había soñado... ¿Alguna vez lo has pensado, Cecil? ¿Qué te parece? Ambos sonrieron, conscientes. Sé que no eres idiota, que sólo finges... Así tu vida es más fácil...

-También tú finges, Stan -respondió Cecil-. Soy libre, atado a mi propia correa. ¿Cómo se llama?

-Robin, buen perro.

-¿Te acuerdas de Joyce? Era y es el mejor, siempre cuidando de todos nosotros... Recuerdo el día en el que me gritó el viejo. Fue la primera y la última vez que lo hizo. Joyce se sentó junto a mí y dispuso su cabeza sobre mi rodilla, con los ojos caídos. Yo, el retrasado, el idiota..., tenía un amigo.

Stanislaus miraba, al fondo, la vieja ciudad que se despedía. Arde, Absalón.

-Te atas a tu enfermedad que también sé que hace tiempo ha desaparecido. Sí, hermano, nos parecemos después de todo, y también a Pierre. ¡Míralo, tan digno y trabajador! Le ha tocado la desagradable tarea de mantener la plantación en pie. ¿A quién le importa esta tierra seca? Hace tiempo que nuestro padre espera la

muerte, desde el día en el que se fue la criada ésa... ¿cómo se llamaba? No me importa, era una vieja despreciable que me vendió a su hija, mi amada prima. Ese animal que nos dio su apellido pasa ahora sus días bebiendo como si quisiese terminar con todo... ¿Qué te parece, Stan?

Robin aceleró el paso, perdiéndose en la lejanía.

Cecil sonrió como el día en el que desapareció la madre de Beatrice. Ahora, por fin, tenía una especie de hermano, ¿un enemigo en la sombra? Alguien que, como él mismo, fingía ser quién no era. ¿Qué le importaba Absalón? Era todo lo que había conocido. Tal vez podría huir y conocer los lugares de los que hablaban los libros de Stan, visitar parajes más allá de aquel cielo despejado y sin futuro. Pero las hojas de tabaco y los bosques y los pantanos y las zarigüellas y las ratas y el viejo Joyce eran sus compañeros, en su plantación ajena al mundo, en sus mentiras.

El viejo Fiodorovich jamás diría una sola palabra si huían, ni siquiera trataría de detenerles. ¿Dónde estaba el cariño paternal del que tanto hablaban las novelas? Tampoco defendió a Mary Maud ni luchó por Virginia ¿Qué se podía esperar de un soldado cobarde?

Stanislaus tenía ya cien años, como dicen de los poetas. Estaba cansado, el cabello aún no había encanecido totalmente, pero su barba comenzaba a lucir ese aspecto formal propio del hombre maduro. ¡Lástima que tengas que morir, serpiente! Stanislaus escupió sobre la muralla, vieja arpía. Robin ladró, todo lo que puede ladrar un husky nacido para aullar..., mitad perro mitad lobo. Levantó sus patas delanteras y volvió a bramar.

Stanislaus sonrió, también Cecil. Hermanos, queridos hermanos.

La vio arder, otro sueño. Robin levantó las patas, contento, él también vio las llamas.

Fiodor Fiodorovich se desprecizó después del largo día. Se sentía extraño tras haber enterrado a su esposa, en una mezcla de malestar ante lo que se avecinaba, y ese sosiego que encuentra el hombre tras haberse liberado del lazo que él mismo se ha impuesto. Tomó el primer trago, pacífico y aterrador. Se había acostumbrado a verla, sempiterna en la ventana, contemplando cómo sus hijos crecían y los caballos dejaban de cabalgar. ¿Qué había sido del viejo Ruach? Había muerto, como todos. Una mañana se levantó y el corcel estaba caído en el piso. Lo vio agonizar durante días, con el profundo ojo negro abierto mientras luchaba en vano por respirar. Tomó la vieja escopeta con la que, dicen, su padre había matado a un oso y, despacio, apuntó a la frente del animal. Adiós, amigo. No quedan ya colinas por recorrer. El viaje termina aquí. Disparó. Sintió de veras la ausencia del bello potro con el que tanto había compartido: fiero pero noble, como todos los animales. Un caballo jamás faltaría a su dueño, y los errores cometidos por él serían los de su amo, obediente hasta el mayor desatino, buen compañero.

Fiodor se sentía pesado, la noche había sido larga. Ya sólo quedamos nosotros, hijos míos. No quería verles, alimañas que reptarían ahora sin madre. Ya eran rapiñas cuando ella vivía, ahora serían aún más despreciables. Odiaba a Stanislaus y Cecil, iguales, teatrales como él mismo.

Ambos fingían estar enfermos: hacía tiempo que Stan no expectoraba, hacía tiempo que miró los ojos viciosos de Cecil. Observaba la ropa sucia: era sangre de animal, ¿cómo la consigues, Beatrice? Sé que estás embarazada y que no lo quieres. La anciana Mary Maud cayó en sus propias redes... ¿Creías que iban a echar la culpa a Cecil?

Sí, conocía a la autora de la patraña: Virginia.

Sí, la amaba, desde la tumba cercana a la plantación.

Stanislaus buscaba a Robin mientras recorría las murallas de Abenarabi. Corre, pequeño, corre, sé libre. Sé que me observas y que nunca te marcharás, ¿no quieres ver mundo, chiquitín? Rebuscó en su americana y allí estaba, un gastado cuadernillo de notas en el que solía anotar ideas para nuevas historias.

Joyce era un perro de un color negro intenso, mezcla de Golden Retriever y pastor belga: celoso y díscolo, pero cariñoso y hogareño. Jamás se separaría de él. Había tomado por costumbre dar largos paseos solo.

El cuadernillo estaba repleto de historias sobre Absalón y sobre el viejo sur... ¿Qué quieres decirme, viejo mentiroso? Observó los símbolos a la izquierda de los capítulos y sonrió. Viejo pedante. Joyce dormitaba a su lado. Se recostó solicitando una caricia. Buen perro. Rascó su lomo, nunca tendría suficiente. Quería al perro más de lo que nunca jamás amaría a sus hermanos, ni siquiera le costaba reconocerlo. Se alegraba de su muerte, sin hablar, razonándolo. Escribió al borde del cuaderno letras en caracteres extranjeros.

-Vamos, hermanito -decía Cecil-. Ella también lo sabe... pero no es mejor que tú o que yo. También ella finge, porque sabe que el mundo termina en aquella cerca. Cuando era pequeño me cantaba preciosas nanas... aún me acuerdo. Yo la tiraba del pelo para hacerla rabiar... cada día un poco más, cada día un poco más fuerte.

Llovió durante años sobre Absalón... se perdieron las cosechas y los hombres fumaban y reían. Desde la otra habitación, se escuchaba la voz suave de Beatrice, que cantaba a Cecil, pequeño lobo enjaulado.

-Una vez me habló de ti, hermanito. Dijo que entre todos los seres despreciables de la creación, tú eras el que más asco le daba. Le pregunté el porqué. Permaneció callada unos segundos y luego se apartó. No respondió.

Al fondo se podía ver la sombra del husky, que instaba a Stan a continuar el viaje a la nada.

-¿Sabes? La tiraba del pelo, pero ella no se apartaba. En ese momento me di cuenta de que, hiciese lo que le hiciese, por muy mal que la tratara... siempre estaría en mis brazos, con una canción especial para mí.

Cesarán las lluvias, hermano... ¿de qué nos hemos olvidado? Nuestro padre llama, desde el otro lado de la plantación.

CAMINO XXI



La palabra Kábalah proviene del hebreo. Significa “recibir” o “revelar” y hace referencia a cómo Moisés recibió (le fue revelada) la tradición oral, una serie de enseñanzas que habría de transmitir al pueblo de Israel.

Sobre la cenicienta ciudad de Abenarabi, Stanislaus, antes de morir, lo comprendería todo.

El cuadernillo estaba garabateado por la que parecía ser su letra. Aún había restos de tierra y miedo. Absalón, Absalón. Tiró las cenizas y guardó la pipa, aún caliente, en el bolsillo de su americana. Era aquella Peterson, la preferida de su padre. Cuando dejó la plantación, la robó. ¿Qué importa un pecado más para el diablo?

Su padre no diría nada... a veces le hubiese gustado que le gritase, que le reprendiese por todo aquello que hizo.

-Fumar y callar, pequeño -decía el viejo desde el paraje angosto.

Ni siquiera el día que murió gritó el Fiodorovich, ¿para qué, hijo mío? ¿Quién va a escucharme en este lugar? Aquel cuadernillo le traía recuerdos, casi todos ligados al buen Joyce. Con su hocico inteligente escudriñaba cada rincón, asegurándose la ausencia total de amenazas. Sólo cuando la estancia estaba segura permitiría entrar a su dueño, ya sonriente. Sobre aquel cuaderno parecía haber garabateado la historia completa de Absalón en caracteres hebraicos. Joyce estaría allí, con él, guiándole en cada recoveco y planeando cada nueva aventura.

Buscaba ahora, sólo en aquella ciudad que parecía pertenecerle, en los últimos momentos, en medio de este Absalón caduco.

Allí estaba, en el despacho de su padre. Tomó un poco de tabaco del primer bote que encontró sobre el armario. El sabor fue áspero, seco, tosió... Inexperto jovenzuelo al que pocos meses antes había enseñado a fumar su abuelo, el coronel.

¿Dónde estás, Robin?

Joyce se apartó, nunca le gustaría el humo de la pipa. Los pulmones le devolvieron un sonido quebrado, como un lamento... parecían gritar. Otra vez tosió sangre. Fumar era algo que le iba a gustar, se inició el día en que murió su abuela York, un día para recordar.

Los capítulos avanzaban, la caída de Cecil, Elisabeth y Anthony... hasta el primero de los Fiodorovich tenía su sitio en aquel relato escrito en unas pocas líneas de un viejo cuadernillo. Leyó sin orden frases sueltas, saltando de un capítulo a otro y revoloteando para luego volver al principio.

Camino XIII... A los pocos días, Virginia York dio a luz a Cecil, su tercer hijo. Nació pelirrojo como sus otros hijos, marido, y todos los que llevaban el apellido Fiodorovich.

Sonrió ante la casualidad: era el número que Cecil merecía.

Años después, se acostumbró al humo..., ya se podía ver a Stanislaus fumando y dando paseos acompañado de su perro.

-¡¿Dónde estás Robin?! -gritó.

No podía perderlo, ¿qué sería de él sin sus cuidados? Aún le quedaba mucho por vivir... Sintió algo parecido al miedo, al dolor..., el que no pudo sentir al ver a su madre tendida sobre el lecho, ya sin vida.

Joyce gruñó, desde el otro lado del cuadernillo. Quería más caricias el can. Nunca te parecerás a mi padre, Joyce... eres valiente. Era en una de las pocas cosas en las

que estaban de acuerdo padre e hijo: los animales son siempre más nobles que las personas.

Eran noches abiertas en las que se podía escuchar perfectamente el canto de los grillos. Leyó:

-¿La echas de menos, Stan? -Fiodor sonrió, casi por primera vez ante su hijo. Éste le sintió cerca.

Le hubiese gustado tener un padre.

A lo lejos, la cabeza en blanco y negro del husky siberiano llamaba a su amo, agotado y nervioso. Ahí estás, chiquitín, qué susto me has dado. Le esperaba, para salir al desierto. Corrió en su busca como corrió al ver a su hermano Cecil tendido a los pies de Incitatus. Respiró al encontrarlo, parecía sonreír.

-Ven conmigo.

Entraron, apenas era un apartamento destartado.

-Tienes que cuidarlas -decía su padre ante una brillante Savinelli-. Hay que evitar que la boquilla se atasque y recuerda nunca, jamás, fumes en una pipa caliente, es el principal secreto, ¿qué tabaco te gusta?

Stanislaus no supo qué responder. ¿Era aquello tener un padre? O'Shea miraba, desde la lejanía... ¡Cuánto le odiaba!

-Prueba éste -y depositó sobre su mano unas hebras casi negras.

-Es latakia, un tabaco sirio del tipo ahumado... puedes mezclarlo si te parece muy fuerte. Pronto te acostumbrarás. Lograr una buena mezcla es como conseguir una canción que el mundo recuerde, hijo... A mí no me gusta el periqueé que hacemos, pero podrás encontrar bonitas combinaciones ya tratadas.

Fiodorovich tomó la pipa y enseñó a su hijo las fases de la carga... Los tres pasos a seguir, despacio, casi con cariño. El primero... como nieve que cae, así se depositará suave en el fondo de la cazoleta... con mimo. Se cargará el segundo un poco más fuerte y se

presionará..., con mano de mujer, para terminar con la tercera parte, que ha de ser la más compacta.

-Se logrará de esta manera una fumada equilibrada y placentera.

Le despreciaba, después de tantos años y todo lo que ocurrió aquella noche, le despreciaba.

-¿Qué fue de tu enfermedad?

Ya despierto, Stan rió: le hubiese gustado que aquellas líneas mal escritas sobre papel barato hubiesen dicho la verdad. Acarició la frente de Robin, siempre fiel. No podía reñirle, ¿cómo reprender a un escorpión? Es su carácter. Todos hemos fingido demasiado estos años, papá. Aquel “papá” resonaba áspero, podrido en sus labios.

A veces, Cecil caminaba a su lado. No, con él ya no tenía que fingir.

-¿Alguna vez has pensado en salir de aquí? -le preguntaba-. ¿No te cansa hacer cada vez lo mismo... esperar cada año la cosecha y echar el agua al pestilente tabaco que siembra el viejo?

Cecil le miró. Quizá fue en ese momento cuando lo planearon todos... hermanos, queridos hermanos.

Tomó a Robin con fuerza, pero sin evitar muestras de cariño. No había logrado Stan convertirse en un dios, ser el alma fuerte que, un día de junio, habló a Cecil.

-¿Y dónde piensas ir, amigo lector?

-¿Importa? Podríamos recorrer el mundo, lejos de todo esto... ¿De verdad no estás cansado?

-Mírale...-dijo Cecil mirando a Joyce que se había dispuesto a los pies de su amo-. Probablemente le quieres. ¿Le llevarás contigo? ¿Qué harás con él? No mueves un dedo, como yo... Ambos nos parecemos... Salvo que no necesito fingir creer en estupideces que justifiquen mis acciones.

Cecil hablaba seguro, mucho más de lo que Stanislaus lo estuvo en su vida.

-Un día, el cerdo morirá. No tardará mucho, sólo es un viejo ridículo, como lo fue su padre y como lo somos nosotros... Mira a Pierre, el pobre, afanándose en mantener la plantación en funcionamiento. ¿Crees que eso le importa a nuestro padre? No, él mismo espera que todo esto arda y poder pasar sus últimos días con alguna fulana en un motel barato de San Francisco.

Pero Mary Maud ya no le espera.

Cecil rió: no se podía sentir otra cosa que desprecio ante aquel pobre cordero asustado tras los libros.

-¿Crees que soy un cobarde, Stan? Mira a ese O'Shea... Llevas su sangre, mírale... Barrigudo y patético, se arrastraría a los pies del viejo por un par de monedas. Pero tiene su gracia... ¡Justicia poética lo llaman tus libros! Él ha logrado vengarse, tú nunca te atreverás.

Stanislaus miró la colina, mientras sostenía de la correa a Robin en la ciudad perdida. El perro le arrastraba, señalando con el hocico: había encontrado un rastro. ¿Dónde vamos, chiquitín?

Llueve en Absalón como llueve en la biblia, como caen las gotas sobre Abenarabi. Se perdieron siete cosechas y en el pueblo culpaban a los Fiodorovich de las incesantes lluvias.

-Ya sucedió cuando llegaron -dijo uno-, cuando el primero de esos bastardos construyó la casa.

-Murió el primer arquitecto, dicen... ¡Víctima de las fiebres!

-¡Y morirán muchos más si no lo evitamos!

Hacía tiempo que los muchachos callaban, y era Fiodor el único que aún se atrevía a dejar las tierras, guiado por Incitatus. Iba, como cada noche, al burdel y a la vieja taberna. Los que antes hablaban, callaban cuando entraba el antiguo pelirrojo. En silencio, apuraba su copa,

retratada en un cuadernillo años después por su segundo hijo, Stanislaus. Mostraba el viejo un aspecto cansado y débil: desde que se fuese la vieja Maud, nadie había en Absalón que cocinase.

Stanislaus volvió algunas páginas, sin orden.

La hija de la antigua criada, Beatrice, hacía las veces de limpiadora y esclava personal para los hermanos (es lo que ahora han venido en llamar “ama de casa”). Rompió aguas una mañana de marzo, entre intensos aullidos de dolor... Los muchachos rieron juntos, ¿cómo puede gritar tanto una esclava? ¿Acaso nunca le dijeron que estaba en este mundo para sufrir? Llamaron al niño Cecil Fiodorovich (todos en la hacienda estaban a esas alturas convencidos de que era fruto de la relación de la criada con el más pequeño de los hermanos).

-Será una cosecha de cieno -dijo Fiodor Fiodorovich antes de salir.

Frente a la estatua de su antepasado, miró al cielo. ¿Cómo lo hiciste, abuelo? Sobre el gran caballo, embutido en un sombrero (se suponía que tejano)... con un bigote que nunca lució. Eran historias nada más... las que había escuchado por boca de su padre y las que nunca habían sucedido. Eran esos cuentos de hombres sin cabeza que cada noche, a caballo, atravesaban la plaza del pueblo, con un rastro de humo y miel y cruces llameantes... dejando desgracia y lluvia a su paso. ¿Dónde estaban los muertos? Cerca de la plantación, ahora perdida para siempre, descansaban aún más historias del Mississippi. Miraba a su nieto Stan, con sus ojos grandes, rasgados y profundos... inteligentes como una serpiente. Sí, contarás otras mil historias más y, con los años, mirarás la estatua de tu tatarabuelo y le preguntarás por los muertos, como ahora hace el mismo Fiodor II, hijo de Anthony y Nathalie Fiodorovich.

Regresó a Absalón y se desprendió de las botas cubiertas de barro arrojándolas a una esquina, al lado de los abrigo y las chaquetas, de los sombreros caídos de Mary Maud. El secreto aún permanecía a salvo, ¿quién conocía el final? Las historias del gran río se susurraban entre los pinos bajos, en silencio. Fiodor había sido la segunda generación nacida en aquel país al que despreciaba, de nuevas tradiciones cambiantes en el que cada generación imponía su ley y terminaba con todo lo anterior, ¿quién contará nuestra historia? Seremos monstruos en una tierra ajena, en un mundo exótico que se escapa, como esa cosecha que, bajo el barro, se pudre cada día, con cada nueva gota de odio que traen los colonos.

Se escucha alejado el dulce canto de la muchacha, envuelto en tilos y rencor. No seré nunca vuestro padre, quizá la estatua alguna vez perdone a Virginia, hija de una lamia. ¿Por qué guarda la piedra todas las preguntas?, ¿por qué es la tierra mineralizada la que nos dio el más amargo de los tabacos?, ¿por qué es el cielo el que ahora nos lo quita?

-¿Dónde está la criada? -se preguntó Stan, polvoriento, alejado de la muralla.

Fiodor miró, desde la ventana, la luz encendida en la cabaña de los sirvientes. Era Mark... También él se había manchado las manos, como hizo también su padre. Te he condenado por celos y por venganza, pero te he condenado porque me condeno, porque soy su padre, Mark, y porque también tú eres su padre. Nuestros hijos son ya adultos y es hora de que, como todos los sueños, también Absalón muera. Es tu hora, O'Shea. Toma tu último trago y espera que, agrietados, tus ojos ya se cierren.

Vuelve, Stan, y termina tu historia.

ESFERA IX: EL PADRE

יָסוּד

Cuando cesaron las lluvias, hallaron el cadáver de Mark en la cabaña, muerto por la enfermedad de la patata. Lo enterraron aquel mismo día entre el cieno y la cosecha, al lado de la tumba de Virginia Fiodorovich. La lluvia cesaba, en calma.

Se desperezó, despacio, el gesto tantas veces repetido, en mil páginas iguales a ésta. Ya conocía el final, buen lector.

Hubiese sido un pequeño libro, se dijo Stanislaus Fiodorovich, sobre la ciudad polvorienta de Abenarabi, junto a su husky siberiano que, parecía, ahora, sonreír levemente: Robin. Se trataría de una historia sencilla, contada en diez partes, un hombre frente a su propia muerte, ¿hay algo más irónico? El protagonista sabría que iba a morir, en pocas horas y, como suele hacerse en los libros, recordaría su vida poco a poco. Habría dejado de recordar, en un presente ya futuro, aún más real. Le pesaban los huesos, pero, sin embargo, se sentía liberado de todo aquel mundo que había imaginado.

A veces, las paredes se hundían, fieles a una cursiva mal empleada.

-¿De qué murió aquel bebé?

Conocían la respuesta, todos callaron.

En la lejanía, la tormenta que se acercaba. No solía llover en Absalón, pequeña hacienda de los Fiodorovich, apenas unas hectáreas de terreno dedicado al cultivo del periqueé, pequeña isla en un oscuro pasaje de la memoria. El cielo, ennegrecido, se teñía de azabache y miel sobre las colinas cenicientas. Pierre herraba un caballo ya viejo.

-Cuentan que el segundo de sus hijos lo dejó escapar, pero el animal regresó.

-Nadie escapa de Absalón.

Se atusó el sombrero, siempre había estado allí, como el cadáver del pequeño Cecil, nacido el día de Pascua de una criada infiel, enterrado junto a su madre en un trozo de tierra abultado y diminuto, sin nombre. Los aldeanos prefirieron siempre olvidar.

-Decían —dijo Fiodorovich a Pierre, vástago estúpido pero trabajador— que los niños morían con los ojos abiertos al poco de nacer, es lo que se llama una metáfora. ¿Te crees todas esas historias, hijo? Sólo son cuentos para asustar a las viejas.

Cuentan que Dean aún respiraba, despacio, escaso, cuando le enterraron.

Como un personaje en un libro desgastado, Fiodorovich hablaba cansino, seguro, irónico en un mar de palabras que ya no le pertenecían. ¿Qué sería de él? Los bastardos hablarán, ya se acercan. Les escucho susurrar mi nombre.

-Sí, Dean aún respiraba. Su madre era incapaz de soportar aquellos ojos que se fijaban y la condenaban. “¡Enterradle rápido! No quiero volver a verlo.”

Como un relato que se escribe a sí mismo, Stanislaus tomó la pluma, sin cursiva. Junio. La luna iluminaba su rostro, en la imponente ciudad de Abenarabi, centelleante y tierna estrella. Diciembre.

El cielo estaba cubierto, en calma tensa. O'Shea peinaba la crin de Incitatus. No sabían ya siquiera en qué mes estaban, con las cosechas perdidas, ¿importaba una lluvia más? Diluvió durante meses y la tierra suspiraba, ahogado. Febrero.

-Tenía esperanzas en esta nueva cosecha, pero parece que se perderá... El cielo no nos perdonará esta vez.

Fidorovich miró las nubes.

-Debemos estar preparados.

Todos en la casa habían oído hablar de las grandes tormentas. Comenzaban con una pequeña nube espesa, oscura, amenazante. El cielo pronto se teñiría, había que resguardar a los caballos.

-Los criados dormirán en la casa, hay sitio de sobra.

No agradó al mayor de sus hijos la idea, mientras el semblante de Cecil se tornaba más y más agrio. Fiodorovich tomó la pipa, la espuma de mar que había fumado en las tardes junto a su amigo James York, la que sólo fumaba cuando estaba en calma, con al menos una hora para poder degustarla con parsimonia. Dio las órdenes y Pierre dispuso el establo y habló con O'Shea.

Se negó el irlandés, era lo previsto.

-Es el caballo de mi hijo. Cuidaré de él.

No dormiría lejos de aquel animal salvaje.

Comenzó como una pequeña tormenta. Sólo llueve de esa manera en el sur, escribiría alguien años más tarde, sobre un cuadernillo gastado, relatando la historia de su propia familia. No se movió el criado del establo, cuidando del corcel, huyendo de Fiodorovich. Tomó un trago de Jack Daniel's, luego otro más. No le encontrarían hasta varios días después, cuando al fin cesó la lluvia.

El aroma era intenso, como el que sólo se consigue con una buena espuma de mar. Pierre temía a su padre, la camisa de pana marrón y los ademanes toscos no lograban ocultarlo. Las horas transcurrían quedas en la casa... Calla, Beatrice, canta a tu pequeño, ¿cuidarás de él? Incluso el mismo padre le había tomado cariño. A veces, una gota se filtraba por entre las viejas vigas de la casa, cuya estructura amenazaba con desmoronarse.

Mark O'Shea, irlandés abstemio, tomó la botella de bourbon, le esperaba una larga noche. Llovía.

-Eres un animal fuerte, Incitatus, ¿a quién se le ocurrió ponerte un nombre tan ridículo?

En la gran casa, construida por el abuelo de Fiodor, se escuchaba el susurro de la esclava mulata.

-Se perderá la cosecha -dijo Pierre-. Deberíamos pensar en otro tipo de tabaco para el cultivo.

Fiodorovich rió. Las nuevas formas de cultivo se estaban extendiendo a pasos agigantados, ignorando Absalón. De vez en cuando, algún pueblerino se perdía por entre las inmediaciones de la granja. Ya no llevaba una pipa con pequeñas briznas de Periqueé Absalón, sino un vulgar cigarrillo rubio, lleno de Dios sabe qué. También el mayor de los hijos fumaba pitillos, imitando al débil provocador que jamás llegó a ser. Las empresas fabricantes de cigarrillos se habían hecho con el gran público gracias a una eficiente labor de convicción, sobre todo durante la última guerra mundial. Más tarde llegaron los cultivos baratos y las exportaciones desde España de tabacos de relleno, de muy baja calidad. Los burley se fabricaban en grandes superficies y daban la vuelta al mundo antes de formar parte de un pequeño paquete forrado con colores saltones y aspecto vulgar. Incluso las mezclas de pipa habían perdido empaque: el mundo se desmoronaba, los Fiodorovich se mantendrían en pie, fumando en pipas de brezo de siete años el mejor tabaco.

Absalón estaba más allá de todo ello. La muerte de Virginia había dejado un hondo silencio en la plantación, nunca volvería a ser la misma. Se mantenía la luz encendida en el establo.

-¿Qué estará haciendo el irlandés?

Nadie respondió a la pregunta de Pierre, el único hermano al que parecía importarle. La lluvia comenzaba a arreciar tras dos días y las paredes crujían mientras Joyce mingitaba en una planta cercana. Beatrice lo recogería, para eso estaba. Stan la miraba de reojo, ¿alguna vez

dejarás de observarla, hermanito? Desde la marcha de la vieja Maud, la muchacha se había vuelto más callada, consciente de la ausencia absoluta de protección, sus dos “valedoras” habían muerto. Ahora, sólo junto a aquellos tres hombres de ideales esquivos, se mostraba en público lo menos posible, callando a su pequeño hijo Cecil..., ocultándose en la cabaña o leyendo algún texto.

-Dicen que fue en páginas de Dante donde descubrió la idea.

Stanislaus tomó a Joyce y le sacó a dar un paseo, pese a la lluvia que no había cesado en casi una semana. No le gustaba al perro salir los días de tormenta, pero no pudo evitarlo: su amo tenía otros planes. Las horas pasaban.

Ya en el exterior, se dirigieron a la cabaña de los criados. Allí estaba, tumbado en la cama, las goteras caían sobre su rostro blanquecino. Tosía como años antes lo había hecho él mismo debido a la tuberculosis. Medio moribundo, el criado (su padre verdadero) no logró verle, ni siquiera abrió los ojos..., nadie dirá nada, estúpido cadáver. No, Stan no podía permitir que contagiase al buen Joyce. El desagradecido estaba gastando la luz de los Fiodorovich, ahora tendrían que volver a cavar.

Le despreciaba. La tierra estaba húmeda, lograrían una fosa profunda casi sin esfuerzo.

Enterraron a Mark O'Shea la misma noche que cesaron las lluvias. El cielo estaba despejado, casi azul. Su cuerpo hedía fuerte, seco y rígido. Al menos, no le habían visto morir. Los tres hermanos se miraron. Pierre cavó la tumba de su padre, su verdadero padre, sin lágrimas ni aspavientos. Fumaba un cigarrillo rubio, al lado de la primera sepultura, en la que descansaba el cuerpo de Elisabeth. ¿Alguien descansa en Absalón, hermanito?

Al fin, se había terminado.

Stanislaus guardó el cuaderno, estaba agotado. No tenía sueño, ya nunca lo tendría: era cosa de jóvenes. Robin estaba agotado tras el largo paseo. Había tenido una buena vida, ahora le tocaba abandonar a su dueño y pasar a una nueva etapa. Le daba pena abandonarlo. Fue el último que vio con vida a su padre el irlandés postrado en la cama, agonizante. ¿Es la vida que merece un hombre? Era algo parecido a un cargo de conciencia. Nunca dijo nada, recordaba perfectamente aquella noche, junto a su familia.

Quiero escucharte cantar, criada.

Fiodorovich fumaba la espuma de mar, regalo del eterno aspirante al cargo de alcalde. A veces, caía una gota sobre su rostro. Habían encendido la chimenea, que crepitaba, húmeda. Pierre pensaba en el caballo, animal fuerte, fiero. Sobrevivió a las lluvias.

O'Shea tenía los labios secos y ya apenas respiraba. Nunca se lo había contado a nadie. Se cubría con una vieja manta, casi deshilachada. Stanislaus se acercó.

-Espera, Joyce -dijo a su obediente cánido-. No te muevas de aquí, no vayas a contagiarte.

El perro obedeció, como siempre. Se acercó y destapó a Mark O'Shea, irlandés. Junto a él, una botella de Jack Daniel's, siempre.

-No vaya a ser que no te dé el aire, papá... Cuando salga -dijo con una sonrisa- te dejaré la puerta abierta para que te refresques. No creas que en Absalón no cuidamos de nuestros parientes. Descansa, papá. Recuerda a tu hijo que te quiere.

Había bebido hasta el final, como un buen patriota. No había tenido una mala vida, incluso había podido ver crecer a sus hijos. Stanislaus se detuvo unos instantes. Contemplar a su verdadero padre moribundo le había llenado de una extraña satisfacción, como el príncipe ante

el lecho de su rey. Le habría gustado quitarle la corona, lástima que se tratase tan solo de un criado beodo más.

Por vez primera se sentía el primogénito el verdadero heredero de un Absalón que nunca le perteneció. Soy un cobarde, pero os desprecio. Sabía la verdad de Cecil -no había secretos en la familia de malnacidos-. Pierre, con sus toscos ademanes, era como un viejo zorro, tan estúpido como temible en su idiotez. Cecil jamás sabría nada, pese a su inteligencia. ¿Le temía? Ambos se miraban, mientras compartían ese secreto proclamado a voces. Todo lo había fingido el más pequeño de sus hermanos, al fin se lo podía decir. ¿Qué le dijiste a Cecil aquella noche, madre? El animal se levantó a la mañana siguiente y, sonriente, preguntó: ¿verdad que Incitatus es negro? No engañaste a nadie, hermanito, pero todos preferimos callar.

-Yacía en el suelo, casi muerto... Pero te recuerdo en el bosque, hermanito. ¿Se acordará también de ti tu padre desde la tumba?

No le había costado fingir, se ahorraría tener que trabajar en las innobles tareas del campo, para las que el verdadero idiota de Pierre sí había nacido. Todos tenían su labor, y la de Cecil era la de darles, darnos, un final.

Cuando cesaron las lluvias, hallaron el cadáver de Mark en la cabaña, muerto por la enfermedad de la patata. Lo enterraron aquel mismo día, la lluvia cesaba en calma. Dejó la pluma y se desperezó. No quería que Robin le viese así, se sentía avergonzado. El can pareció comprender y se acercó, con sus espigadas orejas y su mirada inteligente. Sí, su amigo.

-¿Alguien pronunciará una oración? -preguntó Beatrice cuando Pierre terminó por fin la tumba.

Los hermanos rieron, sólo Cecil, siempre sonriente, evitó esta vez la sonrisa, cruel..., el más inteligente de los allí presentes. Beatrice les contemplaba..., temibles

hermanos. Se marchó. Lloró el niño desde la gran casa. Ve, madre, tu hijo te llama, ¿no querrás que coja frío?

Las lluvias cesaron. La cosecha no pudo salvarse. Fue un mal año.

El primer hijo de Beatrice, criada de Absalón, murió algún tiempo más tarde, sólo unas horas. Se llamaba Cecil Fiodorovich en honor a su padre.

CAMINO XXII



-No nacerá otro tirano de mi vientre. No vivirá más a través de tu roja espuma.

El pequeño Cecil moriría con apenas seis meses, la noche del 26 de junio de 1976. Los habitantes del pueblo prefirieron ignorarlo, como hacían con todo lo referente a la familia Fiodorovich. Aquella noche, dicen, se podía ver la ceniza cubriendo el pueblo como una nube de insectos. No se detendrá el llanto de la rojiza tierra seca.

Era un buen niño, guapo como su madre y con los labios abultados tan característicos de su abuela. Tenía también algunos rasgos del padre (nada más nacer ya asomaba una frondosa mata de pelo pelirrojo). Vivaracho, Fiodor temió desde un primer momento por la vida del bebé... Al fin y al cabo, era un verdadero Fiodorovich.

-Todos mueren en Absalón -dijo el viejo, casi sin esperanza.

Ya sólo quedaba Beatrice, siempre quedaría el canto de la esclava, envejecida con Absalón, junto al fantasma de Virginia.

-Desde allí, desde su ventana, nos mira.

-Deberíamos cerrar esa habitación, dejarla descansar en paz.

-¿Desde cuándo eres religioso, Stan? -preguntó el más pequeño de los hermanos.

Cecil volvería a montar a caballo. Parecía haber perdido el miedo a ser descubierto. ¿Qué importa una mentira más? Desde el nacimiento de su hijo el semblante del idiota cambió. Ahora se le veía mucho más serio, incluso taciturno.

¿Responsable y maduro?... Se equivocaban, como siempre.

Cecil Fiodorovich II nacería un dieciséis de enero del año mil novecientos setenta y seis. Desde el día de su nacimiento, no pararía de llorar. Su madre, ya convertida en un miembro por derecho propio de la familia, abandonó sus labores como criada.

-Ésta es tu casa, recuérdalo siempre, mi niña.

Cuando expulsaron a su madre de Absalón, las dos mujeres compartían el secreto.

-Te llamas Beatrice por la amada del poeta italiano Dante Alighieri. Escribió los más bellos cantos. Pintó benditos y santos, pero también condenados que, ahogados como nosotras, caminaban entre tinieblas.

El día que supo que estaba embarazada, habló con Fiodor. Prefirió mantenerlo en secreto, al menos unos meses... Claro está que una mujer con un recién adquirido poder no puede ser discreta por mucho tiempo. Cuando se negó a fregar, los hermanos dieron el pésame a Cecil (ahora con el aristocrático añadido de Cecil I).

El niño recordaba en los gestos a su padre, sonriente pero también caprichoso, tan inteligente como arisco y jovial. El progenitor miraba ahora sin embargo con recelo y desconfianza. Pierre cuidaba al niño como un buen padre, lo que nunca fue Fiodor. Jugaba con él e intentaba que conciliara el sueño. Las llantinas eran constantes y sólo callaba cuando Beatrice cantaba.

Beatrice se mudó a la casa, ahora ya convertida (a efectos prácticos que no religiosos) en esposa de Cecil. Éste, lejos de tomarla cariño la despreció aún con mayor ahínco. ¿Qué me has hecho, negra? No se bajaba el hermano menor del caballo y ni siquiera miraba a su esposa. ¿Me gritarás como hacía tu madre? Fiodor se negó en redondo a ceder la habitación de su difunta

esposa arguyendo motivos sentimentales. A veces, aún la contemplaba, fantasmal, tumbada en la cama.

Cuando Cecil II se acercó a Cecil I, éste fue lacónico. Sabía que, aunque lo quisiera, el hijo no era suyo.

-Ahora eres un auténtico Fiodorovich, ¿qué se siente? - el pequeño comenzó a llorar-. Lo sé, chiquitín, lo sé.

Recordaba en todos los aspectos al hermano idiota y de haber sido hijo de otro padre, cualquiera lo hubiera negado mirando sus facciones y ademanes casi idénticos.

-No te olvides, hija mía -la vieja Maud aún sonaba serena-. Éste será siempre nuestro hogar. Cuando seas la señora de Absalón, cava una tumba profunda para mí, porque es éste el lugar al que pertenezco y en el que vendré a morir.

El cadáver permanecería allí, aún sin parar de llorar después de muerto.

26 de junio de 1976

Beatrice aguardaba, con el espíritu sereno.

Pierre, como cada noche, cuidaba del pequeño, que lloraba, siempre lloraba. Lo tomaba entre sus brazos, fuertes del trabajo, y le cantaba alguna cancioncilla infantil. Mientras, el niño parecía sonreír pero al momento, sin un segundo de paz, regresaba la llantina. Lo mecía tranquilo.

Cercana, en la otra habitación, Beatrice aguardaba. Si se miraba fijamente, parecía querer sonreír, al fin. Nunca lo haría. Lloraba.

Esperaba pacientemente, no había que molestar. Beatrice aguardaba. Con suerte, quizá lograrse dormirlo Pierre. ¿Sospechaba su hermano que él era el padre? Desde que hacía años, la escuchase cantar no pudo más que mirarla. En sus modales de oso sería siempre el más

dulce de los tres hermanos, en su miserable hombría de cobarde.

Canta, Beatrice, canta para mí.

La mujer permaneció unos momentos pensativa desde la habitación contigua. Sí, los conocía bien, tanto a sus hermanos como al animal que siempre fue el padre Fiodorovich. Desde la cama, cerca de la cuna de su hijo... imaginaba la venganza, la que juntas madre e hija planearon... la que estaba a punto de realizar. ¿Se atrevería? Sonrió ante el espejo.

-Es mi casa, mamá, ahora será por siempre nuestra casa.

No podía permitirse sentir ningún apego por aquella criatura que ahora su padre acunaba entre los brazos. Fueron cobardes el día que expulsaron a su madre sin mediar palabra... fueron cobardes cuando la vendieron por miedo a Cecil y fueron cobardes cuando callaron... tres animales enjaulados en su propios dominios.

Cerca de la cuna de Cecil estaba la bañera, un modelo antiguo, apenas podía albergar su fino cuerpo. Sí, Beatrice, pobre, bastarda y esclava estaba orgullosa de lo que había conseguido: había llegado la hora de vengarse de todos ellos. Entró en la habitación y vio a Pierre, acunando al pequeño. Habría sido un buen padre, él mismo interpretaría el papel sin necesidad de director escénico. Le cantaba, como si fuese una madre, lo tapaba con una pequeña manta, el niño lloraba.

-¿Por qué no para de llorar? -preguntó la ya señora.

-Sólo es un niño, Beatrice -respondió Pierre, despacio, leve, para no importunar al infante.

-Dámelo, quiero darle un baño.

Beatrice tomó a Cecil fuertemente, zarandeándolo de un lado a otro, sin cuidado.

-Vete, Pierre.

El Fiodorovich la miraba, con asco y sin disimulo. Lo notaba, todos en aquella casa no habían hecho sino eso: contemplarla con repulsión mientras yacían a su lado, mientras vertían sus miserias junto a ella, incapaces de una palabra amable.

-Por fin, madre, nos libraremos de todo.

Era su hora.

Llenó la bañera de agua mientras esperaba, no convenía encariñarse. Lo tenía planeado desde hacía mucho tiempo, desde que aquel Cecil, que daría nombre a su hijo, la tomara. Le acunó entre sus brazos y, por vez primera, sintió cariño. El bebé parecía un extraño trozo de carne ajeno a ella. Lo había tenido en su vientre, le había dado el pecho, pero aquellos ojos, extraños, fríos, vacíos... no, no eran los suyos. No tenía en su regazo a su hijo, sino al último de los Fiodorovich, lo sabía.

Beatrice se desnudó lentamente. Dejó al niño por un segundo. Se miró al espejo y es que, a veces, lo hacía en secreto. Se sabía hermosa y era ése su poder, tendría tiempo. Se contempló una vez más ante su reflejo. Su perfil, antaño perfilado, se había tornado flácido debido al embarazo y las palmas de sus manos, blancas de la lejía, estaban arrugadas como las de su madre.

-Cavaré para ti, madre, cavaré. Éste es nuestro hogar.

Venganza. Fiodor la visitaba cada amanecer en la cabaña, ebrio, oliendo a taberna, a tabaco de pipa, a mujer barata... la muchacha estaba cerca, escuchando como cada vez su madre moría un poco más.

-¡Cómo he llegado a odiar el olor a tabaco, hija mía!

¡Venganza, madre!

Él la había intentado matar, como la había intentado matar a ella, al dejarla contemplar aquello. Poco le importaba ahora, su madre era feliz en Nashville y ella lo llegaría a ser también, después de la venganza... ¿era ese

ser un Fiodorovich? Su cuerpo, aún, sería bello. La bañera estaba llena y Cecil II había parado de llorar por una vez. Le atrajo hacía sus pechos.

-Sin duda, donde quiera que vayas, hijo mío, estarás mejor que aquí.

Lo atrajo hacia sí y, despacio, lo abrazó...

Canta, Beatrice, canta...

Y recordó Beatrice a su madre y los tiempos felices... y de entre sus labios surgieron terribles notas bellas, trágicas... Y Absalón entero escuchó la música por unos minutos, mientras el bebé, también, sonreía.

-Canta, al fin canta la esclava.

-Está feliz -dijo Stanislaus-. Al fin está feliz. Ésta canción es para mí.

Por entre las rendijas de las paredes se escucharon ecos y de entre los labios, poco a poco, la nana comenzó a apagarse.

Peinó la cabellera del pequeño, pelirroja como la de Pierre, ya casi frondosa. Apenas seis meses, último Fiodorovich. Antes de ahogar a la futura bestia, le besó. Cecil II aún sonreiría. Introdujo su cabeza en el agua, apenas un par de burbujas, un par de segundos.

Su hijo estaba muerto.

Permaneció durante una hora junto a aquel cadáver flotante y flácido. En Abenarabi, Stanislaus dejó de nuevo la pluma. Dolía.

Despertó tranquila, el niño tenía los ojos cerrados. La criada se sintió feliz y libre. Se levantó y se miró en el espejo, otra vez bella, perfecta. Tarareó la vieja canción que, desde niña, no había vuelto a recordar. Quizá, en otro tiempo, el niño pudiese aún escucharla, donde quiera que descansase su alma.

-Para ti, por ti, mamá.

Y los tiranos yacen ahora ahogados al fin. Cantó el poeta a su amada Beatrice.

Cuando Pierre Fiodorovich contempló el cadáver de su hijo ahogado, un vómito le invadió. Dicen que aún sonreía. Le enterrarían junto al primer Fiodor, era su sitio. Asco.

Beatrice aún susurraba su canción. El tirano ha muerto. Ahora, por fin, era deseada, estaba en paz.

Robin estaba agotado, buen perro. Joyce ladró, llamando la atención de Stanislaus que miraba la estatua del pionero ruso, según reza la leyenda. Las gentes callaban a su paso. Bajó por la avenida principal y torció a la izquierda, tranquilo, desafiante. Le gustaba aquella sensación, no podía negarlo. Años más tarde, la reviviría, en algún callejón perdido de la ciudad milenaria de una Abenarabi incierta.

Pierre Fiodorovich cavaba la tumba del pequeño Cecil cuando Fiodor llegó y se enteró de lo sucedido. Aspiró el humo que surgía a borbotones de su Savinelli. Lástima la elección del tabaco. De haberlo sabido, habría sido bien diferente. Apenas se resistió. Sería algo especial. Pudo aspirar tranquilamente el aroma del cavendish, elaborado con un baño de ron y otros secretos. Llevaba el suficiente tiempo en el negocio como para distinguir toda aquella porquería artificial colmando su paladar. El mal cavendish se aprecia fácilmente como a una esposa infiel, y deja un característico resquemor en la lengua, lo que no sucede con otros tabacos macerados naturalmente. Los daneses y holandeses habían sido siempre famosos por el uso de aromatizantes y, sobre todo, por productos que aceleran el macerado (lo que reduce claramente su coste de

fabricación). Sin embargo, el olor era excelente, como solía suceder con los aromáticos.

Apenas terminó de fumar, Fiodor se dirigió a la habitación de Virginia. Tomó fuerte a Beatrice, tumbada en la cama de la señora, con ambas manos sobre el regazo. Vestía un vestido marrón, elegante. Estaba más bella que nunca. Sonreía. No necesitaría golpearla fuerte. Al principio, ella lloró.

Fiodor Fiodorovich prefería una mezcla de la casa McBaren, elaborada, según decían, con doscientas clases diferentes de tabaco. El aroma era puro y se disolvía en la boca como la vainilla, sin conseguir ese empalagoso sabor. Con el tiempo había aprendido a distinguirlos bastante bien, pero aquella mezcla seguía siendo su favorita. Lástima haber olvidado su nombre.

Todo había sido parte de una trama en la que su propia mujer había participado. Despreciaba a sus hijos, sabía incluso que no eran suyos, ¿cómo podrían serlo?

Presionó su garganta. Beatrice, dulce Beatrice. Era una buena pipa, le gustaban las Savinelli. A veces, mientras fumaba, la recordaba. Podía imaginarla, postrada, cercana, frente a él. ¿Por qué te casaste conmigo, Virginia? Aquellas criadas pronto se acostumbraban al estridente sonido, gemidos ahogados. Se odiaban y querían, madre e hija: Mary Maud y Beatrice. Podía advertirlo en sus ojos hundidos, sangrantes.

Se había consumido rápidamente, como un mal general cartaginés. Recordaba, sobre todo, sus ojos, aquellos mismos en los que nunca pudo ver ilusión. No quería engañarse, tampoco él pudo sentir nada por ella. Muere, Virginia, muere, no podía dejar de admirarla. Alejada de todo mientras contemplaba, impávida, Absalón arder.

No se resistía Beatrice mientras la ahogaba. He vencido, mamá.

-Muero en paz.

La miraría como a la criada, mientras sostenía el cuello entre sus manos. Tenía la piel fuerte, como todas las mujeres de color. Le gustaba el regusto amargo cuando se mezclaba con el sabor del bourbon seco. Mi Beatrice. Nunca pertenecería a otro. Presionaría un poco más, suave, casi sintiendo cómo dejaba su vida escapar, poco a poco. Tenía los labios abiertos, rugosos, ¡cuánta belleza!

Beatrice se desplomó sobre el piso, muerta. En la lejanía, Pierre cavaba, mientras sostenía un cigarrillo rubio entre sus labios acartonados.

ESFERA X: EL REINO

מלכנה

27 de junio de 1976

El sol despuntaba, como el violín antes de caer el telón. Se abría, en dos melodías que buscan por imponerse. Stanislaus comenzaba a recordar, lento y sosegado, los compases. La mirada de su hermano... aguada y fina, Cecil, mi hermano, casi por primera vez sincera.

Sintió un resquemor en la boca, sobre las colinas de la cenicienta Abenarabi.

-Es la hora -dijo Cecil.

Fiodor dormitaba en el granero, cansado... había permanecido todo el día junto al cadáver de la criada. Apenas había transcurrido una noche y, sin embargo, el cuerpo de la bella Beatrice había comenzado a oler fuerte. Fiodorovich la miraba, en estado ya catatónico. No había demasiado que esperar, mientras Robin y Joyce jugaban al fin juntos, cerca del hermano menor.

Sobre Absalón se cernía la última de las nubes, como el final de una novela sin acabar, circular, sobre una Abenarabi cenicienta, tierna estrella. El tabaco descansaba, todavía sin despillar sobre el granero, apilado en cajas..., esperando durante tantos años, esperando sólo secarse.

Nadie le avisaría, Stanislaus tenía la boca seca y respiraba con dificultad. El único inconveniente sería dejar la mezcla sin concluir. No había tiempo ya, lo había comprendido hacía un par de capítulos, ya no necesitaba mirar el cuaderno para darse cuenta. Robin tenía calor, pero se sentó cercano a su dueño sin perder de vista a Joyce. Stanislaus abrió la ventana. El can suspiró, feliz,

Cecil miraba al husky extrañado: fuerte, capaz de soportar aquel calor sofocante. Joyce ladraba a Robin, que se aproximaba más y más a su dueño.

Cecil tomó el bidón de gasolina y roció primero el granero. El tabaco, húmedo, ardería sin dificultad, como sucedió el día en el que la región se llenó con el penetrante aroma del Periqueé Absalón. Cecil sería ahora el único y el último de los hombres. Stanislaus ya no podía ocultar su admiración. Sí, era el precio de la más suprema de las libertades. Cecil rió. Elisabeth, Nathalie, Virginia... ahora Beatrice descansarían en una tumba cerca de las hojas de tabaco echadas a perder.

No se movería el viejo de melena cana, junto a la que fue su amada, por tantos años en silencio, incapaz de tocarla. Apenas había dejado de ser una niña, la misma que cada día jugaba junto a Cecil, cerca de los cacharos de la gran cocina, antes de la muerte de Virginia. Desde la ventana, parecía que aún les observase la señora, aquella madre que nunca fue para ellos más que una extraña sombra, tras las cortinas de la ventana del piso primero.

Quizá deberían haberle avisado, al menos a Pierre, permanecía avergonzado en la casa el verdadero padre de Cecil II.

-¿Hace un buen día, verdad, hermanito? -preguntó sarcástico Cecil.

Nada pudo responder, sólo podía mirar a Robin, ya al final del camino. Atrás quedaba todo: el pionero ruso, los York y las historias de osos y ferrocarriles. Ya nada más existiría, más que en la breve memoria de los Fiodorovich, ahora preparada para ser olvidada. Sobre la mesilla, Stanislaus al fin sintió lástima por su padre, quizá admiración o pena... tumbado en el granero al lado de la mulata a la que tanto desearon.... repulsión por el único de los Fiodorovich que fue capaz de amar.

Joyce, entre sus fuertes fauces, ladró una vez más, casi colérico. Sí, trataba de avisar a su amo que le acarició la cabeza. Tranquilo. Fiodor atusaba el cabello de Beatrice.

-Está preciosa -dijo Cecil mientras tomaba la botella cercana al viejo-. Después de todo, viejo animal... Tienes buen gusto.

El benjamín apuró de un trago el último vestigio del bourbon, color madera, con etiqueta negra, un buen Jack Daniel's hecho en Tennessee.

-Hubo tiempos mejores, hermanito... nosotros mismos destilábamos el alcohol... No los conocimos, otros los recordarán, ¿verdad, Fiodorovich? Pobre viejo, ni siquiera se enteraba... Ni siquiera tuviste coraje para echarnos a patadas...

Cecil rompió en una gran carcajada que se escuchó, lejana y próxima. Joyce se asustó, buen perro miedoso, próximo a Stanislaus.

-Mírate, Stan, más cobarde aún que este pobre viejo... Nunca has movido un dedo por nada, mientras veías caer a una madre a la que adorabas. ¿A quién creías que engañabas? No te enfades con ella, era tan estúpida que nunca supo que sus propios hijos la despreciaban.

Desde la ventana de la casa, todavía parecía presente.

-Fuiste el único al que no repudiaba, pequeño -continuó-. Después de todo, supiste cómo hacerlo... embutido en tus ademanes de colegio, tan callado y frágil... Cuando se dio cuenta de que eras una serpiente... ella me habló. No engañabas a nadie, ni siquiera al pobre viejo... ¿Qué creías...? Fuiste demasiado cobarde como para reconocerlo... ¿qué sientes ahora al verla postrada? Dime, Stanislaus. ¿Te cantará ahora?

¿Para qué seguir ocultándolo? Stan la miraba desde que era un niño, con sus gestos estudiados..., con aquella timidez fingida para poder sobrevivir... No, Cecil ni

siquiera tuvo que aparentar nada, sólo permanecer callado y creerse loco.

Roció el resto del bidón por el establo, cubierto de paja y prendas de vestir sueltas. Sería precioso. Sí, junio es un buen mes para verlo todo arder, tras el infierno que se mueve: Absalón.

Veintisiete de junio de mil novecientos setenta y seis. Recordaremos la fecha.

-No dejes que se acerquen, hermanito -dijo Cecil refiriéndose a los perros-, podrían lastimarse.

Los canes acudieron, obedientes, tras la sombra de la serpiente.

-¿Que nos queda, Stanislaus? -Preguntó Cecil elevando irónicamente las cejas-. ¡Sí, la casa, la gran casa...!

Cecil sonrió, de nuevo, casi elegante. No parecía poder hacer otra cosa.

-En cierto sentido, echaré de menos todo esto, las malditas cosechas y el olor a sudor que emanaba del granero en cada recolección. Tuvo suerte el imbécil irlandés, ¿por qué molestarse por un desecho semejante? Lo único aceptable que hizo en su vida fue lograr el interés de una señorita aburrida, fea, irrelevante, del sur... Todo se quemará finalmente, desaparecerá, como volaremos nosotros. Tú tendrías que haber muerto hace ya mucho tiempo, pequeño tuberculoso.

Hacía tiempo que la enfermedad había desaparecido, Stan respiraba calmado, sano.

¿Quién te escuchaba, pobre loco?

-No creas que nuestra madre sentía lástima por ti, no.... Se acercó y me dijo lo que había pasado... que sabía quién eras y conocía tus maldades. Aún así... no sé bien por qué, pero te quería.

Algún día morirá tu hermano, tranquilo, pequeño... Los pulmones se le desgarrarán y estaremos los dos juntos... otra vez solos. Despierta, Cecil, despierta.

-¿No tuviste agallas para morir? Pierre siempre sería idiota, ¿qué sería de él sin Absalón? Es parte de toda esta ciénaga y debe ser enterrado en la granja, como el viejo Fiodorovich, viejo llorón estúpido.

Cecil se acercó a Fiodorovich y le propinó una patada para separarle del cuerpo sin vida de Beatrice.

-Dame la chaqueta, cobarde, mezquino, idiota... padre.

Fiodorovich no reaccionaba, asqueado, sin escuchar, incapaz de ver más allá del rostro de la criada.

-Tendré que hacerlo yo mismo -dijo el benjamín con gesto contrariado.

Retiró la chaqueta a Fiodor Fiodorovich y hurgó en sus bolsillos.

-Sí, ha habido suerte después de todo.

Extrajo de éstos un par de pipas tipo Liverpool (una Peterson y su vieja Dunhill, ya quemada del uso).

-¡Aquí tienes tu herencia, hermanito! ¿Cuál quieres? -sonrió.- Sí, lo sé, la Dunhill..., al fin y al cabo, siempre tuviste mal gusto. ¡Mira, ni siquiera queda el puntito de calidad...! ¿Sabías que perteneció al coronel? Menudo imbécil... Veo al viejo ahí tumbado y me asquea, sí, pero ahora siento una especie de lástima por él... No era gran cosa, sólo una vulgar esclava. ¡Pero qué voz más preciosa! Vamos, ven, ¿no sientes un cosquilleo especial? No, no te engañes, deseas hacerlo tanto como yo... ¿en qué estás pensando?

Cecil guiñó el ojo a Stanislaus, socarrón.

-No seas mojigato, hermanito. Me llevaré a los perros si no quieres que miren. Aún, casi... está caliente, o quizá puedas llegar a imaginarla junto a ti...

Stanislaus se giró, sincero, la miraría por última vez. Abre los labios y canta para mí, esclava. Yo, Stanislaus Fiodorovich, te lo ordeno. Joyce miró a Cecil altivo, como sólo un espíritu noble puede ser, torció su hocico y, finalmente, le despreció. El pastor belga, desde la colina, contrariado por el penetrante olor a gasolina que emanaba el granero, corrió. Le odiaba, como todos, no necesitaría volver a ladrar.

-Eres un buen perro chiquitín, me calaste desde el primer momento.

Ya lo dijo el coronel: fumar y callar.

Caminaron despacio, casi jactándose del momento. Sí, ahora lo podía recordar nítidamente, los pinos altos y el cielo azul de aquel junio prístino. Respiró profundamente y miró la tierra, árida desde hacía muchos años. El suelo todavía estaba húmedo, el Perique Absalón había desaparecido, murió con su madre, desde aquel ventanal que nunca volvió a abrirse.

A veces, en secreto, Stanislaus fumaba el conocido periqueé, ninguna de las cajas para la venta sino de la reserva especial, la que sólo se utilizaba para los amigos, todos ellos clientes, aquellos que nunca comprarían el tabaco en las subastas. Su sabor amargo, como el propio Absalón, le asqueaba, como su hermano Cecil, el único capaz de engullir aquel infecto aroma directamente, sin mezclarlo con otros tabacos más suaves. Sobre la estantería, donde en otro tiempo Anthony Fiodorovich realizase sus composiciones, Stanislaus contempló la caja que contenía la reserva, la última, de Periqueé Absalón.

Amaba el suelo polvoriento de la finca y las colinas que, en la lejanía, se perfilaban, certeras como Abenarabi... Amaba los tilos y las zarigüellas que corrían libres, el recuerdo de los osos que, de vez en cuando, se dejaban ver. Eran también las gentes del pueblo que

despreciaban y temían. Había sido elección del primero de los Fiodorovich.

Robin, husky siberiano, sobre la colina de Absalón, sonrió. Caminaba junto a Joyce, pastor belga. Nunca le dejaba jugar ni corretear, pero era Robin quien mandaba, sutil. Cecil comenzó a silbar el himno de la Confederación... no podía resistir aquel ritmo cadencioso, repetido una y mil veces. Mientras, caminaba a pasos cansinos, avanzando un pie y volviéndolo atrás, viejo payaso sureño.

-Dime, Joyce -preguntó Cecil-, ¿no te gustará ver todo esto arder? Nada podemos esperar de este sitio, hemos terminado. Dentro de unos años volveremos. Lo miraremos y veremos lo absurdo que fue vivir aquí, y lo estúpido de nuestras existencias. Tal vez tenga en mis manos el instrumento que hará que recordéis este lugar con cierto cariño -Cecil agitó el bidón de gasolina-. Nunca fue una mujer bella, no. Sólo era nuestra madre. Jamás se dignó salir de aquel lugar desde el que nos miraba, desde la ventana lejana. Dime, de veras, que no quieres verlo arder. Todos se burlaban de los campesinos pelirrojos. Decían que nuestro padre había traído el mal al pueblo, sólo eran un atajo de patanes... ¡Y aquí tenemos al peor de todos ellos: mi padre! -continuó Cecil refiriéndose y señalando a Fiodorovich-. Tenía suficiente con ir cada noche a la pútrida barraca para dormir con la criada. Beatrice era exactamente como todas las demás... ¿Qué la diferenciaba de las que se paseaban y vendían sus encantos? No tenía clase, y nuestra madre me la ofreció como ganado, y la vieja Maud la vendió como mercancía, ¿qué esperaba la vieja meretriz? Una limosna, sí... Unir su apellido con el de los Fiodorovich que, pobres o ricos, locos y mentirosos, seremos siempre señores de esta tierra.

-Eres un cobarde -sentenció Stan, ya próximo a morir.

-Es posible, pequeño, es posible..., pero no más que tú..., que Fiodor, que el asqueroso Pierre, embutido en su papel de padre. Sí, es cierto, le venía como anillo al dedo, el contrato lo estipulaba. Viviría como un cerdo toda su vida, mientras recogía de las migajas de la gran mesa de mendigos y pordioseros. Mírate, Stanislaus, en el ocaso de tus días.

Pierre continuaba en la casa, avergonzado de sus dos hermanos menores, pobre bestia enjaulada que había olvidado rugir, cansado. Tomó el resto del tabaco, ahora o nunca, la mezcla sería perfecta. Robin ladró, o lo intentó, noble y altivo, secundado por Joyce. Stanislaus se atusó la barba, demasiado larga, hosca y blanquecina. Los perros estarían bien. Sobre la colina, el sol ya despuntaba.

-Vamos, Stanislaus, es la hora. Sácalos de aquí, podrían lastimarse.

Stanislaus tomó a Joyce y a Robin y dispuso las correas en sus cuellos. Tomó un mechero de gasolina.

-¿Querrás hacerlo tú, Stan?

Stanislaus agarró fuerte a sus perros que le miraban. Observó Absalón por última vez, bajo los tilos y los pinos bajos. No sería más que eso, humo. Cecil extrajo un cigarrillo del bolsillo de su americana. Sonrió.

El pitillo estaba quebrado. Cecil lo enderezó.

-¡No volveré a fumar en pipa en mi vida! -exclamó.

Un buen cigarrillo americano. Se podía escuchar el llanto apagado de Fiodor Fiodorovich desde el granero, junto al cadáver seco de Beatrice. ¿Sabías que era tu hermana, pequeño?

Absalón rugió, por última vez, ante la mirada de Pierre que, desde la ventana de Virginia, observaba. Stan tomó su pipa y la rellenó con las últimas briznas del periqueé familiar. Cecil sonrió. Hermanos, queridos hermanos. Stanislaus tomó una cerilla, fuego.

Fumaron.

Entre la brisa que acariciaba los árboles aún se podía escuchar la melodía de Beatrice al lado de su hijo muerto. Para ti, mamá.

Humo.

Cronología

- 1876- Nace Fiodor Fiodorovich I en Rusia.
- 1882-El ingeniero Macy funda la aldea donde se sitúa Absalón, en el condado de Tennessee.
- 1896-Fiodor I llega a la aldea.
- 1898-Fiodor I y John Martins construyen el ferrocarril a Nashville, capital de Tennessee.
- 1899-Nace Anthony Fiodorovich
 - Nace Mary Maud I
- 1900-Fiodor I se casa con Elisabeth
- 1901-Nace y muere Dean Fiodorovich
- 1906-Nace y muere el hijo sin nombre
- 1912-Fiodor I compra Absalón
- 1913-Tom Flaherty empieza a trabajar en Absalón
- 1914-Primera cosecha de Periqueé Absalón
 - Muere Elisabeth
- 1915-Fiodor I se casa con Nathalie
- 1917-Nace Mary Maud II
 - Nace Mark Donald O'Shea
- 1922-Nace Fiodor Fiodorovich II
- 1925-Muere Fiodor I
 - Anthony Fiodorovich se une con la viuda Nathalie
- 1935-Nace Martin Fiodorovich
 - Nace Beatrice Maud
- 1940-Fiodor II se casa con Virginia, hija del coronel James York
- 1942-Fiodor II marcha a la Segunda Guerra Mundial
 - Nace Pierre Fiodorovich
- 1944-Nace Stanislaus Fiodorovich
 - Muere Anthony Fiodorovich
 - Fiodor II regresa de la Segunda Guerra Mundial

-Martin Fiodorovich muere
1945-Nace Cecil Fiodorovich
1950-Muere Nathalie
1957-Compran el caballo Incitatus
1960-Muere Virginia York
1963-Muere Virginia Fiodorovich
1976-Nace Cecil Fiodorovich II

